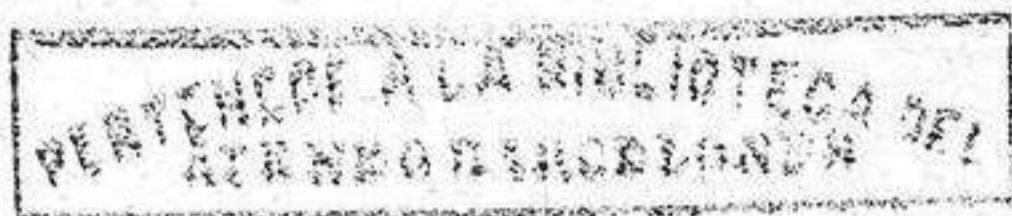


AÑO V

NÚM. LX

LA  
ESPAÑA MODERNA



REVISTA IBERO-AMERICANA

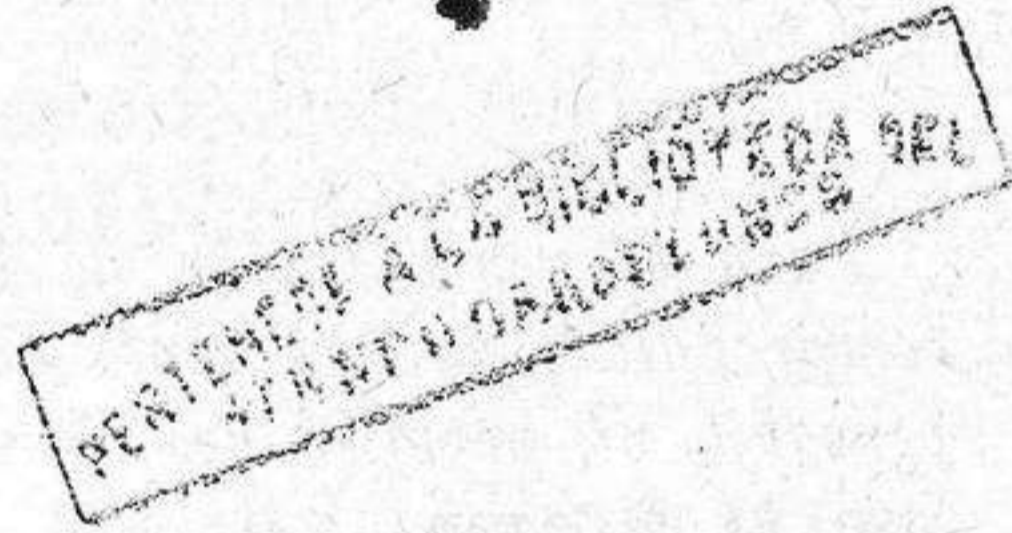
DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

~~~~~  
DICIEMBRE—1893  
~~~~~

AGUSTÍN AVRIAL, IMPRESOR  
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074  
MADRID

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

## LA DICHA EN EL CRIMEN



En estos deliciosos tiempos, cuando se cuenta una historia verdadera; es cosa de creer que el diablo la ha dictado...

U Una de las mañanas del otoño último estaba paseándome en el Jardín Botánico, en compañía del doctor Torty, uno de mis conocidos más antiguos. Era yo un chiquillo, cuando el doctor Torty ejercía la medicina en la ciudad de V.... Pero al cabo de unos treinta años de este agradable ejercicio, y habiendo muerto *sus* enfermos, sus *arrendatarios*, como los llamaba, los cuales le habían proporcionado más renta que muchos arrendatarios proporcionan á los dueños de las mejores tierras de Normandía, no había vuelto á tomar otros. Entrado en años y locamente ansioso de independenciamiento, como un animal que ha ido siempre llevado por la brida y logra romperla, había venido á sepultarse en París (allí mismo, próximo al

Jardín Botánico, creo que en la calle de Cuvier), y no ejercía ya la medicina sino para su recreo personal, que era muy grande, siendo médico en la masa de la sangre y hasta las uñas, y muy buen médico; y, además, gran observador de otros muchos casos que no son simplemente fisiológicos y patológicos...

¿Han encontrado Vds. alguna vez al doctor Torty? Era uno de esos ingenios audaces y vigorosos que no se ponen mitones por la buenísima y proverbial razón de que «gato con guantes no caza» y había cazado de veras y aún quería seguir cazando aquel marrullero de pura y fuerte raza; un hombre que me gustaba, y creo (me conozco bien) que por las mismas cualidades, sobre todo, que más disgustaban á los

demás. Ese brusco ente original del doctor Torty desagradaba á la generalidad, cuando estaban sanos; pero así que caían enfermos, aquellos á quienes más desagradaba le hacían muchas zalemas, como los salvajes al fusil de Robinsón que podía matarlos; pero no por los mismos motivos que los salvajes, sino en especial por los motivos opuestos: ¡podía salvarlos! Sin esta consideración, el doctor nunca hubiera ganado veinte mil libras de renta en una pequeña ciudad aristocrática, devota y con escrúpulos monjiles, que le hubiera puesto á la puerta de sus palacios, si no hubiese atendido más que á sus opiniones y antipatías. Por supuesto, el estaba al cabo de la calle de eso, y con mucha sangre fría burlábase de ello. Durante el *arrendamiento* que había tenido treinta años en la ciudad de V..., decía con guasa: «Tenían que optar por mí ó por la Extremación, y por devotos que fuesen, me elegían de preferencia al Santo Oleo. «Como ven Vds., el doctor no se quedaba corto. Sus zumbas eran un tantico sacrílegas. Resuelto discípulo de Cabanis en filosofía médica, lo mismo que su veterano camarada Chaussier, pertenecía á la escuela de esos médicos terribles por su materialismo, y como Dubois—el primero de los Dubois—por un cinismo que rebaja todas las cosas y tutearía á las duquesas y á las damas de honor de una emperatriz, ni más ni menos que á unas pescaderas. Para dar á Vds, idea del cinismo de Torty, él mismo me lo dijo una noche en el círculo de los «*Ganaches*» abarcando ostentosamente con una mirada de propietario el cuadrilátero deslumbrador de la mesa adornada con sus ciento veinte convidados: «¡Yo soy quien los hace á todos!...» No hubiera estado más orgulloso Moisés, enseñando la varita con que trocaba las peñas en fuentes. ¿Qué quiere V., señora? No tenía la protuberancia del respeto; y hasta pretendía que en el sitio correspondiente á ella en el cráneo de los demás hombres, tenía él un hoyo en el suyo. Viejo, más que setentón, pero cuadrado, robusto y nudoso como su apellido, de rostro sardónico bajo su peluca de color castaño claro, muy lisa, muy reluciente y de cabellos muy cortos, de penetrantes ojos, vírgenes de espejuelos, vestido casi siempre de gris ó de ese color pardo que en mis tiempos se llamaba *humo de Moscú*, no se asemejaba en el vestir ni en el andar á los señores médicos de París, correctos, de corbata blanca ¡como el sudario de sus muertos! Era otra clase de hombre. Con sus guantes de gamuza, sus botas de suela fuerte y tacón recio que hacía resonar con su paso muy firme, tenía algo de ágil y de jinete; y así era en verdad, pues (¡cuántos años de los treinta!) había andado con el *charivari* abrochado sobre el muslo y ginete á caballo por caminos capaces de hacer pedazos á Centauros, y adivinábase todo eso en la manera de combar aún su ancho pecho, puesto encima de unos lomos que no se habían derrengado, y que se cimbreaba sobre fuertes piernas arqueadas como las de un antiguo postillón. El doctor Torty

había sido una especie de «Calzas-de-Cuero» ecuestre que había vivido en las tierras pantanosas del Cotentin, como el «Calzas-de-Cuero» de Cooper en los bosques de América. Naturalista que, como el héroe de Fenimore Cooper, se burlaba de las leyes sociales pero que no las había reemplazado por la idea de Dios, como el hombre de Fenimore, habíase hecho uno de esos empedernidos observadores que no pueden menos de ser misántropos. Esto es fatal; y por eso lo era él. Sólo que mientras hacía llenarse de barro por los malos caminos hasta la cincha á su caballo, había tenido tiempo de hastiarse de los otros fangos de la vida. No era de ningún modo un misántropo á lo Alcestes: no se indignaba virtuosamente; no se encolerizaba. ¡No! despreciaba al hombre tan tranquilo como sorbía un polvo de rapé, y hasta tenía igual gusto en despreciar que en sorber.

Tal era exactamente ese doctor Torty con el cual me paseaba.

Reinaba aquel día uno de esos tiempos de otoño, alegres y claros, capaces de detener la emigración de las golondrinas. Daban las doce en el reloj de Nuestra Señora, y su grave campana parecía despedir largos estremecimientos por encima del verde y ondulado río hasta los pilares de los puentes, y hasta por encima de nuestras cabezas: tan puro estaba el aire removido! El rojo follaje de los árboles del jardín habíase poco á poco secado de la niebla azul que los envuelve, en esas vaporosas mañanas de Octubre; y un bello sol de veranillo nos calentaba al doctor y á

mí gratamente las espaldas con su guata de oro, mientras nos habíamos parado á mirar la famosa pantera negra que murió, el siguiente invierno, tísica como una muchacha. A nuestro alrededor había el público de costumbre en el Jardín Botánico, ese público especial de gente del pueblo, soldados y niñeras, que gustan de quedarse boquiabiertos delante de la verja de las jaulas, y á quienes divierte mucho echar cáscaras de nueces y mondaduras de castañas á los animales adormilados ó dormidos detrás de los barrotes. La pantera frente á la cual habíamos llegado paseando, era, ya lo recordarán ustedes, de ese especie peculiar de la isla de Java, el país del mundo en que es más intensa la naturaleza, y hasta ella misma parece un inmenso tigre indomable por el hombre, á quien fascina y muerde con todas las producciones de su suelo terrible y espléndido. En Java, las flores tienen más brillo y más aroma, los frutos más sabor, los animales más hermosura y más fuerza que en ningun otro país de la tierra; y no hay nada que pueda dar idea de aquella violencia de vida á quien no haya recibido las penetrantes y mortales sensaciones de una región hechicera y envenenadora á la vez, ¡Armida y Locusta, todo en una pieza! Tendida con indolencia sobre sus elegantes patas alargadas ante ella, con la cabeza erguida, inmóviles sus ojos de esmeralda, venía á ser la pantera una magnífica muestra de las terribles producciones de su país. Ninguna mancha leonada constelaba su

piel de negro terciopelo, de una negrura tan profunda y tan mate que al deslizarse por ella la luz ni siquiera la abrillanta sino que queda absorbida, como el agua por la esponja que la embebe... Cuando de aquella forma ideal de belleza ágil, de terrible fuerza en sosiego, de desdén impasible y regio, convertíamos la vista hacia las criaturas humanas que la miraban con timidez, que la contemplaban con ojos y boca abiertos, el mejor papel no era el de la humanidad sino el de la fiera. ¡Y parecía ésta tan superior, que casi resultaba humillante! Estaba dirigiendo en voz baja esta observación al doctor, cuando dos personas se abrieron paso de pronto por el grupo hacinado delante de la pantera y se plantaron en frente de ella. «Sí—me respondió el doctor:—pero mire V. ahora. Se restableció el equilibrio entre las especies.»

Eran un hombre y una mujer, ambos de elevada estatura; y desde el primer vistazo que les eché me produjeron el efecto de pertenecer á las categorías altas de la sociedad parisiense. No eran jóvenes uno ni otro, pero, sin embargo, eran hermosos. El hombre tendría unos cuarenta y siete años ó más, y la mujer unos cuarenta ó poco más... Como dicen los marineros que regresan de la Tierra del Fuego, habían *pasado la línea*, la línea fatal; más tremenda que la del ecuador, y que una vez pasada no vuelve á pasarse ya en los mares de la vida. Pero no parecía preocuparles esta circunstancia. No revelaban melancolía en la frente ni en ninguna otra parte.

El hombre, esbelto y tan patricio con su levita ceñida, por el estilo de la de un oficial de caballería, como si hubiese llevado uno de esos trajes con que representa el Tiziano á sus retratos, asemejábase á un paje del tiempo de Enrique III, por su talante espetado, su aire afeminado y altivo, sus bigotes agudos como los de un gato y que empezaban á blanquear por las puntas; y para que la semejanza fuese más completa, llevaba corto el pelo, sin impedir de ningún modo ver brillar en sus orejas dos záfiro de un azul oscuro, que me recordaron las dos esmeraldas que Sbogar llevaba puestas en el mismo sitio. Excepto este detalle *ridículo* (como hubiera dicho la gente de buena sociedad) y que demostraba bastante desdén hacia los gustos y las ideas del día, todo era sencillo y *dandy* como lo entendía Brummell (1), es decir *inobservable*, en el porte de aquel hombre que sólo llamaba la atención por sí mismo y que la hubiese monopolizado por completo si no hubiera llevado del brazo la mujer que llevaba en aquel momento. En efecto, esa mujer se apoderaba aún más de los ojos que el hombre que la acompañaba, y los cautivaba por más tiempo. Era alta, como él; sus cabezas casi llegaban á la misma altura. Y como iba también toda de negro, hacía pensar en la gran

(1) Véase el interesantísimo libro que acerca de «El Dandismo y Jorge Brummell» escribió Barbey d'Aurevilly, y que hemos publicado en la *Colección de libros escogidos*.—  
(N. DEL E.)

Isis negra del Museo Egipcio, por la amplitud de sus formas, su misteriosa fiereza, y su fuerza. ¡Cosa extraña! en el cotejo de aquella hermosa pareja, la mujer tenía los músculos y el hombre tenía los nervios. Sólo de perfil la veía entonces, pero el perfil es el escollo de la belleza ó su confirmación más brillante. Creo que jamás he visto otro más puro ni más altivo. En cuanto á sus ojos, no podía juzgarlos, fijos como estaban en la pantera; la cual, sin duda sufría una impresión magnética y desagradable puesto que, hallándose ya inmóvil, pareció aumentar más y más aquella inmovilidad rígida, á medida que la miraba la mujer que había ido á verla. Y (lo mismo que los gatos ante la luz que los deslumbra), sin mover una línea la cabeza y sin que se estremeciese ni aun las finas puntas de sus bigotes, despues de pestañear algo y como si no pudiese resistir más tiempo, la pantera escondió despacio tras los bastidores corridos de sus párpados las dos estrellas verdes de sus ojos. Se parapetaba.

—¡Ah, pantera contra pantera!— dijo á mi oído el doctor—Pero el raso es más fuerte que el terciopelo.

El raso era la mujer, que llevaba un vestido de esa tela reluciente como un espejo, un vestido de mucha cola. ¡Había visto con exactitud el doctor! Negra, flexible, tan potente de articulaciones, tan regia de actitud,—y, en su especie, de igual hermosura y de un encanto aun más intranquilizador,—la mujer desconocida era como una pantera humana puesta en frente de la

pantera animal á quien eclipsaba; y sin duda acababa de sentirlo la fiera, cuando había cerrado los ojos. Pero la mujer—dado que lo fuese—no se satisfizo con ese triunfo. No fué generosa; quiso que su rival viese quien la humillaba y abriese los ojos otra vez para verla. Por eso, desabrochándose sin decir una palabra los doce botones del guante de color de violeta que moldeaba su magnífico antebrazo, se quitó el guante y pasando con audacia la mano por entre los hierros de la jaula, azotó con él, el corto hocico de la pantera, la cual no hizo más que un movimiento... ¡pero, qué movimiento..! y de una dentellada, ¡rápida, como el relámpago..! Del grupo donde estábamos salió un grito. Creímos que la había cogido la muñeca: no fué más que el guante, que la pantera engulló! La tremenda fiera ultrajada había vuelto abrir los ojos, horriblemente dilatados, y sus fruncidas narices vibraban aún...

—¡Loca!—dijo el hombre, cogiéndola aquella hermosa muñeca que acababa de librarse del mordisco.

Ya sabe V. como se dice á veces «¡Loca..!» Pues así lo dijo él, y besó con arrebató aquella muñeca.

Y como él estaba hacia nuestro lado, escorzó ella tres cuartos la cabeza para verle besar su muñeca desnuda... y vi sus ojos, esos ojos que fascinaban tigres, y ahora estaban fascinados por un hombre: sus ojos, dos anchos diamantes negros tallados para todas las altiveces de la vida, y que al mirarle no expresaban más que todas las adoraciones del amor.

Aquellos ojos eran y decían todo un poema. El hombre no había soltado el brazo, que había debido de sentir el resuello febril de la pantera; y sosteniéndolo replegado contra su corazón, llevóse consigo á la mujer por la alameda principal del Jardín, indiferente á los murmullos y exclamaciones del grupo popular conmovido todavía por el peligro que la imprudente acababa de correr, y á través del cual grupo volvió á pasar con tranquilidad. Pasaron junto al doctor y á mí, pero con las caras vueltas uno hacia el otro, arrimándose costado con costado cual si hubiesen querido compenetrarse, entrar él dentro de ella y ella dentro de él, sin formar más que un cuerpo los dos, no mirando á nadie si no así mismos. Al verlos pasar así, hubiérase creído que eran unas criaturas superiores, que no notaban con los dedos de los pies la tierra sobre la cual andaban, y que cruzaban el mundo envueltos en su nube, como los inmortales en Homero.

Tales cosas son raras en París, y por ese motivo nos quedamos viendo desfilar á esa magnífica pareja, desplegando la mujer su negra cola sobre el polvo del jardín, como un pavo real desdeñoso hasta de su plumaje.

Aquellos dos seres iban soberbios al alejarse así, bajo los rayos del sol de mediodía, con la majestuosidad de su entrelazamiento. Y de ese modo llegaron á la puerta de la verja del jardín y volvieron á subir á un cupé que los esperaba, reluciente de cobres y flamante de correajes.

—¡Se olvidan del universo!—dije al doctor, quien comprendió mi pensamiento.

—¡Ah, valiente cosa les importa á ellos el universo!—me respondió, con su voz mordaz.—No ven absolutamente nada en la creación; y, lo que es mucho más fuerte cosa, hasta pasan junto á su médico sin verlo.

—¡Que es V. su médico!—exclamé.—Pues entonces, mi querido doctor, va V. á decirme quiénes son.

El doctor hizo lo que se llama un mutis, queriendo producir un efecto; porque en todo era marrullero el compadre.

—Pues bien, son Filemón y Baucis—me dijo sencillamente.—¡Ahí tiene Usted!

—¡Cáspita! un Filemón y una Baucis de magnífica pinta y que se parecen muy poco á los antiguos. Pero doctor, esos no son sus nombres... ¿Cómo los apellida V.?

—¡Cómo!—respondió el doctor.—En la sociedad de V., donde yo no voy, ¿nunca oyó hablar del conde y la condesa Serlon de Savigny como de un fabuloso modelo de amor conyugal?

—No, á fe mía—dije.—Se habla poco de amor conyugal en la sociedad que frecuento, doctor.

—Es muy posible—exclamó el doctor respondiendo más bien á su propio pensamiento que al mío.—En esa sociedad, que también es la suya, se dispensan muchas cosas más ó menos correctas. Pero aparte de que tienen un motivo para no ir á ella, y de que habitan casi todo el año en su vetusto



castillo de Savigny, en el Cotentin, corrieron en otros tiempos, tales rumores acerca de ellos, que en el Faubourg Saint-Germain, donde aún hay un resto de solidaridad nobiliaria, se prefiriere callar á hablar de ello.

—¿Y qué rumores eran esos?... ¡Ah, ya ve V., doctor, que me va interesando. Debe V. saber alguna cosa acerca de eso. El castillo de Savigny no está muy lejos de la ciudad de V..., donde ha ejercido V. de médico.

—Esos rumores... —dijo el doctor, sorbiendo pensativo un polvo de rapé. —En fin, los han creído falsos. Todo eso ya pasó... Pero á pesar de todo, aun cuando los matrimonios por inclinación y las venturas que proporcionan son en provincias el bello ideal de todas las madres de familia novelescas y virtuosas, las que yo he conocido no han podido hablar mucho de éste á sus hijas solteras.

—Y sin embargo, doctor, ¿decía V. Filemón y Baucis?...

—¡Baucis, Baucis! ¡Jem! Caballero... —interrumpió el doctor Torty, pasando bruscamente el dedo índice en forma de gancho á lo largo de su nariz de papagayo (uno de sus ademanes) — vamos, ¿no encuentra V. que esa buena moza más que una Baucis parece una lady Macbeth?

—Doctor, mi querido doctor, adórame doctor—reliqué con toda clase de zalamerías en la voz—¿va V. á decirme todo lo que sabe acerca del conde y la condesa de Savigny?...

—El médico es el confesor de los tiempos modernos — dijo el doctor

con un tono solemnemente chancero.

—Ha reemplazado al sacerdote, y está obligado, como éste, al secreto de la confesión...

Me miró con malicia, porque conocía mi respeto y mi amor á las cosas del catolicismo, del cual era él enemigo. Guiñó el ojo; me creyó cogido.

— Y va á aguardarlo... ¡como el sacerdote!—añadió, riéndose estrepitosamente, con su más cínica risa.—Venga V. por aquí; vamos á charlar.

Y me llevó á la gran calle de árboles que por ese lado costea al Jardín Botánico y la ronda del Hospital... Allí nos sentamos en un banco de respaldo verde, y comenzó de este modo:

«Querido, esta es una historia que es preciso ir á buscar ya lejos, como una bala perdida debajo de carnes que han crecido; porque el olvido es como una carne de cosas vivientes que vuelve á formarse por encima de los sucesos é impide ver nada de ellos y sospechar nada al cabo de cierto tiempo, ni aun el sitio. Eran los primeros años de la Restauración. Por la ciudad de V... pasó un regimiento de la Guardia; y habiéndose visto obligados á permanecer allí dos días, por no sé que motivo militar, ocurrióseles á los oficiales dar un asalto de armas, en honor de la ciudad. Esta tenía, en efecto, todo cuanto era menester para que aquellos oficiales de la Guardia la honrasen y festejasen. Era, como se decía entonces, más realistas que el rey. En proporción á sus dimensiones (no es más que una ciudad de cinco á seis mil almas), abundaba en nobleza.

Más de treinta jóvenes de sus mejores familias servían á la sazón en la Guardia Real ó en la del hermano del rey, y los oficiales del regimiento de paso por la ciudad de V... los conocían á casi todos. Pero el principal motivo que decidió para celebrar esa marcial fiesta de un asalto, fué la reputación de una ciudad que se había llamado «*la quimerista*», y que en aquellos momentos aún, era la ciudad más quimerista de Francia. Por más de que la Revolución de 1789 había quitado á los nobles el derecho de llevar espada, en V... probaban que si ya no la llevaban, podían manejarla siempre. El asalto dado por los oficiales fué brillantísimo. Vióse acudir allí todos los mejores tiradores de armas y aun todos los aficionados mas jóvenes de la nueva generación, que no habían cultivado como se cultivaba en otro tiempo un arte tan complicado y tan difícil como la esgrima; y todos mostraron tal entusiasmo por el manejo de la espada, gloria de nuestros padres, que un antiguo maestro de esgrima del regimiento, que había cumplido tres ó cuatro veces el tiempo de su empeño y que tenía el brazo cubierto de galones de reenganche, imaginóse que una sala de armas abierta en la ciudad de V.... sería una buena colocación para acabar allí sus días; y el coronel, á quien comunicó su propósito, lo aprobó, le dió la licencia y le dejó allí. Ese maestro de armas, apellidado Stassin y *La Punta al cuerpo* por mote de guerra, había tenido con eso sencillamente una idea genial. Desde mucho tiempo atrás, ya no había en V.... una sala de armas correctamente montada; y hasta eso era una de las cosas de que se hablaba con melancolía entre aquellos nobles, obligados á dar ellos mismos lecciones á sus hijos ó hacérselas dar por algún compañero retirado del servicio y que apenas sabía, ó sabía mal, lo que enseñaba. Los habitantes de V.... se las echaban de descontentadizos. Realmente, tenían el fuego sagrado. No les bastaba con matar á su hombre; querían matarlo sabiamente, como artistas, por principios. Era preciso para ellos, ante todo, que un hombre, como decían, estuviese guapo con las armas, y no tenían sino profundo menosprecio para esos robustos sin habilidad, que pueden ser muy peligrosos en el terreno, pero que no son en el rigor de la palabra lo se llama tiradores. *La Punta al cuerpo*, que había sido un hombre guapísimo en su juventud y aún lo era—que en el campamento de Holanda, y siendo muy joven entonces, había zurrado á cintarazos á todos los demás maestros de armas y obtenido en premio dos floretes y dos caretas guarnecidos de plata—era precisamente uno de esos tiradores como las escuelas no pueden producirlos, si la naturaleza no les ha preparado excepcionales organizaciones. Naturalmente, fué el pasmo de V...., y bien pronto mucho más. Nada hay tan igualitario como la espada. En tiempo de la monarquía absoluta, los reyes ennoblecían á los hombres que les enseñaban á manejarla. Si no me es infiel la memoria, ¿no había

dado Luis XV á su maestro Danet, quien escribió un libro acerca de la esgrima, cuatro de sus flores de lis entre dos espadas en cruz, para ponerlas en su escudo?... Aquellos hidalgos de provincia, que aún estaban llenos de fervor por su monarquía, al poco tiempo se trataban de igual á igual con el veterano maestro de esgrima, como si hubiese sido uno de los suyos.

Hasta allí todo iba bien y no se podía menos de felicitar á Stassin (a) *La Punta al cuerpo*, por su buena fortuna; pero, por desgracia, el veterano maestro de esgrima, no sólo tenía un corazón de tafilete rojo sobre el acolchado peto de ante con que se cubría el pecho cuando daba sus magistrales lecciones. Resultó que tenía otro debajo, el cual se puso á hacer de las suyas en aquella ciudad de V...., donde había ido en busca del abra de refugio para su vida. Parece que el corazón de un soldado está siempre hecho con pólvora. Cuanto más seca el tiempo la pólvora, mejor prende. En V.... son por lo general tan bonitas las mujeres, que todo eran chispas alrededor de la pólvora seca de mi veterano maestro de esgrima. Por eso terminó su historia como la de gran número de soldados viejos. Después de haber andado rondando por todas las comarcas de Europa y cogido por la barba y el talle á todas las mozas que el diablo había puesto en su camino, el veterano soldado del primer Imperio hizo su última calaverada casándose á los cincuenta años cumplidos, con todas las formalidades

y todos los sacramentos de la cosa, en la casa-ayuntamiento y en la iglesia, con una modistilla de V..., la cual, por supuesto (conozco á las modistillas de ese país, he parteado á bastantes de ellas para conocerlas), le largó un crío á los nueve meses justos y cabales, día por día; y aquel crío, que era una chiquilla, querido, es nada menos que la mujer que acaba de pasar con andares de diosa, rozándonos insolente con el viento de su falda, y sin hacer más caso de nosotros que si no hubiésemos estado allá.

—¡La condesa de Savigny!— exclamé.

—Sí, la condesa de Savigny, como suena, ella misma. ¡Ah! No hay que mirar los orígenes, ni de las mujeres, ni de las naciones; no hay que mirar la cuna de nadie. Me acuerdo de haber visto en Stockolmo la de Carlos XII, que parecía un pesebre mal pintado de rojo, y que ni siquiera estaba á plomo sobre sus cuatro patas. ¡De allí había salido aquella tempestad! En el fondo, todas las cunas son cloacas cuya ropa blanca hay que mudar varias veces al día; y eso nunca es poético, para los que creen en la poesía, sino cuando el chiquillo ya no está allí.

Y en apoyo de su axioma, al llegar á esta parte de su relato, el doctor se golpeó el muslo con uno de sus guantes de gamuza que tenía por el dedo medio; y la gamuza restalló sobre el muslo, probando á los que comprenden la música que el buen hombre aún tenía recia musculatura.

Hizo un compás de espera. Yo no

quise contrariarle en su filosofía. Viendo que no le decía nada, prosiguió:

—Por supuesto, como todos los soldados viejos, que aman hasta á los hijos de los demás, *La Punta al cuerpo* se pirró por el suyo. Nada tiene eso de asombroso. Cuando un hombre entrado en años tiene un chiquillo, lo quiere más que si fuese joven, porque la vanidad, que todo lo duplica, duplica también el amor paterno. Todos los viejos camastrones á quienes he visto en mi vida tener tardíamente un chiquillo, adoraban á su progenie y estaban cómicamente orgullosos de ella como de una acción brillante. ¡Persuasión de juventud, que la naturaleza, burlándose de ellos, les infiltraba en el corazón! No conozco sino una dicha más embriagadora y un orgullo más chistoso: cuando un viejo, en vez de hacer un chiquillo, hace dos de un golpe *La Punta al cuerpo* no tuvo ese orgullo paternal de dos gemelos; pero puede afirmarse en verdad que su crío tenía material para hacer con él dos. Su hija (acaba V. de verla y ya sabe si ha cumplido sus promesas) era una criatura maravillosa por su fuerza y su hermosura. El primer cuidado del veterano maestro de armas fué el de buscar para ella un padrino entre aquellos nobles que frecuentaban su sala; y entre todos eligió al conde de Avice, decano de todos aquellos espadachines y callejeros, quien durante la emigración había sido también profesor de esgrima en Londres, á varias guineas por lección. El conde de Avice de Sortôville-en-Beaumont, caballero de

San Luis y capitán de dragones antes de la Revolución, septuagenario ya, lo menos, *botoneaba* aún á los jóvenes y les daba lo que se llama «soberbios *capotes*» en términos de sala de armas. Era un viejo marrullero, que tenía feroces burlas en acción. Así, por ejemplo: gustábale pasar su «asador» por la luz de una vela, y cuando de ese modo había endurecido la hoja, daba el insolente nombre de «tumba pillos» á ese duro florete que no se doblaba y que rompía el esternón ó las costillas en cuanto tocaba al adversario. Quería mucho á *La Punta al cuerpo*, á quien tuteaba. «La hija de un hombre como tú—le decía—no debe llamarse sino como la espada de un valiente. Llamémosla *Alta-Clara*.» Y ese nombre se le puso. El cura de V.... torció un poco el morro al oír ese nombre desusado, que nunca había oído la pila bautismal de su iglesia; pero como el padrino era el señor conde de Avice, y á despecho de los liberales y de sus chillerías habrá siempre indestructibles compadrazgos entre la nobleza y el clero; y como, por otra parte, en el santoral romano figura una santa llamada Clara, el nombre de la espada de Oliveros pasó á la niña, sin que la ciudad de V.... se emocionase mucho por ello. Un nombre así parecía anunciar un destino.

El veterano maestro de esgrima, que amaba á su oficio casi tanto como á su hija, se propuso enseñárselo y legarla por dote su habilidad. ¡Triste dote, mezquino plato, con las costumbres modernas, que no preveía el pobre diablo de maestro de armas! En

cuanto la niña pudo sostenerse de pie, comenzó á acostumarla á los ejercicios de la esgrima; y como aquella chiquilla era un chicazo sólido, con ligamentos y articulaciones de acero fino, la desarrolló de una manera tan extraña, que á los diez años parecía tener quince, y sostenía admirablemente el asalto con su padre y los más fuertes tiradores de la ciudad de V.... Sólo se hablaba en todas partes de la pequeña Altaclara Stassin, que más tarde había de convertirse en la *Señorita Altaclara Stassin*. Como puede V. figurarse, había, sobre todo por parte de las señoritas jóvenes de la ciudad, con quienes no podía decentemente alternar la hija de Stassin (a) *La Punta al cuerpo*, por bien relacionada que estuviese con los padres de ellas, una increíble, ó más bien una muy creíble curiosidad, mezclada con despecho y envidia. Sus padres y hermanos hablaban de Altaclara delante de ellas con asombro y admiración, y hubieran querido ver de cerca á aquel San Jorge femenino, cuya hermosura decíase que igualaba á su talento en la esgrima. No la veían sino de lejos y á distancia. Acababa de establecerme en la ciudad de V.... y á menudo fuí testigo de esas ardientes curiosidades. *La Punta al cuerpo*, que durante el Imperio había servido en húsares y que ganaba mucho dinero con su sala de armas, habíase permitido el lujo de comprar un caballo para dar lecciones de equitación á su hija; y como también domaba potros por año para los concurrentes á su sala, paseábase á menudo con Alta-

clara á caballo por los caminos que salen de la ciudad y la circuyen. Allí los encontré más de una vez, volviendo de mis visitas de médico, y en esos encuentros pude sobre todo apreciar el interés prodigiosamente excitado que aquella mocetona, desarrollada de un modo tan temprano, producía en todas las demás jóvenes del país. Andaba yo siempre en aquel tiempo por sendas y caminos, y me cruzaba con frecuencia con los coches de sus padres, quienes iban de visita con ellas á las casas de campo de los contornos. Pues bien; no puede V. figurarse con qué avidez y hasta con qué imprudencia las veía yo inclinarse y asomarse precipitadas á las portezuelas en cuanto aparecía la señorita Altaclara Stassin trotando ó galopando por la lontananza de un camino junto á su padre. Sólo que era casi inútil; al día siguiente todo se volvía casi siempre desengaños y quejas que me expresaban en mi visita de la mañana á sus madres, porque nunca habían visto bien más que el palmito de aquella joven, formada para vestir de amazona y que la llevaba como puede suponer V., que acaba de verla, pero cuyo rostro iba siempre más ó menos oculto por un velo azul oscuro muy denso. A la señorita Altaclara Stassin no la conocían nada más que los hombres de la ciudad de V.... Todo el día con el florete en la mano y la cara debajo de las mallas de su careta de esgrima, que no se quitaba mucho para ellos, nunca salía de la sala de su padre, que comenzaba á echarse en el surco y á quien á menu-

do reemplazaba ella en las lecciones. Rara vez salía á la calle, y las mujeres distinguidas no podían verla más que así ó cuando iba á misa los domingos; pero el domingo en misa, como en la calle, iba casi tan enmascarada como en la sala de su padre, siendo aún más oscuro y apretado el encaje de su velo negro que las mallas de su careta de hierro. ¿Había afectación en esa manera de mostrarse ó de ocultarse, que excitaba á las imaginaciones curiosas?... Era muy posible; pero ¿quién lo sabía y quién podía decirlo? Y esa joven que empalmaba la careta con el velo, ¿no era aún más impenetrable de carácter que de cara, según hartó lo demostró después?

Claro es, queridísimo, que me veo obligado á pasar con rapidez por todos los detalles de aquella época para llegar más pronto al momento en que empieza en realidad esta historia. Tenía la señorita Altaclara unos diez y siete años. El antes guapo *La Punta al cuerpo*, hecho un pobre hombre, viudo ya y muerto moralmente por la revolución de Julio, la cual hizo á los nobles de luto partir á sus casas de campo y vació su sala, atrafagaba en vano su gota, que no tenía miedo de sus *retos* con el pie, y se iba al trote largo hacia el cementerio. Para un médico de buen ojo clínico, era cosa segura... se veía venir. No se las prometía yo felices para mucho tiempo, cuando una mañana fué conducido á su sala de armas por el vizconde de Taillebois y el caballero de Mesnilgrand, un joven del país educado lejos y que

regresaba para vivir en el castillo de su padre, recién fallecido. Era el conde Serlon de Savigny, el *pretendido* (decía la ciudad de V.... con su lenguaje de ciudad pequeña) de la señorita Delfina de Cantor. El conde de Savigny era ciertamente uno de los más brillantes y gallardos jóvenes de aquella época de jóvenes que gallardeaban todos, porque había en V.... (como en otras partes) verdadera juventud en aquella sociedad caduca. Ahora ya no la hay. Le habían hablado mucho de la famosa Altaclara Stassin y había querido ver ese milagro. La encontró lo que era: una admirable moza, incitante y provocadora como un demonio con su calzón de punto de seda, que ponía de relieve sus formas de Palas de Velletri, y con su corpiño de tafilete negro que ajustaba, á punto de estallar, su talle robusto y esbelto, uno de esos talles que las circasianas sólo obtienen apriñando á sus hijas, de niñas, con un cinturón de cuero que sólo ha de romperse por el desarrollo de su cuerpo. Altaclara Stassin era seria como una Clorinda. Vióla él dar la lección, y la pidió cruzar con ella el acero. Pero el conde de Savigny no fué el Tancredo de la situación. La señorita Altaclara Stassin dobló varias veces en arco su espada contra el corazón del guapo Serlon, y no fué tocada por éste ni una sola vez.

— ¡Oh! No se puede tocar á V., señorita—la dijo con mucha gracia.— ¿Será eso un augurio?...

¿Estaba vencido desde aquella noche en ese joven el amor propio por el amor á ella?

A partir de aquella tarde, por supuesto, el conde de Savigny acudió todos los días á tomar una lección de esgrima á la sala de armas de *La Punta al cuerpo*. El castillo del conde sólo distaba pocas leguas. Tragábaselas á escape, á caballo ó en coche, y nadie reparó en él en aquella pequeña ciudad murmuradora donde se quitaba el pellejo con la lengua por las cosas más pequeñas, pero donde el amor á la esgrima lo explicaba todo. Savigny no hizo confidencias á nadie, y hasta evitó acudir á tomar su lección á las mismas horas que los demás jóvenes de la ciudad. Ese Savigny era un mancebo no falto de profundidad... Lo que pasó entre él y Altaclara por aquella época, si pasó alguna cosa, nadie lo supo ni lo sospechó. Su matrimonio con la señorita Delfina de Cantor, proyectado por los jefes de ambas familias desde años antes, y hartamente consentido por los novios para no realizarse, llevóse á cabo tres meses después del regreso del conde de Savigny, y hasta eso fué para él ocasión de vivir un mes entero en V...., junto á su futura, en casa de la cual pasaba todos los días con regularidad, pero desde donde con la misma regularidad se iba por la noche á tomar su lección...

La señorita Altaclara oyó, como todo el mundo, leer en la iglesia parroquial de V.... las amonestaciones del conde de Savigny y de la señorita de Cantor; pero ni su actitud ni su fisonomía revelaron que le produjesen interés ninguno esas declaraciones públicas. Es verdad que ninguno de los

concurrentes se puso en acecho para observarla. Aún no había observadores acerca de la cuestión, que dormitaba, de un enredo posible entre el conde de Savigny y la hermosa Altaclara. Celebrada la boda, la condesa se fué á establecer en su castillo muy tranquila con su marido, el cual no por eso renunció á sus costumbres en la ciudad, adonde siguió yendo á diario. Muchos castellanos de los alrededores hacían lo mismo, por supuesto. Pasó tiempo, y murió el viejo *La Punta al cuerpo*. Cerrada su sala por algunos instantes, volvió á abrirse. La señorita Altaclara Stassin anunció que continuaría las lecciones de su padre, y lejos de tener menos discípulos por el hecho de aquel fallecimiento, tuvo aún más. Los hombres todos son lo mismo. Les disgusta y hiera la extrañeza de hombre á hombre; pero si la extrañeza gasta faldas, se escalabrinan por ella. Una mujer que haga lo que hace un hombre, aunque lo hiciere mucho menos bien, siempre tendrá sobre el hombre señalada ventaja en Francia. Pues bien, lo que hacía la señorita Altaclara Stassin, hacía mucho mejor que ellos. Había llegado á ser mucho más hábil que su padre. Era incomparable como demostradora en la lección y espléndida en cuanto á belleza de juego. Tenía recursos irresistibles, de esos que no se aprenden; como no se aprende el manejo de arco ó del mástil del violín, y que no puede transmitirse á nadie por la enseñanza. Yo esgrimía un poco el acero por aquel tiempo, como toda la gente de la sociedad que me rodeaba,

y confieso que en mi calidad de aficionado me encantaba con ciertas coladas. Tenía entre otras una caída de cuarta en tercera que parecía arte de magia. ¡No era una espada lo que nos tocaba, era una bala! El hombre más rápido en parar no azotaba más que al aire, aun cuando ella le hubiese prevenido que iba á tirarse, y le llegaba inevitable la estocada, sin defensa del hombro ni del pecho. ¡No había tocado hierro! He visto tiradores volverse locos con ese floretazo que llamaban escamoteo, y se hubieran tragado de rabia su florete. Si no hubiese sido mujer, le hubieran buscado las cosquillas por esa estocada. A un hombre le hubiera acarreado veinte duelos.

Por lo demás, aun aparte de ese talento fenomenal tan poco adecuado para una mujer, y del que vivía honradamente, era en verdad un ser muy interesante aquella joven pobre, sin más recursos que su florete, y que á causa de su profesión veíase mezclada con los jóvenes más ricos de la ciudad, entre los cuales los había muy calaveras y muy fatuos, sin que se ajase la flor de su buena fama. La reputación de la señorita Altaclara Stassin no fué desflorada á propósito de Savigny ni de nadie... «Parece ser que, á pesar de todo, es una chica honrada», decían las señoras decentes, como lo hubieran dicho de una actriz. Y yo mismo, puesto que he comenzado á hablarle á V. de mí, yo mismo que me picaba de observador, era del mismo parecer que toda la ciudad acerca de la virtud de Altaclara. Fuí algunas veces á la sala

de armas, antes y después de casarse Savigny; jamás hallé sino una joven seria, que desempeñaba sus funciones profesionales con sencillez. Debo decir que era muy imponente y había puesto á todo el mundo bajo el pie del respeto con ella, no teniendo familiaridad ni abandono con nadie. Su fisonomía, en extremo altanera y que aún no tenía entonces esa expresión apasionada que tanto le ha chocado á V., no revelaba pesares, ni cavilaciones, ni nada que hiciese prever ni aun del modo más remoto el hecho pasmoso que, en la atmósfera de una ciudad pequeña, tranquila y rutinaria, produjo el efecto de un cañonazo que rompe los vidrios...

«¡La señorita Altaclara Stassin ha desaparecido!»

Había desaparecido: ¿por qué?... ¿Cómo?... ¿A dónde había marchado? No se sabía. Pero lo cierto es que había desaparecido. Al principio hubo un clamoreo seguido de un silencio, pero el silencio no duró largo tiempo. Las lenguas se desataron. Las lenguas, contenidas mucho tiempo—como el agua en un azud y que, levantada la compuerta, se precipita y marcha á hacer girar la rueda del molino con furia—empezaron á espumarajear y murmurar acerca de aquella desaparición inesperada, repentina, increíble, sin explicarse por nada, puesto que la señorita Altaclara había desaparecido sin decir una palabra ni dejar dos letras á nadie. Había desaparecido como se desaparece cuando realmente se quiere desaparecer; porque no es desaparecer el dejar detrás de sí un ras-



tro cualquiera, una nonada, de que pueden apoderarse los demás para explicar que se ha desaparecido. Desapareció del modo más radical. Había hecho, no lo que se llama un *agujero en la luna*, porque no había dejado una deuda ni ninguna otra cosa detrás de sí; había hecho lo que muy bien se puede llamar un agujero en el viento. Sopló el viento y no volvió á traerla. No por girar en el vacío dejó de dar vueltas el molino de las lenguas, y se puso á triturar cruelmente aquella reputación hasta entonces incólume. La cogieron, la mondaron, la cribaron, la cardaron... ¿Cómo y con quién se había ido aquella joven tan correcta y tan altiva? ¿Quién se la había llevado? Porque, de seguro, allí había un rapto... Ninguna respuesta. Era cosa de volverse loca de furor una ciudad pequeña, y positivamente V.... se volvió. ¡Cuántos motivos para estar cólerica! En primer lugar, perdíase lo que no se sabía. Además, se perdía el juicio acerca de una joven á quien se creía conocer y no se la conocía, puesto que la habían juzgado incapaz de desaparecer *así*... Perdíase también una moza soltera á quien se había creído ver envejecer ó casarse, como las demás jóvenes de la ciudad, escondidas en esa casilla de tablero de una ciudad de provincia, como caballos en el entrepuente de un barco. Por último, al perder á la señorita Stassin, que ya no era más que *esa Stassin*, se perdía una sala de armas célebre en la región, gala, adorno y honor de la ciudad, su escarapela, su bandera en

el campanario. ¡Ah, eran duras todas esas pérdidas! ¡Y cuántos motivos, en uno solo, para hacer pasar por encima de la memoria de aquella intachable Altaclara el torrente fangoso de todas las suposiciones! Por eso pasaron... Excepto algunos viejos hidalgos de gotera con espíritu de grandes señores que, como su padrino el conde de Alvice, la habían visto de niña—y que, además, no emocionándose gran cosa, consideraban muy sencillo que hubiera encontrado mejor calzado para su pie que aquellas sandalias de maestro de armas que se había puesto—al desaparecer Altaclara Stassin no tuvo á nadie en su favor. Al irse, había ofendido el amor propio de todos; y hasta los jóvenes fueron quienes más rencor la guardaron y más se ensañaron contra ella, porque no había desaparecido con ninguno de ellos.

Y eso fué durante largo tiempo su gran agravio y su gran ansiedad. ¿Con quién se había ido?... Varios de esos jóvenes iban todos los años á pasar uno ó dos meses del invierno en París, y dos ó tres de ellos pretendían haberla visto y conocido en el teatro ó á caballo en los Campos Elíseos, acompañada ó sola, pero no estaban muy seguros de ello. No podían afirmarlo. Sería ó podría no ser ella; pero existía la preocupación... No podían menos de pensar todos en aquella moza á quien habían admirado y que, al desaparecer, había llenado de luto á aquella ciudad de espada, en donde era la gran artista, la *diva* especial, el rayo de luz. Luego que éste se hubo apaga-

do, es decir, en otros términos, después de la desaparición de aquella famosa Altaclara, la ciudad de V.... cayó en la languidez de vida y la palidez de todas las pequeñas ciudades que no tienen un centro de actividad en el cual converjan las pasiones y los gustos... Debilitóse el amor á las armas. Animada antes por toda aquella marcial juventud, la ciudad de V.... volvióse triste después. Los jóvenes que, cuando habitaban en sus casas de campo, iban todos los días á recibir lecciones de esgrima, trocaron el florete por la escopeta. Hiciéronse cazadores y permanecieron en sus tierras ó en sus bosques, lo mismo el conde de Savigny que los demás. Fué cada vez menos á V...., y si alguna vez lo encontré allí, fué en casa de la familia de su mujer, de quienes era yo médico. Sólo que, no sospechando de ningún modo en aquella época que pudiese haber algo entre él y aquella Altaclara que había desaparecido tan bruscamente, no tenía ningún motivo para hablarle de aquella súbita desaparición, sobre la cual comenzaba á extenderse el silencio, hijo de las lenguas fatigadas; y él tampoco me hablaba nunca de Altaclara y de los tiempos en que nos habíamos encontrado en casa de ella, ni se permitía hacer, ni aun de lejos, la menor alusión á aquellos tiempos.

—Le siento á V. venir, con sus *zapatitos de palo* — dije al doctor, valiéndome de una expresión del país del cual me hablaba y que también es el mío.

—¡El era quien se la había llevado!

—Pues bien, de ningún modo — dijo el doctor; — era mucho más gordo que eso. Nunca sospecharía V. lo que era...

Aparte de que, sobre todo en provincias, un raptó no es una cosa fácil desde el punto de vista del secreto; el conde de Savigny no se había movido desde su boda del castillo de Savigny.

A sabiendas de todo el mundo, vivía en la intimidad de un matrimonio que parecía una luna de miel indefinidamente prolongada; y como todo se cita y se anota en provincias, citábase y se anotaba á Savigny como uno de esos maridos á quienes, por lo escasos, hay que quemarlos (gracia provinciana) para arrojar sus cenizas á los demás. Sabe Dios cuánto tiempo me hubiera visto yo mismo engañado por aquella reputación, si un día — más de un año después de haber desaparecido Altaclara Stassin — no hubiese sido llamado con urgencia al castillo de Savigny, donde estaba enferma la castellana. Partí inmediatamente, y en cuanto llegué me introdujeron en el aposento de la condesa, quien efectivamente estaba muy delicada, con una enfermedad vaga y complicada, más peligrosa que una enfermedad bien caracterizada. Era una de esas mujeres de antigua estirpe agotada, elegante, distinguida, altanera y que, desde el fondo de su palidez y de su demacración, parecen decir: «¡Estoy vencida por el tiempo, como mi raza; me muero, mas os desprecio!» Y lléveme el diablo si, por plebeyo que sea y por más que esto resulte poco filosófico, no puedo por menos de encontrarlo hermoso. La condesa estaba echada en

un lecho de descanso, en una especie de locutorio de viguetas negras y paredes blancas, muy espacioso, muy alto y adornado con objetos de arte antiguo que hacían el mayor honor al buen gusto de los condes de Savigny. Una sola lámpara alumbraba aquel gran aposento, y su luz, más misteriosa por la pantalla verde que la velaba, caía sobre el rostro de la condesa, con los pómulos abrasados por la fiebre. Llevaba ya algunos días de estar enferma, y Savigny había hecho poner una cama pequeña en el locutorio, junto al lecho de su muy amada mitad, para velarla mejor. Había tomado el partido de mandarme llamar, cuando la fiebre, más tenaz que todos sus cuidados, había manifestado un encarnizamiento con que él no contaba. Veíasele allí, de pie, de espaldas al fuego, con aire sombrío y desasegado, hasta el punto de hacerme creer que amaba apasionadamente á su mujer y que la creía en peligro. Pero la inquietud que abrumaba su frente no era para ella, sino para otra de quien no sospechaba yo que estuviese en el castillo de Savigny, y la vista de la cual me asombró hasta deslumbrarme. ¡Era Altaclara!

—¡Demonio! ¡Vaya un atrevimiento! —dije al doctor.

—¡Tan atrevido era el caso, que creí soñar al verla!—prosiguió.—La condesa había rogado que llamase á su doncella, á quien antes de mi llegada había pedido una poción que precisamente acababa yo de aconsejarla; y algunos segundos después, habíase abierto la puerta.

—Eulalia, ¿y mi poción?—dijo con tono breve la condesa, impaciente.

—Aquí está, señora—contestó una voz que creí reconocer; y no bien hubo llegado á mis oídos, cuando vi destacarse de la sombra que bañaba el ámbito profundo del locutorio, y adelantarse al borde del círculo luminoso trazado por la lámpara en torno del lecho, á Altaclara Stassin—¡sí, Altaclara misma!—llevando en sus hermosas manos una bandeja de plata, encima de la cual humeaba la poción pedida por la condesa. ¡Aquello dejaba atónito! ¡Eulalia!... Por fortuna, ese nombre de Eulalia, pronunciado tan naturalmente, me lo dijo todo; y fué como el golpe de un martillo de hielo con el cual recobré la sangre fría que iba á perder, y que me hizo volver á mi actitud pasiva de médico y de observador. ¡Altaclara, convertida en Eulalia y en doncella de la condesa de Savigny!... Era completo su disfraz, dado que una mujer semejante pudiera disfrazarse. Llevaba el traje de las modistillas de la ciudad de V...., su cofia parecida á un casco y sus largos tirabuzones de pelo caídos á lo largo de las mejillas—esas especies de tirabuzones que los predicadores de la época llamaban serpientes, para desviar de ellos á las chicas guapas, sin haberlo conseguido nunca.—Y allí estaba ella, con una hermosura llena de reserva y una nobleza de ojos bajos, en prueba de que esas serpientes de hembras hacen cuanto quieren de sus satánicos cuerpos, cuando tienen en ello el más pequeño interés... Habiéndome repuesto de la impresión,

y seguro de mí mismo como un hombre que acababa de morderse la lengua para no dejar escapar un grito de sorpresa, tuve, sin embargo, la pequeña debilidad de querer mostrar á aquella moza audaz que yo la conocía. Y mientras que la condesa se bebía la poción, con la frente en la taza, clavé mis ojos en los suyos como si hubiese metido dos garfios en ellos; pero sus ojos—de corza aquella noche, por su dulzura—estuvieron más firmes que los de la pantera á quien, hace un momento, acaba de obligar á bajarlos. No pestañeó. Sólo un leve temblor, casi imperceptible, había pasado por las manos que sostenían la bandeja. La condesa bebía muy despacio, y cuando hubo concluido, dijo:

—Está bien, lléveselo.

Y Altaclara Eulalia se volvió, con aquel garbo que hubiera yo reconocido entre las veinte mil garbosidades de las hijas de Asuero, y se llevó la bandeja. Confieso que me quedé un instante sin mirar al conde de Savigny, porque comprendí lo que mi mirada pudiera ser para él en semejante momento; pero cuando me arriesgué á hacerlo, hallé la suya intensamente fija en mí; y entonces pasó de la más horrible ansiedad á la expresión del que se queda tranquilo. Acababa de ver que *yo había visto*, pero veía también que *yo no quería ver nada* de lo que había visto, y respiraba. Estaba seguro de una impenetrable discreción, que probablemente explicaría (lo cual me era igual) por el interés del médico en no perder un cliente como él; mien-

tras que sólo había allí el interés del observador que no deseaba que le cerrasen la puerta de una casa donde, ignorándolo toda la tierra, había tales cosas que observar.

Y me volví á casa, punto en boca, resuelto á no decir á nadie una palabra de aquello que nadie sospechaba en el país. ¡Ah! Los placeres del observador, esos goces impersonales y solitarios del observador, que siempre he colocado por encima de todos los demás, iba á poder disfrutarlos de lleno, en aquel rincón de la campiña, en aquel vetusto castillo aislado, donde podía ir como médico cuando gustase. Satisfecho Savigny de verse libre de una inquietud, me había dicho: «Doctor, hasta nueva orden, venga V. todos los días.» Así, pues, podría estudiar con tanto interés y constancia como si fuese una enfermedad, el misterio de una situación que de contársela á cualquiera, le hubiese parecido imposible... Y como ya, desde el primer día en que lo entreví, ese misterio excitó mis facultades inductivas, que son el palo de ciego del sabio y sobre todo del médico en la pertinaz curiosidad de sus indagaciones, comencé inmediatamente á razonar aquella situación para aclararla... ¿Desde cuánto tiempo existía?... ¿Data de la desaparición de Altaclara?... ¿Hacía ya más de un año que duraba la cosa, y que Altaclara era doncella de la condesa de Savigny?... ¿Cómo, excepto yo, á quien habían tenido que llamar, nadie había visto lo que vi yo tan fácil y prontamente?... Todas estas preguntas mon-

taron á caballo y fueron á la grupa conmigo á la ciudad de V...., acompañadas por otras muchas que saltaron y recogí en mi camino. Verdad es que el conde y la condesa de Savigny, que pasaban por adorarse, vivían bastante retirados de todo género de sociedad. Pero á la postre, podía presentarse de tarde en tarde alguna visita en el castillo. Verdad es también que si la visita era de hombres, podía no presentarse Altaclara. Y si era una visita de mujeres, la mayor parte de las de la ciudad de V.... no la habían visto bastante bien para conocer á aquella joven bloqueada durante años por sus lecciones en el fondo de una sala de armas, y que vista de lejos, á caballo ó en la iglesia, llevaba á propósito velos muy densos; porque ya le he dicho á V. que Altaclara había tenido siempre aquella altivez de las personas muy altivas á quienes ofende el exceso de curiosidad y que se ocultan tanto más cuando comprenden que son blanco de muchas miradas. En cuanto á la servidumbre de Savigny, con la cual veíase obligada á vivir, aunque fuesen de V....—y quizá no lo eran—no la conocían... Así contestaba yo, al trote, aquellas primeras preguntas, que al cabo de cierto tiempo y de cierto camino encontraban sus respuestas; y antes de haberme apeado de la silla había construido ya todo un edificio de suposiciones, más ó menos plausibles, para explicar lo que hubiera sido inexplicable para quien no fuese como yo un razonador. Lo único que acaso no me explicaba tan bien es cómo la esplendorosa hermosu-

ra de Altaclara no había sido obstáculo para entrar al servicio de la condesa de Savigny, que amaba á su marido y que debía estar celosa de él. Pero, aparte de que las patricias de V...., tan altivas por lo menos como las mujeres de los paladines de Carlomagno, no suponían (grave error, pero no habían leído *El Casamiento de Figaro*) que la más hermosa doncella de labor fuese para sus maridos más de lo que para ellas era el más guapo lacayo, acabé por decirme, al quitar del estribo el pie, que la condesa de Savigny tendría sus razones para creerse amada, y que después de todo si la entraban dudas, el mocetón de Savigny era lo suficiente robusto para aumentar el número de esas razones.

—¡Jem!—dije escépticamente al doctor, á quien no pude por menos de interrumpir.—Todo eso es muy bonito y está muy bien, mi querido doctor, pero no evitaba á la situación su imprudencia.

—¡Claro que no! Pero, ¿y si la imprudencia misma era lo que creaba la situación?—repuso ese gran conocedor de la naturaleza humana.—Hay pasiones que la imprudencia enciende y que no existirían sin el riesgo que provocan. En el siglo xvi, siglo tan apasionado como puede serlo una época, la más magnífica causa de amor era el peligro del amor mismo. Al salir de los brazos de una querida, se arriesgaba ser cosido á puñaladas; ó el marido envenenaba al amante con el camisón de su mujer, besado por éste y encima del cual había hecho todos los dispara-

tes de costumbre; y muy lejos de espantar al amor, ese peligro incesante era su incentivo, lo encendía y hacíalo irresistible. En nuestras ramplonas costumbres modernas, en que la ley ha reemplazado á la pasión, es evidente que el artículo del Código (1) que se aplica al marido culpable — como dice groseramente la ley — de «tener manceba dentro de la casa conyugal» es un riesgo bastante innoble; pero por lo mismo que es innoble, este riesgo es tanto mayor para las almas nobles; y exponiéndose á él Savigny, encontraba quizá en eso la única ansiosa voluptuosidad que embriaga verdaderamente á las almas fuertes.

Puede V. creerlo, al día siguiente estaba yo temprano en el castillo; pero ni ese día, ni los siguientes, vi nada que no fuese la marcha regular de todas las casas donde todo es normal. Por parte de la enferma, ni del conde, ni aun de la falsa Eulalia, que desempeñaba naturalmente su servicio como si se hubiese educado exclusivamente para eso, no advertí ninguna cosa que

(1) Según el art. 452 del Código penal, «el marido que tuviere manceba dentro de la casa conyugal, ó fuera de ella con escándalo, será castigado con la pena de prisión correccional en sus grados mínimo y medio (de seis meses y un día á cuatro años y dos meses); la manceba será castigada con la de destierro (de seis meses y un día á seis años)». Según sentencia del Tribunal Supremo (3 de Abril de 1884), la *casa conyugal* es la del marido, aunque no viviere en ella la mujer, en tanto que no hubiere disolución *legal* del matrimonio, y la ausencia de la mujer sea *voluntaria* y accidental, cualquiera que fuere la duración de ella.—(N. DEL T.)

pudiera informarme del secreto que había sorprendido. Lo que había de cierto es que el conde de Savigny y Altaclara Stassin representaban la más escandalosamente desvergonzada de las comedias, con la sencillez de actores consumados, y que se entendían para representarla. Pero lo que no resultaba tan seguro, y lo que deseaba yo saber ante todo, es si la condesa estaba realmente engañada por ellos, y en el caso de que lo estuviese, si sería posible que lo estuviera por mucho tiempo. Así, pues, reconcentré mi atención en la condesa. Tuve tanto menos trabajo para observarla, cuanto que era mi enferma, y, por el hecho de su enfermedad, el punto de mira de mis observaciones. Como ya le he dicho á V., era una verdadera mujer de la ciudad de V...., que no sabía *nada de nada* sino esto: que era noble, y que fuera de la aristocracia, la sociedad no era digna de una mirada... El sentimiento de su nobleza es la única pasión de las mujeres de V...., en la clase alta y en todas las clases, muy poco apasionadas. La señorita Delfina de Cantor, educada en las Benedictinas, donde se había aburrido horriblemente, sin vocación religiosa de ningún género, había salido de allí para aburrirse también en el seno de su familia; hasta el momento en que se casó con el conde de Savigny, á quien amó ó creyó amar con la facilidad de las jóvenes para amar al primer hombre que las presentan. Era una mujer blanca, floja de carnes pero dura de huesos, con tinte de leche en que sobrenadaran partículas de salvado, por-

que las pequeñas pecas de que estaba salpicada su piel eran de cierto más oscuras que sus cabellos, de un rubio muy pálido. Cuando me alargó su brazo incoloro, con venas como de nácar azulado, una muñeca fina y de raza, donde el pulso en estado normal latía con languidez, me produjo el efecto de haber venido al mundo y sido creada para ser víctima... hecha polvo bajo las plantas de aquella altiva Altaclara, que se había doblegado ante ella hasta el papel de sirvienta doméstica. Sólo que esa idea que nacía al pronto al mirarla, era contrariada en el extremo de aquella cara flaca por una barbilla levantada—á lo Fulvia en las medallas romanas—en la parte inferior de aquel rostro ajado, y también por una frente abombada tenazmente bajo aquel cabello sin brillo. Todo eso concluía por turbar el juicio. En cuanto á las plantas de Altaclara, quizá *de allí* vendría el obstáculo; siendo imposible que una situación como la que entreveía yo en aquella casa—á la sazón tan tranquila—no viniese á parar á algún estallido horrible... En vista de ese futuro estallido, me puse á auscultar doblemente á aquella exigua mujer, que no podía continuar siendo mucho tiempo un arca cerrada para su médico. Quien confiesa al cuerpo, pronto penetra en el corazón. Si había causas morales ó inmorales para el sufrimiento actual de la condesa, por más que se empeñase en hacerse una pelota conmigo y tragarse sus impresiones y pensamientos, no tendría más remedio que soltarlos. Esto es lo que yo me decía,

pero puede V. creerme que en vano la di vueltas y revueltas con mi garra de médico. Al cabo de algunos días me convencí de que no tenía la menor sospecha de la complicidad de su marido y de Altaclara en el delito doméstico de que su casa era silencioso y discreto teatro... ¿Era por su parte falta de sagacidad, ó carencia de sentimientos celosos? ¿Qué era?... Tenía una reserva un poco altiva con todo el mundo, excepto con su marido. Con aquella falsa Eulalia que la servía, era imperiosa, pero dulce. Esto puede parecer contradictorio, pero no lo es, sino nada más que una verdad. Tenía el mando breve, pero que nunca levanta la voz, de toda mujer hecha para ser obedecida y que está segura de serlo... Lo era admirablemente. Eulalia, esa tremenda Eulalia, introducida, deslizada no sé cómo junto á ella, la rodeaba de esos cuidados que terminan en el preciso momento antes de trocarse en una molestia para quien los recibe; y demostraba en los detalles de su servicio una flexibilidad y una inteligencia del carácter de su señora que dependía del genio de la voluntad como del genio del entendimiento... Hasta concluir por hablar á la condesa de aquella Eulalia, á quien veía con tanta naturalidad circular en torno de ella durante mis visitas y que me daba frío en la espalda, como lo daría una serpiente á quien se viera desenroscarse y extenderse, sin hacer el menor ruido, acercándose á la cama de una mujer dormida... Una tarde que la condesa mandó que fuese en busca de no recuerdo qué, aprove,

ché la ocasión de su salida y de la rapidez de sus andares, para arriesgar una frase que tal vez hiciese luz:

— ¡Qué pasos de terciopelo! — dije mirándola salir. — Señora condesa, tiene V. una doncella de muy agradable servicio, según creo. ¿Me permite V. que la pregunte dónde la ha tomado? ¿Es de V...., por casualidad, esa muchacha?...

— Sí, me sirve muy bien — respondió con indiferencia la condesa, mirándose en un espejito de mano con marco de terciopelo verde y plumas de pavo real, con ese aire impertinente que se tiene siempre que uno se preocupa de otra cosa diversa de la que á uno le dicen. — Estoy contenta de ella hasta más no poder. No es de V....; pero en cuanto á decirle á V. de dónde es, yo no sé nada. Si tiene V. curiosidad de saberlo, doctor, pregúnteselo á Savigny, porque él fué quien me la trajo á poco tiempo de casarnos. Al presentármela, me dijo que había servido en casa de una vieja prima de él, recién fallecida, y que se había quedado sin acomodo. La tomé con confianza, y no me arrepiento de ello. Es la flor y nata de las doncellas de servicio. No creo que tenga ni un defecto.

— Pues yo le conozco uno, señora condesa — dije, aparentando hablar en serio.

— ¡Ah! ¿Y cuál? — contestó con languidez, sin importarle lo que decía y sin dejar de mirarse en el espejito, donde estudiaba con atención la palidez de sus labios.

— Que es en extremo guapa — res-

pondí—guapísima, realmente, para una doncella de labor. El día menos pensado se la roban á V.

—¿Lo cree V. así?—exclamó, sin dejar de mirarse y sin hacer caso de lo que yo decía.

— Y tal vez sea un hombre distinguido y de la sociedad de Vds. quien se enamorique de ella. Es lo suficiente hermosa para hacer perder la cabeza á un duque.

Medí mis palabras al pronunciarlas. Era introducir la sonda; pero si no tropezaba con nada, no podía introducirla otra vez.

—No hay ningún duque en V....,— respondió la condesa, cuya frente permaneció tan tersa como el espejo que tenía en la mano. Y alisándose una de las cejas, añadió:—Por supuesto, todas esas muchachas, cuando quieren marcharse, no se lo impide el afecto que se les tenga. Eulalia es un encanto en el servir, pero abusaría como las demás del cariño que le profesaran, y me guardo bien de no apegarme á ella.

Y aquel día no se habló más de Eulalia. La condesa estaba completamente engañada. Por supuesto, ¿quién no lo hubiera estado? Yo mismo, había momentos en que estaba tentado por creer en Eulalia, cuando desde un principio había conocido á aquella Altaclara, vista por mí tantas veces á la distancia de la longitud de una espada en la sala de armas de su padre. Savigny, que hubiera debido tener aún más que ella, tenía mucha menos libertad, facilidad y naturalidad para



la mentira; pero ella, ¡ah! ella movía-se y vivía allí como el pez en el agua. Preciso era que le amase, y de muy extraño modo, para hacer lo que hacía, para haber plantado de golpe y porrazo una existencia excepcional que podía halagar su vanidad, fijando en ella las miradas de una ciudad pequeña — para ella el universo — donde más tarde podía hallar entre los jóvenes, admiradores y adoradores suyos, alguien que se casase con ella por amor y la introdujese en aquella sociedad más elevada, de la cual sólo á los hombres conocía. El, el amante, ponía muchísimo menos que ella en el juego; en materia de sacrificios, ocupaba la posición inferior. Su orgullo de hombre debía de sufrir al no poder ahorrar á su querida la indignidad de una situación humillante. En todo eso, hasta había una inconsecuencia con el carácter impetuoso que se atribuía á Savigny. Si amaba á Altaclara hasta el punto de sacrificar por ella á su joven mujer, hubiera podido llevársela é irse á vivir con ella en Italia (esto se hacía ya muy bien por aquel tiempo), sin pasar por las vergüenzas de un concubinato indigno y oculto. ¿Era él quien amaba menos?... ¿Se dejaba más bien amar por Altaclara, amar por ella más de lo que la amaba él?... ¿Había sido ella quien, por sí misma, había venido á forzarle hasta bajo las guardas del domicilio conyugal? Y encontrando él audaz y picante la aventura, ¿dejaba obrar á aquella Putifar de nueva especie, que á todas horas le avivaba la tentación?... Lo que yo

veía no me informaba mucho acerca de Savigny y de Altaclara... Claro es que eran cómplices de un adulterio; pero, ¿cuáles eran los sentimientos que había en el fondo de ese adulterio?... ¿Cuál era la situación respectiva de esos dos seres, uno respecto del otro?... Tenía empeño en despejar esa incógnita de mi problema. Savigny era inmejorable con su mujer; pero cuando estaba delante Altaclara-Eulalia, para mí que le miraba con el rabillo del ojo, tenía precauciones, indicio de un ánimo muy poco tranquilo. Cuando, en las insignificancias diarias de la vida, pedía un libro, un periódico, un objeto cualquiera á la doncella de su mujer, tenía unas maneras de tomar ese objeto que se lo hubiesen revelado todo á otra mujer que no fuese aquella colegiala educada por las Benedictinas y con la cual se había casado... Veíase que su mano tenía miedo de tropezarse con la de Altaclara, como si al tocársela por casualidad le hubiese sido imposible no cogérsela. Altaclara no tenía esos apuros, esas precauciones de miedo... Tentadora como lo son todas — que tentarían á Dios en el cielo, si lo hubiese, y al diablo en el infierno — parecía querer incitar á un tiempo el deseo y el peligro. La vi una ó dos veces, el día en que mi visita llegaba durante la comida, que Savigny tomaba piadosamente junto á la cama de su mujer. Ella era quien servía, pues los demás criados no entraban nunca en las habitaciones de la condesa. Para poner los platos, tenía que

inclinarse un poco por encima del hombro de Savigny, y la sorprendí cómo al ponerlos rozaba con lo más saliente del corpiño la nuca y las orejas del conde, quien se ponía muy pálido y miraba si le veía su mujer. ¡A fe mía! aún era yo joven por aquel tiempo, y el barullo de las moléculas en el organismo — que llaman violencia de las sensaciones — me parecía la única cosa que mereciese la pena de vivir. Por eso me imaginaba que debía de haber deliciosos goces en aquel amancebamiento á escondidas con una falsa sirviente, ante los engañados ojos de una mujer que podía adivinarlo todo. ¡En aquel momento comprendí el concubinato en el domicilio conyugal de que habla ese viejo ñoño de Código!

Pero, excepto las palideces y zozobras de Savigny, no veía nada de la novela que hacían entre ellos, mientras llegaban el drama y la catástrofe... inevitables, á mi parecer. ¿A dónde habían llegado los dos? Ese era el secreto de su novela, que yo quería arrancar. Apoderábase de mi pensamiento como la garra de esfinge de un problema; y llegó á ser tan fuerte aquello, que de la observación descendí al espionaje, que no es más que observación á toda costa. Una afición desmedida pronto nos pervierte... Para saber lo que ignoraba, me permití muchas pequeñas bajezas muy indignas de mí, juzgándolas como tales; y, sin embargo, me las permití. ¡Ah, querido, la costumbre de la sonda! La introducía en todas partes. Cuando en mis visitas

al castillo llevaba mi caballo á la cuadra, tiraba de la lengua á los criados acerca de los amos, sin aparentarlo. Polizonteaba (no me escatimo la palabra) por cuenta de mi propia curiosidad. Pero la servidumbre estaba tan engañada como la condesa. Tomaban de muy buena fe á Altaclara por uno de los suyos, y mi curiosidad se hubiera visto defraudada á no ser por una casualidad que, como siempre, hizo mucho más, de una vez, que todas mis combinaciones y me enseñó más que todos mis espionajes.

Llevaba más de dos meses yendo á ver á la condesa, cuya salud no mejoraba y que presentaba cada vez más los síntomas de ese debilitamiento tan común ahora, y que los médicos de este tiempo enervado designan con el nombre de anemia. Savigny y Altaclara seguían representando con la misma perfección la difícilísima comedia que mi llegada y mi presencia en aquel castillo no habían desconcertado. Sin embargo, hubiérase dicho que había un poco de fatiga en los actores. Serlon había enflaquecido, y había oído yo decir en la ciudad: «¡Qué buen marido es ese señor de Savigny! Está cambiadísimo desde la enfermedad de su mujer. ¡Qué cosa tan hermosa es el amarse!» Altaclara, de hermosura inmóvil, tenía los ojos fatigados, pero no con la fatiga de las lágrimas, porque esos ojos tal vez no hayan llorado jamás en su vida; sino que lo estaban como cuando se ha velado mucho, y no por eso dejaban de brillar más ardientes desde el fondo de su círculo violáceo. Aquel

enflaquecimiento de Savigny y aquellas ojeras de Altaclara podían provenir de otra cosa muy diferente que de la vida de compresión que se habían impuesto. ¡Podían proceder de tantas cosas, en aquel medio subterráneamente volcánico! Estaba yo mirando esas señales traicioneras en sus caras, interrogándome en voz baja y no sabiendo muy bien qué responderme, cuando un día que salí á hacer mi visita de médico por los alrededores, regresé de noche por Savigny. Mi intención era entrar en el castillo como de costumbre; pero un parto laboriosísimo de una mujer del campo me había detenido hasta muy tarde, y cuando pasé junto al castillo era una hora demasiado intempestiva para poder entrar en él. Ni siquiera sabía qué hora era; se me había parado el reloj de caza. Pero la luna, que había comenzado á bajar el arco descendente de su curva en el cielo, marcaba un poco más de media noche en aquella vasta esfera azul, y casi tocaba con el cuerno inferior la copa de los altos pinabetes de Savigny, detrás de los cuales iba á desaparecer... ¿Ha ido V. alguna vez á Savigny?—dijo el doctor, interrumpiéndose de pronto y dirigiéndose á mí. Y al hacerle una seña afirmativa con la cabeza, prosiguió:—¿Sí? Pues bien, ya sabe V.: para tomar el camino que conduce en derechura á la ciudad de V..., hay que entrar en ese bosque de pinabetes y pasar á lo largo de los muros del castillo, doblándolo como un cabo. De pronto, en la espesura de aquel bosque oscuro donde no se veía gota ni se

oía el más pequeño ruido, percibí uno que me pareció el de una pala de lavar—la pala de alguna pobre mujer, ocupada durante el día en las labores del campo, y que aprovechaba la claridad de la luna para lavar la ropa blanca en algún lavadero ó en alguna charca... Al avanzar hacia el castillo, mezclóse con aquel golpeteo regular otro ruido que me ilustró acerca de la naturaleza del primero: era un traquetear de espadas que se entrechocan, se rozan entre sí, se incitan. Ya sabe V. cómo se oye todo entre el silencio y el aire sutil de la noche, cómo los menores ruidos se distinguen con singular precisión. Sin caberme ningún género de duda, oía el roce animado de los aceros. Cruzó una idea por mi mente; pero cuando desde el bosque de pinabetes desemboqué en el castillo, bañado por la pálida luna y que tenía abierta una ventana, dije, admirando la fuerza de los gustos y de los hábitos:

—¡Caramba, continúan de esta manera haciéndose el amor!

Era evidente que Serlon y Altaclara eran quienes esgrimían las armas á aquellas horas. Oíanse las espadas como si se les viese á ellos. Lo que había yo tomado por el ruido de palas de lavar, eran los *desplantes* de los tiradores. La ventana abierta correspondía al pabellón, de los cuatro, más lejano de aquel donde estaba el dormitorio de la condesa. El castillo dormido, triste y blanco bajo la luna, estaba como una cosa muerta... Todo era silencio y oscuridad, excepto en aquel pabellón elegido de propósito, y cuyo balcón, pró-

visto de barandilla, tenía persianas á medio cerrar; de esas persianas entreabiertas y rayadas de luz encima de la baranda del balcón, era de donde procedía el doble ruido de los desplantes de los pies y del rechinamiento de los floretes. Era tan claro, llegaba con tanta limpieza al oído, que prejuzgué con fundamento, como verá V., que teniendo muchísimo calor (estábamos en el mes de Julio), habían abierto las contraventanas del balcón detrás de las persianas. Había parado el caballo en la linde del bosque, escuchando su combate que parecía muy vivo, interesándome ese asalto de esgrima entre amantes que se habían conocido con las armas en la mano y que continuaban amándose así, cuando al cabo de cierto tiempo cesaron el crujir de los floretes y el golpetear de los pies en los desplantes. Empujaron las persianas del balcón, que se abrieron, y apenas si tuve tiempo de hacer retroceder mi caballo hasta lo oscuro del bosque de pinabetes, para que no me viesen en aquella clara noche. Serlon y Altaclara pusiéronse de codos en la barandilla de hierro del balcón, donde los veía yo á las mil maravillas. La luna se ocultó detrás del bosquecillo; pero la luz de un candelabro, que se veía detrás de ellos dentro de la habitación, ponía de relieve los contornos de ambos. Altaclara iba vestida—si eso puede llamarse estar vestida—como la había visto tantas veces dando lecciones, con aquel justillo de esgrima de gamuza que formaba como una coraza, y los muslos y piernas

modelados por aquel calzón de punto de seda que ceñía tan justas sus formas musculosas. Savigny llevaba casi la misma vestimenta. Esbeltos y robustos ambos, aparecían destacándose del fondo luminoso que los recuadraba, como dos hermosas estatuas de la juventud y de la fuerza. Acaba V. de admirar en este jardín la orgullosa hermosura de uno y otro, que los años no han destruido aún. Pues bien, sírvale á V. eso para formarse una idea de la magnificencia de la pareja que vi entonces en aquel balcón, con aquellos trajes ajustados que parecían una desnudez. Hablaban, apoyados en la baranda, pero con voz harto baja para que pudiese oír sus palabras; pero las actitudes de sus cuerpos las decían por ellos mismos. Hubo un momento en que Savigny dejó caer apasionadamente el brazo alrededor de aquel talle de amazona, que parecía hecho para todas las resistencias y que no hizo ninguna... Y la orgullosa Altaclara, suspendiéndose casi al mismo tiempo del cuello de Serlon, formaron los dos aquel célebre y voluptuoso grupo de Canova que está en la memoria de todos; y permanecieron así esculpidos boca con boca, á fe mía, todo el tiempo necesario para beber cada uno, sin interrumpirse ni alentar, lo menos una botella de besos. Aquello duró muy bien sus sesenta pulsaciones contadas en este pulso que iba más deprisa que ahora, y que con aquel espectáculo latió con más rapidez aún...

Cuando, siempre entrelazados, se

hubieron metido en la habitación, cuyas grandes cortinas opacas bajaron, me salí del bosque y dije para mis adentros: «¡Oh! El día menos pensado tendrán que confiarse á mí, pues no serán ellos solos los que tendrán que ocultar.» Al ver aquellas caricias y aquella intimidad, que me lo revelaban todo, saqué las consecuencias como médico. Pero su mismo ardor tenía que engañar mis previsiones. Sabe V. como yo que las parejas que se aman demasiado (el cínico doctor dijo otras palabras), no hacen hijos. El siguiente día fui por la mañana á Savigny. Encontré á Altaclara convertida otra vez en Eulalia, sentada junto al alféizar de una de las ventanas del largo corredor que conducía al dormitorio de su señora, con un montón de ropa blanca y de trapos encima de una silla delante de ella, ocupada en cortar y coser ¡la que tiraba á la espada por la noche! «¿Cómo ha de figurárselo?» pensé al verla con su delantal blanco y con aquellas formas, que había visto como si estuviesen desnudas dentro del marco luminoso del balcón, anegadas entonces entre los pliegues de una falda que no podía sepultarlas... Pasé de largo sin hablarla, pues la hablaba lo menos posible, no queriendo aparentar con ella saber lo que yo sabía y que tal vez se hubiera filtrado á través de mi voz ó de mis miradas. Sentíame menos cómico que ella, y me temía á mí mismo... Por lo común, cuando pasaba yo á lo largo de ese pasillo donde trabajaba ella siempre, cuando no estaba de servicio

junto á la condesa, me oía venir tan bien, tan seguro de que era yo, que nunca levantaba la cabeza. Seguía inclinada con su casco de batista almidonada ó con esa otra cofia normanda que también llevaba ciertos días y que se asemeja á la toca de Isabel de Baviera, con los ojos puestos en la labor y veladas las mejillas por los largos tirabuzones de un negro azulado que colgaban sobre su óvalo pálido, sin ofrecer á mi vista sino la curva de una nuca esfumada por abundantes ricitos que se retorcián allí como los deseos que engendraban. En Altaclara, lo verdaderamente magnífico es el animal. Ninguna mujer ha tenido quizá en más alto grado que ella ese género de hermosura. Los hombres, que entre ellos se lo dicen todo, se habían fijado á menudo en ella. Cuando daba lecciones en V..., los hombres la llamaban entre ellos la señorita Esaú... El diablo enseña á las mujeres lo que son, ó más bien se lo enseñarían ellas al diablo, si éste pudiera ignorarlo... Por poco coqueta que fuese Altaclara, sin embargo, cuando se la hablaba, tenía al escuchar cierta manera de cojer y arrollar en torno de los dedos aquella pelambarrera rizada y espesa del cuello, aquellas sortijillas rebeldes al peine que había alisado el moño, y cada una de las cuales basta para *turbar el alma*, como dice la Biblia. ¡Bien sabía ella las ideas que engendraba ese juego! Pero, á la sazón, desde que era doncella de servicio, ni una sola vez la había visto permitirse ese ademán de la potencia jugando con las

llamas, ni aun cuando miraba á Savigny.

Querido, mi paréntesis es largo; pero importa en mi historia todo cuanto le haga conocer á V. bien lo que era Altaclara... Aquel día vióse obligada á levantarse y venir á enseñarme su rostro, porque la condesa la llamó mandándola que me diese el tintero y papel que necesitaba yo para una receta, y se me aproximó. Acercóseme, con el dedal de acero en el dedo, sin tener tiempo de quitárselo, habiendo clavado la aguja enhebrada en su provocativa pechera, donde había prendidas otras muchas muy juntas y que la embellecían con su acero. Hasta el acero de las agujas decía bien á aquel demonio de muchacha, hecha para el acero, y que en la Edad Media hubiera llevado coraza. Permaneció de pie mientras que yo escribía, presentándome el tintero con ese noble y flexible movimiento de los antebrazos, que la costumbre de tirar á las armas le había comunicado más que á nadie. Cuando hube concluido, levanté los ojos y la miré, por disimular mejor, y vi su rostro fatigado por lo que había hecho de noche. Savigny, que no estaba presente cuando había yo llegado, entró de pronto. Estaba mucho más fatigado que ella... Me habló del estado de la condesa, que no recobraba la salud, como hablaría un hombre impaciente porque no se curase. Tenía el tono amargo, violento, contraído del hombre impaciente; iba y venía al hablar. Le miré fríamente, hallando la cosa demasiado fuerte, y pareciéndome

un poco inconveniente ese tono napoleónico conmigo. Y pensé con insolencia: «Pues como curase yo á tu mujer, no tendrías asaltos de florete y de amor toda la noche con tu querida.» Hubiera podido traerle al sentimiento de la realidad y de la cortesía que olvidaba, plantarle debajo de las narices, si me hubiese dado gana, las sales inglesas de una buena contestación. Me limité á mirarle. Hacíase más interesante que nunca para mí, pues era evidente que representaba más que nunca una comedia.

Y el doctor se detuvo de nuevo. Metió el pulgar y el índice en la tabaquera de plata labrada á torno y aspiró un polvo de *macoubac*, como tenía la costumbre de llamar pomposamente á su rapé. Me pareció á su vez tan interesante, que no le hice ninguna observación, ninguna. Y después de sorberse el polvo y pasarse el dedo hecho un gancho por la curva de su ávida nariz de pico de loro, prosiguió:

— ¡Oh! Como impaciente lo estaba de veras; pero no porque su mujer no se curase, aquella mujer á la cual era infiel con tanto empeño. ¡Qué diablo! Quien se amancebaba con una criada en su propia casa, no se podía encolezir porque no se curaba su mujer. Curada ésta, ¿no hubiera sido más difícil el adulterio? Pero es lo cierto, sin embargo, que la duración de aquella enfermedad sin fin le aburría, le atacaba á los nervios. ¿Había pensado que sería menos larga? Y de entonces acá, cuando he pensado en ello, me he dicho que quizá de aquel momento da-

taría la idea de concluir, ya se le ocurriese á él ó á ella ó á los dos, puesto que ni la enfermedad ni el médico concluían la cosa...

—¡Qué, doctor! ¿Acaso ellos la...?

No acabé la frase; de tal modo me cortó la palabra la idea que se me había ocurrido.

Bajó la cabeza mirándome, tan trágico como la estatua del Comendador cuando acepta la cena; y despacio, en voz baja, respondiendo á mi pensamiento, contestó:

—¡Sí! Por lo menos, á pocos días de eso, toda la comarca supo con terror que la condesa había muerto envenenada...

— ¡Envenenada! — exclamé interrumpiéndole.

—...Por su doncella Eulalia, que habiendo tomado un frasco por otro, decíase que había hecho tragar á su señora una botella de tinta doble, en lugar de una medicina que había yo recetado. Después de todo, era posible semejante equivocación. ¡Pero yo sabía que Eulalia era Altaclara! ¡Y los había visto á los dos formar en el balcón el grupo de Canova! La gente no había visto lo que yo. Al pronto, la sociedad no sufrió más que la impresión de un accidente terrible. Pero cuando, dos años después de aquella catástrofe, se supo que el conde Serlon de Savigny se casaba públicamente con *la chica de Stassin* — porque fué preciso *desembuchar* quién era la falsa Eulalia — y que iba á acostarse con ella en las sábanas aún calientes de su primera mujer, la señorita Delfina de Cantor, ¡oh!, en-

tonces hubo un rugir de trueno de sospechas en voz baja, como con miedo, de lo que se decía y se pensaba. Sólo que, en el fondo, nadie sabía nada; sólo se sabía la monstruosa alianza desigual que hizo señalar con el dedo á Savigny y lo aisló como un apestado. Por supuesto, eso bastaba. Ya sabe V. qué deshonra es, ó más bien era — porque las cosas han cambiado mucho también en aquel país — el decir de un hombre: « ¡Se ha casado con su criada! » Esta deshonra se extendió y quedóle á Serlon como una mancha. En cuanto al horrible rumor que había corrido del sospechado crimen, amortiguóse bien pronto como el de un tábano que cae cansado dentro de una rodera. Pero, sin embargo, había alguien sabedor y seguro...

—Y ese no podía ser nadie más que V., doctor — le interrumpí.

—Yo era, en efecto; pero no era yo solo. Si hubiese sido solo para saberlo, jamás hubiera tenido sino vagas luces, peores que la ignorancia... Jamás hubiera estado seguro... ¡y lo estoy! — dijo recalcando estas palabras con el aplomo de la seguridad más completa.

—Y escuche V. bien cómo lo estoy — añadió apretándome la rodilla con sus dedos nudosos, como con unas tenazas. Su historia aún me tenía más cogido que aquel sistema de articulaciones de cangrejo marino que formaba su temible mano.

—Ya comprenderá V. — continuó — que fuí el primero que supo el envenenamiento de la condesa. Culpables ó no, era preciso que me mandasen llamar,

puesto que era su médico. No se tomaron la molestia de ensillar un caballo. Un mozo de cuadra vino *en pelo* y á galope tendido á buscarme á la ciudad, desde donde le seguí también á galope hasta Savigny. Cuando llegué (¿lo habían calculado?) ya no era posible contener los estragos del envenenamiento. Serlon, con la cara desencajada, me salió al encuentro en el patio y me dijo, al sacar el pie del estribo, como si tuviese miedo de las palabras de que se valía:

—Una criada se ha equivocado. (Evitaba decir Eulalia, que todo el mundo nombraba el siguiente día.) Pero doctor ¡no es posible! ¿Es un veneno la tinta doble?...

—Eso depende de las sustancias con que estuviere hecha—respondí.—Me introdujo en el dormitorio de la condesa, desfallecida de dolores, y cuyo rostro contraído parecía un ovillo de hilo blanco caído en pintura verde... Estaba horrible así. Me sonrió espantosamente con sus labios negros y con esa sonrisa que dice á un hombre que se calla: «Ya sé lo que V. piensa.» De un vistazo busqué en el aposento á Eulalia, para saber si se hallaba presente. Hubiera querido ver su actitud en aquellos momentos. No estaba allí. Por valiente que fuese, ¿me había tenido miedo?... ¡Ah! Todavía no tenía yo más que datos inseguros...

La condesa hizo un esfuerzo al verme y se incorporó apoyándose en un codo.

—¡Ah! Ya está V. aquí, doctor—dijo.—Pero viene V. demasiado tarde.

Estoy muerta. No era al médico á quien hacía falta buscar, Serlon, sino al sacerdote. ¡Vamos! da orden de que venga, y que todo el mundo me deje á solas dos minutos con el doctor. ¡Lo exijo!

Pronunció ese *lo exijo* como jamás se lo había oído decir, como una mujer que tenía esa frente y esa barba de las cuales he hablado á V.

—¿Hasta yo?—dijo Savigny débilmente.

—Hasta tú—le respondió; y añadió con voz casi cariñosa:—Ya sabes, amigo, que las mujeres tienen pudores, sobre todo para aquellos á quienes aman.

Apenas hubo salido, cuando se produjo en ella un cambio atroz. De dulce, se trocó en fiera.

—Doctor—dijo con voz de odio—mi muerte no es un accidente, sino un crimen. ¡Serlon ama á Eulalia, y ella me ha envenenado! No le creí á V. cuando me dijo que esa muchacha era demasiado hermosa para una doncella de labor. Me equivoqué. Ama á esa malvada, á esa execrable ramera que me ha muerto. El es más culpable que ella, puesto que la ama y por ella me ha hecho traición. Desde hace algunos días, me lo han advertido las miradas que se echaban desde ambos lados de mi cama. ¡Y mucho más el horrible sabor de esa tinta con que me han envenenado!... ¡Pero me la he bebido, me la he tomado toda, á pesar de ese espantoso sabor, porque estaba muy conforme con morir! No me hable V. de contraveneno. No quiero ninguno de los remedios de V. Quiero morir.



—Entonces, ¿por qué me ha hecho V. venir, señora condesa?...

—Pues bien, oiga V. por qué—prosiguió, jadeante.—Es para decirle que ellos me han envenenado, y para que me dé V. su palabra de honor de ocultarlo. Todo esto va á producir un escándalo terrible, y es menester que no suceda eso. Es V. mi médico, y le creerán cuando hable de esta equivocación que han inventado ellos, cuando diga V. que yo no me hubiera muerto, sino que hubiera podido salvarme, si no estuviese perdida mi salud desde hace tanto tiempo. Me lo va V. á jurar, doctor...

Y como yo no respondiese, vió ella lo que se me estaba ocurriendo. Pensé que amaba á su marido hasta el punto de quererle salvar. Era la idea que se me había ocurrido, idea natural y vulgar, porque hay mujeres tan amasadas para el amor y sus abnegaciones, que no devuelven el golpe que las mata. Pero la condesa de Savigny nunca me había producido el efecto de ser una de esas mujeres.

—¡Ah, no es lo que V. se figura lo que me hace pedirle que me jure V. eso, doctor! ¡Oh, no! Odio demasiado á Serlon en este momento para no amarle aún, á pesar de su traición... ¡Pero no soy tan cobarde como para perdonarle! Me iré de esta vida, celosa de él é implacable. Pero no se trata de Serlon, doctor—prosiguió con energía, descubriéndome todo un aspecto de su carácter, que había entrevisto, pero no había penetrado en lo que tenía de más profundo.—Se trata del conde de Savigny. Cuando yo haya muerto, no

quiero que el conde de Savigny pase por asesino de su mujer. No quiero que le lleven á los tribunales, que le acusen de complicidad con ¡una criada adúltera y envenenadora! No quiero que caiga esta mancha sobre el nombre de Savigny que yo he llevado. ¡Oh, si no se tratase más que de él: es digno de todos los patíbulos! ¡A él le mordearía yo el corazón! Pero se trata de nosotros, de toda la aristocracia del país. Si fuésemos aún lo que debiéramos ser, hubiera mandado arrojar á esa Eulalia en uno de los calabozos del castillo de Savigny; ¡nunca volvería á hablarse de ella! Pero ahora ya no somos señores en nuestra casa. Ya no tenemos nuestra justicia expeditiva y muda, y no quiero por nada del mundo los escándalos y publicidades de la vuestra, doctor; prefiero dejarlos uno en brazos del otro, felices y libres de mí, y morir rabiando como muero, á pensar al morir que la nobleza de V.... tuviera la ignominia de contar en sus filas un envenenador.

Hablaba con una vibración inaudita, á pesar de los temblores entrecortados de su mandíbula inferior, que chascaba como si fuesen á romperse los dientes. ¡La conocía ya, pero continuaba estudiándola aún! Era la joven aristócrata, que no era más que eso; la joven aristócrata, más fuerte al morir que la mujer celosa. Moría como una hija de V..., la última ciudad noble de Francia. Y conmovido con eso tal vez más de lo que debiera estarlo, la prometí y juré, si no la salvaba, hacer lo que me pedía.

Y lo he hecho, querido. No la salvé. No pude salvarla: rechazó con terquedad todo remedio. Cuando murió, dije todo cuanto ella había querido que dijese, y convencí á la gente... Hace ya veinticinco años de eso... Ahora todo está sereno, silencioso, olvidado, de aquella espantosa aventura. Muchos contemporáneos han muerto. Sobre sus tumbas han brotado otras generaciones ignorantes, indiferentes; y la primera palabra que hablo acerca de esta siniestra historia es á V.

Y aun así, ha sido preciso lo que acabamos de ver para que yo se la cuente. Ha sido menester que viésemos á esos dos seres, inmutablemente hermosos á pesar del tiempo, inmutablemente felices á pesar del crimen, poderosos, apasionados, absortos en sí mismos, pasando tan soberbios por la vida como por este Jardín, semejantes á un par de esos ángeles de altar que se alzan unidos en la sombra de oro de sus cuatro alas.

Yo estaba espantado... y exclamé:

—Pero si es verdad eso que V. me está contando, doctor, la felicidad de esas personas es un horrible desorden en la creación.

—Es un desorden ó un orden, como V. guste—respondió el doctor Torty, ese ateo absoluto y también tan tranquilo como aquellos de quienes hablaba;—pero es un hecho. Son excepcional, insolentemente felices. Soy muy viejo y he visto en mi vida muchas felicidades que nó han persistido; pero ¡sólo ésta he visto tan profunda y duradera!

Y crea V. que la he estudiado, escrutado y archiescrutado. Crea V. que he buscado el bichito en esa felicidad. Dispéñeme la expresión, pero puedo decir que la he despiojado. Metí las manos y los ojos todo cuanto pude en la vida de estos dos seres, para ver si había en su pasmosa é irritante felicidad un defecto, una rotura, por pequeña que fuese, en algún sitio oculto; pero nunca he hallado sino una felicidad envidiable, y que sería una excelente y triunfante burla del diablo contra Dios, si hubiese Dios y diablo. Después de la muerte de la condesa, como puede V. figurarse, continué en buenas relaciones con Savigny. Puesto que había yo hecho nada menos que prestar el apoyo de mi afirmación á la fábula imaginada por ellos para explicar el envenenamiento, no tenían interés en apartarme de su lado, y yo lo tenía grandísimo en conocer lo que iba á seguir, lo que iban á hacer, lo que iba á ser de ellos. Estaba horripilado, pero arrostraba mis horripilaciones... Lo que siguió fué, ante todo, el luto de Savigny, el cual duró los dos años de costumbre y que llevó Savigny de un modo que confirmase la idea pública de que era el mejor de los maridos pasados, presentes y venideros... Durante esos dos años no vió absolutamente á nadie. Se enterró en su castillo con tal rigorismo de soledad, que nadie supo que había conservado en Savigny á Eulalia, la causa involuntaria de la muerte de la condesa, y á quien, sólo por el bien parecer, debió haber puesto á la puerta, aun con la

certidumbre de su inocencia. Aquella imprudencia de conservar á su lado aquella moza, después de tal catástrofe, me probaba la insensata pasión que siempre había sospechado yo en Serlon. Por eso no me quedé nada sorprendido cuando un día, al volver de una de mis expediciones de médico, me encontré á un criado en el camino de Savigny, á quien pedí noticias de lo que pasaba en el castillo y me dijo que Eulalia *seguida siempre allí...* Por la indiferencia con que me dijo esto, comprendí que entre la servidumbre del conde nadie sospechaba que Eulalia fuese su querida. «Juegan siempre ceñido—dije para mí.—Pero, ¿por qué no se van del país? El conde es rico. Puede vivir en grande en todas partes. ¿Por qué no largarse con aquel hermoso diablo con faldas (en materia de diablasas, creía yo en aquélla), que para engancharle mejor ha preferido vivir en la casa de su amante, con riesgo de todo, á ser su querida en V....., en alguna casa retirada donde ir á verla muy tranquilo á escondidas?» Había allí una segunda intención que yo no comprendía. ¿Eran tan grandes su delirio, su apetito uno de otro, que ya no veían nada de las prudencias y precauciones de la vida?... Altaclara, á quien suponía yo más fuerte que Serlon; Altaclara, á quien tenía yo por el hombre en sus relaciones de amantes, ¿quería permanecer en el castillo donde la habían visto criada de servir y habían de verla señora; y al quedarse allí, si se sabía y escandalizaba, preparar la opinión para otro escándalo

mucho más espantoso, su casamiento con el conde de Savigny? En aquel momento de mi historia, no se me había ocurrido esta idea, dado que á ella se le hubiese ocurrido. Altaclara Stassin, hija de aquel viejo maestro de armas *La Punta al cuerpo*, aquella á quien todos habíamos visto en V.... dar lecciones y *tirarse á fondo* con calzón ceñido, ¡condesa de Savigny! ¡Quita allá! ¿Quién hubiera creído en ese trastorno, en ese fin del mundo? ¡Oh, partidiez! por mi parte, creía *in petto* que continuaría adelante el amancebamiento entre esos dos altivos animales, que al primer golpe de vista habían reconocido que eran de la misma especie y se habían atrevido á cometer adulterio ante los mismos ojos de la condesa. Pero respecto al matrimonio, al matrimonio descaradamente realizado ante las narices de Dios y de los hombres; respecto á ese desafiar á la opinión de toda una comarca ultrajada en sus sentimientos y en sus costumbres, ¡palabra de honor! estaba yo á mil leguas de pensarlo. Y tan lejos estaba de ello, que cuando al cabo de los dos años de luto de Serlon se hizo bruscamente la cosa, me cayó en la cabeza el rayo de la sorpresa como si hubiese sido uno de esos imbéciles que nunca se esperan nada de lo que acontece; y los cuales en el país pusiéronse á aullar, como los perros azotados por la noche aullan en las encrucijadas.

Por supuesto, en aquellos dos años de luto de Serlon, tan estrictamente observado y que, cuando se vió su final, fué tan furiosamente calificado

de hipocresía y de bajeza, no fui mucho al castillo de Savigny... ¿Qué hubiera ido á hacer por allá?... Estaban muy bien de salud; y no necesitaban de mis servicios, hasta el momento, quizá poco lejano, en que me mandarían llamar de noche para algún parto que habría de ocultar también aún. Sin embargo, de vez en cuando me arriesgaba á hacer una visita al conde: cortesía forrada de eterna curiosidad. Serlon me recibía acá ó allá, según el caso y donde estuviese cuando iba yo. No tenía conmigo el menor apuro. Había recobrado su benevolencia. Estaba serio. Ya había notado yo que los seres felices son serios. Llevan dentro de sí con mucho cuidado su corazón, como un vaso lleno que el menor movimiento puede hacer derramar ó romperse... A pesar de su gravedad y de su vestido negro, Serlon tenía en los ojos la incoercible expresión de una inmensa felicidad. No era la expresión de alivio y tranquilizamiento la que en ellos brillaba, como en el día en que en el cuarto de su mujer conocí á Altaclara y aparenté no conocerla. ¡No, pardiez! era lisa y llanamente felicidad. Aunque en esas visitas ceremoniosas y breves sólo hablábamos de cosas superficiales y exteriores, la voz del conde de Savigny al decir las no era la misma voz que en vida de su mujer. A la sazón revelaba, por la plenitud casi ardiente de sus entonaciones, que le costaba trabajo contener sentimientos que pugnaban por salirse del pecho. En cuanto á Altaclara (siempre Eulalia, y siempre en el castillo, según

me lo había dicho el criado), estuve bastante tiempo sin volver á encontrarla. Cuando pasaba yo, no estaba ya en el pasillo donde solía situarse en vida de la condesa, trabajando junto á la ventana. Y sin embargo, la pila de ropa blanca en el mismo sitio, las tijeras, el alfiletero y el dedal puestos en el alféizar, indicaban que debía de seguir trabajando allí, en aquella silla desocupada y tibia tal vez aún, que había abandonado al oírme entrar. Recordará V. que tenía yo la fatuidad de creer que temía la penetración de mi mirada; pero ahora ya no tenía por qué temerla. Ignoraba que hubiese recibido la terrible confianza de la condesa. Con su carácter audaz y altivo, hasta debía estar contenta de poder desafiar á la sagacidad que la había adivinado. Y en efecto, lo que yo presumía era verdad; porque el día en que por fin la encontré, tenía pintada en la frente la felicidad de un modo tan radiante, que echando encima toda la botella de tinta doble con la cual había envenenado á la condesa, no se hubiera podido borrarla.

En la escalera principal del castillo fué donde la encontré por vez primera. Ella bajaba, yo subía. Bajábala ella un poco deprisa; pero, al verme, retardó su movimiento, empañándose sin duda en mostrarme fastuosamente su rostro y en mirarme de hito en hito con esos ojos capaces de hacer cerrar los de las panteras, pero que no hicieron cerrar los míos. Al bajar los peldaños de la escalera, con las faldas flotando atrás por el aire de su rápido movimiento,

parecía bajar del cielo. Estaba sublime de aspecto feliz. ¡Ah! Su aspecto estaba quince mil leguas por encima del de Serlon. No por eso dejé de pasar sin hacerla ningún ademán de cortesía; porque si Luis XIV saludaba á las camaristas en las escaleras, no eran envenenadoras. Aún era doncella aquel día, por el traje, por el tocado, por el delantal blanco; pero el aire feliz de la más triunfante y despótica señora había reemplazado á la impasibilidad de la esclava. Ese aire no ha desaparecido en ella. Acabo de volver á verla, y V. ha podido apreciarlo. Es más pasmoso que la misma hermosura de la cara en la cual resplandece. Ese aire sobrehumano del orgullo del amor feliz—que ha debido de comunicar á Serlon, quien al principio no lo tenía—al cabo de más de veinte años continúa teniéndolo aún; y no lo he visto disminuir ni velarse un instante en el rostro de esos dos extraños privilegiados de la vida. Con ese aire han respondido siempre victoriosamente á todo, al abandono, á las hablillas, al desprecio de la opinión pública indignada, y hacen creer á quienes los encuentran que el crimen de que algún día se les acusó no era sino una atroz calumnia.

—Pero V., doctor—interrumpí—después de todo lo que sabe, no se dejará imponer por ese aire. ¿No los ha seguido V. por todas partes? ¿No los ve V. á todas horas?

—Excepto en su dormitorio por la noche, y allí no irán á perderlo—dijo el doctor Torty, zumbón pero profundo—creo haberlos visto en todos los

momentos de su vida desde su boda, que fueron á celebrar no sé dónde, para evitar la cencerrada que se prometía darles el populacho de V...., tan enfurecido á su modo como al suyo la nobleza. Cuando regresaron casados, ella auténtica condesa de Savigny y él absolutamente deshonorado por su casamiento con una criada de servir, los dejaron aislados en su castillo de Savigny. Todo el mundo les volvió la espalda, y les dejaron que se comiesen á besos cuanto en gana les viniera... Sólo que, según parece, nunca se han quedado ahitos; aún no han satisfecho el hambre de sí mismos. En cuanto á mí, que en mi calidad de médico no quisiera morir sin haber escrito un tratado de teratología, y me interesaban como... monstruos, no fui en compañía de los que huyeron de ellos. Cuando vi á la falsa Eulalia hecha una condesa en toda regla, me recibió como si toda la vida lo hubiese sido. ¡Valiente cosa le importaba á ella que tuviese yo en la memoria el recuerdo de su delantal blanco y de su bandeja! «Yo no soy ya Eulalia; soy Altaclara—me dijo;—Altaclara, dichosa de haber sido criada de servir por él...» Pensé que había sido otra cosa muy diferente; pero como cuando regresaron era yo el único de la comarca que había ido á Savigny, me eché el alma á la espalda y concluí por ir muchas veces. Puedo decir que continué despepitándome por mirar y ver la intimidad de aquellos dos seres, tan completamente felices por el amor. Pues bien, querido, es V. muy dueño de no creerme si no quiere; pero nunca

he visto, no diré empañada sino ni aun oscurecida un solo minuto de un solo día la pureza de aquella dicha, manchada por un crimen del cual estoy seguro. En lo azul de su ventura no he visto ni una sola vez la mancha de aquel fango de un crimen cobarde, que no había tenido el valor de ser sangriento. Es cosa de tumbar patas arriba, ¿no es verdad?, á todos los moralistas de la tierra inventores del bonito axioma del vicio castigado y la virtud recompensada. Abandonados y solitarios como estaban, sin ver á nadie más que á mí, con quien tenían la confianza que se tiene en un médico trocado casi en amigo, á fuerza de frecuentar su trato, nunca estaban sobre sí. Me olvidaban y vivían muy bien, á mi presencia, en la embriaguez de una pasión con la cual nada encuentro comparable en todos los recuerdos de mi vida... Acaba V. de ser testigo de ello hace un momento: han pasado por ahí, ni siquiera me han visto y eso que estaban codo con codo junto á mí. En una parte de mi vida, pasada con ellos, no me han visto más que ahora... Corteses y amables, pero casi siempre distraídos, era tal su modo de ser conmigo, que no hubiese vuelto á poner los pies en Savigny si no hubiera tenido empeño en estudiar microscópicamente su increíble felicidad y en sorprender, para mi edificación personal, el grano de arena de un cansancio, de un dolor, y (digamos la gran palabra) de un remordimiento. Pero ¡nada, nada! El amor lo acaparaba, lo llenaba, lo tapaba todo en ellos, el sentido moral

y la conciencia—como dicen Vds.— Y al mirar á esa feliz pareja, comprendí la seriedad de la burla de mi antiguo colega Broussais, cuando decía de la conciencia: «Treinta años llevo de hacer autopsias y ni siquiera he descubierto una oreja de ese animalito.»

Y no imagine V. — continuó ese demonio de viejo del doctor Torty, como si hubiese leído en mi pensamiento— que esto que le digo es una tesis... la prueba de una doctrina que tengo por verdadera y que niega en redondo la conciencia, como la negaba Broussais. No hay aquí ninguna tesis. No pretendo imponerme á las opiniones de V. Sólo hay hechos, que me han pasmado tanto como á V. ¡Es el fenómeno de una dicha continua, de una pompa de jabón que crece siempre y no revienta nunca! La felidad perpetua, ya es de por sí una sorpresa; pero esta dicha en el crimen es una estupefacción, y llevo ya más de veinte años que no vuelvo de ese asombro. El médico viejo, el antiguo observador, el constante moralista... ó *inmoralista*—(rectificó, al ver mi sonrisa)— queda desconcertado por el espectáculo á que asiste desde tantos años ha y que no puede hacerle ver á V. con detalles; pues si hay frase traída y llevada por todas partes, de puro verdadera, es la de que la felicidad no tiene historia. No cabe describirla: no se pinta la ventura, esa infusión de una vida superior en la vida, como no podría pintarse la circulación de la sangre en los vasos. Por los latidos de las arterias compruébase que circula por dentro, y así me doy cuenta de la

felicidad de esos dos seres que acaba V. de ver, esa dicha incomprensible á la cual estoy tomando el pulso desde hace tanto tiempo.

El conde y la condesa de Savigny rehacen, sin pensarlo, el magnífico capítulo *El Amor en el matrimonio*, de Mad. de Staël (1), ó los versos aún más magníficos de *El Paraíso perdido*, de Milton (2). En cuanto á mí, nunca he sido muy sentimental ni muy poético; pero, con ese ideal realizado por ellos y que creía yo imposible, me han hecho perder la ilusión por los mejores matrimonios que he conocido y que la sociedad llama encantadores. ¡Los he hallado siempre tan por bajo del suyo, tan incoloros y tan fríos! El destino, su estrella, el azar, ¿que se yo?, ha hecho que hayan podido vivir para ellos mismos. Ricos, han tenido ese don de la ociosidad sin el cual no hay amor, pero que tan á menudo mata al amor, como necesario es para que nazca... Por excepción, la ociosidad no mató el suyo. El amor, que todo lo simplifica, ha hecho de su vida una simplificación sublime. No hay nada de esas burdas cosas que se llaman acontecimientos en la existencia de estos dos casados, que han vivido al parecer como todos los castellanos de la tierra, lejos del mundo al cual nada tienen que pedir, cuidándose tan poco de su aprecio como de su despre-

cio. Nunca se han separado: donde va el uno, el otro le acompaña. Los caminos de las cercanías de V.... han vuelto á ver á Altaclara á caballo, como en tiempos del veterano *La Punta al cuerpo*, pero el conde de Savigny es quien va con ella; y las mujeres de la comarca, que como en otra época pasan en coche, la miran tal vez más que cuando era la alta y misteriosa joven del velo azul oscuro y cuya faz no se veía. Ahora se levanta el velo y les enseña con atrevimiento la cara de la criada que ha sabido casarse con el amo; y ellas regresan á sus casas indignadas, pero meditabundas... El conde y la condesa de Savigny no viajan; vienen algunas veces á París, pero sólo están aquí por pocos días. Su vida se reconcentra, pues, en aquel castillo de Savigny que fué teatro de un crimen, del cual han perdido acaso el recuerdo en el abismo sin fondo de sus corazones...

—¿Y nunca han tenido hijos, doctor? —le pregunté.

—¡Ah!—exclamó el doctor Torty.—¿Cree V. que ahí está el castigo, el desquite de la suerte, eso que llaman Vds. la venganza ó la justicia de Dios? No, no han tenido hijos. Recuérdele V.: ya se me ocurrió una vez la idea de que no los tendrían. Se aman demasiado... El fuego —que devora— consume y no produce. Cierta día pregunté á Altaclara:

—¿Y no está V. triste por no tener un hijo, señora condesa?

—¡No los quiero!—me contestó con ímpetu.—Amaría menos á Serlon. ¡Los

(1) En el precioso y célebre libro *De l'Allemagne*.—(N. DEL T.)

(2) Véase el despertar de Adán y su encuentro con Eva.—(N. DEL T.)

hijos son buenos para las mujeres desgraciadas!—añadió con una especie de desprecio.

Y el doctor Torty acabó bruscamente su historia con esta frase, que cría ser profunda.

Me había interesado, y le dije:

—Por criminal que sea, se interesa uno por aquella Altaclara. Sin su crimen, comprendería yo el amor de Serlon.

—Y quizá hasta con su crimen—dijo el doctor; y añadió el osado buen hombre: ¡Y yo también!»

J. BARBEY D'AUREVILLY.

## Á UNA FUENTE

(REFUNDICIÓN DE GÓNGORA)

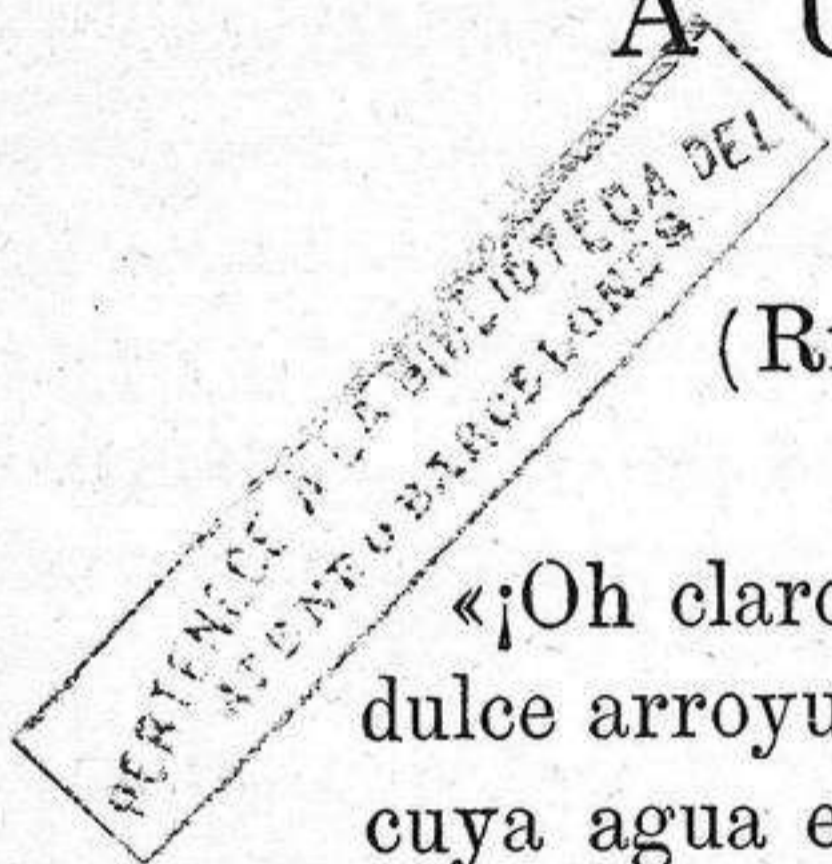
«¡Oh claro honor del líquido elemento,  
dulce arroyuelo de luciente plata,  
cuya agua entre la hierba se dilata  
con regalado son, con paso lento!»

Pues aquella hermosura, monumento  
de celeste favor, que el mundo acata,  
en tu seno se mira, y fiel retrata  
tu límpido cristal tan gran portento.

No borres, al correr, la imagen bella,  
que descuido sacrílego sería;  
manso llévala al mar envuelta en flores.

Y el mar, al recibirla, admire en ella  
la belleza mayor que el suelo cría,  
y en templos de coral le rinda honores.

M. A. CARO.





# LA ARQUEOLOGÍA CRIMINAL

Interés que ofrecen para el *criminólogo*, los estudios de arqueología criminal; qué documentos podrían servir de base para esta ciencia.—La arqueología criminal en Perigord.—Transformaciones psicológicas de la magistratura.—El juez de antes y el juez de ahora.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEO BARCELONÉS

**V**erdaderamente es sensible que los criminólogos tengan por regla general muy poca afición á la Arqueología, y que los arqueólogos ignoren todo lo que es sociología, criminología ó antropología en cualquiera de sus aspectos. ¿Quién pierde más en esta separación extraña de dos órdenes de investigaciones paralelamente seguidas sin que tengan ningún contacto fecundo? No lo sé. Por una parte, el criminalista que se llama á sí mismo y se cree evolucionista, falta á su propia pretensión al descuidar el estudio de la historia del crimen en sus mismos orígenes auténticos y precisos. La criminalidad durante el antiguo régimen acerca de la cual abundan los documentos, puede aclarar la nuestra, por sí sola, y es una candidez el pedir su explicación á la prehistoria ó á los antropoides, antes de haberse dirigido resueltamente

á un pasado que es infinitamente más instructivo por dos razones: porque es más reciente y porque es más luminoso. Y por otra parte, ¡qué lástima causa el ver tantos concienzudos investigadores de archivos, consumir tesoros de sagacidad en desenterrar y descifrar manuscritos, para resolver cuestiones de importancia frívola ó secundaria, sin cuidarse nunca de lo que debería preocuparles por encima de todo: la arqueología moral!

Esto me decía yo hace algún tiempo, en ocasión en que tenía el gusto de oír, con M. Lacassagne, á nuestro amigo el doctor Corre que nos explicaba sus proyectos de estudio y de publicación acerca del crimen del antiguo régimen en Brest. Una idea análoga á la suya se me había ocurrido antes, y si no la había puesto en práctica, lo confesaré, había sido por pereza. A primera vista, la idea de hacer un escru-

tinio en el montón de procesos criminales procedentes de los antiguos tribunales de Francia, causa espanto; pero después de mi conversación con M. Corre, he pensado que en realidad ese trabajo es menor de lo que parece, con especialidad si se le contempla bajo un aspecto diferente del que tanto seduce, y no sin razón, á nuestro colega de Brest. Según su opinión, conviene entregarse de lleno al estudio de los viejos cartapacios, recorrerlos todos y examinar algunos con detenimiento con la mira de presentar así como resucitados antiguos malhechores condenados á la horca ó á la rueda. Cierto es que en ese terreno hay minas psicológicas que explotar, y para convencerse de esa verdad, bastará leer, por ejemplo, en *La Policía en tiempo de Luis XIV* por Pedro Clement, los capítulos referentes á la Brinvilliers y la Voisin (1). Sin embargo, ¿no puede temerse que siguiendo exclusivamente ese método, excelente, no lo dudo, entre las manos de un espíritu filosófico, tal como es su autor, los imitadores de éste, se dejen arrastrar por el atractivo fatal de los crímenes de excepción, de curiosidades, de singularidades monstruosas y dejen á un lado los delitos vulgares, habituales, ordinarios, en que se pintan, es verdad, con colores menos vivos, pero más exactos, la fisonomía criminal del pasado?

Por esta razón me ha parecido que podría haber ventaja en utilizar al

(1) Dos célebres envenenadoras.—(NOTA DEL T.)

mismo tiempo trabajos ya hechos en parte principalísima por los archiveros provinciales de nuestro país, y que responden precisamente á la necesidad de información sobre la delincuencia normal, por decirlo así, de pasados tiempos. Sabido es que cada jefe de departamento francés tiene á sus órdenes un archivero, cuya obligación bastante ingrata, consiste en inventariar con exactitud y resumir sucintamente, los archivos de todos los distritos que corresponden á la Prefectura. Sábese también, ó más bien es triste que no se sepa lo bastante, que muchos de esos inventarios-resúmenes se han publicado ya. Ahora bien; entre las piezas analizadas, las que se refieren al funcionamiento de la Justicia criminal antes de 1789 á 1790 ocupan bastante espacio. ¿Por qué no se hojean esos útiles documentos, como estudiamos los registros oficiales de nuestra estadística judicial, seguramente más áridos?

Para dar una muestra de lo que se encuentra en esos libros vírgenes cuando se desfloran, voy á pedir al lector amigo, permiso para llevarlo á Sarlat, en Perigord, mi patria, é igualmente á Perigueux, y para introducirlo en dos viejos edificios oscuros y pintorescos de aquellas dos ciudades, el palacio del Senescal y el del Presidial.

Si pudiéramos hacer revivir al personal de esos dos tribunales y su manera de funcionar y fotografiar una de sus audiencias, quizá no nos sorprenderíamos tanto de algunas irregularidades que no esperamos.

En la magistratura, donde todas las apariencias se conservan de edad en edad, nada en suma ha cambiado exteriormente, ni el traje, salvo la peluca, ni el lenguaje extravagante, ni la manera de instruir los procesos; y en cuanto á los rasgos físicos de los jueces lo mismo que de los justiciables, debían parecerse notablemente á los de mis compatriotas actuales, que llevan frecuentemente los mismos nombres que aquéllos, y también, lo he notado leyendo, ejercen el mismo oficio, ó á lo menos pertenecen á la misma clase social. Sería muy curioso poder levantar la cubierta de los cráneos y analizar las funciones espirituales de sus portadores. Si antropológicamente éstos han permanecido inmutables, su transformación psicológica ha sido profunda. Los sentimientos impulsores anímicos y su orientación han cambiado del todo en todo. Obsérvese al juez de entonces y compárese al juez de hoy. Una de sus energías dominantes y constantes era la convicción de que había nacido juez (1), como el rey había nacido rey, y por tanto, que en él había un cierto derecho inmanente de juzgar á sus semejantes. Afortunadamente esto no ocurre hoy, pero había entonces una ventaja; en que aquella fiereza era una fuerza contra la presión del poder, una garantía de independencia. Y de hecho, noto que Senescal y Pre-

(1) En realidad había comprado su oficio, pero lo había podido comprar porque tenía el derecho de hacerlo, como perteneciente por su nacimiento á la corporación judicial, por ser hijo, nieto ó biznieto de magistrado.

sidial, aun con peligro de provocar las terribles venganzas hereditarias de entonces, golpean indistintamente las más elevadas cabezas feudales con sus sentencias draconianas. Al leer aquellos terribles decretos se siente la impresión de cierta ferocidad unida á una valerosa imparcialidad, por la cual los jueces presidiales y los parlamentos se distinguían y rivalizaban con meritorio orgullo. Claro es que no quiero decir con esto que mis colegas y yo, no podamos compararnos con nuestros predecesores, pero me parece que nuestra independencia no es tan notable ni tan heroica. Otras diferencias bien determinadas: el antiguo magistrado, precisamente porque estaba muy orgulloso del cuerpo á que pertenecía, miraba con desdén el ascenso, y no pretendía cambiar su toga de consejero en el Presidial por la de consejero en el Parlamento vecino; pero no obstante, deseaba aumentar su prestigio social, es decir, ennoblecerse cada vez más. Me será permitido, por tanto, hacer observar que mediante ese desdén por la jerarquía profesional y ese culto por la jerarquía social, ¿es la viva antítesis del magistrado contemporáneo, con su afán de ascenso judicial y su aire igualitario? Otra diferencia: la cuestión de precedencias que apasionaba antes, ha llegado ahora á ser insignificante, y si renace aun aquí ó allí, aparece bajo una forma infinitamente más fácil de resolver, porque únicamente afecta á la vanidad individual. Antes interesaba especialmente la vanidad corporativa, y se vió, por ejemplo, el Presi-

dial de Sarlat pleitear durante cincuenta años con el tribunal de la elección, para saber cuál de los dos ocuparía el primer lugar en la iglesia. El amor propio colectivo de nuestras administraciones actuales, ha llegado á ser menos irritable, aunque sus individuos no dejan de tener su amor propio particular.—¿Deberé declarar que no he podido leer tantos decretos de condenación á la horca y á la rueda por simples hurtos, los procesos formados á la memoria de protestantes muertos en la impenitencia, y tantos otros procedimientos extravagantes ú odiosos, sin felicitar me de poder oponer á la severidad intransigente, á la fe fanática, á la austeridad puritana de la magistratura antigua, la indulgencia á veces excesiva, la tolerancia quizá escéptica, la suavidad en ocasiones exagerada de los magistrados actuales?

Si se ha realizado una revolución en el alma de los jueces á pesar de la identidad de sus trajes, de sus golillas, de sus birretes, de su instalación en un estrado entre un escribano y un alguacil, el alma de los procesados no ha sufrido menos variaciones, como vamos á ver. Pero digamos antes algunas palabras acerca de los documentos de que vamos á servirnos. El inventario de Sarlat está todavía incompleto é inédito; una parte se ha impreso, y debo á su autor agradecimiento por haberme permitido verla (1). La he estu-

diado con detenimiento, pero he completado ese estudio con el del inventario de Perigueux, que está completo y es mucho más voluminoso. Haré frecuentes referencias de éste. En el conjunto difiere poco del precedente y da motivo á las mismas consideraciones, si bien el último más que el primero y de un color más acentuado, como testigo de costumbres más rudas y que trataba de poner al abrigo de la importación de la civilización relativa del Norte, aquella región más accidentada. Algo he utilizado también, pero poco, los inventarios del Agenais y de Quercy.

He creído que podía tratar sin riguroso orden los procesos criminales instruidos ante el Senescal ó ante el Presidial. Aunque los delitos más graves corresponden especialmente al Presidial, tribunal de apelación, y aunque la proporción de las causas por homicidio y por robos importantes sea más numerosa, las dos jurisdicciones entran la una en la otra y llenan un doble objeto. El Senescal, como el Presidial se ocupa en asesinatos, sacrilegios, etc., y condena á la estrangulación, á la horca, á la rueda y á la confesión pública.

Dicho esto, entremos en materia. Para comprender bien la extensión y la profundidad de los cambios morales y sociales que se han operado en los dos ó tres últimos siglos en el país de que se trata. Consideremos separadamente:

(1) Diremos de paso que este trabajo de M. Villepelet, secretario general de la Sociedad Arqueológica de Perigord es un modelo en su género por la precisión, la claridad, la

exactitud y la elección inteligente de las citas intercaladas en diversos lugares, muy propias para poner de manifiesto el espíritu mismo de los textos compendiados.

1.º, los delitos frecuentes hoy, pero que antes brillaban por su ausencia completa ó cuasi completa; 2.º, los delitos que antes eran frecuentes, pero que hoy han desaparecido ó no existen; 3.º, los delitos comunes en lo presente como en lo pasado, pero que se ofrecen en proporciones diferentes y con distintos caracteres ó producidos por otros móviles. Después hablaremos de las penalidades.

## I

Delitos que antes no existían ó eran rarísimos; violaciones, atentados al pudor.

Comencemos por los delitos que no existían ó eran muy raros. Las violaciones y los atentados al pudor: de éstos no hay más que tres ó cuatro y casi todos cometidos entre adultos; en la página 143 se cita uno de un adulto contra un niño. Absolutamente nada referente á ultrajes públicos al pudor. Las formas refinadas del robo, de la estafa, de los abusos de confianza y de las quiebras (1) apenas aparecen. Los infanticidios son rarísimos, y tal ho-

(1) No encuentro en el inventario de Sarlat la palabra *quiebra* escrita más que una sola vez y tal vez impropia (pág. 142), á propósito de una querrela «de Messire Armand de Beaumont, señor conde de... contra Pedro Thibal, señor de la Costa, á quien ha cedido por 500 libras su herrería de Beyssac y el molino dependiente, y á quien acusa de quiebra fraudulenta (1733)». Nótese que en esa época el Perigord estaba sembrado de herrerías que hoy han desaparecido en su totalidad.

rror inspira ese crimen, en parte por motivo de su rareza, que es castigado más severamente que el homicidio. Pocas veces el asesino es condenado á la pena de muerte; no lo es más que cuando ha sido ladrón al mismo tiempo; mas la madre ó la hija que ha asesinado á un niño está segura de la horca. «Guill. Delademil, procesada, prisionera, acusada por el Procurador de la jurisdicción de Laduce del crimen de infanticidio, condenada á ser ahorcada y estrangulada por el verdugo en la plaza pública de Entrelesdeuxvilles en un suplicio que se levantará allí y su cuerpo será quemado hasta reducirlo á cenizas; pero antes de proceder á la ejecución, la Corte criminal (el Presidial de Perigueux), ordena que sea puesta en tortura para que sea interrogada y saber por su boca la participación de sus cómplices (1).» Este decreto es de 1592, pero hasta fines del siglo XVIII la jurisprudencia acerca de este asunto no varía. Al lado de ese decreto pueden leerse muchas cartas de indulto obtenidas por asesinos.

Una sola vez aparece la idea de la locura en el inventario de Sarlat (página 157); ese dato es sorprendente si se quiere que la criminalidad y la locura sean inseparables.

En suma: es patente que ese balance criminal de la antigua población perigordina, muestra que ésta se hallaba más limpia de astucia y de sensualidad que la nuestra.

(1) Inventario de Perigord, pág. 41.

## II

Crímenes que hoy no se consideran como tales (tercería, blasfemia, infracciones á los mandamientos de la iglesia, no catolicismo, etc.).—Procesos formados á muertos.—Condenación de la memoria de personas.—Persecución de los calvinistas por el presdial de Agen.—Crimen de emigración.—La noción de una libertad de conciencia y aun de una libertad individual cualquiera, falta en todas las clases de la sociedad.—Interdicción de salir de noche; el concubinato es objeto de persecuciones serias; derecho de censura ejercido por la comunidad, por el padre de familia.—El rapto castigado con pena de muerte.—Bajo estas exageraciones estalla el sentimiento del honor familiar.—Crimen de sortilegio.—Los pequeños señores se dedican al robo y al pillaje de las propiedades vecinas.—El robo en las casas no es desconocido.

Veamos los crímenes que ahora no existen ó que no se consideran como tales. Había entonces muchos que en los modernos tiempos se consideran como delitos, faltas ó hechos lícitos. Una vez se habla del «crimen de tercería», otras del crimen de fornicación, del crimen de lujuria, del crimen de escándalo; en cada página, del crimen de blasfemia ó de anticatolicismo, y raramente, pero alguna vez del crimen de adulterio, del crimen de duelo, y sobre todo, del crimen de caza. De oficio y sin que preceda querrela marital, se perseguía el adulterio. En 1685 (Perigueux) el procurador del rey «demandó por crimen de adulterio cometido con escándalo y con toleran-

cia del marido», é hizo condenar á los tres culpables al destierro fuera del recinto de la senescalía y á una multa. En el número de los más graves crímenes debe contarse la blasfemia y la infracción de los mandamientos de la Iglesia. En 1696, demanda del procurador del rey «contra Gabriela Frenón, *hija del ministro* (se trata de la época en que fué revocado el Edicto de Nantes), y contra Juana Madranges, su sobrina, acusadas de haber contravenido las ordenanzas y reglamentos relativos á la observancia de las fiestas de la Iglesia católica, especialmente por haber lavado y haber hecho lavar la ropa *en el día de San Lorenzo*, fiesta de guardar». Dos páginas más arriba veo que dos campesinos fueron denunciados por haber jugado á los bolos durante la hora de vísperas; y otros por haber hecho ruido fuera de la iglesia mientras duraba la misa, por no haber saludado una cruz al pasar, y por haber dado de comer y de beber en una posada un día de fiesta (1). En 1659 un maestro carpintero llevó su irreligiosidad hasta el punto de trabajar en su casa «en presencia de su

(1) Y no solamente se llevaban á cabo esas denuncias contra personas del pueblo; también, y en mayor número que pudiera suponerse, aun durante el curso del siglo XVIII, contra miembros de la nobleza y de la magistratura. En 1725 veo una demanda del cura de Laroque-Gajac, pequeño ayuntamiento de Sarladais, contra un magistrado de Sarlat, «que ha estado irreverente en su capilla (en la capilla del demandado) causando escándalo, el día del Corpus, en compañía de varias señoritas y de algunos jóvenes.»

padre y de la gente de su taller, en el día de Pentecostés y durante la misa»; y la información, hecha á instancias del procurador del rey nos hace saber que aquella acción inaudita produjo un gran escándalo en toda la parroquia (Perigueux).

En 1594, verdad es que el espíritu de la Liga vivía entonces «Thony Rousseil, acusado del crimen de lesa majestad divina, fué condenado á hacer confesión pública un día de audiencia en Perigueux y delante de la puerta de la iglesia de San Pablo de Serre, durante el servicio divino, teniendo la cabeza descubierta y los pies desnudos, en camisa, con la *hart* al cuello (1) y con un cirio de cera del peso de una libra en la mano; y en esa forma declarará que ha blasfemado contra la majestad de Dios y escandalosamente proferido las palabras siguientes sobre el santo sacramento de la Comunión: «Todo lo comes y todo lo bebes; que te aproveche: que Dios tenga el alma del difunto y San Miguel las tripas;» palabras de que se arrepiente y pide perdón á Dios, al rey, á la justicia y al cura de su parroquia: el acusado sufrirá de seguida la operación de que se le traspase la lengua con un hierro candente, inmediatamente será azotado con cuerdas hasta que vierta sangre... y pagará además una multa de veinte escudos.» Un siglo después, la severidad contra los blasfemos no había disminuido, sino lo

contrario. En 1638 (Perigueux), un acusado, convencido «de haber blasfemado contra el santo nombre de Dios», y condenado á un acto público de la misma clase que el anterior, con el aditamento de que el cirio será de dos libras de peso y que el malhechor llevará un cartel con estas palabras: *blasfemo ordinario*; la sentencia añade que «el procesado será nuevamente conducido á la cárcel al cuidado del verdugo, el cual volverá á sacarlo un día de fiesta, llevando el preso la cuerda al cuello, en camisa, con la cabeza y los pies desnudos», repetirá la confesión de su pecado, y después será conducido en el mismo estado á la plaza de la Clantre, donde quedará sujeto á la argolla por espacio de cuatro horas; en seguida será conducido á la cadena, para ser atado á ella y servir «de forzado en las galeras del rey durante cinco años...» Bien se ve que el Presidial de Perigueux se conformaba al deseo de Colbert referente al hecho de que los tribunales de justicia proveyesen de remeros las galeras de S. M.

Pero desde los comienzos del siglo xvii no descubro persecuciones contra ese crimen, que al parecer había caído ya de moda. Se perseguía aún la blasfemia solo accesoriamente y cuando iba acompañada de ataques á la persona del cura ó de cualquiera otra violencia. El ladrón sacrílego es castigado como sacrílego, pero sobre todo como ladrón. En 1737, por ejemplo (Perigueux) demanda del prior cura de Mirremont contra un cierto Blondel «que

(1) La *hart*, es sabido, era la cuerda que servía para estrangular á los criminales.

le amenazó públicamente con mil blasfemias darle golpes » En 1746 un sacerdote, un carpintero y un jornalero son «acusados del crimen de sacrilegio y de hurto de vasos sagrados», cometido en la iglesia parroquial de la ciudad de Brantôme con fractura de la puerta de la dicha iglesia». En 1779, varios particulares fueron «acusados del crimen de exhumación y de profanación, cometido en el antiguo cementerio de Cubzac» y al mismo tiempo, de haber pronunciado discursos impíos y escandalosos. Después de esa fecha, me parece que los blasfemos perigordinos han quedado completamente impunes. La enciclopedia realizó su obra.

Entre los crímenes que ya no lo son, y que según creo no volverán á existir, puede contarse el hecho de profesar una religión contraria á la del culto oficial. Los años que siguieron á la revocación del Edicto de Nantes (1686), abundan en persecuciones contra los protestantes y sus pastores. En 1689, se dice incidentalmente en un proceso instruído en Perigueux, que «en cumplimiento de órdenes del rey y de los señores del tribunal Presidial, Juan Darpés, ujier... ha pasado á la villa de Mussidan para reducir á prisión al señor Mizambini, ministro de la R. P. R. (1) y conducirlo á las prisiones de Perigueux» Se añade que «en el momento en que lo conducía, un individuo llamado Laubaire, de Mussidan, acompañado de otros muchos qui-

(1) Religión pretendida reformada.

so libertar al preso y amenazó de muerte al conductor si no soltaba al que era ministro de ellos». El mismo año, en Sarlat, hay otro proceso del Procurador del rey contra Juan Tresfeilh y el nombrado Duverger, su yerno, «nuevos convertidos», que han presenciado «varios discursos insolentes, sediciosos, contrarios á la religión y al bien del Estado, demostrando su espíritu de revuelta y su unión con el enemigo jurado de la Iglesia y del Estado, y ocultado armas en vez de entregarlas, lo que puede hacer conocer su inteligencia con el príncipe de Orange, enemigo capital de la Corona. Como siempre, la política se mezclaba con las cuestiones de conciencia: y cuando la persecución, á fuerza de excesos, parecía haber matado ó herido el sentimiento de patriotismo en el alma del perseguido, ella (la persecución), se creía suficientemente justificada por el efecto alcanzado.

Se sabe que mucho tiempo antes de 1686 el terrible edicto de Luis XIV había sido presentido y desgraciadamente reclamado por esa tiranía anónima que se llama *vox populi* (1).

(1) Se hallarán pruebas de este aserto en *La Policía, en el tiempo de Luis XIV*, por Pedro Clement (1686). «En 1682 el dependiente de un comerciante de vino del barrio de San Marcel, afiliado como su principal á la religión reformada, recibió un golpe mortal en una pendencia. Un vicario de San Medardo fué á verlo y no consiguió decidirlo á que se confesara.» «El pueblo bajo, dice una relación de la policía, habiendo tenido conocimiento de este hecho, se reunió en un momento en número de siete á ocho centenares, y estando



La magistratura, lo mismo que el clero, había entrado en «el movimiento» y estoy convencido de que los miembros de la sala de justicia, los más adelantados y los más ilustres de su tiempo, no debían ser los últimos que se distinguieran por sufrir persecuciones, tales como la siguiente: En 1680 «Juan Gommar, ministro de la ciudad Mussidan (Mussidan era un barrio del protestantismo en Perigord), fué acusado por el procurador del rey de haber realizado, con la ayuda de cómplices, estos hechos: 1.º, hizo sonar la campana del templo, mientras que se celebraba el oficio divino en la capilla de Nuestra Señora de la Roca (1) con desprecio de la religión católica y de la procesión; 2.º, celebró una reunión particular con los ancianos del consistorio para violentar el espíritu de su

---

delante de la puerta del herido los amotinados, hicieron todas las violencias que se pueden imaginar, tiraron piedras contra las puertas, amenazaron con palos, rompieron las mismas puertas en varios pedazos, destruyeron todos los cristales y se esforzaron para entrar en la casa gritando: Ese es un hugonote y un incrédulo calvinista á quien es preciso matar á palos; prendamos fuego á las puertas, si no nos entregan al herido.»

La llegada de un inspector de policía puso al populacho en fuga.

(1) En las clases teocráticas tales persecuciones parecen naturales. Todavía en nuestros días, en la India, según Summer-Maine, se han publicado decretos de la justicia inglesa «autorizando á varios sacerdotes para quejarse como lesionados en su propiedad y en su honor, porque en un momento dado de sus ceremonias una campana de otra pagoda había repicado en su vecindad» (*Historia del Derecho*, pág. 63).

hija, que deseaba seguir la religión católica; 3.º, cometió una impiedad con la santa Virgen..., etc. Por estos delitos aquel pastor fué condenado á seiscientas libras de multa «aplicables á las reparaciones de la capilla de Nuestra Señora de la Roca» Y debió alegrarse de verse libre á tan poca costa. Las abjuraciones arrancadas á los protestantes, por toda clase de medios violentos ó pecuniarios, eran raramente sinceros y frecuentemente producían retractaciones, sobre todo en la hora de la muerte; esas retractaciones daban origen á persecuciones seguidas contra los relapsos ó contra su memoria. En 1697 (Perigueux) la señorita Juana Javard «en presencia de los alguaciles de la jurisdicción encargados de levantar un acta, del cura y de tres testigos, declara que ella quiere «vivir y morir en la pretendida religión reformada de la que antes había abjurado»; y el procurador del rey, en virtud de la declaración real de 26 de Abril de 1686, pide permiso para detenerla y formarle causa. En 1702 un comerciante holandés, naturalizado en Francia, que había abjurado el calvinismo, muere en la Senescalía de Perigueux; y el procurador del rey promueve una información para averiguar en qué religión había muerto. El 17 de Febrero de 1701, treinta y cinco habitantes de Villafranca Belvés (Sarlat), habían firmado una abjuración solemne. Algunos meses después una señora de las firmantes, Ester de M. se negó á confesar estando enferma de muerte, y declaró que deseaba morir en su religión»; después de su

muerte «el procurador del rey formó un proceso á su memoria». En 1703 otro proceso de igual naturaleza contra la memoria de otro firmante, muerto en condiciones análogas. Esos procesos contra los muertos nos sorprenden, pero no admiraban á nadie (1), en una época en que la inmortalidad póstuma era general y profundo nuestro asombro, en este punto sirve para medir la declinación de nuestra fe. Tal vez se considere interesante el conocer la penalidad á que eran condenadas aquellas personas después de muertas. Véase una muestra de las sentencias que se dictaban. En 1740 un decreto del Senescal de Sarlat, condena la memoria de María de S., convencida del crimen de apostasía y ordena que permanecerá para siempre olvidada, y al mismo tiempo la condena á una multa de los dos tercios de sus bienes para el rey y para los gastos. No eran, como se ve, condenas platónicas, y una sentencia de horca ó de estrangulamiento en efigie hubiera sido preferible para los herederos (2); pero todavía en 1740, en pleno

(1) No solamente por causa de apostasía, sino también por otras varias, la memoria de los muertos podía ser incriminada. En 1752 veo que la memoria de un hombre fué acusada de soborno de testigos.

(2) Se comprende que la perspectiva de tales tratamientos pusiera en fuga á los sospechosos.

Así no me extraña el ver en 1700 (Sarlat), un malhechor boticario, protestante, cuya casa había sido invadida á media noche por un sargento, portador de un auto de prisión contra él, que se escapó en camisa y con los pies desnudos, por un derribo próximo, mien-

siglo XVIII, se publicaron parecidas sentencias.

Y, á pesar de todo, el celo de las persecuciones en Perigord fué bien tibio comparado con el ardor seguido en Agenais. El inventario de la Senescalía de Agen nos da una amplia prueba de este asunto, y nos da á conocer la intensidad de las pasiones religiosas en aquel país. Un proceso por homicidio solicita nuestra atención y nos muestra el encarnizamiento con que protestantes y católicos se disputaban el alma de las gentes. Un tal Daniel Bourgié, hacendado de Castelmorón, calvinista, abjuró de su religión; algún tiempo después, solicitado por sus antiguos correligionarios, se dejó —nos dicen—«arrancar una declaración en la que revocó su abjuración». Nuevo asedio por parte de los católicos que le obligan á retractarse de su retractación, y ya estaba á punto de ceder cuando fué asesinado; y ¿quién es acusado, quién parece natural que fuera acusado de ese asesinato? El ministro y los cofrades de la R. P. R. y otros cinco individuos que quisieron evitar á aquel otro el incurrir en un nuevo acto de debilidad. Si veintitrés años antes de la revocación del Edicto de Nantes, la excitación de los partidos y de las sectas en Agen había llegado á esa altura, puede pensarse hasta donde ascendería al día siguiente de aquel golpe de Estado autocrático. En 1687,

tras que su mujer, que no había tenido tiempo de salvarse, ocultaba debajo de la falda los Salmos de Marot.

treinta y ocho acusados, de los cuales habían sido detenidos diez y nueve y diez y nueve había ausentes, fueron condenados por el Presidente de Agen «por haber asistido á las asambleas nocturnas que celebra la R. P. R.» Cuanto á los diez y nueve ausentes que tuvieron la buena idea de huir no nos causan lástima; una ejecución en efigie no es cosa que les asustara á través de las fronteras. Pero de los diez y nueve detenidos, el principal fué condenado á hacer confesión pública según la costumbre tradicional, y después á ser colgado y estrangulado; y probablemente sufriría un interrogatorio cuyo resultado determinaría la suerte de los otros diez y ocho presos. Hasta 1717 las persecuciones vejatorias ó sanguinarias continuaron en ese mismo tribunal; en esa última fecha, de cuatro acusados convencidos de seguir la R. P. R., uno solo fué condenado á la horca. Notemos, á propósito de las vejaciones, que se hizo una información contra muchas personas culpables de haber asistido al entierro de una «nueva convertida» inhumada en su recinto; y en 1703, hubo persecuciones contra «Prignon de Malerbe, nuevo convertido, el cual hacía profesión de comer públicamente y con escándalo, carne los días prohibidos.» Entiéndase que los procesos á las memorias todavía en esa fecha no faltan.

Ese terrible Presidial de Agen era desapiadado no solamente con los calvinistas convencidos, sino también con los sacerdotes católicos que en diferentes lugares se esforzaban por endulzar el

rigor de las ordenanzas. En 1714 condenó á galeras perpetuas á un cura cuyo crimen había consistido en haber bendecido, sin las formalidades dilatorias requeridas, el casamiento de cuarenta «recién convertidos». Por lo que aparece, aquellos individuos estaban ya casados según el rito protestante, y el buen cura no tuvo calma para prolongar indefinidamente la separación canónica de los consortes. El decreto añade que el matrimonio de esos «recién casados», que sin duda antes habían sido esposos, se había anulado «y se les había prohibido visitarse y tratarse íntimamente, bajo pena de ejemplar castigo». Otro cura, en la misma época y en la misma Senescalía, fué castigado también con pena de galera durante algunos años, por una complacencia análoga.

Admiremos de paso aquella expresión de «recién convertidos» y otra vez «nuevos católicos» aplicada á gente que están convertidos tan poco y son tan poco católicos, como que se les condena precisamente por no estarlo ni serlo. No lo eran, es verdad, pero estaban matriculados como si lo fuesen, porque el rey había querido que así fuera: esta es una de tantas «mentiras convencionales» de que toda sociedad tiene hambre y sed, desde el comienzo del mundo, una de tantas ficciones hipócritas que aun contradiciéndose mutuamente persisten afirmándose.

Crimen de apostasía, crimen de infidelidad religiosa, crimen por manifestar sentimientos humanitarios en favor de los herejes; ¡cuántos crímenes que

ahora no existen aparecieron durante las persecuciones contra los protestantes! Conviene señalar otro, que desgraciadamente está destinado á reaparecer más tarde: el crimen de emigración. En 1689 veo en Agen á una Moisés Lacorte, acusada de haber favorecido la fuga de «nuevos convertidos» fuera del reino; en 1701, y también en 1702, encuentro persecuciones semejantes, en particular contra un individuo culpable «de haber alojado á un extranjero que conducía á algunos recién convertidos fuera del reino». En Sarlat y en Perigueux, lo mismo. Escasamente un siglo después, otros emigrados, entre los que se hallan *los descendientes de los perseguidores*, son tratados de igual manera.

Si á pesar de los testimonios de la historia se dudase de que tales persecuciones hayan sido, no solamente aprobadas, sino reclamadas por el pueblo francés, bastaría que se leyeran algunas líneas de los documentos que tenemos á la vista para convencerse del fanatismo despótico de las masas de aquel tiempo y de todos los tiempos. En 1763 (Perigueux) querrela «de Leonardo Bramand, labrador, contra el señor Rousset, cura de Augignac, porque le negó la comunión». En 1768, querrela del cura prior y canónigos regulares del priorato de San Juan de Cole, contra los nombrados Baricot y Pradel, que los han injuriado y amenazado porque «no querían hacer procesiones en un día de tempestad». Aquellos eclesiásticos eran más prudentes y menos supersticiosos que sus feligreses; sin

duda habían leído los tratados de electricidad que entonces se usaban, y tenían miedo del rayo. Pero, sobre todo, aquellas apelaciones dealzada contra el clero seguramente han producido su resultado.

A todo el mundo, lo mismo á las clases directoras que á las masas dirigidas, faltaba la noción más elemental, no digo ya de la libertad de conciencia, sino hasta de la simple libertad individual. Me sorprende mucho que tal disposición del espíritu, una laguna intelectual tan grande y tan universal, no haya conducido desde luego al socialismo del Estado, porque era la consecuencia lógica, inminente. Puede considerarse que la revolución francesa y el siglo de turbulencias, de emancipación, que la siguió, fuera una detención causada al desarrollo de aquella obra formidable. En 1716, el archivo de Perigueux registra una circular ministerial, invitando al procurador del rey á hacer ejecutar las ordenanzas «que prohiben á los hosteleros y taberneros el tener sus establecimientos abiertos los domingos y días de fiesta, y á todas personas el andar de noche por las calles de las ciudades, villas y aldeas de la jurisdicción de la Audiencia de Burdeos». Muy natural parecía entonces el prohibir á todas las personas el salir por la noche. Nada ha de sorprender, por tanto, si se lee de tiempo en tiempo algunos pasajes como los siguientes: «Denuncia (en 1755) del promotor de la diócesis dirigida al procurador del rey contra M. de Ch. de Chant, y la señorita Ma-

ría V...., que viven juntos en la villa de Mussidan sin estar unidos por lazos matrimoniales.» Mucho tendría que hacer la autoridad eclesiástica ó cualquiera otra que en nuestros días se ocupara en denunciar delitos de esa especie. Aún leemos hacia 1740: «Juan Bazinette, médico cirujano, convencido del *crimen de fornicación*, seguido de preñez y de parto» con su cómplice «la señorita María Robert de N., burguesa de Perigueux». Sin embargo, la tendencia del siglo ha llegado hasta nosotros; aquel médico galante no fué condenado por *su crimen* más que á indemnizar por daños y perjuicios á la persona que sedujo.

Pero no se descuidaban, generalmente, respecto al capítulo de las costumbres, si bien, cuando un eclesiástico era por ese motivo reprobable, lo que sucedía con bastante frecuencia, era él quien menos perdía. El procurador del rey, en 1745 (Perigueux) informa contra M. Antonio Gatignol de Lantis, de Labagie, sacerdote, cura de la parroquia de Antón, acusado del crimen de escándalo. Otro sacerdote fué acusado, en 1764, del *crimen de lujuria*. Otro, en 1742, «fué acusado por el crimen de rapto con seducción é incesto espiritual con escándalo». Incesto espiritual significa, sin duda, el crimen de fornicación, cometido con una niña ó con un penitente.

Todo el mundo se atribuía de buena fe un derecho, un deber de vigilancia moral sobre la conducta de su prójimo, y, en especial, de sus vecinos. Cuando un acto, desaprobado por la costumbre,

tal como el casamiento de una viuda, se producía en una villa ó en una aldea, el oprobio caía sobre la población entera de la localidad, y para lavarse de la falta imponía un castigo expiatorio á los autores del hecho escandaloso y á sus parientes y aliados, en virtud de esa noción de la responsabilidad familiar que está encarnado en el corazón del vulgo. La esposa Jardel, de Sarlat, se queja en 1787 «de las injurias y excesos cometidos en contra suya por la nombrada Campagnac... (1) y otros *quidams* que han venido á dar una cencerrada en mi puerta, que han pretendido romper, y han dirigido insultos con el pretexto de que uno de sus *cuñados* se casaba con una viuda del arrabal de la Bouguerie (2). ¿No puede verse en esa antigua costumbre de las cencerradas abusivas y en otras muchas manifestaciones tradicionales no menos atentatorias á la libertad individual, una dependencia, un resto último de la estrecha disciplina que, según nuestros eruditos, mantenía uni-

(1) El texto dice: «la nombrada Campagnac, dicha M... de Poule». Esta especie de sobrenombre depresivo era frecuente antes en nuestras poblaciones rurales; y lo noto aquí como indicio de la grosera llaneza de costumbres que da á conocer.

(2) La reprobación contra las segundas nupcias se manifestaba de otras varias maneras. Entre los juegos públicos que tradicionalmente se celebraban en Sarlat en el carnaval y que no han desaparecido hasta 1790, noto el del cántaro roto, cuya presidencia injuriosa y burlesca seguramente se imponía á la última viuda que se había vuelto á casa durante el año.

das en los primitivos tiempos las chozas aglomeradas en *comunidad* de aldea? La existencia de esos grupos comunistas en una determinada época (muy remota, según creo), no es dudosa sino en Germania, á lo menos en la India, en Rusia, en todas las naciones eslavas. ¿Nos han copiado el *mir* ruso, el *town ship* sajón, la *Zadruga*, etc.? Existía quizá en Germania, aunque Fustel de Coulanges lo niega con gran fuerza, pero de seguro en otros países (1) un derecho, un beneficio de los vecinos, de readquirir la propiedad comprada por un extranjero; como existe aún en nuestro Código civil un derecho parecido al beneficio de los coherederos de los cuales uno haya vendido á un extranjero su parte de herencia.—Esta *readquisición vecinal*, hasta cierto punto parecía denotar entre los vecinos un lazo comparable al de la *readquisición subcesorial*, conservado entre los miembros de una misma familia ó al de la *readquisición señorial*, bajo el antiguo régimen entre el señor y el vasallo.—Ahora bien; no quiero discutir por el momento esas tesis ó esas hipótesis; pero haré notar que si es así, las cosas ocurridas de la especie de las que la esposa Jardel se quejaba en Sarlat, en 1787, son propias para hacernos estudiar las *comunidades* de las aldeas bajo nuevos aspectos mucho menos encantadores que la apariencia idílica con que ordinariamente se nos presentan.

Este derecho de censura que se atri-

(1) Véase la *Historia del Derecho*, por Darestre (1889).

buía toda la vecindad, pertenecía con doble razón á los parientes. Al padre, en primer lugar. En el siglo XVIII, en nuestras provincias meridionales, la autoridad del *pater familias* conservaba su sabor arcáico, todo romano: las actas de emancipación, por mucha edad que tuviesen los hijos, se hacían siempre, dicen los documentos, en la forma solemne de otros tiempos, estando el hijo de rodillas y con las manos atadas delante del padre, que se las desligaba. Uno de los más negros crímenes era el del raptó, el de apoderarse de una joven con el objeto de casarse con ella contra la voluntad de sus padres: el raptor era castigado á que le cortaran la cabeza, y el cuerpo fuera hecho trozos por el verdugo. Podemos estar ciertos de que en 1713, cuando un magistrado de Sarlat se querelló ante el Senescal contra una muchacha de conducta ligera, «que fué á uno de sus dominios para sobornar allí á su hijo, M. Guillermo L..., abogado de la Audiencia, é inducirlo á actos concupiscentes»: nadie en Sarlat se rió de él ni de ese gran hijo, abogado, falsamente sobornado por una muchacha. También podemos estar ciertos de que en 1708, la querrela de una mujer contra su cuñada que llevaba una vida escandalosa, y otras muchas querellas semejantes emanadas de algunos parientes, han tenido la aprobación general.

En el fondo, bajo esas exageraciones ó esas rarezas, brilla con toda su fuerza un sentimiento del que no nos queda más que la sombra medio desvane-

cida; un sentimiento purísimo de los más nobles, el único capaz quizá para luchar con éxito contra el ascendiente de las pasiones y de la codicia: el sentimiento del honor familiar. Pero es preciso reconocer que sus manifestaciones son á veces extraordinarias. He aquí, por ejemplo, un secuestro que se nos ofrece bajo aspectos muy románticos, en el proceso á que dió motivo en 1696 (Perigueux) la misma persona robada, «la señora Catalina de Cors, viuda del Sr. Joaquín de Abzaca, señor de Meziere y de Villars», se dirigía desde su castillo de la Renaudiere á la ciudad de Nontron, cuando cerca del castillo de Lage aparecieron «tres hombres á caballo, la cogieron violentamente y la condujeron á la aldea de Nondonaet. Cuando sobrevino la noche llegaron seis ó siete personas más, también á caballo, entre las cuales había un cura y una persona enmascarada». La pusieron á la grupa con un criado, después de haberle atado las manos y los pies, «y la condujeron de casa en casa hasta el castillo de Plieux, en la senescalía de Lectoure, donde la encerraron en un chiribitil y la trató con toda crueldad». ¿Y por qué todo este dramático aparato, este movimiento escénico de una tramoya tan complicada y misteriosa? Sencillamente porque la madre de la señora de Cors había oído decir que «que corrían sospechosos rumores referentes á la conducta de su hija» en la ciudad de Nontron, y quería hacer desaparecer esas voces de perdición. Bajo las órdenes de su madre se había llevado á efecto el se-

cuestro. La joven viuda hizo declarar que «siendo viuda era dueña de su persona», pero no sin gran trabajo pudo obtener de la justicia, visiblemente predispuesta contra ella, el fin del secuestro maternal.

No me perdonaría el haber olvidado, al hacer la enumeración de los crímenes fósiles, el crimen de hechicería; pero sírvame de excusa el hecho de que aparezca muy raramente en los documentos de que hago uso. La mayor parte no se remontan más allá de los primeros años del siglo xvii: la edad de oro de las brujas había pasado: en el Inventario de Sarlat no se hace de ellas mención, y me extraña, porque la creencia en las hechicerías no ha desaparecido completamente en las aldeas atrasadas; y hace dos años hice condenar por estafa á un empírico de Domne que curaba todas las enfermedades de su clientela numerosa y aun escogida, por los más variados procedimientos mágicos, comprendiéndose entre éstos el pago de una suma de siete, catorce ó veintiún francos ú otro múltiplo de siete. Como quiera que sea, en el Inventario de Sarlat no he hallado más que la mención siguiente: En 1713, un canónigo regular, del Capítulo de San Cipriano, presentó querrela contra Beltrán R., escolar, de edad de quince años, «que se ha vanagloriado de hacer bailar á todas las muchachas de San Cipriano, y particularmente á la llamada Juana Rouchon, y de hacerse seguir por ellas á todas partes, mediante una hierba encantadora, llamada la *matagot*, colocada por él en

el misal un día en que el querellante decía misa...» Pero en el Inventario de Perigueux hallo una condena en una sala, contra un hechicero, y en la fecha de 1559. Convencido del crimen de *sortilegio*, fué condenado á ser ahorcado y estrangulado, «y después su cuerpo será quemado y sus cenizas dispersas». También en la fecha de 1778 aparece incidentalmente el nombre del «hechicero Pedro», pero de él no se dice más sino que fué perseguido. Solamente después de estas transformaciones y de varios cambios de color, ha podido la incriminación de *sortilegio* reaparecer de tiempo en tiempo. En 1784, encuentro una información relativa al envenenamiento de la fuente de Pradelles, información en la que eran acusados un señor de Feuillade y su criado. Esa invención popular del envenenamiento de las fuentes, que aparece en muchas épocas de turbulencias, ¿no es la última fase que adopta la evolución de la hechicería?

El Inventario de Cahors da noticia de un curioso caso de hechicería y en una fecha muy adelantada: sin duda el Quercy estaba muy atrasado respecto de las otras provincias. Juan Lacán y Juana Pegourié en 1661 fueron acusados de los «crímenes de sacrilegios, sortilegios y otros maleficios»; preguntados, los confiesan todos y el resto. Juan Lacán confiesa «haber ido el sábado y haber visto el demonio haber pisoteado en su presencia los Santos Sacramentos y haber obtenido dinero, así como la facultad de viajar con una extrema rapidez, lo que le ha permiti-

do visitar el reino de España». Juana Pegourié se acusa de haber ido el sábado, de haber visto el demonio, de haber sido conocida carnalmente por él, etc.». Interrogados de nuevo para el efecto de saber «si los tormentos les habían obligado á declarar maleficios que no hubieran cometido», insistieron en sus afirmaciones. Como era justo, fueron colgados y estrangulados, y después sus cuerpos fueron quemados y esparcidas sus cenizas. Todo estaba arreglado. Nosotros no nos cansamos de maldecir hoy á sus jueces; pero la conciencia de éstos debería estar en perfecta calma después de tales confesiones repetidas y confirmadas. ¿Acaso podían adivinar á dos siglos y medio de distancia el hipnotismo, la sugestión, la teoría de la alucinación y de la medicina mental? Para nosotros, la persistencia misma de esas declaraciones tan insensatas como sinceras constituye una prueba completa del delito de sus autores; pero á los ojos de los magistrados de la época debía aparecer la demostración irrefutable de su culpabilidad. Observación que podrá hacernos reflexionar á nosotros mismos, los magistrados contemporáneos.

Una clase de atentados, renovada frecuentemente en el siglo xvii y aun también en el xviii, es el ataque á mano armada y el saqueo de los castillos, no por bandas de aventureros, sino por los castellanos vecinos que tenían alguna ofensa que vengar ó que reparar alguna pretendida injusticia. Este era evidentemente el último resto de las guerras privadas de la Edad



Media. Hago juez al lector. En 1683 (Sarlat), el noble Francisco de Mellet, escudero, dueño del castillo de Mellet, se queja del señor Rouffignac y de la señora Margarita de la Morelie «que, acompañados de treinta ó cuarenta personas armadas de espadas, pistolas y fusiles, se han apoderado del castillo por fuerza y violencia, han roto y destrozado las cajas, tomado dos mil libras de plata y más de cien luises de oro y ropas y telas». En 1698, querrela de la señora Catalina de Montesquieu contra el noble Pedro de Vassal, señor de Caumont y Carlos de Vassal, su hijo, «que, acompañados de unas diez personas armadas de espadas, pistolas y fusiles, han venido por la noche y se han apoderado de los granos y frutos que había en la granja de su alquería de Ginebra». En 1702 (Perigueux), leo dos hechos semejantes. El uno es revelado por la querrela de Marco de Vassal, señor de Bellegarde, que mientras él estaba en Castilbonnes, «una treintena de hombres entre los cuales iban principalmente Saint-Tizier, Pedeville Pey y Charnand robaron y devastaron su castillo». El otro hecho es todavía más extraño. Se trata de una madre que toma por asalto el castillo de su hijo. Carlos de San Antier, señor de Bories, «se queja de que la señora de Bories, su madre, en compañía de sus lacayos, de una doncella y de veinte personajes más, todos á caballo y todos armados, fué durante su ausencia á dar golpes con piedras á la puerta situada al extremo del puente que está á la entrada del casti-

llo y quiso abrirla por fuerza, ordenando á sus cómplices que buscaran hachas y escalas para romper las puertas, escalar las murallas y tomar el castillo». He ahí una madre terrible de un tipo que ha desaparecido ya felizmente. Seguramente llevaba en las venas sangre de guerreros. Sin embargo, debo decir que el éxito no respondió á tanta valentía; porque algunas piedras arrojadas delante de los sitiadores los pusieron en fuga. Si de madre á hijo sucedían estas cosas, ¿qué pasaría entre caballeros no parientes? En 1696, Francisca de Chabans se queja de que el 21 de Febrero de aquel año «una centena de personas desconocidas para ella, provistas de pistolas, fusiles, alabardas, garrotes, barras de hierro y otros instrumentos de esa naturaleza, se aproximaron á su casa, rodeándola y gritando que iban á quemarla y que iban á degollar y matar á todos los habitantes. Todos se pusieron en actitud de ejecutar este designio. La querellante se dirigió á un cierto individuo que guiaba á la gente, y habiéndole preguntado por qué venía á mano armada á sitiar y á demoler su casa, éste le contestó que era un criado del conde de Riberac y que tenía orden de dirigir aquel grupo, de forzar las puertas y de destruir las murallas». Este conde de Riberac era un viejo feudal atrasado en su mismo siglo, un barón de Adrets en pequeño. Su nombre aparece muchas veces. Un médico que tiene la desgracia de habitar en la terraza de su castillo y que no sabe por qué ha provocado su odio,

tiembla ante las amenazas de muerte del conde y pide con encarecimiento la protección del rey, de la justicia. Desde lo alto de su terraza, el conde le hace arrojar piedras y otros proyectiles, y esto diariamente, por sus criados. Un poco después, vemos que este mismo conde persigue á un alguacil, porque éste en un acto oficial le llamó simplemente *messire*». Desde ese día, el conde, que había empezado por abofetearlo, dió orden á sus criados para que lo detuviesen donde lo encontrasen y lo llevasen á las prisiones de su castillo, lo que obligó al querellante á retirarse á la parroquia de Ponteyrand para ponerse al abrigo de violencias. Diez ó doce criados de dicho señor, armados de espadas y de mosquetes, lo buscaron por todos los caminos para aprisionarlo...» Era la época de las últimas convulsiones del feudalismo expirante bajo el saludable despotismo del gran rey; pero hasta el fin, el fiero conde había de burlar la justicia del rey, porque en 1714 aún encontramos una queja de Adriano Beaupoil de Saint-Aulaire, marqués de Fontenille, porque una banda de gentes de mala fama «le ha robado un rebaño de carneros y de ovejas por orden del conde de Riberac».

Esos robos de ganados realizados con atrevimiento en banda y por espíritu de venganza, más bien que por codicia, son una de las ocupaciones más características de los pueblos primitivos. Aun el mismo robo de ganados, con un móvil esencialmente codicioso, como lo practican los bandi-

dos sicilianos, el carácter de *razzia* militar con que los realizan, le prestan un cierto lustre. Y todavía en nuestros días, en los países más civilizados, el robo de un caballo en una cuadra, ó de un par de bueyes en una granja, tiene cierto color arqueológico que no permite confundir á su autor, bohemio ó bandido, con un simple ladrón de dinero, bien que la caballería, en la época en que el *Cheptel* es el único capital (*pecunia, pecus*), haya comenzado por ser el único dinero en circulación. Ahora bien; entre el pillaje desenfrenado de una tribu bárbara que se apodera de todos los ganados de una comarca, y los robos de gallinas que se cometen aún á diario en nuestros campos, hay una serie de transiciones sucesivamente recorridas, á medida que el animal robado ha disminuido en tamaño y en calidad, y que el número y la significación de los ladrones ha ido rebajándose. El conde de Riberac ocupaba un lugar preferente en esta escala, y, seguramente, estaba más cerca de Caco, raptor de los ganados de Hércules, que de nuestros ladrones de gallineros. Pero en su tiempo, su conducta no tenía nada de excepcional, y á sus ojos, el robo de ganado, aunque éste hubiera perdido su antigua significación, y hubiera cambiado su nobleza primitiva, no dejaba de presentarse bajo aspectos especiales muy distintos de los que tiene para nosotros: el ganado era entonces una riqueza aparte, una riqueza viva y sagrada. Leo por incidencia esta frase: «El día de San Roque, día de la

bendición de los bueyes...» Robar esos bueyes benditos, ¿no era un acto más bien de sacrilegio que de latrocinio? Verdaderamente, para esa empresa era necesaria una audacia rara digna de mejor empleo. En 1726 (Sarlat), querrela de un señor de Ponteille, de la aldea de ese nombre, junto á Carlus «contra los nombrados Giraud Escarotte y Guillermo E..., gente de mala fama de la villa de San Julián Lampón (1), que, á imitación de los piratas corsarios de mar, le han robado sus mejores bueyes, les han hecho pasar el río y los han llevado al lugar de Fernelon, parroquia de Santa Mordana, donde los encontró antes de que hubiesen tenido tiempo de degollarlos». En 1757, el procurador en Sarlat informa contra una banda de ladrones gobernados por un tal Saint-Pierre y su hijo, que se ha extendido por la comarca de Terrasson, donde se entregan al robo de caballos y de borricos. Los borricos... eso ya es menos noble: se nota la decadencia gradual de ese crimen que en otro tiempo era tan considerado.

Pero vuelvo á tratar de los pequeños asedios de los castillos, de que hablaba hace un momento, ridícula copia de los hechos de armas que ilustraron los Du

(1) No copio el apellido aquél, porque aún lo lleva en el mismo lugar una familia que ha sido complicada hace algunos años en una causa por homicidio. La villa de San Julián Lampón se ha distinguido durante una larga época por su criminalidad violenta y su ferocidad corsa. Los caracteres continúan allí tan rudos como los citados.

Guesclin y los Sires de Coucy, individuos que también tuvieron imitadores; pues sin duda, á imitación de ellos, se realizaron grandes saqueos y robos de casas rurales.

A medida que la nobleza abatida se aproximaba más á las clases inferiores, éstas se sentían más dispuestas para dar libre curso al deseo que siempre habían tenido de imitarlas. Copiaban su lujo y sus vicios, esto es bien sabido, y la prueba la encuentro, sea dicho entre paréntesis, en una causa de robo. En 1720 (estamos en la época de la regencia), una María de Tapinois, «comerciante en la villa de Sarlat», formula querrela contra «Juan Vilatte, natural de la Plaine, su aprendiz», que le ha robado dinero de sus cajones con la ayuda de llaves falsas para emplearlo, no como harían los dependientes de nuestros días, en divertirse y correr una broma, sino en comprar «trajes de paño del Elbœuf con botones de plata, medias de seda de muchos colores, escarpines, etc.»

Era un verdadero frenesí imitativo, que desde los vicios se extendía, naturalmente, á los delitos. En 1701 (Sarlat), un cirujano de la aldea de Feaux, Juan Cabanet, que era objeto del odio de una familia llamada Tarneaux du Gondal, fué sitiado un día por sus enemigos en su propia casa, que trataron de demoler, y «el cura del lugar de Faux se vió obligado á tocar la campana para hacer cesar aquel desorden». En 1738, cierto Luis Henry, maestro albardero, á la cabeza de una *centena* de gentes «armadas de barras y de pa-

los», no de alabardas ni de mosquetes, va un domingo, durante la hora de vísperas, al arrabal de Terrasson á romper las puertas de una casa perteneciente á otro maestro albardero, «á demoler las murallas del jardín y á robar todos los muebles...» Nuestros ladrones actuales, esos especialistas que saquean durante la noche las casas y los hoteles inhabitados, ¿no serán las últimas *encarnaciones* de los feudales de la Edad Media saqueadores de castillos fuertes, y cambiados luego en condes de Riberac, y más adelante en maestros albarderos de Terrasson? Además, el robo propiamente dicho no era desconocido en el siglo XVIII. Dos ricos habitantes de Sarlat se quejan en 1746 «de algunos desconocidos que con violencia entraron en su casa» y robaron una cama con sus ropas.

Quizá sorprenda al lector el no hallar en toda esta lista de crímenes un caso en que intervenga el amor que tan importante lugar ocupa en la criminalidad moderna. A decir verdad, no era tan extraño en los crímenes del antiguo régimen como pudiera suponerse á primera vista; y si bien aparecía raramente, cuando se presentaba era con una violencia característica. ¿Cómo explicar de otra manera más que por una pasión frenética ese crimen de raptó, entonces tan frecuente y con tanta audacia cometido aun con peligro de incurrir en la pena de decapitación? Haré notar el frecuente escalo de conventos hecho que denotaba un amor intenso: por ejemplo, en 1701, la superiora del convento de Santa Clara, en

Perigueux, mandó á decir, por medio de la hermana portera, al señor Gerbaud de la Sènedie, «que nõ hiciera más visitas en el locutorio á la señorita Laulanie, hija de M. Nicolás Laulanie, procurador en el término de esta villa: éste no se desanimó por tan poco; «se encolerizó y dijo que volvería dentro de ocho días para quemar el convento». Efectivamente, pasados algunos días, entró por fuerza en el monasterio, «después de haber hecho pedazos las rejas de dos arcadas y no sin haber proferido palabras ofensivas para las religiosas». No se dice si quemó el convento.

Pero pienso ahora que el *rompimiento de clausura* no puede considerarse dentro de la categoría de los crímenes y delitos paleontológicos, por decirlo así, de que estoy tratando. Puede servirme de transición para pasar á la sección siguiente:

### III

Imposibilidad de dar la estadística contra las personas; los crímenes quedan sin castigo muchas veces; sin embargo, los documentos prueban que si antes había más actos de violencia que hoy, había menos robos, homicidios y atentados al pudor. Pocos duelos á fines del siglo XVII; los asuntos de honor se llevaban ante la justicia ó ante el tribunal de los *Mariscales*.— Estadística criminal del *Registro criminal* de Saint-Martin des Champs. Escasa criminalidad por el temor que inspiran los tormentos.—La criminalidad moderna se caracteriza por la menor rudeza y la mayor astucia.—Asesinatos de impetuosidad.—

Rareza del robo como causa del crimen.— Severidad extrema para el robo; indulgencia para el homicida que no ha tenido por objeto el robo.—Rigor con que se castiga el infanticidio; abundancia de asesinos en la nobleza; frecuencia de los delitos cometidos en grupo; su escasez actual por virtud de nuestra *emancipación individual*.—Frecuencia de los robos sacrílegos en las iglesias, muy ricas entonces.—Hechos de violencia. La violencia es la nota característica de los hechos del pasado.—Pendientes y luchas en el clero y en la nobleza.—Importancia que se daba á las cuestiones de precedencia.—Desavenencia repetida entre el clero y el castillo.—Brutalidad de los ujieres, maltratados por hidalgos y militares.

Ocupémonos ya en los delitos, por cierto muy numerosos, que se reproducen en nuestros días lo mismo que en los pasados tiempos, y que no han dejado de ser considerados como tales. Pueden servir, mejor que los precedentes, para caracterizar la época, porque si bien aparentemente son los mismos, en realidad los más han cambiado de esencia y su proporción numérica se ha modificado notablemente, así como su objeto y el modo de su ejecución.

Por desdicha, me veo en la precisión de renunciar al deseo de extraer de nuestros documentos los datos necesarios para la formación de una estadística, aunque embrionaria, que permitiera decidir si á población igual la criminalidad del antiguo régimen excede numéricamente á la nuestra. Si nos referimos á los Inventarios de las Senescalías y de los Presidiales, ciertamente fué muy inferior á la de la época subsecuente. En efecto, para no hablar más que de Sarlat, he contado que desde 1676 á 1790, el Senescal había

recibido 38 causas por homicidio, 110 por robos, 230 por golpes y heridas, y el Presidial, 11 por homicidios, 36 por robos y 7 por golpes y heridas. Reuniendo los dos, se ve que el total no se eleva más que á 49 homicidios, 146 robos y 237 golpes y heridas. Estas son cifras infinitesimales para un siglo y cuarto. La Sala de justicia de Sarlat, según una especie de resumen que he hecho referente á los años 1880, 1881, 1882, 1883, 1889 y 1890, recibió solamente en estos seis años 1676 procesos por robos, 484 por golpes y heridas, y persiguió 6 homicidios (1).

Pero esta comparación pierde la mayor parte de su valor si se nota de un lado que el diente de los ratones y el estrago del tiempo han destruido una considerable suma de archivos judiciales despojados por nuestros archiveros; de otro lado, que las justicias señoriales y también la jurisdicción eclesiástica debieron retener un notable número de asuntos, aunque tal vez los menos importantes. ¿Tendremos que añadir además que muchos crímenes y particularmente homicidios, han escapado á toda persecución y aun á toda denuncia por el terror que sus autores inspiraban? En 1712 (Perigueux), el procurador del rey informa «contra una banda de ladrones y de

(1) La cifra anual de los homicidios y asesinatos ha disminuido mucho hace algunos años en este distrito, donde aún recientemente era considerable. Nuestros grandes criminales se refugian ahora en las grandes ciudades próximas, especialmente en Burdeos.

vagabundos que molestan la parroquia de Chalais y las parroquias vecinas, cometen lo mismo que por la noche por el día, toda clase de robos de exacciones, y aun de homicidios y asesinatos, sin que los habitantes se atrevan á quejarse por temor á ser degollados». Sin embargo, estos hechos eran excepcionales por más que el bandolerismo era allí al parecer más frecuente antes que ahora. Elevándonos un poco más hasta colocarnos en la época de la Fronda y hasta las guerras religiosas del siglo xvi, podemos creer que en esos períodos de anarquía los crímenes de sangre debieron abundar. Es verdad que nuestros documentos de Sarlat son posteriores á la Fronda, pero creo que entre nosotros las consecuencias de esas agitaciones se han prolongado socialmente mucho más allá de la época en que fueron apagadas desde el punto de vista político. En lo que respecta á Perigueux á lo menos, encuentro la prueba de esa afirmación en este curioso pasaje (1). En 1676, el procurador del rey reclama una información contra dos hombres que, «como la mayor parte de los campesinos de la jurisdic-

ción con desprecio de la última declaración real, usan armas de fuego cuando van á trabajar ó llevan á pastar á los bueyes, se reúnen y cazan, y ordinariamente se presentan armados en los lugares y sitios públicos, y cometen homicidios y asesinatos que suelen quedar impunes». En todas partes donde se vea esa pintoresca amalgama de la carreta y del fusil, como en Sicilia y Córcega, se puede estar seguro de que los crímenes de sangre abundan. De todas maneras, es improbable que ese estado de seguridad en la época de que se trata, en pleno reinado de Luis XIV, haya durado mucho tiempo y se haya generalizado en nuestra provincia. Pero en cambio tengo razones para pensar que el Senescal y el Presidial estuvieron muy mal servidos por los agentes de la justicia aun en épocas próximas á nosotros. En 1770, el procurador del rey fué advertido de que el ejercicio de la justicia en la ciudad y jurisdicción de Montignac había caído en el mayor desorden, y *que el crimen allí quedaba impune* «por la negligencia, tolerancia ó connivencia de los agentes «de la policía judicial», hasta el punto de que se han visto cometer asesinatos, homicidios, infanticidios y robos «sin que hayan sido perseguidos».

(1) Para Sarlat encuentro el índice bastante significativo en el preámbulo del decreto de gracia concedido en 1775 á un boticario que, defendiéndose en una calle de la ciudad de San Cipriano, había matado de un tiro de pistola á Bernardo de Montesquious: ese preámbulo nos enseña que esa familia de Montesquious tiranizaba á los habitantes de la ciudad y señorío de San Cipriano, ciudad y señorío comprados por ella hacía ya tiempo durante la Liga á un arzobispo de Burdeos.

Aun dejando aparte las consideraciones que preceden, se me figura que á pesar de todo, y según los documentos que tengo á la vista, en esa región había antes, excepto en los períodos de guerra civil, menos robos y quizá menos homicidios aunque muchos más

actos de violencia (1) que hoy. Respecto á los atentados al pudor, eran mucho menos numerosos sin duda alguna: en Sarlat cuento 7 correspondientes al largo período á que nos referimos. Lo mismo diré de los infanticidios; apenas pueden contarse tres ó cuatro. En nuestros días, nada más que en los seis años arriba indicados, cuento 19 atentados al pudor, la mayor parte cometidos con niñas; crimen ignorado por nuestros abuelos, y hallo además 7 infanticidios (2).

En todo caso, una cosa me parece cierta, y es que á partir del siglo xvii había muy pocos duelos. No cuento más que 5 en todo el Inventario de Sarlat, y poco más ó menos en el de Perigueux; pero casi todos son sangrientos y mortales. En 1701 veo que el procurador del Rey instruye un proceso á propósito del homicidio come-

(1) Digo muchos más actos de violencia, y aunque la comparación de la cifra que representa los procesos por golpes, no autoriza á primera vista esta conclusión, conviene considerar que precisamente porque nuestros abuelos fácilmente llegaban á la vía de hechos, como lo prueba la relación relativa de las querellas de esta clase, mostrábanse indulgentes al reprimir este género de delito, y no se tomaban el cuidado de señalarlo á la justicia más que cuando alcanzaba un alto grado de gravedad.

(2) En una visita oficial hecha á la prisión de Sarlat en 1783, se comprobó que el número de presos era de 12. Teniendo en cuenta el hecho de que antes se encarcelaba preventivamente en muchos casos en que la libertad provisional es de regla hoy, se debe hallar en esa cifra, seguramente muy baja, la prueba de que la criminalidad de Sarlat, á fines del siglo xviii, era poco elevada.

tido en la persona de Juan Laverque, en San Cipriano, después de un desafío y *combate de cuatro á cuatro*, con armas iguales. Ese combate de cuatro á cuatro prueba que los testigos se batían también en esa fecha. Sé perfectamente que el temor de atraerse el odio de los duelistas ó de sus familias, impedía muchas veces á las personas que tenían conocimiento de un duelo el advertirlo á la justicia; pero también sé que la justicia estaba vigilante y era inexorable con los pendencieros. En suma, tiene razón Voltaire al decir que á partir de los edictos de Luis XIV contra el duelo, éste desapareció del suelo francés donde se había arraigado hasta Luis XIII y en la Fronda. Sin duda alguna ese maravilloso resultado se debe al desarrollo de la cultura tanto como á la severidad en la represión inaugurada. En 1681, el «crimen de duelo era castigado con la pena de la horca y estrangulación hasta la muerte—en efigie, es verdad (1);—pero de todas maneras era bueno que los criminales de esta clase fueran castigados y estrangulados además de imponerles una crecida multa.

(1) En el mismo Sarlat, en 1725, dos arqueros, convencidos del «crimen de duelo», fueron condenados por contumacia «á ser colgados y estrangulados, hasta que sobrevenga «la muerte natural en una potencia en forma de cruz que el verdugo levantará para este efecto en la plaza de la Endrevia, hacia el sitio en que se cometió el crimen: *la ejecución se efectuará en efigie con un cuadro que se atará á esa potencia.*» Ahora añadiré que cuando esas sentencias se dictaban con seriedad, el condenado obtenía el indulto casi siempre.

Lo que prueba igualmente hasta qué punto el combate singular había caído en desuso, es el número considerabilísimo de hidalgos ó de gentes que vivían *noblemente*, que daban conocimiento á los tribunales, no sólo de los insultos, sino hasta de las bofetadas que recibían para reclamar una reparación judicial. En el Inventario del Presidial de Perigueux figura un proceso instruido en 1697 «á instancia de José de Gravier, escudero, natural de Combes de Puygrand, exigiendo á la justicia que se informe acerca de una bofetada que el querellante recibió, y varios golpes é injurias que le fueron dirigidos en la iglesia de Saint Front, durante las vísperas, por M. M. Chabaneys, señor de Claux, consejero magistrado de la Audiencia Presidial de Perigueux (1)». En ocasiones, la autoridad de derecho y especialmente competente para estos asuntos de honor era el Tribunal de Mariscales, ante el cual Oronte, en *El Misántropo*, lleva su litigio con Alceste. En 1696 fué presentada una instancia al Senescal de Perigueux por el Sr. Delatiffardière, corneta del regi-

(1) El texto añade: «usando corbata al cuello y traje de caballero». Era, efectivamente, en esa época, una gravísima falta, digna de ser notada, el dejar de usar el traje tradicional de los magistrados cuando se pertenecía al cuerpo judicial. Cada corporación estaba encerrada en sus usos y en sus uniformes especiales, y hasta el siglo XVIII, según nos lo demuestra Voltaire, excelente observador de las costumbres, no cayeron esas barreras que separaban las clases y que eran como aduanas interiores de los departamentos sociales.

miento real de caballería de Rusillon, el cual había sido gravemente ultrajado por Antonio Merillon, «que se dice abogado de la Audiencia». Este último, según nos enseña la instancia, «le había dado una bofetada»; el asunto había sido llevado en primer término ante M. de Campagnag, lugarteniente de los mariscales de Francia, «quien comisionó á M. Carlos de Peyrot, señor de Sfformie, para proceder á una instancia...» Pero como es un caso especial por tratar de un ultraje hecho á persona de calidad, la Audiencia debía conocer de él. De manera que jóvenes hidalgos y militares de aquel tiempo, tan quisquilloso en punto de honor, juzgaban digno en lavar con tinta de las escribanías y no con sangre en los combates, una afrenta como la que significa una bofetada. Nuestros demócratas se avergonzarían de este hecho, puesto que en pleno Parlamento francés han dado muestras de tener infinitamente mayor respeto por los prejuicios feudales.

He dicho antes que, según la *impresión* recibida por mí durante la lectura de nuestros documentos, la criminalidad de los pasados tiempos debió haber sido inferior numéricamente á la nuestra. En apoyo de esta conjetura voy á permitirme citar un catálogo de la misma clase, pero mucho más antiguo: el registro criminal de Saint-Martin des Champs (1). Esta abadía ejercía el derecho de alta y baja justicia en la Edad Media, en una jurisdic-

(1) París: León Wilhelm, editor, 1877.



ción muy extendida, en la que puede suponerse una población de ciento cincuenta mil justiciables, tanto en París como fuera. Supongamos cien mil, si se quiere, considerando que puede haber una exageración en la precedente cifra. En el mismo París, la autoridad judicial del monasterio alcanzaba á veintiséis calles. Por otra parte, esta compilación contiene la lista de las diligencias criminales realizadas de 1332 á 1357, si bien faltan completamente cinco años y de nueve hay pocos datos; esta acumulación de datos, pues, no es completa más que para once años. Ahora bien; lo que me llama la atención aquí, lo mismo que en lo referente á mi viejo Perigord, es la exigüidad de las cifras que se obtienen aun contando las diversas categorías de delitos. He hallado 151 procesos de golpes y heridas, entre los cuales se encuentran muchos dados en el vientre á las mujeres en cinta, y varias cuchilladas; 56 robos, 15 homicidios, lo que es muy poco para una población urbana ó suburbana tan turbulenta; 7 violaciones ó graves atentados al pudor, de los cuales 3 con niños, hecho excepcional en los tiempos antiguos, pero que sirve para probar que la capital de Francia siempre ha dado ejemplo de la más alta civilización; 6 casos de blasfemia, 2 de monederos falsos, y nada más que 4 suicidios. ¡Y todo esto, lo repito, para once años lo menos, y para una población de más de cien mil personas! ¡Hoy, para una población igual, en Francia, no quiero decir en París, habría lo menos 250 suicidios y

1.100 robos. (En 1888 ha habido 37.505 robos en una nación de 38 millones de habitantes.) Cuanto á los homicidios, la cifra sería próximamente la misma, aunque en París alcanzaría mayor importancia. Bien sé que en razón á las causas enumeradas antes, y de la confusión de las jurisdicciones real y señorial en los pasados tiempos, las cifras del registro de Saint-Martin deben ser notablemente engrosadas; doblémoslas si se quiere; aún serán bastante débiles, hasta en lo referente á los hechos de violencia. Si mediante el examen de otras compilaciones del mismo género se llegase á un resultado parecido, habría ocasión, según creo, para atribuir en primer término al miedo universal que inspiraban las horribles penalidades terrestres ó póstumas, temidas por nuestros abuelos, la escasa proporción de sus acciones criminosas. Quedaría entonces por averiguar, como conclusión práctica, si las teorías utilitarias nos aconsejan restablecer la tortura y la rueda, aun sin hablar de otros suplicios infernales. El dolor de algunos malhechores, ¿puede equilibrar en las balanzas de la *Aritmética moral* de Bentham los padecimientos que pudieran evitarse á tantas gentes honradas? Pero de cualquier modo que sea, ¿quién de nosotros no protestaría contra el restablecimiento de penas atroces, aunque fueran demostradas eficaces? Esto prueba, sea dicho de paso, que la consideración de lo útil, aun de lo útil social, no basta, y que hay una estética moral.

A pesar de todo, nuestros inventa-

rios perigordinos, lo repito, aun cuando no sean los únicos que pueden atestiguar acerca de la escasa criminalidad de nuestros antecesores, no se prestan á una comparación numérica exacta y realmente científica entre la criminalidad del pasado y del presente. Pero esto no quiere decir que la enumeración de los crímenes antiguos, según nuestros inventarios, carezca de interés. Se pueden deducir de esta estadística arqueológica los elementos de una comparación instructiva por sí misma, es decir, se puede buscar la proporción numérica de ciertas grandes categorías de delitos comparadas las unas con las otras, y ver si esas mismas clases de delitos se presentan en nuestros días en proporciones parecidas ó notablemente diferentes. He pretendido hacer ese trabajo en lo que concierne á Sarlat. A primera vista se observa que la cifra relativa á los actos de violencia comparada con la de los robos, es hoy mucho mayor que antes. Hoy, según las cifras indicadas más arriba, hay tres ó cuatro veces más robos que golpes y heridas; antes había cerca de dos veces más golpes y heridas que robos. También se ha podido notar una proporción más considerable en el registro de Saint-Martin, cerca de tres veces más actos de violencia que robos. ¿Tendrá este hecho una explicación en la circunstancia de que ese registro es más antiguo, y de que la violencia había ido disminuyendo durante la Edad Media? Convendrá hacer otras comparaciones para obtener

una respuesta precisa y autorizada. De todas maneras, este simple cotejo es suficiente para conocer la doble elaboración psicológica que se fué operando durante el antiguo régimen y que ha continuado hasta nuestros días: las costumbres se han suavizado y se han debilitado los caracteres y ciertos principios de conducta, es decir, hay menos rudeza y más astucia.

Esta primera exposición sumaria, aunque vaga, adquiere precisión y toma fisonomía mediante el detallado estudio de los hechos. Desde luego, podemos notar que la mayor parte de los homicidios se deben á ciertos actos de *impetuosidad*, como dicen los italianos. La prueba de esta afirmación nos la dan las circunstancias en que se produjeron, siquiera estén muy someramente indicadas, y también los instrumentos de su ejecución. Un campesino fué acusado (Sarlat, 1777) de haber matado á uno de sus vecinos «en la taberna con un martillo de hierro batido». Es claro que el homicida, después de beber y durante una contienda, cogió el primer objeto de hierro que encontró, y su desgracia quiso que hallase bajo su mano uno de esos pesados caballetes de hierro de las cocinas antiguas que parecían una maza formidable. Otras veces (Agen) un hombre es asesinado con una hoz ó con un bielgo en el campo, no hay que advertirlo, y en el curso de una discusión, ó bien con unas pelotas en el juego de los bolos. Cuando el homicidio parece premeditado, lo inspira el odio, la venganza; casi nunca la avaricia. La ten-

tativa de asesinato, cuyo relato encuentro como habiendo ocurrido de 1671 contra la persona del mismo procurador del rey y de sus dos hijos, y llevada á efecto por muchas personas de la nobleza, en un camino muy frecuentado, no puede ciertamente atribuirse más que á animosidades suscitadas por algunas persecuciones, y parece referirse á las turbulencias de la Fronda, por muy anteriores que éstas fueran. Véase la nota: «Querrela de M. Juan de Ladieudie, procurador del rey en la jurisdicción de Sarlat, y de sus dos hijos contra Juan Jacobo de Montesquiou, *antes llamado el abad de Fages*, que ahora se hace nombrar marqués de Sainte Colombe, y Bernardo de C..., á quienes aquéllos acusan de asesinato premeditado contra ellos en el camino real de Dome á Sarlat...» Este camino, que corre por una alta planicie desierta, ha sido en diversas épocas el lugar preferido para sus fechorías por muchas bandadas de ladrones. En 1690 (Sarlat) se instruyó un proceso en Fenelon contra el barón de M... y el señor de Gaudmiers por el homicidio de un barquero. En 1721, el señor de Vimieres se querrela contra el barón de Monclard, á quien acusa de haber intentado asesinarlo disparándole un tiro por la espalda y dándole trancazos en la cabeza y brazo izquierdo, en un sitio aislado del camino de Veyrignac á Gaulejac (Sarlat). Evidentemente, la idea del robo era del todo extraña á todos estos crímenes.

Tampoco creo que haya precedido al drama monástico que se nos revela por

unas diligencias judiciales seguidas en 1753 en Perigueux, contra cuatro individuos: Dom Gibon, prior de Baidex, fué hallado muerto un día en el convento Peyrouse, con el cuerpo acribillado por nueve heridas; un cuchillo ensangrentado estaba metido en un hueco de la pared. Cuatro personas fueron acusadas de este asesinato: un criado del interfecto, un familiar del prior de Baschaud, un criado del abad Peyrouse y Luis Borie, señor de Barrières, maestro cirujano. ¿No puede suponerse que estas cuatro personas fueron instrumentos de rivalidades ó de venganzas claustrales? Este proceso, además de su interés dramático, es curioso desde el punto de vista de la instrucción de las causas criminales en la antigüedad. Habiendo alegado los acusados que Dom Gibon podía bien haberse suicidado, se confió el informe médico legal á varios grupos de médicos, dos de París, tres de Montpellier, cuatro de Angers y cinco de Turs—gradación numérica muy extraña—sin contar algunos médicos de Perigueux y de Limoges, y en virtud del dictamen de todos ellos, quedó descartada la hipótesis del suicidio. He leído estos informes y me han llamado la atención por la claridad, la sobriedad y la precisión y el razonamiento. De las nueve heridas, dos habían interesado el corazón, y los médicos hicieron notar que cada una de estas dos heridas debió provocar varias convulsiones y un síncope, que no hubiera dejado al herido, en la hipótesis del suicidio, la fuerza necesaria para re-

incidir y plantar en seguida su cuchillo en el hueco de la pared.—Pocas veces el amor parece haber sido el motivo de los asesinatos; puede haberlo sido, sin embargo, á juzgar por un detalle novelesco, en el siguiente caso ocurrido en 1681: «La audiencia Presidial (Perigueux) condena á Jronton Tridar, detenido en las prisiones de la Conserjería, convencido del crimen de asesinato cometido en un bosque, contra la persona de una joven disfrazada de hombre, á ser colocado vivo en un caldoso... que á este fin se levantará en la plaza pública de la Chantre, y de seguida será expuesto en una rueda que se levantará en el camino real de Perigueux á Nuestra Señora de las Virtudes, con la cara dirigida hacia el cielo, y así permanecerá hasta su muerte; además, el acusado deberá pagar cien libras al rey, una limosna de cincuenta libras para el cura de Nuestra Señora de las Virtudes, el cual deberá destinar esta suma en pedir á Dios por el alma de la difunta.

Consolémonos, sin embargo, acerca de la suerte del desgraciado Jronton Tridar, pensando que es muy probable que obtuviera alguna gracia, porque solamente se ejecutaban las terribles sentencias de la justicia antigua en las ocasiones en que el robo se unía al asesinato. Es muy notable, en efecto, la extrema severidad que había para el robo, y la indulgencia que se concedía al homicida cuando no había sido el robo el objeto de su crimen. Lo mismo sucedía en todos los presidiales y en todas las senescalías de que tengo co-

nocimiento. Veo que la senescalía de Perigueux, en 1551, condena á varios homicidas á una simple multa, y algo más adelante condena á un ladrón á ser colgado y estrangulado: contraste parecido se ofrece en cada página. Centenares de veces se ve al lado de sentencias que envían á la horca y la rueda á un falsario, á una criada ó á una costurera, culpable de haber robado alguna tela á su ama, la aprobación de un decreto de gracia como el siguiente: «Aprobación (1545) de los decretos de gracia y remisión otorgadas á Bertrand Rouchon por el homicidio de Juan de Lamathe, pero con la condición de que el dicho preso deberá pagar la suma de cien sueldos torneses, que se destinará á hacer pedir á Dios por el alma del difunto.» Nunca se olvidaba esta piadosa multa: á las veces se le unía la obligación de pagar una cierta suma para los pobres. Esos decretos de gracia que se repiten hasta el fin de la monarquía, nunca eran concedidos en los casos de robo, á lo menos que yo sepa: no recuerdo haber visto decretos de indulto más que en causas por homicidios ó por hechos de violencia. Y nótese que no se trata de homicidios involuntarios, porque ésta circunstancia siempre se menciona de una manera especial; se trata de un asesinato *impetuoso*, y entendiéndole así, la frecuencia de esas gracias en una época de tanta severidad en los procedimientos represivos viene en apoyo de la idea que tengo de que el homicidio en los dos últimos siglos ha ido cambiando de naturaleza con len-

titud, pero profundamente; tenía antes por objeto las venganzas, ahora la ambición; antes se debía al arrebató, ahora al cálculo.

Otro contraste igualmente notable como el precedente entre la justicia de los pasados tiempos y la nuestra, es, que antes se castigaba el infanticidio más rigurosamente que el homicidio. El presidial de Perigueux, en 1592, condena á Guillermo Deladenil, convencido del crimen de infanticidio, á ser colgado y estrangulado, después de haber sido sometido al tormento, «y su cuerpo será quemado y reducido á cenizas».

Observación importante que tal vez las citas precedentes hayan sugerido al lector: los homicidios son cometidos frecuentemente por personas pertenecientes á la nobleza ó á las clases superiores que en ellas se inspiraban; en nuestros días, los asesinos se reclutan casi exclusivamente en la más baja sociedad (1).

Otra observación aplicable al conjunto de crímenes: con más frecuencia que hoy los delitos se cometían por grupos, por bandadas espontáneamente formadas, y de ordinario más numerosas que esas partidas de malhechores que por excepción se forman en nuestros días. Estas partidas representan una transformación de las compañías de bandoleros que antes habitaban en

las cavernas y entre las rocas, y hoy tienen establecido su domicilio en los figones de los arrabales, y no deben ser confundidas con los agrupamientos pasajeros de que hablo, de los cuales han podido verse más arriba ejemplos á propósito de las cencerradas y de los despojos á mano armada. ¿Se quieren otros ejemplos? El cura de Roquepina (Perigueux, 1692) se querrela de María Simonet, Juan Fanchereau, su hijo y otros, que «en tropel, y armados por la noche, quemaron las puertas de su casa, lo hirieron, lo golpearon y lo dejaron casi muerto y cubierto de sangre».—Un auto del Parlamento de Burdeos en 1785, y en un asunto civil intentado por «el síndico de propietarios de la pradera de San Miguel», cerca de Martel, le había dado sentencia favorable aparentemente contra los habitantes de la parroquia que alegaban, según pienso, un derecho de pasaje consuetudinario. Este es uno de los innumerables conflictos provocados por los diputados de los municipios. Ahora bien, en contra de esta determinación aparece un habitante de Saint-Michel, inmediatamente seguido de otros muchos, todos armados con fusiles y palos, y amenazando matar á los propietarios y llevar á pastar numerosos rebaños á aquellas pradera, no sin hacer en ella un destrozo considerable. Pero en este asunto, la aglomeración tumultuosa de gentes, puede explicarse por el interés común (1).

(1) Para aquellos que me han favorecido leyendo mi *Filosofía penal* (Storck, 1891, segunda edición), ese contraste se explicará, naturalmente, por las leyes de la imitación.

(1) Por igual motivo no debemos sorprendernos al ver en 1733 manifestarse, en una

Otros muchos no tienen más explicación posible que la autoridad, todavía absoluta, ejercida por el padre sobre sus hijos, por el hermano mayor sobre los menores (1), por el amo sobre sus criados ó sobre los arrendadores de sus fincas; ó bien el lazo de fraternidad, de solidaridad todavía estrecha que unía á los vecinos de una misma comarca y á los miembros de una misma corporación. Para cometer un atropello ó un asesinato, ó bien para labrar un campo ó lavar la ropa, cualquier hombre encontraba siempre cerca de su mano auxiliares ciegamente adictos. El lazo feudal de hombre á hombre subsistía, aunque algo flojo. En la actualidad,

asonada local, el odio constante de los trabajadores del lugar contra los trabajadores extranjeros. Una señora de Condat había llamado para trillar su trigo algunos obreros limosinos. Inmediatamente, ciento cincuenta habitantes de la localidad, armados de picos y de alabardas, se arrojan á ellos, los hieren, los amarran y los conducen á las prisiones de la Encomienda, donde los tienen encerrados día y noche.

(1) En 1692, M. Luis de Carbanceres de Jayac, deán de la iglesia catedral de Parlet, formula querrela contra «M. Juan Alejandro de C. J., canónigo de dicha iglesia, que ha pretendido estrangularlo, y amenaza hacerlo matar por sus hermanos á causa de haber sido nombrado el querellante para el priorato de Padhilac». Sería preciso ahora suponerse en las inmediaciones del Cáucaso ó en otros países salvajes, para encontrar intacta esta autoridad del hermano mayor. En *La Casa de los muertos* (a) Dostoyuski nos pinta, con su penetración habitual, una simpática figura de joven presidiario, inofensivo y amable por naturaleza, á quien una orden de su hermano mayor había lanzado á cometer un asesinato.

(a) Véase este hermoso libro publicado en nuestra colección —(N. DEL E.)

nuestra emancipación individual, sostenida á toda costa, nuestra pulverización social, á cambio de muchos defectos destructores, ha producido á lo menos la ventaja de aislar al malhechor, de dejarlo entregado al propio recurso de sus males personales y desprovisto de la confianza que tenía antes en los que le rodeaban. Porque precisamente esa es la principal causa de ese individualismo criminal, por decirlo así, de que nuestras estadísticas nos muestran en el medio siglo último el progreso continuo: éste se halla ligado á nuestro individualismo social, y, como se ve, no hay motivo para felicitarse de él con exceso.

Y hay menos motivos para felicitarse de ese progreso, si se tiene en cuenta que, en virtud de la misma causa, si en general el crimen permanece individual, tiende también á tomar carácter colectivo de tiempo en tiempo, pero aumentado en proporción directa y en una escala superior á la que á los pasados tiempos hayan visto separado de su familia, de su pueblo, de sus compañeros; el individuo no se liga gustosamente más que á esas hordas confusas de hombres que se agitan hoy en activas corrientes de turbulencias, de manifestaciones, de huelgas, de ligas internacionales, á impulsos de un cacicillo cualquiera. No hay comparación posible entre el crimen cometido por uno solo y el crimen cometido por una muchedumbre indeterminada. Y no quiere esto decir que los pasados tiempos hayan desconocido las revueltas y las agitaciones populares; por lo

contrario, los encuentro en aquellos tiempos considerados pacíficos con más frecuencia que pudiera suponerse. No es raro hallar relatos como los que voy á mencionar seguidamente. Un juez de la jurisdicción de Renaudie (Perigueux, 1695) y el suplente de éste, presos convencidos «del crimen de rebelión *en justicia* llevado á efecto con toque de rebato y agitación popular. En 1690 (ibidem), «el hermano Joaquín Chaslet, prior de san Juan de Verleine, expone que ya en 1664 los habitantes de la parroquia de san Pablo se habían reunido, y provistos de espadas y palos, habían sustraído por fuerza las ofrendas depositadas por los devotos en la capilla del priorato, y que ahora recientemente se han vuelto á reunir armados de fusiles y de pistolas y se han apoderado de varias ofrendas, entre otras de unos veinte corderos y otras varias oblaciones: para este objeto han disparado varios tiros de pistola». En Cahors, en 1711, se instruyó un proceso contra diversos habitantes del lugar de Themnette, acusados del crimen de agrupamiento en armas con sedición, revuelta popular y demolición de casa.

Pero desde luego se ve que estas agitaciones quedaban localizadas; se diferenciaban notablemente de lo que podemos observar en los tiempos actuales; muchos grados intermediarios establecían la continuidad entre el crimen del individuo aislado y el crimen de las masas, cuando una parte de un pueblo se amotinaba con el intento de robar un monasterio; este fenómeno

no era, en suma, nada más que el desarrollo de un hecho habitual y del mismo orden, aunque en grado superior del levantamiento de toda una casa, dueños y criados, padres é hijos, maestro y obreros, para ejecutar un proyecto criminal concebido por el jefe; porque, efectivamente, las masas de entonces apenas se parecían, excepto en algunas capitales, y á veces ni aun en éstas, á las masas de hoy: se componían de gentes emparentadas ó reunidas desde mucho tiempo y ligadas por lazos muy estrechos; ahora se componen de elementos separados accidentalmente, reunidos como los granos de arena de los méganos; por este motivo hay una diferencia notable entre ellas desde el punto de vista de la responsabilidad que pesa sobre el monstruo anónimo de mil cabezas, responsabilidad que debe repartirse entre todas cuando han participado de una misma orgía de sangre, incendio y robo. Era entonces muy fácil descubrir el verdadero instigador, porque éste se hallaba investido de una autoridad no transitoria, sino permanente, y podía ser lícito, por consecuencia, circunscribir la responsabilidad colectiva y castigar solamente á los jefes. Por la razón expuesta podía sostenerse en favor de las masas, más legítimamente que hoy, la teoría de la influencia irresistible de la *sugestión* en virtud del ejemplo dado por el superior prestigioso.

Con referencia á los robos, noto la frecuencia que no hubiera podido prevalecer con que realizaban robos sacrílegos en las iglesias. Verdad es que los

tesoros de las iglesias, más ricos que hoy, sobre todo con relación á las cajas de los particulares, más escasas de numerario que actualmente, debían excitar la codicia de los malhechores. En aquellas edades de fe ardiente, con especialidad en las poblaciones rurales, ¡qué emoción, qué horror sagrado debía agitar el corazón del bandido en el momento en que durante la noche, por medio de fractura de puertas, después de pasar el umbral de un santuario, tocaba con su mano el viril de una custodia ó un cáliz! Un hombre experimentado en el crimen, del cual he leído en este invierno una Memoria manuscrita, confiesa que nunca había penetrado por violencia de noche en el domicilio de un ciudadano honrado sin experimentar en el corazón una sensación extraña y casi voluptuosa que le recordaba las palpitaciones sentidas en la adolescencia con motivo de la primera posesión femenina. ¡Cuanto más fuerte, más enérgico, más fascinador debía ser para un creyente impío y bandido este satánico deleite de violar la casa de Dios! Citemos algunos ejemplos: En 1783, un individuo natural de la parroquia de Rocamadour, sitio famoso de peregrinaciones, fué acusado de haber cometido el robo de cinco manteles de altar pertenecientes á distintas iglesias. En 1758, un preso convencido de haber robado por la noche los vasos sagrados de la iglesia de Cussac, de haberlos roto y vendido á un mercader judío de Bergerac, fué condenado á confesión pública, á mano cortada á la rueda y á que sus cen-

zas fueran arrojadas al viento. Era necesaria mucha audacia ó sufrir el imperio de una fascinación poderosa para afrontar tales castigos. Espero por el honor de mi antiguo presidial, que éste sería más benigno con una infeliz prendera que en 1733 «robó un delantal lleno de nueces cogidas de los nogales del cementerio, destinados á producir el aceite necesario para la luz que arde ante el Santo Sacramento». De todos los robos de dinero, que son muy pocos, cuya noticia he leído, uno solo me llama la atención por su importancia: el robo de una carta que contenía cinco mil ochocientas cincuenta libras, en 1709. No encuentro mencionada nada más que una ratería cometida en 1765 en la feria de Terrasson. Había muchas bandas de ladrones. En 1761, un tal Transquinian, considerado como jefe de una compañía de bandidos, fué condenado, así como dos ayudantes suyos, al tormento ordinario y extraordinario y á la horca.

Llegamos á los hechos de violencia, es decir, á la nota característica de esas voces que nos hablan de lo pasado. Pero ¿tenemos algo nuevo que decir acerca de este asunto? ¿No hemos suministrado ya bastantes pruebas reveladoras de la impetuosidad que determinaba á cada instante la conducta de nuestros abuelos? Añadamos, sin embargo, algunas citas, que servirán para demostrar de qué modo, si bien ninguna clase de la sociedad estaba libre de esos hábitos de vivacidad extrema: el ejemplo, ahora como antes, lo daba la nobleza, sobre todo la nobleza militar,



y aun el clero. Un proceso nos enseña que en 1777 el Sr. de la Lación «acomete y hace caer delante de la puerta de la iglesia de Carniag á un consejero del Presidial de Perigueux. Había en 1762 en Sarlat un M. de Revillou, capitán del regimiento de Van Crecourt, que no quería vivir en paz: un día, no sé por qué persiguió furiosamente con una espada en la mano al hijo de un notario, y éste se vió obligado á buscar refugio en un arroyo infecto que atraviesa la ciudad. Otra vez se atrevió á escalar la casa de campo del mismo notario, amenazando nada menos que de asesinar á éste. Los simples soldados habrían creído faltar al respecto que debían á sus capitanes, sino se hubieran mostrado irascibles y bélicos con los hombres civiles: son numerosas las querellas formuladas contra aquellas tropas que aterrorizaban á los habitantes. Hasta los inválidos son insolentes: dos esposos, comerciantes de Sarlat, se quejan en 1778 «de un soldado inválido» que se presentó en su casa para obligarlos á que le dieran vino, «insultándolos, amenazando á la mujer y diciéndole cien veces que iba á sajarla desde la boca hasta el ombligo». Por más que se preciaban de ser galantes, no tenían reparo en pegar á las mujeres ó á lo menos á la mujer propia. Un Sr. de L..., en 1752, golpeando á la suya, le introdujo con toda su fuerza un palo en el vientre, si han de creerse los datos de la demandante.

Verdad es que la costumbre de apalear y abofetear, se había generalizado hasta en las mujeres. Una querella nos

hace saber que en 1686, la señora de Veyrignac, Flora de Ch..., arrojó varios cuchillos y platos al rostro de su esposo, al cual tiró de los cabellos. Las señoras no se limitaban á dar este trato á su dueño y señor; lo hacían también extensivo á los demás hombres. Una señorita, F..., en 1784 insulta y abofetea en la plaza pública de Belres á un médico. Un magistrado de Perigueux se queja en 1724, de que una señorita, A. D. R., le ha dado «un puñetazo en la nariz y le ha amenazado de darle de palos». Veo que una señora, en 1689, da una bofetada á otra en un salón de Perigueux. Estos son varios casos tomados al azar entre mil. Sin embargo, aunque conozco muchos descendientes de aquellas personas de carácter tan violento y de educación tan elemental, afirmo que no hay gente mejor educada, más inofensiva y de un trato más perfecto en general: de sus abuelos han heredado el carácter, no las costumbres. ¿A qué obedece este cambio? ¿A una causa fisiológica, ó á causas sociales? No sería difícil responder á estas preguntas.

Los curas brillan poco por la dulzura de su carácter. Muchas veces se hace mención, hacia 1730, de un arcipreste de Daglau, que no se contenta sólo «con llevar una vida escandalosa» con las mujeres de su parroquia; un día arroja al teniente del Provisor un vaso de vino al rostro, y le provoca un duelo. Muy frecuentemente, los eclesiásticos tienen querellas entre sí, ya con motivo de la percepción de los

diezmos que se disputan (1), ya, y principalmente, por cuestiones de amor propio y de vanidad. Una vanidad pueril incomprensible es la principal levadura que hace fermentar continuamente la pasta de esa antigua sensibilidad francesa. Las menores distinciones reales, eclesiásticas ó municipales daban ocasión á pependencias borrascosas, á veces grotescas, entre el predecesor y el sucesor. En 1696, durante una ceremonia, el antiguo y el nuevo alcalde de Issigeac se cogen por los cabellos y se quitan recíprocamente el sombrero y la peluca. Estas susceptibilidades turbaban á menudo, ó más bien especialmente, los oficios religiosos. En 1761, «M. Miguel de Abzac de Ladouze, canónigo de la iglesia catedral de Périgueux, presenta una demanda contra M. Jaure de Romains, canónigo y archidiácono de dicha iglesia, que deseando colocar durante la ceremonia religiosa su muceta en el respaldo de la silla de coro del demandante y contra su voluntad, concluyó por coger á éste por los cabellos y darle muchos empujones y dos golpes en los hombros, tratándolo al mismo tiempo de impertinente, de insolente y de bribón». Un vicario de Nuestra Señora de Soubiroux de Cahors, se queja en 1729 del Hermano Juan, franciscano, el cual «en el momento en que el suplicante acompañaba un entierro con capa, es-

tola y bonete, le cogió por los cabellos de la parte posterior de la cabeza, é hizo muchos esfuerzos para tirarlo al suelo al mismo tiempo que le decía: «Vamos, p....» A. Arnauc, de Puybertrand, cerca de Nuestra Señora de la Roca, se queja en 1719 del capellán del hospital de Mussidan, «que ha soliviantado á todo el populacho, á las mujeres y á los niños, y usa de toda clase de violencias para impedirle que tome posesión de su beneficio». Muchas veces, el nuevo titular de un beneficio se encuentra imposibilitado de tomar posesión de éste por las cábalas de su predecesor.

En cada página aparecen los graves problemas de precedencia causando perturbación en muchos actos y especialmente en las procesiones. En 1674, el primer regidor de la ciudad de Lisle y el marqués de Monsegur se disputan uno de los cordones del palio en la procesión del Corpus; se agarraron «por la corbata,» se produjo un gran tumulto como se puede imaginar, y la procesión no se efectuó. En 1716, según nos informa una demanda del cura de Nontron contra M. Laborderie, lugarteniente de la jurisdicción, este último individuo, «en una procesión con motivo de la consagración del rey, dió un golpe á Mathieu Fage, sacristán, y le arrancó la peluca». Una queja de otro cura nos hace saber que un señor de Lestaillades, su mujer y su criada, turbaron la fiesta religiosa porque «el dicho Lestaillades pretendía tener el privilegio, como sus antepasados, de llevar uno de los bastones del palio, el

(1) Tres ó cuatro distintos motivos daban ocasión á conflictos violentos entre los curas y sus feligreses, por causa de los diezmos, de donde se puede inferir el descontento popular era ontese presupuesto.

del lado más honorable, en la procesión del Santísimo Sacramento».

Debemos aquí notar un hecho que contrasta singularmente con lo que pasa hoy ante nuestros ojos, y es la mala inteligencia que parece reinar entre el cura y el señor, entre la iglesia y el castillo. Frecuentemente se hallan en guerra abierta. Sólo en lo que se refiere á Sarlat, de 230 procesos por violencia, he contado 43 que son instruidos por reclamación de sacerdotes contra personas nobles y notables de la vecindad. ¿Se quieren pruebas? Reclamación en 1708 (Sarlat), del cura de Jayat, contra «M. de Carbonnieres de Jayat, magistrado de dicho lugar, que le ha amenazado, le ha insultado, le ha matado su perro, ha hecho sonar las campanas durante una hora para honrar á los convidados del castillo, y por fin maltrató al demandante cuando éste fué á cerrar la iglesia». Querella en 1726 (Perigueux), «del muy alto y poderoso señor César Febo Francisco, conde de Bonneval, contra los religiosos de San Juan de Cole, que han suprimido sus nombres y cualidad de señor de la parroquia de una campana nueva, cuyo metal él había facilitado, y de la cual es padrino, y que además han dado varios repetidos toques de rebato, para excitar una sedición popular impulsando al pueblo á prender fuego al castillo». En 1778, después de un proceso seguido á instancia de la familia de Allemans, el cura de la parroquia de Champniers fué condenado «á presentar el agua bendita y el hisopo á los señores de Allemans, y al he-

redero de su casa, en su asiento, todas las veces que haga la aspersion del agua bendita, á hacer que el compañero y el pertiguero presenten el pan bendito á los señores de Allemans, y por fin á incensar á estos en su mismo banco todas las veces que quemase incienso en la misa y en las visperas, cuando incienso al pueblo».

Las ceremonias del culto en el siglo xviii no ofrecían para la nobleza otro interés más que el de hacer alardes de sus privilegios. Generalmente, su manera de estar en la iglesia dejaba mucho que desear; y si alguien dudara de los progresos que la irreligión había hecho en las clases superiores antes de extenderse por debajo de ellas, encontraría en nuestros documentos un irrefragable testimonio de su irreligiosidad, á lo menos exterior. Recuerdo haber leído en un sermón del siglo xvii que en esta época en París no era muy raro ver á algún joven hidalgo entrar en la iglesia en medio de la misa y abrazar á una señorita *coram populo*. Este ejemplo parisiense tuvo imitadores. En 1696 (Sarlat), un cura presenta demanda «contra el Sr. de Labrande y sus hijos, entre otros el Sr. de Naudaillag y otro caballerito, que le maltrataron en varias ocasiones y causaron escándalo en su iglesia acariciando á la señorita L. del C. á pesar de la resistencia de ésta». No nos admiramos, pues, si en un martes de Carnaval que excusa todas las licencias, vemos en una comarca algo atrasada, en Berbieres, á un bachiller en derecho y á los dos hijos del lugarteniente

y procurador de oficio, «bailar enmascarados llevando capas al estilo de los Recoletos y convirtiendo la religión en objeto de burla». ¡Y en nuestros tiempos no hay personas más piadosas que los nietos de aquellos impíos, y no hay personas más comedidas que los nietos de aquellos brabucones!

Inútil es añadir que todas las clases participan de la brutalidad de costumbres de que he dado algunos pormenores, con referencia á las clases dominantes. En nuestros días, ¿pueden ser más corteses las relaciones de los escribanos con los jueces, y, en general, de todas las autoridades unas con otras? Antiguamente no sucedía lo mismo. En 1731, el escribano de la jurisdicción de San Cipriano se queja de su juez M. Guillermo Jarlan, señor de la Carrière, «que le ha amenazado con darle golpes en el vientre, y le ha dado un latigazo en la calle, reprochándole por haber remitido en su ausencia un proceso á M. Bertrand R.» Se bien que entre los médicos de hoy, cuando se disputan la clientela de alguna pequeña localidad, no reina siempre un espíritu de fraternidad muy perfecta: pueden verse reproducidas escenas como la que voy á referir, tomada de una querrela (1717, Cahors) de un maestro cirujano y regidor perpetuo de Cahors. Cuando se hallaba ocupado en sondar á un enfermo atacado de retención de orina, dos colegas suyos se presentaron, «cayeron sobre él, le trataron de estúpido é ignorante, le desgarraron las mangas, lo arrojaron fuera de la habitación del enfermo y le dieron con

la puerta en las narices diciéndole que ellos querían hacer por sí mismos la operación, que era propia de la especialidad que cultivaban». Los antiguos médicos de Sarlat, trabajo me cuesta el confesarlo, eran más ávidos de ganancia que los de Quercy. ¿Se creerá que en 1674 había en Sarlat una doctora en cirugía, «María Bourdet, señorita de Daubigny», que ya había ejercido su arte «con honor en muchas ciudades del reino»? Esta señorita, que se había adelantado, como se ve, en dos siglos á nuestras médicas de hoy, no tenía motivos para estar satisfecha de sus colegas masculinos. «La amenazaban continuamente de matarla y de arrojarla de la ciudad», y todos los cirujanos de la comarca, acompañados de sus ayudantes, «fueron armados con martillos, mazos de hierro, morteros de madera y otros instrumentos para forzar las puertas de su oficina, hacer pedazos la estantería, los vidrios y los instrumentos, especialmente cuatro tazones, cajas, cofres y otros muebles, entre ellos un espejo que había costado dos luises de oro, se llevaron una vasija de estaño nueva, una peluca también nueva, etc. Verdaderamente, nuestros doctores de hoy son más galantes para sus rivales con faldas.

Tampoco debe sorprendernos el proceder brusco de los ujieres: hallo que en 1755 uno maltrató bárbaramente á una mujer con la que tenía relaciones; le dió puñetazos en el pecho y patadas en el vientre bajo: hasta cierto punto ese proceder era excusable, porque era el mismo que recibían de las personas

con quienes trataban. Nada menos agradable que la vida de un ujier del antiguo régimen: los hidalgos lo apaleaban, los militares le amenazaban con abrirlo en canal, ó intentaban «atravesarlo con un hierro de la chimenea», ó de «arrojarle un tiesto á la cabeza». Ni siquiera faltaban curas que lo golpearan.



## IV

Conclusiones: contraste entre la delincuencia *violenta* de nuestros antepasados y la delincuencia *astuta* de sus descendientes.—Transformaciones que sufrió la criminalidad aun bajo el mismo antiguo régimen; pretextos revolucionarios; el calvinismo, la Fronda.—Impunidad frecuente.

Manera de funcionar los antiguos tribunales. Número crecido de magistrados.

Crueldad, diversidad, extravagancia frecuente de las penas (ejecución en efigie, confesión pública, etc.) Cambio de malhechores entre las diversas audiencias de lo criminal por aplicación de la pena de destierro fuera del recinto de la jurisdicción; particularidades diversas.

Necesidad de que no se juzguen los pasados tiempos solamente por su aspecto criminal, y de no creer que todo, en nuestro estado social actual, es preferible á todo lo de nuestros antecesores.

En resumen, la criminalidad del antiguo régimen, considerada en su conjunto, difiere de la actual en caracteres importantes. Crímenes ó delitos destinados en nuestro tiempo á una gran resonancia, quiebras, estafas, abusos de confianza, violaciones de menores,

infanticidios, no hablo de suicidios, apenas existen ó faltan completamente en la antigüedad. Otros han desaparecido hoy, ya porque no se consideran delitos, ya porque no se producen, pero que antes se castigaban, si bien con decreciente severidad, como la blasfemia, el sacrilegio, la brujería, etc. Y aun en aquellos hechos considerados actualmente como delitos ó crímenes, lo mismo que antes las desemejanzas son tales, desde el punto de vista de la proporción numérica de los procedimientos de ejecución ó de las condiciones de los ejecutantes, que en verdad la antropometría de Lombroso, si pudiera aplicarse á los homicidas y ladrones de otros tiempos, no confundiría á aquellos criminales con nuestros asesinos y ladrones. Que se examinen los voluminosos documentos de que acabo de extraer la sustancia, á lo menos en gran parte, y que seguidamente se recorran las compilaciones de alguna de nuestras audiencias ó un registro de los pleitos y sentencias en causas criminales de actualidad; ésta comparación bastaría para que se notase el contraste de colores entre la delincuencia violenta de nuestros padres y la delincuencia astuta de sus nietos.

¿Será necesario añadir que bajo el antiguo régimen la criminalidad iba ya sufriendo transformaciones que se hacen sensibles á la mera lectura de nuestros inventarios? Aquí y allí, cuando nos remontamos á las guerras religiosas del siglo xvi, las tintas se oscurecen á nuestra vista y toman color

de sangre; y aun así, muchas veces no alcanzan el tono sombrío que debería corresponderles á causa de que la justicia en muchos casos suspendió sus funciones. En un proceso seguido en 1617 ante los «parlamentos de Nerac y de Castres», un habitante de Perigueux se vió precisado á reclamar un certificado en el que constara que «la ciudad de Perigueux fué invadida por gentes de guerra del partido de la R. P. R., el 6 de Agosto de 1575, y los habitantes de dicha ciudad católica no volvieron á ser dueños de ella hasta el día 28 de Julio de 1581: *durante ese tiempo no ejerció sus funciones la justicia*, y los señores jueces presidiales se vieron obligados á celebrar sus sesiones en la villa de Saint Astier, adonde se podía hacer pocas expediciones porque no estaban seguros los caminos. Asimismo la ciudad de Perigueux se declaró en favor de la Liga desde el mes de Enero de 1590 y permaneció en ese estado hasta fin del año 1594; *también durante ese tiempo la justicia, el comercio, funcionaron muy poco á causa de las turbulencias*». ¡Cuántos crímenes, cuántos robos y hurtos quedarían impunes! Las crónicas locales lo atestiguan: las represalias de partido á partido eran terribles y prolongadas; habiéndose propagado el movimiento calvinista en la nobleza de nuestra región, es permitido creer, teniendo en cuenta su antiguo carácter faccioso y turbulento (1), que las cues-

(1) El Perigord, según Thou, era un hervidero de nobleza facciosa; y la historia del

ciones religiosas frecuentemente serían para esa nobleza un pretexto que le permitiera batallar, tratar como enemigo al amigo de la víspera, como extranjero al vecino y aun despojar y robar á éste. Imaginemos un grupo de cazadores apasionados que en un país poco abundante en caza se resolviesen á perseguirse los unos á los otros; esa es la perfecta imagen de los políticos de todos los tiempos. La historia de la toma y readquisición de pueblos en nuestra provincia durante la segunda mitad del siglo xvi, es una orgía de asesinatos y de robos en que los criminales encontraban sobrado ejercicio. Las revoluciones, perfectamente se sabe, son las saturnales del crimen; desgraciadamente muchas veces queda éste encubierto, porque está en la naturaleza de los más grandes delitos el hacer que se olviden ó se excusen bajo pretexto de política.

También la Fronda, ya se ha visto, dejó en nuestros documentos señales de su paso (1); pero á partir de la época de Luis XIV, las costumbres se hacen menos sanguinarias aunque siempre violentas, y si bien no dejan de darse golpes, sobre todo golpes con los pu-

país, especialmente la que se refiere á la conspiración de Birón bajo Enrique IV, confirma plenamente esta afirmación.

(1) En otros documentos encuentro citado el asesinato de Pedro de Labrouse, anciano de ochenta y dos años, antiguo magistrado de lo criminal, crimen cometido en Setiembre de 1653 durante una sedición popular que hubo en Sarlat. El móvil del crimen, según parece, fué una venganza privada bajo pretextos políticos.

ños, pocas veces mortales. A medida que nos aproximamos á la Revolución, el murmullo del descontento público aumenta y se deja oír cada vez más claro. La percepción de las rentas feudales y la de los diezmos se hace tumultuosamente. En 1747, el señor Dubos, encargado de cobrar los atrasos de la renta que pagaban los colonos de la tierra de Carves, presenta una demanda contra muchas mujeres «que le arrancaron los cabellos, lo apalearon, le arrojaron puñados de ceniza á los ojos y á la boca para impedirle que gritase, y finalmente, le quitaron los papeles que el demandante llevaba con destino á la audiencia de Carves y los arrojaron al fondo de una balsa». Pero la rivalidad y el odio de clases vienen de tiempos más remotos. En 1727, cinco campesinos de Simeyrols, «armados con gruesos palos y con mazas», penetraron en la cerca de una casa noble «para buscar á otro campesino que allí se había ocultado, según decían», y no se retiraron sino después de murmurar y amenazar. Pequeñas expediciones rurales de esa clase prepararon poco á poco las grandes jornadas revolucionarias. En las tabernas habían comenzado á perorar desde 1740 los precursores de Rabagas. En esa fecha el conde de Burdeilles se queja «de un individuo llamado Desvaux, que se dice abogado, hombre violento, peligroso, que sostiene contra él en las tabernas los propósitos más atroces y que recientemente fijó en el portal del castillo de Burdeilles un cartel ó pasquín que contenía pésimas rimas ó versos muy se-

diciosos ú obscenos que tendían á sublevar á los habitantes de la tierra de Burdeilles contra su señor». Esa protesta rimada contra el antiguo régimen, se había fijado en los muros de aquella humilde ciudad medio siglo antes de la Revolución.

Nuestros documentos no alcanzan más que hasta el momento en que el período revolucionario se aproxima á su aspecto sangriento. En las últimas páginas la fermentación de los espíritus se deja claramente sentir en el fondo de las comarcas rurales más apartadas. Sabemos por una querrela «del procurador del rey en la jurisdicción general de Guyena, que en 1790, algunos habitantes de Vallojoux, Sergeac, Saint León y Thonac, parroquias del cantón de Montignac armados y reunidos en número de trescientos próximamente», van visitando las casas de los particulares y con preferencia las de los señores y las de los curas, donde todo lo ponen á contribucion, hasta apoderarse de los granos que encuentran, obligan á que se les dé dinero, amenazan con incendiar los castillos y aun se permiten amenazar á las personas; el procurador del rey, los acusa de ejercer toda clase de violencias: así agrupados plantan en medio de las plazas públicas y delante de los castillos y casas de los señores, árboles de gran tamaño, algunos de los cuales tienen la forma de horca, y en lo más alto de ellos colocan una escoba, una medida de granos, un rasero, una criba y además un cartel que anuncia la cobranza de rentas. De seguida pretenden quitar las

veletas que hay en los castillos y casas particulares, y en caso de resistencia de parte de los propietarios, se dirigen contra éstos con maneras insolentes y con amenazas de incendio»: estos desórdenes se cometían en Enero de 1790. Así comprendemos que otra demanda que lleva la misma fecha hable de una oficina de vejaciones inicuas creada en Montignac.

Esas turbulencias se repetían por todas partes con un frenesí imitativo, que es la circunstancia atenuante de sus mismos ejecutores; éstos sin, embargo, eran tratados por la justicia prebostal con un rigor inspirado en el espíritu de los Presidiales. En 1790, el preboste general de la jurisdicción de Guyena, condenó al jefe de una de esas bandas de rateros y devastadores á la horca, á uno de dos cómplices suyos, á cinco años de galeras, y al otro á un año de prisión.—Pero detengámonos; sería preciso, para continuar, invadir el campo de M. Taine que no deja nada que espigar después de él.

Todavía, por conclusión, hemos de añadir algunas palabras acerca del funcionamiento de los antiguos tribunales y de la ejecución de sus sentencias. Desde luego me llama la atención el número de los magistrados. ¿Diré que había entonces cuatro ó cinco veces más que hoy? Eso no sería decir bastante. El Presidial de Perigueux, por ejemplo, cuya jurisdicción se extendía por toda la senescalía de Bergerac y también por una parte de Saint Yrieix, contaba en 1584 tres presidentes, diez y ocho consejeros, un fiscal y dos abo-

gados: más tarde quedó reducido á doce ó trece el número de los consejeros. En Sarlat, sobre poco más ó menos, lo mismo. Nótese que al lado de esos Presidiales tan poblados, sin contar su colegio de abogados compuesto de treinta y seis de éstos inscritos aún en 1788 y de diez y seis procuradores, había además «los consejeros en la elección», miembros de un tribunal administrativo y fiscal, cuyo número era casi igual, y además de éstos el juez señorial que había en cada pequeño señorío.

Sumadas todas las cifras representadas por estos individuos, se observará que relativamente al aumento actual de la población, nuestro personal judicial se ha ido reduciendo en proporciones enormes, y si bien se reflexiona excesivas. Actualmente, la mayor preocupación de un ministro que tenga á su cargo la justicia, parece ser la de suprimir tribunales y disminuir el personal todo lo que le sea posible. En los otros departamentos ministeriales sucede lo contrario: crear sin cesar nuevas funciones y nuevos funcionarios. Supongo que esto sucederá por lo mismo que la función esencial del Estado, la única que los economistas clásicos le reconocen, con la defensa militar del territorio, es la justicia. Borrar todos los años en nuestros presupuestos lo que serviría para atender á lo necesario, y en cambio aumentar lo que se destina para lo accesorio, es imitar á las mujeres, que economizan en tela para gastar en adornos del traje. Pero se diría que nuestra democracia corría un gran pe-



ligro, si los magistrados que se han podido sostener en sus sitios, á pesar del afán extraordinario, de las economías, no eran perseguidos en sus últimos lugares, cargados de negocios y abrumados de procesos hasta lo inverosímil. En el momento en que todos los trabajadores reclaman y obtienen la disminución de las horas de trabajo, aquellas exigencias son muy extrañas. Es además un abuso el confundir el trabajo de un juez con el de un albañil, y el pagar al primero á tanto la hora de audiencia, como al otro se paga á tanto el metro cuadrado de tapia. El juez, según nuestros antecesores, y tenían razón en esto, debe ser ante todo un trabajador muy ocupado, porque no se juzga bien más que cuando el juzgar se hace con reposo y no con fatiga, supuesto que nada hay más peligroso que un magistrado que procede con apresuramiento, especialmente en el tribunal correccional. Las lecciones del pasado acerca de este punto pudieran ser utilizadas con provecho.

Y no es que yo proponga que nos sirvan de modelo en todo los jueces del antiguo régimen (1), y menos los jue-

ces señoriales. En 1696 (Perigueux), una *mujer casada* formula demanda «contra el juez y procurador de oficio de Badefol, que con violencias y amenazas, después de haberla encerrado en un calabozo del castillo de Badefol, la obligaron á declarar que estaba en cinta por obra primeramente de uno llamado Francisco, después de Esteban Lapeyre, burgués, su amo...» De esa manera procedían extrajudicialmente los jueces (1), y ese es el caso que ha-

debía ser considerada legalmente establecida. Ahora bien; ese magistrado era un ferviente católico, y era, además, cuñado del obispo de Sarlat un Salignac Fenelon: estaba seguro de agradar á la población sarladesa en su gran mayoría católica, negando el uso del sello oficial al grupo y al templo protestante de que se trata. A pesar de todo, resiste esas influencias y declara legalmente establecida la iglesia reformada de Salignac. Cuanto al conocimiento profesional, el magistrado antiguo podría servir de modelo en muchas ocasiones. En un folleto relativo á una información medico-legal que se efectuó en Bolonia en 1665, el doctor Augusto Setti (Roma, 1891) expresa una viva admiración, muy justificada, por el ingenio, la penetración y delicadeza de que dió pruebas el magistrado instructor del siglo xvii en sus numerosas y habísimas preguntas, y dedica un homenaje de respeto, lo mismo que yo he hecho antes, á la sagacidad de aquellos peritos (se trataba de una causa muy difícil por envenenamiento), á pesar de la forzosa deficiencia de sus conocimientos químicos.

(1) Y los particulares solían también imitar á los magistrados. En 1676, querrela de Leonardo Lagosse, herrero, «contra el señor Beyssac, un criado de éste y otros varios, que, armados de pistola y de fusiles, se habían apoderado del dicho Lagosse, le habían vendado los ojos para transportarlo á una caverna, donde le habían puesto una cuerda al cuello para obligarlo á declarar que él había matado el jumento y robado el caballo del

(1) Me será permitido, sin embargo, elegir otra vez su imparcialidad animosa. Véase de ella un rasgo que me seduce: en 1611, en el momento en que acaba de morir Enrique IV y volvía á comenzar la fermentación de las guerras religiosas. El magistrado suplente de la Senescalía de Sarlat, Francisco de Gerard, fué llamado á decidir, después de la prueba y contraprueba, y después de haber oído «las observaciones del promotor de la diócesis, si la iglesia reformada de Salignac

cían de la presunción ó indicio de pruebas, expresado en esta frase: *pater is est quem nuptiae demonstrant*.

Habr  podido notarse que las penas eran, no solamente crueles, sino diversas y aun extravagantes. Las ejecuciones en efigie *hasta que sobrevenga la muerte* debían ser un espectáculo muy grotesco; y si muchas veces, como se asegura, el condenado por contumacia pod  asistir á su propio suplicio oculto en una ventana, le será permitido reir un poco, aun cuando es posible que no hiciera uso de ese permiso. La confesión pública en camisa y con un cirio en la mano en plena iglesia y en pleno tribunal, pena   la que estaba sometido el difamador, ten  también su lado ridículo. En 1679, por ejemplo, el Senescal de Sarlat condena   «Juan de Calvimont, señor de San Marcial, etc.»,   declarar «solemnemente» estando de manifiesto *Corpus Domini* en la iglesia parroquial de Sarlat, durante la misa mayor, que Leonardo Clarat, clérigo, «es inocente de haber tirado   los pichones y de haberlos matado»... La caza entonces ejercida por villanos era un grande crimen. El destierro fuera del recinto de la jurisdicción era tan cruel antes como hoy puede serlo el destierro fuera de Francia   la deportación. Pero ya se comprende el abuso que entrañaba esta especie de cambio que las Audiencias se hacían de sus respectivos criminales. A partir de 1680 próxima-

señor de Beyssac».  No es este, evidentemente, un delito sugerido por los procedimientos habituales de la justicia de entonces, por el tormento?

mente, las condenas   galeras se multiplican y aun parece que sustituyen   las sentencias de muerte. Cuanto   la detención, deb  ser como siempre una pena tan terrible para el inexperto delincuente como benigna para el viejo experimentado. La vigilancia era poco menos que nula en las prisiones, si se juzga por la frecuencia de las evasiones (1) y también de los cantares carcelarios. Veo en Perigueux, especialmente en 1748, un preso y una presa acusados del crimen de comercio adulterino continuado con desprecio de la justicia en las prisiones reales de la ciudad de Perigueux.» y en 1757, otra pareja de detenidos acusados del crimen de comercio incestuoso. La antigua alegría francesa no abdicaba sus derechos en aquellos locales inmundos: hab  all  la costumbre de solemnizar divertidamente el carnaval; por más que en Sarlat se tomaban precauciones policiacas (1783) contra la «disipación» que esta época del año ocasionaba. Naturalmente, se repartían palos, y por lo regular los que más recibían eran el carcelero y su mujer. En 1706, el conserje de la prisión de Sarlat, que había recibido orden de permitir   Boucher de L... (acusado de asesinato) que se pasease en el patio y las galerías, se queja de que aquel preso, procediendo

(1) Muy frecuentemente bandos de bullangueros forzaban las puertas de las prisiones para poner en libertad   uno de sus amigos. La libertad provisional bajo fianza se practicaba muy frecuentemente, según creo: varias veces se menciona en el Registro criminal de Saint Martin, *ese Registro criminal de Saint Martin*.

como dueño, le mata sus gallinas, golpea á su mujer con los pies y con los puños, y teniendo por su parte á los soldados del regimiento de Romainval, presos que gozan de la misma libertad, le tira piedras desde que se presenta en el patio, y poco ha faltado para que lo mataran dos ó tres veces (1)».

No nos dejemos llevar de la compasión al juzgar á los carceleros de otros tiempos. En cuanto á su valor moral, debían estar poco más ó menos á la altura de los verdugos; y observo que en 1781, el verdugo de Sarlat fué condenado á galeras perpetuas por hechos de violencia cometidos fuera del ejercicio de sus funciones, sin duda por hábito.

Termino estas vagas notas con una crítica de las descripciones antiguas; falta un poco de precisión. Se señala en 1733 «dos personajes, uno designado con el nombre de alguacil, en compañía de otro que es señor de Lamartonie, hombre de elevada estatura, vestido con traje azul, de rostro inflamado, pelo rojo, peluca á manera de gorra, sombrero con bordados de plata», estamos lejos de los envíos de fotografías y de *bertillonaje*.

Otras muchas citas pudieran extraerse de los viejos papeles que he es-

(1) Con respecto á la alimentación de los prisioneros, encuentro en 1716 un compromiso de rebaja en los precios del pan que se consumía en las prisiones: la adjudicación se hizo en favor de un panadero que «se obligaba á dar el pan bien acondicionado para cada uno de los presidiarios, teniendo cada pan veintiocho onzas de peso, á razón de dos sueldos cada uno».

tudiado con detenimiento para dar á los lectores una simple idea. He dejado hablar los textos y me he abstenido todo lo posible de hacer reflexiones. Pero importa, sin embargo, observar por conclusión, que se tendría de la sociedad antigua una idea muy somera si nos limitáramos á considerarla sólo bajo el aspecto criminal; si de la nuestra se juzgara únicamente con sujeción á los protocolos de los tribunales, ¿qué cuadro se haría de ella? El antiguo régimen tuvo, al lado de sus figuras teñidas de crímenes, su flora característica, no menos teñida de bellezas y de virtudes, y mis compatriotas sarladeses especialmente, cometerían un grave error si entendieran que todo en su estado social actual era preferible á lo de sus padres. La violencia de las costumbres, por ejemplo, no era obstáculo para el desarrollo del arte y de cierta delicadeza de gusto: las memorias de Benvenuto Cellini nos dan una prueba entre mil de esta afirmación; ciertamente no voy á comparar á Sarlat con Florencia ó con Venecia; pero desde el punto de vista artístico, noto en uno de nuestros Inventarios que en 1782 había en Sarlat dos pintores italianos llamados Ramelli y Lange, y que este último tenía la especialidad de *limpiar los cuadros*, es decir, de restaurarlos. Debo ¡ay! hacer observar que actualmente ningún pintor ni de Italia ni de otra parte se estableció en esa pequeña subprefectura; y seguramente el oficio de restaurador de cuadros no ofrece allí hoy á nadie condiciones para vivir.

G. TARDE.

# RECUERDOS DE MI INFANCIA

(CONTINUACIÓN)

X

## La partida.

El día siguiente de los acontecimientos que he contado, á mediodía, la carretela y la britchka estaban delante de la escalinata. Kolia estaba en traje de viaje, es decir, que llevaba el pantalón metido en las botas, un gabán viejo y un cinturón bien apretado por encima del gabán. Estaba de pie en la britchka y arreglaba las mantas y los almohadones. Cuando le parecía que éstos estaban muy altos, se sentaba sobre ellos y saltaba hasta que los había aplastado.

—Por caridad, Kolia, ¿no podría V. tomar este cofrecillo?—dijo el ayuda de cámara de papá saliendo muy sofocado de la carretela.

—Debía V. haberlo dicho antes, Miguel Ivanovitch—respondió Kolia hablando de prisa y arrojando impacientemente, con todas sus fuerzas,

un paquetito al fondo del carruaje.— ¡Tiene uno ya la cabeza mareada y es preciso que aún venga V. con su cofrecillo!—añadió quitándose la gorra y secándose gruesas gotas de sudor sobre su frente curtida.

La servidumbre se había reunido alrededor de la escalinata, los hombres descubierta la cabeza, con caftán ó en mangas de camisa, los niños descalzos, las mujeres con falda de algodón y pañuelo rayado, y sus mamones en brazos. Todos miraban los carruajes y hablaban entre sí. Uno de los postillones (un viejo muy encorvado con gorra de pieles y un armiak de invierno) había empuñado la lanza de la carretela y la movía examinando el juego delantero con aire inteligente. El otro postillón era un guapo mocetón con camisa blanca con cuadros

de algodón rojo en el brazo, con sombrero de fieltro negro que inclinaba en tanto sobre una oreja, en tanto sobre la otra, al rascarse la cabeza rubia y rizada. Había puesto su *armiak* sobre el pescante, echado las riendas sobre el *armiak*, y restallaba el látigo mirando alternativamente á sus botas y á los dos cocheros que engrasaban la *britchka*. Uno de éstos levantaba el carruaje con esfuerzo; el otro, acurrucado debajo, engrasaba el eje y su caja con mucho cuidado; hasta dió una última vuelta, comenzando por abajo, para no perder lo que había quedado en la brocha.

Los caballos de posta, rocines de todos los colores, movían la cola á causa de las moscas. Los unos dormían, estirada hacia adelante una de sus patas velludas. Los otros, para matar el aburrimiento, se rascaban mutuamente, ó mordían unas matas de hierba coriácea que habían brotado al pie de la escalinata. Muchos lebreles estaban tendidos al sol jadeantes; otros, se habían deslizado á la sombra de la *carretela* y de la *britchka* y lamían la grasa de los ejes. El aire estaba lleno de una especie de vapor polvoriento, y el horizonte era de un gris lila, pero no tenía una sola nube. Un fuerte viento del Oeste levantaba torbellinos de polvo sobre el camino, y en los campos doblaba la copa de los grandes tilos y de los abedules del jardín y arrastraba á lo lejos las hojas amarillas. Yo estaba sentado junto á la ventana, y esperaba con impaciencia el fin de todos aquellos preparativos.

Cuando todo el mundo se reunió en el salón, alrededor de la mesa redonda, para pasar por última vez algunos minutos juntos, yo no pensaba de ningún modo en la tristeza del instante que nos esperaba. Los pensamientos más fútiles se agitaban en mi cabeza. Me proponía á mí mismo estos problemas: «¿Cuál de los postillones irá con la *britchka*, cuál con la *carretela*? ¿Quién de nosotros irá con papá, quién con Karl Ivanovitch? ¿Por qué se quiere absolutamente envolverme en una bufanda y en un *caftán uatado*? ¿En qué se me cree delicado? Con seguridad que no me helaré. Quisiera que todo esto hubiera acabado... subir al carruaje, y partir.»

Natalia Savichna entró en el salón, los ojos hinchados y enrojecidos y con un papel en la mano.

—¿A quién quiere la señora que dé la lista de la ropa de los niños?—preguntó á mamá.

—Dásela á Kolia, y venid todos á decirles adiós.

La vieja quiso decir alguna cosa, pero no pudo hablar. Se tapó la cara con el pañuelo, agitó la mano y salió. Esto me hizo efecto, y mi corazón se oprimió algo; sin embargo, la impaciencia de partir era superior á todo, y seguí escuchando con perfecta indiferencia la conversación de mis padres. Hablaban de cosas que no les interesaban evidentemente ni al uno ni al otro: de lo que habría que comprar para la casa, de lo que habría que decir á la princesa Sofía y á madama Julia, de si el camino era bueno.

Foca apareció en la puerta, y exactamente con el mismo tono con que anunciaba: «La comida está servida», anunció: «Los carruajes están prestos.» Noté que mamá se estremeció y palideció, como si no se hubiera esperado aquella noticia.

Dijeron á Foca que cerrase todas las puertas. Encontré esto muy divertido: se habría dicho que todos nos ocultábamos de alguien.

Se sentaron. Foca hizo como los demás, pero en el borde de una silla. En el mismo instante rechinó la puerta, y todo el mundo volvió la cabeza. Natalia Savichna entró precipitadamente y fué á sentarse, sin alzar los ojos, en la misma silla que Foca, al lado de la puerta. Aún veo la cabeza calva y la cara arrugada é inmóvil de Foca, la espalda encorvada y el rostro bondadoso de Natalia, con su cofia por debajo de la cual asomaban cabellos grises. Los dos se aprietan para tenerse en la misma silla, y los dos están mal.

Yo seguía sin preocuparme é impaciente. Los diez segundos durante los cuales estuvieron sentados con las puertas cerradas, me parecieron una hora. Al fin, todos se levantaron é hicieron la señal de la cruz; después comenzaron los adioses. Papá estrechó á mamá entre sus brazos, y la besó muchas veces.

—Vamos, querida, que no nos separamos para siempre.

—¡De todos modos es triste!—dijo mamá con voz entrecortada por las lágrimas.

Cuando oí aquella voz, y vi aquellos labios temblorosos y aquellos ojos llenos de lágrimas, olvidé todo lo demás, y sentí tan horrible tristeza, tal dolor, que habría querido escapar y no decirle adiós. Comprendió en aquel momento que al besar á papá nos había dado ya interiormente sus adioses.

Había ella besado tanto á Volodia y hecho sobre él tantas señales de la cruz, que creía llegada mi vez, y me deslicé á su lado; pero seguía bendiciéndolo y estrechándolo entre sus brazos. Pude al fin besarla, y aferrándome á ella, lloré, lloré sin pensar en otra cosa que en mi pena.

Cuando salimos para subir á los carruajes, encontramos en el vestíbulo toda la servidumbre que había acudido para despedirnos. Sus «deme V. la manta», sus grandes besos sonoros, y el olor á sudor de sus cabezas, despertaron en mí un sentimiento muy vecino de la irritación. Bajo la influencia de aquel sentimiento, besé con mucha frialdad á Natalia Savichna sobre su cofia, cuando me dijo adiós sollozando.

¡Cosa extraña! Todavía veo á todos los criados, y podría dibujar sus retratos hasta en los menores detalles; pero el rostro y la actitud de mamá se me escapan enteramente. Esto procede acaso de que, durante toda aquella escena, no tuve ni una sola vez valor para mirarla. Me parecía que si la miraba, su pena y la mía excederían todos los límites.

Me arrojé en la carretela antes de que subiera nadie, y me senté en el

fondo. Como estaba levantada la capota, ya no veía nada; pero un instinto me decía que mamá estaba todavía allí.

«¿La miraré todavía una vez?... ¡Será la última!» Me incliné fuera de la carretela, del lado de la escalinata. Durante aquel tiempo, mamá, que había tenido la misma idea, daba la vuelta al carruaje y me llamaba por la otra portezuela. Al oír su voz á mi espalda, me volví tan bruscamente, que tropezaron nuestras cabezas. Sonrió tristemente, y me besó por última vez abrazándome estrechamente.

Después de arrancar los carruajes, quise volver á verla. El viento agitaba el *fichú* azul anudado sobre sus cabellos. Subía lentamente la escalinata, baja la cabeza y oculto el rostro en sus manos. Foca la sostenía.

Papá estaba á mi lado y no decía nada. Yo me atragantaba á fuerza de sollozar, y mi garganta estaba tan apretada, que tenía miedo de ahogarme. Al volver en la carretera, vimos un pañuelo blanco que se movía en el balcón de la casa. Agité el mío, y este movimiento me calmó un poco. Seguía llorando, pero el pensamiento de que mis lágrimas mostraban mi sensibilidad, me era agradable y me consolaba.

Al cabo de una versta, estuve más tranquilo y me puse á mirar delante de mí, con obstinada atención, el objeto más próximo: era la grupa del caballo de costado. Lo miraba agitar la cola y galopar; galopaba mal: el postillón le dió un latigazo, corrigió

su andar. Miraba el arnés danzar sobre la grupa y cubrirse de espuma. Luego me puse á mirar los guardacantones del camino, los campos ondulantes de cebada granada, el negro barbecho, donde se veía un arado, un mujik, una yegua y su potro. Hasta eché una mirada sobre la silla para ver qué postillón llevábamos, y las lágrimas no se habían aún secado en mis ojos, cuando mi pensamiento estaba lejos de mi madre, de quien acababa de separarme acaso para siempre. Sin embargo, todos los recuerdos que cruzaban por mi espíritu llevaban hacia ella mi pensamiento. Me acordaba de la seta que había encontrado la víspera en la calle de abedules. Liubotchka y Catalina habían disputado por quién la cogería, y también ellas habían llorado al decirnos adiós.

¡Me daban mucha pena! Natalia Savichna también me daba pena, y la calle de abedules, y Foca. ¡Hasta la odiosa Mimí me daba pena! ¡Todo, todo me daba pena! ¿Y la pobre mamá? Mis ojos se llenaron de nuevo de lágrimas, pero no por mucho tiempo.

## XI

### La infancia.

¡Infancia, dichosa infancia! ¡Tiempo dichoso que no volverá jamás! ¿Cómo no amarla, cómo no acariciar su recuerdo? Este recuerdo refresca y

levanta mi alma; es para mí la fuente de los mejores goces.

Me acuerdo de que cuando estaba cansado de correr, iba á sentarme delante de la mesa de té en mi silloncito alto de niño. Era ya tarde, había acabado hacia ya mucho tiempo mi taza de leche con azúcar y mis ojos se cerraban de sueño; pero no me movía; me estaba quieto y escuchaba. ¿Cómo no escuchar? Mamá habla con una de las personas presentes, y el sonido de su voz ¡es tan dulce, tan amable! ¡El sólo me dice tantas cosas!

La miro fijamente con ojos enturbiados por el sueño, y de pronto se hace pequeñita, muy pequeñita; su cara no es mayor que uno de mis botones, pero queda clara; veo que mamá me mira y que sonríe. Encuentro divertido tener una mamá tan pequeña. Entorno todavía más los párpados, y ella disminuye, disminuye; se hace no mayor que los niños que se ven en el fondo de los ojos de las gentes. Pero me he movido, y se ha roto el encanto. Entorno los ojos, cambio de postura, me doy mucho trabajo para llamar el encanto: es en vano.

Me dejo deslizar hasta el suelo, y voy muy dulcemente á acostarme con mucha comodidad en un gran sillón.

—Te duermes, Nicolasito—me dice mamá.—Mejor harías en acostarte.

—No tengo gana de dormir, mamá.

Ensueños vagos, pero deliciosos, llenan mi imaginación; el buen sueño de la infancia cierra mis párpados, y al cabo de un instante estoy dormido. Siento sobre mí, á través de mi sueño,

una mano delicada; la reconozco sólo en la manera de tocar, y, aun dormido, la cojo y la oprimo con fuerza sobre mis labios.

Todo el mundo se ha dispersado. Una sola bujía arde en el salón. Mamá ha dicho que ella se encargaba de despertarme. Se embute en el sillón en que duermo, pasa su bella mano fina por entre mis cabellos, se inclina á mi oído y murmura con su linda voz que conozco tan bien: «Levántate, alma mía; ya es hora de ir á acostarse.»

Ninguna mirada indiferente le estorba; no teme derramar sobre mí toda su ternura y todo su amor. Yo no me muevo, pero beso su mano aún con más fuerza.

—Levántate, ángel mío.

Pone la otra mano en mi cuello y me acaricia con sus afilados dedos. El salón, silencioso, está en una semioscuridad; mis nervios son excitados por las caricias y el despertar; mamá está sentada pegada á mí; me toca, siento su perfume y oigo su voz; me levanto de un salto, la echo los brazos al cuello, me aprieto contra su pecho murmurando: «¡Oh mamá, querida mamita, cuánto te quiero!»

Ella sonríe con su sonrisa triste y encantadora, coge mi cabeza con las dos manos, me besa en la frente y me sienta en sus rodillas.

—¿Me quieres mucho?—Se calla un instante, luego continúa:—Mira, quíreme siempre; no me olvides nunca. Si no tuvieras ya á tu mamá, ¿verdad que no la olvidarías? ¿Di, Nicolasito mío?



Me besa aún más tiernamente. Yo exclamo:—¡Oh, no digas eso, mamá querida, mamita mía!

Beso sus rodillas, y arroyos de lágrimas brotan de mis ojos en un transporte de amor.

Cuando después de esta escena subo á acostarme y me arrodillo ante las santas imágenes, envuelto en mi bata uatada, ¡qué sentimiento extraño experimento al decir: «Dios mío, vela sobre papá y sobre mamá!» Mientras que recito las oraciones que mis labios de niño han aprendido repitiéndolas junto á mi querida mamá, mi amor á ella y mi amor á Dios se funden en un solo y mismo sentimiento.

Después de mi rezo, voy á acurrucarme entre mis sábanas, el alma en paz y el corazón ligero. Las imágenes se empujan unas á otras en mi cabeza; ¿qué representan? Son inaccesibles, pero llenas de puro amor y de luminosas esperanzas de dicha. Pienso en Karl Ivanovitch y en su amarga suerte. Este es el único hombre desgraciado que conozco, y me da tanta lástima, me siento dominado por él de tal ternura, que las lágrimas brotan de mis ojos y me digo: «¡Que Dios le de la felicidad! ¡Que me de el poder de socorrerlo y de aliviar su dolor! Estoy dispuesto á sacrificarlo todo por él.» Pienso en seguida en mi juguete favorito, un conejito ó un perrito de porcelana; lo he metido bajo mi almohada de pluma y admiro lo bien que está allí y qué caliente.

Rezo todavía una oración en que pido á Dios que todo el mundo sea di-

choso y esté contento, y que haga buen día mañana para el paseo; me vuelvo del otro lado; las ideas y los sueños se mezclan y se confunden, y me duermo dulcemente, apaciblemente, el rostro húmedo todavía de lágrimas.

¿Volverás á encontrar jamás la frescura, la despreocupación, la necesidad de cariño y la fe de tu infancia? ¿Qué tiempo mejor que aquel en que las dos primeras de todas las virtudes, la alegría inocente y la sed insaciable de cariño, eran los resortes de tu vida?

¿Dónde están aquellas ardientes plegarias? ¿Dónde aquellas preciosas lágrimas de ternura? El ángel del consuelo acudía; enjugaba tus lágrimas con una sonrisa y murmuraba dulces sueños á la imaginación inocente del niño.

¿La vida ha pateado tan pesadamente sobre mi corazón, que ya no podré jamás conocer aquellas lágrimas y aquellos transportes? ¿No me quedan más que los recuerdos?



Los versos.

Próximamente un mes después de nuestra llegada á Moscú, estaba yo sentado á una gran mesa en el piso segundo de la casa de nuestra abuela, y escribía. Enfrente de mí, el profesor de dibujo acababa de corregir una

cabeza de turco con turbante, hecha al lápiz. Volodia, de pie detrás del profesor de dibujo, adelantaba la cabeza por encima de su hombro y lo miraba hacer. Era el primer dibujo al lápiz de Volodia, y debía ser ofrecido el mismo día á nuestra abuela, que celebraba su santo.

—¿No pone V. una poca más de sombra aquí?—preguntó Volodia alzándose sobre la punta de los pies y señalando el cuello del turco.

—No, es inútil—respondió el profesor metiendo los lapiceros en un estuche.—Está bien así, no lo toque V. más. Y V., Nicolasito — continuó levantándose y mirando al turco de lado—¿no nos dirá V. su secreto? ¿Qué ofrece V. á su abuela? Lo mejor habría sido también una cabeza. Adiós, señores.

Cogió el sombrero y el estuche, y salió.

En aquel momento también pensaba yo que habría valido más una cabeza que lo que yo me encarnizaba en hacer. Cuando se nos anunció que el santo de la abuela se acercaba y que había que preparar nuestros regalos, se me ocurrió la idea de hacerle versos. Encontré en seguida dos que rimaban, y creí que los otros saldrían con la misma facilidad. No puedo recordar cómo se me metió en la cabeza idea tan disparatada para un niño, pero me acuerdo de que estaba encantado con ella, y que á todas las preguntas respondía que seguramente haría un regalo á la abuelita, pero que no quería decir lo que era.

Contra lo que esperaba, me fué imposible encontrar la continuación. Por más que me encarnizaba en ello, estaba siempre en los dos versos compuestos en un momento de inspiración. Me puse á leer poesías en nuestros libros de clase, pero ni Dmitrief ni Derjavine me sirvieron de nada; al contrario me hicieron sentir más vivamente mi incapacidad. Sabía que á Karl Ivanovitch le gustaba hacer versos. Fui muy dulcemente á revolver en sus papeles, y encontré, entre diversas poesías alemanas, una rusa que me pareció ser de él:

«A la señora L\*\*\*, en Petrowskoe, 3 de Junio de 1823.

» Acuérdesse de cerca, —acuérdesse de lejos, —acuérdesse de mí siempre. —Cuando esté en la tumba, —acuérdesse aún, —de cuán fielmente he sabido amar.

KARL MAYER.»

Estos versos estaban escritos en hermosa letra redondilla, en papel fino de cartas. Me gustaron porque estaban llenos de sensibilidad. Los aprendí de memoria y resolví tomarlos por modelo. Las cosas marcharon desde entonces mucho más fácilmente. El día de la fiesta, tenía dispuesta una felicitación en doce versos; no me faltaba más que copiarlos en papel vitela, y esto es lo que hacía en la clase, sentado á la mesa.

Había estropeado ya dos hojas de papel, no porque se me ocurriera cambiar nada en mis versos: me parecían admirables; pero á partir del tercero, los renglones comenzaban á levantarse por la punta cada vez más, de manera que, aun de lejos, se veía que aquello estaba escrito de través.

La tercera hoja estaba tan de través como las primeras, pero resolví no volver á comenzar. En mi obra felicitaba á mi abuela, le deseaba muchos años de buena salud y terminaba así:

«Nosotros nos esforcemos por ser tu consuelo.—Y te amaremos como á nuestra propia madre.»

Esto no estaba mal del todo; sin embargo, el último verso me extrañaba al oído. Me repetía á media voz: *Y te amaremos como á nuestra propia madre.*—¿Qué otra rima en *adre* se podría poner? ¿Padre? ¿Taladre?... ¡Bah! ¡Siempre serán mejor estos que los de Karl Ivanovitch!

Escribí el último verso y me fui á mi cuarto á leer mi obra en voz alta, dándole expresión y haciendo gestos. Mis versos eran todos falsos. No me paraba en tan poco, pero el último me desagradaba más cada vez. Me senté en la cama y me puse á reflexionar.

«¿Por qué he puesto: *como á nuestra propia madre?* Mamá no tiene nada que ver con esto; era inútil hacer pensar en ella. Ciertamente, quiero á mi abuela, siento respeto hacia ella, pero de ningún modo es la misma cosa... ¿Por qué he puesto esto? ¿Por qué

mentir? Verdad es que se trata de versos; pero de todos modos era inútil.»

En este momento entró el sastre. Nos llevaba trajes nuevos.

—¡Tanto peor!—exclamé con despecho, escondiendo los versos bajo la almohada, y corrí á probarme el traje del sastre de Moscú.

Los trajes de Moscú eran soberbios. Nuestros fraques color de canela, con botones dorados, se ajustaban perfectamente al talle—aquello no se parecía á lo que se hacía en el campo;—nuestros pantalones negros, igualmente ajustados, dibujaban las formas y caían admirablemente sobre las botas.

«¡Al fin—pensé—tengo pantalones con trabillas, de las verdaderas!» Estaba loco de alegría y me miraba las piernas en todos sentidos. La verdad es que mi traje ajustado me molestaba y que no me encontraba cómodo; pero me guardaba de confesarlo. Declaré, al contrario, que me encontraba muy cómodo, y que si mi traje tenía algún defecto era ser demasiado ancho. Me pasé en seguida mucho tiempo delante del espejo, peinándome. Aunque me había puesto mucha pomada y trabajé mucho, no pude conseguir nunca que mis cabellos quedasen alisados en lo alto de la cabeza. Así que dejaba de sujetarlos con el cepillo, se levantaban y se esparcían en todos sentidos, dándome una expresión soberanamente ridícula.

Karl Ivanovitch se vestía en el otro cuarto, y le entraron por la clase un frac azul, acompañado de objetos

blancos. Oí, á la puerta que daba á la escalera, la voz de una de las doncellas de mi abuela. Salí al descanso para saber qué quería. Llevaba en las manos una camisa muy almidonada, y me contó que no se había acostado aquella noche para que la camisa estuviera lavada y planchada á tiempo. Me ofrecí á llevársela á Karl Ivanovitch, y pregunté si se había levantado mi abuela.

—¡Cómo si se ha levantado! Y ha tomado el café, y ha llegado el arcipreste. ¡Qué guapo está V.!—añadió con una sonrisa, mirando mi traje nuevo.

Esta observación me puso colorado. Giré sobre un talón, hice sonar mis dedos y di un salto. Estos movimientos estaban destinados á hacerle comprender que no sabía ella bién hasta qué punto era guapo.

Cuando entré en el cuarto de Karl Ivanovitch con la camisa, era demasiado tarde; Karl Ivanovitch se había puesto otra. Lo encontré encorvado delante de un espejito puesto sobre la mesa y arreglándose la corbata de los días solemnes. Estaba viendo si no dificultaba los movimientos de la barba recién afeitada, y, recíprocamente, si la barba entraba con facilidad en la corbata. Estiró nuestros fraques por delante y por detrás, rogó á Kolia que le hiciera á él el mismo servicio y nos llevó á las habitaciones de la abuela. Me rio al pensar en el olor á pomada que esparcíamos los tres por la escalera.

Karl Ivanovitch llevaba una cajita

de cartón, fabricada por él. Volodia su dibujo, y yo mis versos. Cada uno de nosotros tenía en la punta de la lengua el cumplimiento que debía acompañar á su regalo. En el momento en que Karl Ivanovitch abrió la puerta de la sala, el sacerdote se había revestido ya la casulla y comenzaba la oración de acción de gracias.

Mi abuela, muy encorvada y apoyándose con las manos en el respaldo de una silla, estaba de pie junto á la pared. Papá estaba á su lado. Se volvió hacia nosotros y sonrió al vernos ocultar precipitadamente nuestro regalo á nuestra espalda y detenernos cerca de la puerta con la esperanza de no ser notados. Habíamos contado con el efecto de la sorpresa: el efecto había fallado por completo.

Cuando comenzó el desfile me sentí de pronto paralizado por un acceso de timidez insuperable. Comprendí que jamás tendría valor para ofrecer mi regalo y me escondí detrás de Karl Ivanovitch, que soltaba á mi abuela un cumplimiento de los más floridos. Pasó en seguida su caja de la mano derecha á la mano izquierda, la entregó á mi abuela y se apartó algunos pasos, á fin de dejar lugar á Volodia. Mi abuela pareció extasiarse á la vista de la caja, que estaba adornada con listitas de papel dorado, y expresó su reconocimiento con la más amable sonrisa. Se veía, sin embargo, que no sabía dónde poner aquel objeto. Para desembarazarse de él se lo dió á admirar á papá.

Cuando este lo hubo mirado bas-

tante, pasó la caja al arcipreste, que pareció encontrarla muy de su gusto. Movía la cabeza y miraba con curiosidad, en tanto la caja, en tanto al hombre capaz de ejecutar semejante obra maestra.

Volodia ofreció su turco, que recibió también las alabanzas más halagüeñas. Me tocaba la vez: mi abuela se volvió hacia mí con una sonrisa de aliento.

Las gentes tímidas saben que la timidez aumenta en razón directa del tiempo, y que el valor disminuye en la misma proporción. En otros términos, cuanto más se prolonga la situación que intimida, más invencible se hace la timidez y menos valor os queda.

Todo lo que me quedaba de atrevimiento había volado mientras que Karl Ivanovitch y Volodia ofrecían sus regalos, y mi acceso de timidez había llegado al estado agudo. Me sentía ruborizarme, ponerme de todos colores; las orejas me ardían, gruesas gotas de sudor me corrían por la frente y por la nariz, todo mi cuerpo se estremecía y transpiraba. Me columpiaba de un pie al otro sin avanzar.

—Vamos, Nicolasito—me dijo papá—enseñanos lo que tienes. ¿Es una caja ó un dibujo?

Hubo que decidirse. Alargué á mi abuela, con mano temblorosa, el fatal papel, que había arrugado por completo, pero me fué imposible articular una sola palabra. Estaba trastornado por la idea de que al recibir mis condenados versos, en vez del dibujo es-

perado, ella los leería en alta voz, de suerte que todo el mundo sabría que yo no quería á mi mamá y que la había olvidado, puesto que prometía querer á mi abuela *como á mi propia madre*.

¿Cómo pintar mis angustias mientras que mi abuela comenzaba efectivamente á leer en voz alta, se paraba en medio de un verso, que no podía descifrar, miraba á papá con una sonrisa que me parecía irónica, no daba las entonaciones que yo habría querido, y, finalmente, renunciaba á causa de su mala vista y alargaba el papel á papá, rogándole que le leyera toda la composición desde el principio? Creí que ella renunciaba porque encontraba fastidioso leer tan malos versos, escritos todos torcidos, y porque quería que papá pudiera leer él mismo el último verso, que probaba tan claramente mi falta de corazón. Me esperaba que papá me tirara el papel á la cara, diciendo: «¡Bribón, que olvida á su madre... toma, esto es lo que mereces!» Pero no sucedió nada de esto, al contrario; cuando papá acabó, mi abuela me dijo: «¡Preciosos!» Y me besó en la frente.

La caja, el dibujo y los versos fueron colocados en la mesita adosada al sillón de mi abuela, al lado de dos pañuelos de batista y de una tabaquera adornada con el retrato de mamá.

«¡La princesa Bárbara Ilinitch!»—anunció uno de los dos grandes lacayos que montaban en la trasera de la carroza de mi abuela.

Mi abuela no contestó nada. Consideraba con aire absorto el retrato de mamá, sobre la tabaquera de concha.

—¿Ordena Su Excelencia que la introduzca?—preguntó el lacayo.

### XIII

#### Las visitas.

—Introdúzcala—dijo mi abuela acomodándose en su sillón.

La princesa Kornakof era una mujer de cuarenta y cinco años, pequeña, delgadita y amarilla, con cabellos y cejas rojos y ojillos verdosos, cuya expresión contrastaba con el gesto en corazón de su boca. Hablaba mucho y siempre como si se la contradijera, hasta cuando nadie había dicho nada.

Por mucho que besó la mano á mi abuela y que le repetía á cada minuto: « Mi buena tía », noté que mi abuela tenía algo contra ella y enarcaba las cejas con aire singular al escuchar la historia del príncipe Miguel que habría deseado tanto acompañar á su mujer y que no había podido.

—Sé que tiene siempre muchos asuntos, y además, ¿qué placer tendría en ver á una vieja?—dijo mi abuela, y sin dejar á la princesa tiempo de contestar, continuó:—¿Cómo están tus hijos, querida?

—Crecen, tía mía, trabajan, se hacen unos bribonzuelos...

Mi abuela, á quien los hijos de la

princesa no interesaban nada y que deseaba hacer brillar á sus nietos, sacó con precaución mis versos de debajo de la caja y desdobló el papel. La princesa se volvió hacia papá:

—Figúrate, primo, que el otro día imaginó Esteban...

No entendí la continuación. Cuando concluyó se echó á reír, y dijo mirando á papá con aire interrogador:

—Habría merecido el látigo; pero la cosa tenía tanta gracia, que lo perdóné.

La princesa miró á mi abuela, sin dejar de sonreír.

—¿Es que *pegas* á tus hijos, querida?—preguntó mi abuela enarcando las cejas y recalando sobre la palabra *pegar*.

—¡Oh! Ya sé, tía mía, que no estamos de acuerdo sobre este punto. Pero yo creo que no se hace nada de los niños sin el temor. ¿Verdad, primo? Nada les da tanto miedo como los azotes.

Aquí fué á nosotros á quienes miró con aire interrogador; confieso que no me encontraba á gusto. « ¡Qué dicha, pensé, que no sea hijo suyo! »

Mi abuela volvió á doblar mis versos y los puso otra vez debajo de la caja. Sin duda no juzgaba á la princesa digna de escuchar mis obras.

—Cada cual es libre de pensar como quiera—dijo en un tono que ponía fin á la discusión.

La princesa se calló con una sonrisa de condescendencia, después nos miró con aire afable y exclamó:

—Hacedme hacer el conocimiento de vuestros jovencitos.

Nos levantamos y no supimos qué hacer; ¿por qué medios se mostraba que se hacía conocimiento?

—Besad la mano á la princesa— dijo papá.—Este—continuó señalando á Volodia—será hombre de mundo. Aquél será poeta.

En el mismo instante en que decía estas palabras, besaba yo la seca mano de la princesa, donde me parecía ver disciplinas.

—¿Cuál?—preguntó ella.

—Este pequeño, con sus cabellos encrespados—dijo alegremente papá.

«¿Qué le han hecho mis cabellos? ¿Es que no se puede hablar de otra cosa?» —pensé, y fui á meterme en un rincón.

Tenía yo las ideas más extrañas sobre la belleza: Karl Ivanovitch me parecía el hombre más hermoso del universo entero; pero sabía muy bien que yo era feo, y toda alusión á mi exterior me hería dolorosamente.

Recuerdo perfectamente que un día en la mesa—tenía yo entonces seis años—se pusieron á hablar de micara. Mamá se esforzaba por descubrir en ella alguna cosa buena; decía que yo tenía ojos inteligentes, sonrisa graciosa. Al fin, vencida por los argumentos de papá y por la evidencia, confesó que era feo, y después de la comida me dió una palmadita en la mejilla, diciendo:—Nicolásito, ten en cuenta que nadie te querrá nunca por tu cara. Así, trata de ser un buen muchacho y de tener talento.»

Estas palabras me persuadieron, no sólo de que no era guapo, sino de

que sería con seguridad buen muchacho é inteligente.

A despecho de este convencimiento, tenía á menudo instantes de desesperación. Me imaginaba que no podía haber felicidad en la tierra para un hombre que tuviera la nariz tan grande, los labios tan gruesos y los ojos tan pequeños. Pedía á Dios que hiciera un milagro y me volviera hermoso. Estaba dispuesto á darlo todo, en lo presente y en lo por venir, á cambio de una cara linda.

La princesa tuvo que escuchar mis versos. Colmó á su autor de alabanzas y mi abuela se dulcificó, dejó de decirla «querida mía», y la invitó á que viniera á pasar la velada con todos sus hijos. La princesa aceptó, y al cabo de un instante se retiró.

Llegaron tantas visitas de felicitación, que durante todo el día hubo constantemente muchos carruajes en el patio, junto á la escalinata.

—¡Felices días, querida prima!—dijo uno de los visitantes al entrar, y se acercó á besar la mano á mi abuela.

Era un hermoso anciano de setenta años, con uniforme. Llevaba grandes charreteras, y se veía en su pecho una gran condecoración blanca. Su fisonomía era abierta y serena, sus movimientos tenían una facilidad y una sencillez que me impresionaron. Aunque ya no tenía dientes ni casi cabellos, era todavía muy guapo.

El príncipe Iván Ivanovitch había tenido desde muy temprano una brillante posición, gracias á sus ventajas exteriores, á su bravura, á su no-

ble carácter, gracias también á una familia elevada y de posición poderosa y á una buena suerte particular. Su inteligencia era mediana, pero era bueno y tenía sentimientos elevados. Era uno de los últimos representantes de la educación clásica francesa á la moda del siglo XVIII, y le gustaba citar á Racine, Corneille, Boileau, Montaigne, Fenelón. Era también muy versado en la mitología. En cuanto á las ciencias y á la literatura moderna, ni siquiera tenía una tintura. Hablaba sencillamente y bien, detestaba la originalidad bajo todas sus formas y era muy del gran mundo.

La mayoría de sus contemporáneos habían desaparecido. No le quedaban ya muchas personas como mi abuela, pertenecientes al mismo círculo, que hubieran recibido la misma educación y compartieran las mismas maneras de ver. Así, daba un gran precio á su antigua amistad, y mostraba siempre á mi abuela las mayores consideraciones.

Yo no me atrevía á alzar los ojos sobre él. Sus grandes charreteras, la deferencia que todos le atestiguaban, la alegría que manifestó mi abuela al verlo y el hecho de que sólo él en el mundo no le tenía miedo, que tenía su hablar franco y que hasta se atrevía á llamarla: «prima mía», todo esto me penetraba de una veneración hacia él igual al menos á la que me inspiraba mi abuela. Cuando le enseñaron mis versos, me llamó.

—¿Quién sabe, prima mía? Acaso será un nuevo Derjarvine—dijo pe-

lilizcándome en la mejilla. Me hizo tanto daño, que si no hubiera adivinado que aquello era una caricia, habría gritado.

Se fueron las visitas, papá y Volodia salieron del salón, y quedamos solos el príncipe, mi abuela y yo.

Hubo un instante de silencio.

—¿Por qué no ha venido nuestra querida Natalia Nicolayevna?—preguntó de pronto el príncipe Iván Ivanovitch.

—¡Ah querido!—replicó mi abuela bajando la voz y poniéndole la mano sobre la manga de su uniforme.—Probablemente habría venido si fuera libre de hacer lo que quiere. Me ha escrito que Pedro le había ofrecido traerla, pero que ella se ha negado porque no ha tenido rentas este año. Añade que, aun sin esto, no habría querido traer toda su familia á Moscú este año; que Liubotchka es todavía demasiado pequeña, y que está mucho más tranquila por los niños sabiendo que están en mi casa que si estuvieran con ella...—Todo esto está muy bien—continuó mi abuela con un tono que demostraba claramente que no lo encontraba tan bien. Ya era tiempo de enviar á los niños aquí para que aprendan algo y se acostumbren á la sociedad. ¿Qué educación se les podía dar en el campo?... El mayor va á cumplir trece años y el otro once. Ya habrás visto, primo mío, que son verdaderos salvajitos... No saben entrar en la habitación.

—No comprendo—respondió el príncipe—esas lamentaciones perpetuas



sobre sus negocios. El tiene una fortuna muy buena. Natalia tiene Kabarovka—nosotros hemos representado allí comedias en nuestro tiempo—la conozco como mi bolsillo, es una finca magnífica, que debe siempre dar muy buenas rentas.

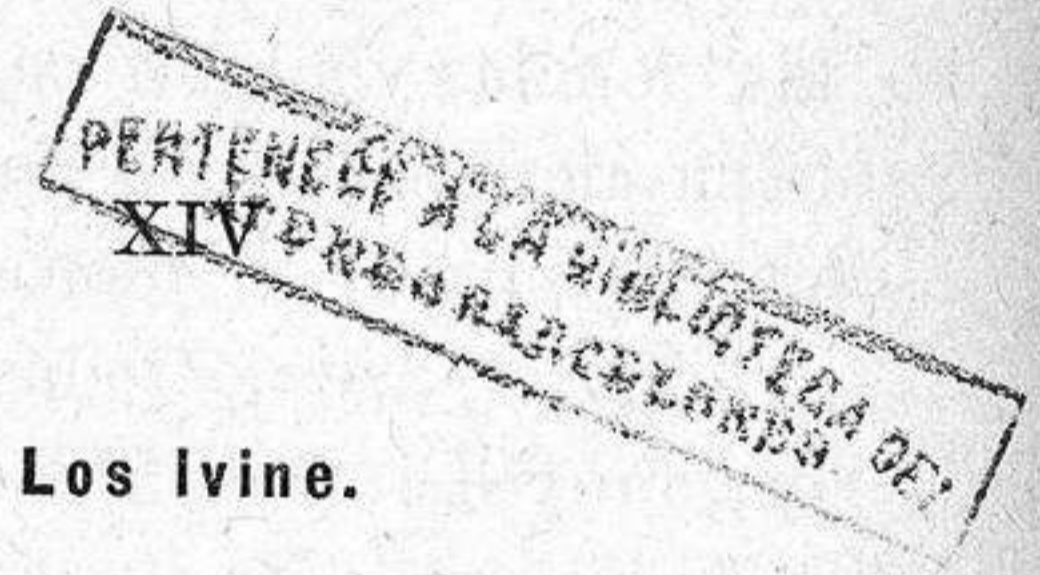
—Aquí, para entre nosotros, te diré como á un verdadero amigo—interrumpió mi abuela con expresión de tristeza—que todo esto tiene el aspecto de desgracias que *él* ha inventado para estar aquí sin ella y poder recorrer los círculos, las cenas y Dios sabe qué. Y ella no sospecha nada. Ya sabes que es un ángel: cree todo lo que *él* le dice. La ha convencido de que era necesario traer á los niños á Moscú, pero que era preciso que ella se quedara sola en el campo con su imbecil de aya, y lo ha creído. Si *él* le dijera que era necesario azotar á los niños, como la princesa Bárbara Ilinitch azota á los suyos, lo creería—dijo mi abuela volviéndose en el sillón con el aire de un profundo desprecio.—Sí, amigomío—prosiguió después de un momento de silencio, cogiendo de la mesita uno de los pañuelos y secándose una lágrima—me digo á menudo que es incapaz de comprenderla y de apreciarla, y que por mucho que ella lo ame, por buena que sea y trate de ocultar su pena—lo sé muy bien—no puede ser feliz con él. Acuérdate de lo que te digo, si *él* no...

Mi abuela ocultó la cara en el pañuelo.

—¡Eh, mi buena amiga!—dijo el príncipe en tono de reproche.—Veo

que no te has hecho más razonable; siempre recomiéndote y llorando por penas imaginarias. ¿Cómo no te avergüenzas? Hace mucho tiempo que lo conozco por un excelente marido, bueno y atento, y además es un perfecto hombre honrado.

Habiendo oído involuntariamente una conversación que no me estaba destinada, me escabullí de puntillas. Estaba muy conmovido.



### Los Ivine.

—¡Volodia! ¡Volodia! ¡Los Ivine! —grité al ver por la ventana tres niños con gabanes azules con cuellos de castor, que atravesaban la calle en frente de nuestra casa, precedidos de un joven ayo elegante.

Los Ivine eran parientes nuestros y próximamente de nuestra edad. Los habíamos conocido al llegar á Moscú y nos habíamos hecho amigos.

El segundo de los Ivine, Sergio, era moreno y con el pelo rizado. Tenía una naricilla arremangada y firme, labios muy rojos y demasiado frescos que dejaban, casi siempre, ver sus blancos dientes un poco salientes. Los ojos, de un azul oscuro, eran soberbios, la expresión del rostro singularmente atrevida. Jamás sonreía; ó bien estaba completamente serio, ó reía á carcajadas, con una risa sonora, justa y extraordinariamente seductora.

Su original belleza me había impresionado desde la primera ojeada. Sentíame irresistiblemente atraído hacia él. Me bastaba verle para ser dichoso, pero todas las fuerzas de mi alma estaban concentradas en el deseo de aquella dicha. Cuando me ocurría estar tres ó cuatro días sin verle, comenzaba á aburrirme y me ponía triste hasta llorar; dormido ó despierto, no pensaba más que en él. Me acostaba deseando soñar con él; cerraba los ojos, lo veía, y trataba de retener aquella visión querida, el más delicioso de los goces. A nadie en el mundo habría confiado lo que experimentaba: me era demasiado caro mi sentimiento. En cuanto á él, sea que encontrara enojoso hallar perpetuamente mis ojos inquietos fijos en él, sea, más sencillamente, que yo no le inspirara ninguna simpatía, le gustaba mucho más jugar con Volodia que conmigo. De todos modos, yo estaba satisfecho. No deseaba nada, no exigía nada, estaba dispuesto á sacrificárselo todo.

El atractivo apasionado que ejercía sobre mí se mezclaba con otro sentimiento no menos violento: el temor de disgustarlo, de molestarlo en algo, de desagradarle. Acaso era esta la expresión altanera de su rostro, acaso el precio exagerado que la vergüenza de mi fealdad me hacía dar á la belleza en los demás, acaso, y esto es lo más probable, el efecto infalible del cariño: en todo caso, mi temor era igual á mi ternura.

La primera vez que Sergio me diri-

gió la palabra, quedé de tal modo aturdido de aquella felicidad inesperada, que palidecí, enrojecí y no pude proferir una palabra. Tenía él la mala costumbre, cuando reflexionaba, de mirar fijamente al mismo punto, guiñando los ojos y haciendo gestos con nariz y cejas. Todo el mundo concedía que esto le perjudicaba. A mí, aquel movimiento nervioso me pareció tan lindo, que me puse involuntariamente á imitarlo: algunos días después de nuestra primera entrevista con los Ivine, mi abuela preguntó si yo tenía malos los ojos y por qué los guiñaba como un mochuelo. Jamás fué pronunciada entre Sergio y yo una palabra afectuosa. El comprendía su poder y lo ejercía inconsciente, pero tínicamente. Yo, por ganas que tuviera de decirle todo lo que tenía en el corazón, le temía demasiado para osar hablar, me esforzaba por parecer indiferente y me sometía con resignación. Su dominación me parecía á veces pesada, insoportable, pero era incapaz de sacudirla.

No puedo pensar sin tristeza en aquellos sentimientos frescos y puros, en aquella ternura inmensa y desinteresada, que murió sin haberse exployado y sin haber despertado eco.

¡Cosa singular! Cuando yo era niño, trataba de parecerme á los grandes, y desde que fui grande, he deseado parecerme á los pequeños. ¡Cuántas veces, en mis relaciones con Sergio, el temor de parecer niño hizo retroceder mis sentimientos y me hizo hipócrita! No sólo no me atrevía á abra-

zarlo, aunque á veces sintiese gran deseo de ello, ni á cogerle la mano, ni á decirle que estaba contento de verlo, pero ni siquiera me atrevía á llamarlo con el diminutivo de su nombre, y le decía siempre Sergio: así estaba establecido entre nosotros. Toda muestra de sensibilidad nos parecía *infantil*. Todavía no habíamos atravesado las amargas experiencias que hacen á las personas mayores prudentes y reservadas en sus relaciones, y nos privábamos de las inocentes alegrías, de las dulces amistades de la infancia, únicamente por el singular placer de remedar á *los grandes*.

Corrí al encuentro de los Ivine hasta la antecámara, les saludé y me precipité escapado en las habitaciones de mi abuela, á quien anuncié su llegada con el mismo tono y la misma cara que si aquella noticia hubiera de hacer á mi abuela profundamente dichosa. Los seguí en seguida al salón, sin quitar la mirada de Sergio y sin perder uno de sus movimientos. Cuando mi abuela fijó en él sus ojos penetrantes, diciéndole que había crecido mucho, sentí la mezcla de temor y de esperanza del artista, cuya obra es sometida á un juez respetado y que espera su fallo.

Fuimos á jugar. Sergio cayó corriendo y se dió un golpe tan fuerte en la rodilla, que creí que se la había roto. No sólo no lloró, sino que siguió jugando como si no hubiera pasado nada. No podría expresar el efecto que me produjo aquel heroísmo. Bien pronto tuve otra ocasión de admirar

todavía más su valor y la firmeza extraordinaria de su carácter.

Lino Grapp había ido también á jugar con nosotros. Lino era hijo de un extranjero pobre, á quien mi abuelo había prestado en otro tiempo un servicio y que se hacía ahora un deber de enviarnos á menudo á su hijo. Si se figuraba que éste podía sacar honra ó placer de nuestro conocimiento, se engañaba por completo. No sólo no éramos amables con el joven Grapp, sino que no nos ocupábamos de él más que para burlarnos. Tenía trece años; era alto, delgado, pálido, con una desdichada cara de pájaro y una expresión débil y humilde. Sus vestidos eran muy pobres, pero se ponía tanta pomada, que nosotros pretendíamos que se derretía los días de sol y le corría por el cuello. Cuando pienso ahora en Grapp, me digo que era un niño muy bueno, dulce y servicial; en aquel tiempo me hacía el efecto de uno de esos seres despreciables que no merecen ni siquiera que se les compadezca y que se piense en ellos.

Nos entregábamos á diversos ejercicios gimnásticos. Lino nos consideraba con una sonrisa de admiración tímida, y siempre que le proponíamos que tratara de imitarnos, rehusaba, diciendo que no tenía ninguna fuerza. A una de aquellas negativas, Sergio se dirigió á él:

—¿Por qué no quiere hacer nada? ¡Qué marica!... Es menester que se tenga sobre la cabeza.

Y lo cogió por el brazo.

—¡Sí, sí, sobre la cabeza!—grita-

mos todos rodeando á Lino, que tuvo miedo y palideció.

—¡Dejadme! ¡Que me desgarráis la ropa! — gritaba la pobre víctima.

Sus gritos no hicieron otra cosa que excitarnos más. Nos retorciámos de risa. Las ropas de Lino crujían por todas las costuras. Le pusimos la cabeza sobre un diccionario, lo cojimos por sus delgadas piernecillas y le levantamos los pies en el aire.

Ocurrió que de pronto se detuvieron nuestras ruidosas risas. Reinó en la habitación tan profundo silencio, que no se oía más que la respiración oprimida del pobre Grapp. En aquel instante no estaba yo muy seguro de que aquello tuviera gracia y fuera divertido. Lo soltamos, cayó, y todo lo que pudo decir llorando fué:

—¿Por qué me atormentáis?

Cuando vimos aquella cara lastimosa, hinchada á fuerza de llorar; aquellos cabellos en desorden, aquellos pantalones remangados y descubriendo cañas de botas sucias, experimentamos cierto malestar; nos llamamos con sonrisas forzadas.

Sergio, á quien Lino, al resistirse, había dado una patada en un ojo, fué el primero en reponerse.

—¡Viejo, vete de aquí! ¡Andrajoso! —dijo, dándole con el pie.—No se puede bromear con él.

—¡Eres malo! —dijo Lino sollozando.

—¡Ah! ¡Da puntapiés y se queja! —

gritó Sergio cogiendo el diccionario y blandiéndolo.—¡Toma! ¡Allá va!

Yo miraba con compasión al niño, que seguía en el suelo. Se resguardaba la cara con las manos y lloraba tan fuerte, que se habría dicho que iba á expirar en una convulsión.

—¡Oh, Sergio! —dije.—¿Por qué haces eso?

—¡Bueno!... ¿Lloré yo cuando casi me rompí la pierna?

«Es verdad—pensé—Grapp es un llorón. ¡Sergio sí que es valiente!... ¡Valiente!»

No se me ocurrió que el pobre niño lloraba menos del dolor físico que de la idea de que cinco niños, hacia los cuales se sentía acaso atraído, se ligaban, sin ninguna especie de razón, para odiarlo y perseguirlo.

No me explico verdaderamente mi crueldad en aquella circunstancia. ¿Cómo no me puse de su parte? ¿Cómo no lo defendí y consolé? ¿Qué se había hecho de la compasión que me hacía llorar al espectáculo de un pajarillo caído de su nido, ó de un perrillo recién nacido que tiraban, ó de una gallina que el cocinero cogía para echarla en el puchero?

Este precioso sentimiento, ¿estaba ahogado por mi pasión por Sergio y por el deseo de parecerle tan determinado como él? ¡Triste pasión y triste deseo! A ellos es á los que debo las únicas manchas de las páginas en que inscribo mis recuerdos de infancia.

XV

**Llegada de los invitados.**

Se esperaba mucha gente para la noche. Era fácil adivinar en la agitación que reinaba entre los criados y en la brillante iluminación, que daba una fisonomía nueva y un aire de fiesta á los objetos familiares del salón y de la gran sala. Por lo demás, el príncipe Iván Ivanovitch había enviado su música, y era claro que aquello era para algo.

Cada vez que yo oía un carruaje me precipitaba á la ventana, colocaba mis manos á modo de pantalla en mis sienes, y miraba á la calle, la nariz pegada á los cristales, con curiosidad é impaciencia. En el primer momento todo parecía negro. Poco á poco nuestra antigua conocida, la tiendecita de enfrente, salía de la oscuridad con su farol. Luego era la torre de la gran casa de al lado con sus dos ventanas bajas iluminadas. En fin, en medio de la calle se perfilaba algún miserable trineo de alquiler ó un cochero que volvía á su casa á pie.

Al fin llegó un carruaje á colocarse delante de la escalinata. Convencido de que eran los Ivine, que habían prometido ir temprano, corrí á su encuentro hasta la antecámara. En vez de los Ivine aparecieron, detrás del brazo con librea que abría la puerta, dos

personas del sexo femenino: la una alta, envuelta en una capa azul, con cuello de cibelina; la otra pequeña, muy arropada en un chal verde, de donde no salían más que dos piececitos en botitas con piel. Creí de mi deber hacer un saludo, pero la pequeña fué á colocarse delante de la alta sin prestar ninguna atención á mi presencia, y quedó inmóvil. La alta desató el pañuelo que envolvía la cabeza de la pequeña y le quitó el chal. Cuando el lacayo hubo tomado aquellos objetos y quitado las botitas con piel, en el lugar de la persona arropada apareció una encantadora niña de unos doce años, con falda de muselina, corta y descotada, y con pantalón blanco.

Llevaba unos diminutos zapatitos y un terciopelo negro en su blanco cuello. Su cabecita estaba toda rizada, y sus bucles castaños sentaban tan bien á su rostro encantador y á sus hombros desnudos, que ni el mismo Karl Ivanovitch hubiera dicho que aquellos cabellos estaban rizados por haber estado todo el día en papillotes en pedazos de la *Gaceta de Moscú*, y porque se les había prensado en un hierro caliente. Para mí, había debido nacer con aquella cabeza rizada.

Lo que chocaba en su cara eran los ojos. Eran inmensos, muy cubiertos, y su grandor formaba contraste singular, pero agradable, con la pequeñez de la boca. Los labios estaban apretados, y la mirada, cuya expresión seria se comunicaba á toda la fisonomía, hacía uno de esos rostros de los que no se espera una sonrisa, y

cuya sonrisa es, por tanto, más hechicera.

Me escurri á la sala, evitando atraer la atención, y juzgué indispensable pasearme todo á lo largo, con el aire de un hombre absorto que no nota nada de lo que sucede en el mundo. Cuando las invitadas estuvieron en medio de la sala, fingí salir de pronto de mi meditación, hice la reverencia y dije que mi abuela estaba en el salón. La señora Valakhine me hizo con la cabeza una señal benévola. Su cara me gustó mucho, porque le encontré un gran parecido con su hija Sonia.

Mi abuela pareció encantada de ver á Sonia. Le hizo acercarse, arregló un bucle que se obstinaba en caerle sobre la frente, y dijo mirándola con fijeza:

—¡Qué niña tan encantadora!

Sonia sonrió, se ruborizó y se puso tan linda, que yo también me ruboricé mirándola.

—Espero que no te aburrirás en mi casa, monina—dijo mi abuela cogiéndole la barba y alzándole la carita.—Quiero que te diviertas bien y que bailes mucho. Tenemos ya una señora y dos caballeros—añadió, dirigiéndose á la señora Valakhine y tocándome con la mano.

Esta presentación me fué tan agradable, que me ruboricé de nuevo.

Sintiendo crecer mi timidez y oyendo llegar otro carruaje, creí deber alejarme. Encontré en la antecámara á la princesa Kornakof con su hijo y un número inverosímil de hijas. Estas tenían todas la misma cara; se pare-

cían todas á su madre, y todas eran feas; gracias á esta semejanza, ninguna llamaba la atención. Cuando se hubieron quitado los abrigos y los boas, se pusieron de pronto á charlar todas á la vez y á reir—probablemente de verse tan numerosas.—El hijo, Esteban, era un muchacho de trece años, alto y grueso, con rostro descompuesto, ojos hundidos y ojerosos, pies y manos enormes para su edad. Era torpe y tenía una voz desagradable y desigual, pero parecía satisfecho de sí. Así era como yo me representaba á un muchacho á quien se castiga con el látigo.

Permanecimos bastante tiempo de pie, uno enfrente de otro, sin decir nada y mirándonos con atención. Hicimos después un movimiento de avance como para abrazarnos; pero habiéndonos mirado á los ojos, cambiamos de opinión. Cuando hubieron pasado por delante de nosotros las faldas de todas las hermanas, pregunté á Esteban, para entablar conversación, si no habían venido muy estrechos en el carruaje.

—No sé—me respondió negligentemente.—Jamás voy dentro del carruaje, porque mamá sabe que me pongo malo en seguida. Cuando salimos por la tarde, voy siempre en el pescante, esto es, mucho más divertido; se ve todo, y Felipe me deja guiar. Algunas veces tomo el látigo. Y los transeuntes, sabe V., algunas veces...—Hizo un gesto expresivo.—¡Es cosa tan divertida!

—Excelencia—dijo un lacayo en-

trando—Felipe pregunta dónde ha puesto el señorito el látigo.

—¿Cómo que dónde lo he puesto? Se lo he devuelto.

—Dice que no.

—Entonces lo habré colgado en el farol.

—Felipe dice que no, y haría mejor el señorito en decir que lo ha tomado y que lo ha perdido: de otro modo, Felipe se verá obligado á pagar las travesuras del señorito con su dinero—continuó el lacayo irritado, animándose más cada vez.

Aquel hombre tenía un aire respetable y arisco. En el calor con que tomaba el partido de Felipe, se comprendía que estaba decidido á poner á toda costa aquel asunto en claro. Por un espontáneo sentimiento de delicadeza, me aparté fingiendo no ver ni oír nada. Los lacayos que se encontraban en la antecámara obraron de manera contraria. Se acercaron y miraron al viejo servidor con aire de aprobación.

—Pues bien, bueno; lo he perdido—dijo Esteban eludiendo más explicaciones.—Yo le pagaré el látigo. Escosa de morirse de risa—añadió acercándose á mí y llevándome hacia el salón.

—¿Y con qué lo pagará el señorito? Ya sé yo cómo paga. En ocho meses ha dado veinte kopeks en junto á María Vasilevna, otro tanto á mí en dos años, á Pedro...

—¿Te quieres callar?—gritó el joven príncipe palideciendo de cólera.

—¡Lo diré!

—¡Lo diré, lo diré!—murmuró el

lacayo.—¡Eso no está bien, excelencia!—gritó con un redoble de energía en el momento en que entrábamos en la sala, y se llevó los abrigos.

—¡Tiene razón!—dijo detrás de nosotros, con tono aprobador, una voz que venía de la antecámara.

Mi abuela tenía un talento especial para expresar su manera de pensar sobre las gentes, por el modo de distribuir y de acentuar los *tú* y los *usted*. Cuando empleaba el singular ó el plural al revés del uso corriente, aquellas palabras tomaban en su boca una significación completamente particular. Cuando el joven príncipe se acercó á saludarla, ella le dirigió algunas frases diciéndole *usted*, y lo midió con la vista con tal desprecio, que, en su lugar, yo no habría sabido dónde meterme. Pero Esteban era de otra pasta. No puso ninguna atención ni en la acogida de mi abuela ni en ella misma, y saludó á toda la concurrencia, si no con gracia, al menos con desenvoltura.

Sonia absorbía toda mi atención. Recuerdo que cuando hablamos Volodia, Esteban y yo, en un sitio de la sala desde donde veíamos á Sonia y ella podía vernos y oírnos, me complacía en hablar; me ocurría decir alguna cosa que me parecía graciosa ó atrevida, alzaba la voz y lanzaba ojeadas por la puerta del salón; cuando, por el contrario, nos encontrábamos en un sitio donde no se nos podía ver ni oír desde el salón, no encontraba ningún placer en la conversación y me callaba.

Poco á poco se llenaron el salón y la sala. Como sucede siempre en los bailes de niños, había entre los invitados algunos niños grandes que no habían querido perder una ocasión de divertirse y que, á creerlos, no bailaban más que para complacer á la dueña de la casa.

Cuando llegaron los Ivine, en vez del gusto que me causaba de ordinario la aparición de Sergio, experimentó una especie de irritación singular, de que iba á ver á Sonia y á ser visto de ella.

## XVI

### Antes de la mazurka.

—¡Oh, parece que se va á bailar!— dijo Sergio saliendo del salón y sacando del bolsillo un par de guantes de piel enteramente nuevos. — Hay que ponerse guantes.

«¿Cómo arreglármelas?—pensé.— No tenemos guantes, hay que subir á buscarlos.»

Pero por mucho que revolvi las cómodas, no encontré más que en una, nuestros guantes de viaje de lana verde, y en la otra, un guante de piel que no podía servirme de nada, por tres razones: la primera, que estaba muy viejo y muy sucio; la segunda, que era demasiado grande para mí; la tercera, que le faltaba el dedo de enmedio, que Karl Ivanovitch había

cortado hacía mucho tiempo para hacerse un dedil, un día que había tenido mala la mano. Me puse, sin embargo, aquel resto de guante, y consideré fijamente mi dedo de enmedio, que estaba invariablemente lleno de tinta.

—Si estuviera aquí Natalia Savichna, se encontrarían guantes en sus cofres. Imposible bajar de este modo: si me preguntan por qué no bailo, ¿qué contestaré? Imposible quedarme aquí: verán abajo que no estoy allí. ¿Qué hacer?—dije agitando las manos.

—¿Qué haces aquí?—preguntó Volodia que entró corriendo.— Ven en seguida á invitar á alguna niña... Va á comenzar el baile.

—Volodia—le dije enseñándole mi mano, dos de cuyos dedos salían por el agujero del guante sucio, y con una voz que denunciaba una situación desesperada:—Volodia, ¿no has pensado en esto!

—¿En qué?—dijo con impaciencia.—¡Ah, los guantes!—añadió con la mayor indiferencia mirándome la mano.—Es verdad, no tenemos; hay que pedirselos á la abuela... ¿Qué va á decir?—Y sin pensar más bajó corriendo.

La sangre fría con que trataba una circunstancia que me parecía tan importante, me calmó. Me dirigí apresuradamente al salón, olvidando por completo el horrible guante que llevaba en mi mano izquierda.

Me acerqué con precaución al sillón de mi abuela, le tiré ligeramen-



te de la manteleta y le dije muy bajo:

— ¡Abuela! ¿Qué hacer? ¡No tenemos guantes!

— ¿Cómo, hijo mío?

— Que no tenemos guantes—repetí acercándome á ella insensiblemente y poniendo las manos en el brazo del sillón.

— Pues, ¿y esto?—dijo cogiéndome de pronto la mano izquierda.—Vea V., querida—continuó dirigiéndose á la señora Valakhine—vea V. qué elegante se ha puesto este joven para bailar con su hija de V.

Mi abuela me tenía cogido vigorosamente y miraba con seriedad á los asistentes con aire interrogador. No me soltó hasta que la curiosidad de todos los invitados estuvo satisfecha y estalló una carcajada general.

Me habría mortificado profundamente ser visto por Sergio en aquella situación, descompuesto por completo de vergüenza y haciendo vanos esfuerzos por retirar la mano; pero no sentí ningún embarazo respecto de Sonia, que se reía con tanta fuerza que lloraba, y que sus bucles danzaban alrededor de su carita empurpurada. Comprendí que su risa era demasiado franca para ser mala; al contrario, el hecho de que reíamos á la vez mirándonos, constituía una aproximación. El episodio del guante, que habría podido tomar mal giro, tuvo la ventaja de quitarme todo embarazo con la sociedad del salón, que me había parecido siempre horrible-

mente intimidante. En la sala no estaba intimidado lo más mínimo.

Los sufrimientos de las gentes tímidas provienen de que desconocen la impresión que han producido. Desde que esta impresión, cualquiera que sea, se ha manifestado claramente, cesa el sufrimiento.

¡Qué linda estaba Sonia Valakhine mientras que me hacía *vis á vis* en una cuadrilla con el torpón de Kornakof! ¡Con qué graciosa sonrisa me daba su manita al hacer la cadena! ¡Qué gentilmente saltaban sus bucles castaños, á compás, en su cabecita, y de qué modo hacían sus piernecitas las mudanzas! En la cuarta figura, cuando mi pareja cruzó y yo me preparaba á hacer una figura solo, Sonia apretó los labios con aire serio y volvió la cabeza, mientras que yo esperaba el momento de entrar á compás. Pero hacía mal en tener miedo por mí. Hice atrevidamente *chasé* adelante, *chasé* atrás, balancé, y, acercándome á ella, le mostré alegremente el guante, con dos dedos saliendo por el agujero. Ella soltó una carcajada con toda su alma, y sus piececitos se deslizaron aún con más gracia por el piso. Recuerdo también que en el momento en que hacíamos el corro, cogidos todos de la mano, se inclinó y frotó la punta de su naricita con su guante, sin soltarme. Veo todo esto como si estuviera pasando, y oigo la cuadrilla á cuyos sonidos pasaban estas cosas.

Bailé la segunda contradanza con Sonia. Cuando estuve colocado al lado

suyo, me sentí atrocemente embarazado. No sabía absolutamente de qué hablarla. Prolongándose demasiado mi silencio, temí que me tomara por tonto, y resolví sacarla á toda costa de semejante error.

—¿Vive V. en Moscú?—le dije en francés.

Y habiendo recibido respuesta afirmativa, proseguí:

—Yo no he frecuentado todavía la capital.

Fiaba yo mucho en el efecto de la palabra «frecuentar»; sin embargo, sentía que después de aquel brillante comienzo, que demostraba lo fuerte que estaba en francés, me sería imposible sostener la conversación en el mismo diapasón. Faltaba aún mucho tiempo para que nos tocara nuestro turno en el baile, y había comenzado de nuevo el silencio. La miraba con inquietud, deseoso de saber qué impresión le producía, y esperando que acudiera en mi socorro.

—¿De dónde ha sacado V. ese pícaro guante?—preguntó de pronto, y esta pregunta me causó un placer y un alivio extremos.

Le expliqué que el guante pertenecía á Karl Ivanovitch, y me extendí con cierta ironía acerca de la persona de Karl Ivanovitch. Conté cuán grotesco estaba cuando se quitaba su gorro rojo, de qué modo había caído un día del caballo con su levita verde, precisamente en un charco, etc. La cuadrilla pasó como un relámpago. Todo aquello estaba muy bien; pero ¿por qué me burlaba de Karl Ivano-

vitch? ¿Habría perdido el buen concepto de Sonia si hubiera hablado de él con el cariño y el respeto que me inspiraba?

Cuando acabó la contradanza, Sonia me dijo «gracias» tan gentilmente, que no habría tomado otro tono si me hubiera debido reconocimiento. Yo estaba loco de entusiasmo, fuera de mí de alegría, no me reconocía: ¿de dónde había sacado aquella alegría, aquel aplomo, hasta aquella audacia? «Nada del mundo podrá intimidarme, pensaba, paseándome con indiferencia por la sala; ¡estoy dispuesto á todo!»

Sergio me propuso hacerle *vis á vis*.

—Bueno—le dije—no tengo pareja, pero yo la encontraré.

Recorrí la sala con mirada resuelta. No había disponible más que una señorita, de pie en la puerta del salón. Acercábase á ella un joven, evidentemente para invitarla; él no estaba más que á dos pasos, y yo estaba en el otro extremo de la sala. Me deslicé graciosamente sobre el piso, volé, estuve delante de ella en un abrir y cerrar de ojos, le hice una reverencia y le rogué con voz firme que me concediera la contradanza. La señorita sonrió con aire protector, me dió la mano, y el joven se quedó sin pareja.

De tal modo tenía yo la conciencia de mi fuerza, que no puse ninguna atención en el despecho del joven. Después supe que había preguntado quién era aquel niño con los pelos alborotados, que le había quitado su pareja en sus narices.

XVII

La mazurka.

Aquel joven era de la primera pareja de la mazurka. Se lanzó de su sitio, teniendo á su pareja de la mano, y en vez de ejecutar el «paso vasco» como nos lo había enseñado Mimi, se contentó con correr hacia adelante. Llegado al ángulo opuesto de la sala, se detuvo, separó los pies, golpeó el suelo con el tacón, se volvió, dió un saltito y continuó su carrera.

Yo no tenía pareja para la mazurka. Me había sentado detrás del sillón de mi abuela y miraba.

«¿Qué es eso que hace?—me decía á mí mismo.—Eso no es de ningún modo lo que Mimi nos ha enseñado. Ella aseguraba que todo el mundo baila la mazurka sobre la punta de los pies, deslizándose y haciendo vueltas de pierna; pero eso no es nada de esto. Los Ivine, Esteban, todos danzan y ninguno hace el «paso vasco»; y Volodia ha adoptado la nueva manera. ¡No es feo eso!... ¡Qué deliciosa está Sonia! ¡Ah, ahora le toca á ella! Yo era completamente feliz.

La mazurka tocaba á su fin. Algunas personas de edad llegaron á despedirse de mi abuela y se fueron. Los lacayos cruzaban la sala evitando á los bailarines y llevaban con precaución con qué poner la mesa en las habitaciones del fondo. Mi abuela estaba

visiblemente fatigada, no hablaba más que á la fuerza y con tono cansado. Los músicos volvían á comenzar lánguidamente, por la trigésima vez, el mismo motivo. La señorita con quien yo había bailado hacía la figura. Me vió, sonrió pérfidamente y se acercó á mí, sin duda para complacer á mi abuela, llevando á Sonia y á una de las innumerables Kornakof.

—¿Rosa ú ortiga? — me preguntó.

—¡Ah! ¿Estás aquí?—dijo mi abuela volviéndose en el sillón. — Anda, hijo mío, anda.

Yo tenía más ganas de esconderme bajo el sillón de mi abuela, que de ir; pero ¿cómo rehusar? Me levanté, respondí: «Rosa», y miré tímidamente á Sonia. Antes de que me diera cuenta de ello, se encontraba en la mía una mano enguantada de blanco y la joven princesa Kornakof se ponía en movimiento con la sonrisa más comprometedor; no sospechaba que yo no sabía absolutamente qué hacer con mis piernas.

Sabía que el «paso vasco» no era á propósito, y que hasta podría proporcionarme una afrenta; sin embargo, como el aire conocido de la mazurka produjera sobre mis nervios auditivos una excitación familiar, el oído transmitió aquella excitación á las piernas, que se pusieron á ejecutar involuntariamente sobre la punta de los pies el aire fatal, con resbalones y vueltas de pierna. Me miraban con asombro. Seguía yo en línea recta, pero noté que al volver, si no tenía cuidado, me encontraría inevitable-

mente delante de mi pareja. Para evitar esto, me paré con la intención de imitar lo que había visto hacer tan elegantemente al joven de la primera pareja. Pero en el momento mismo en que iba á saltar, la joven princesa giró precipitadamente alrededor mío y se puso á contemplar mis pies con aire de estúpida curiosidad y de asombro. Esto me perdió. Me turbé hasta el punto de que en vez de bailar pataleé sobre el mismo sitio, de la manera más extravagante y hasta sin compás. Aquello no se parecía á nada, y acabé por pararme por completo. Todo el mundo me miraba, quién con sorpresa, quién con curiosidad, quién con aire burlón, quién con compasión; sólo mi abuela con completa indiferencia.

—¡No debía V. bailar, si no sabe hacerlo!—dijo á mi espalda la voz irritada de papá; y, apartándome, tomó de la mano á mi pareja, dió con ella una vuelta á la moda antigua, lo que le valió un éxito, y la acompañó á su sitio. En el mismo instante acabó la mazurka.

«¡Dios mío! ¿Por qué me castigas tan cruelmente?»

.....

«Todo el mundo me desprecia y me despreciará siempre... De hoy tengo cerrados todos los caminos: amistad, amor, honores... ¡todo está perdido para mí! ¿Por qué Volodia me hacía señas que veía todo el mundo y que no podían servirme de nada? ¿Por qué aquella espantosa princesa miraba de aquel modo mis pies? ¿Por qué Sonia...

es muy linda, pero por qué se sonreía? ¿Por qué papá ha enrojecido y me ha cogido del brazo? ¿Es que se avergonzaba de mí? ¡Oh, esto es horroroso! ¡Si mamita estuviera aquí, nose avergonzaría de su Nicolasito!...» Mi imaginación vuela á lo lejos, hacia esta querida imagen. Vuelvo á ver la pradera delante de la casa, los grandes tilos del jardín, el estanque transparente sobre el que las golondrinas vuelan girando, el cielo azul sembrado de nubes blancas y diáfanas, los haces olorosos de heno nuevo, y muchas otras imágenes apacibles, de hermosos colores, que flotan en mi turbada imaginación.

## XVIII

### Después de la mazurka.

En la cena, el joven á quien yo había quitado la pareja, se colocó con nosotros en la mesa de los niños. Se ocupaba de mí de una manera que me habría halagado infinitamente, si yo hubiera podido ser sensible á algo después de la desgracia que me había ocurrido. Se habría dicho que quería á toda costa animarme otra vez: me decía lisonjas, me trataba de valiente, aprovechaba los momentos en que no nos miraban las personas mayores para servirnos vinos variados, que me obligaba á beber. Al fin de la cena, cuando el mayordomo se acercó con una botella de champagne en-

vuelta en una servilleta, y no me puso más que una gota, el joven insistió para que llenase la copa, y me la hizo beber de un trago. Sentí un calor agradable en todo mi cuerpo, mi corazón se llenó de ternura por mi alegre protector, y me eché á reír á carcajadas.

De pronto la música tocó el «abuelo», y nos levantamos de la mesa. Este fué el fin de mis relaciones con el joven. Fué á reunirse con las personas mayores, y yo, no atreviéndome á seguirle, fui á escuchar lo que la señora Valakhine decía á su hija.

—Todavía media horita—decía Sonia con tono persuasivo.

—Es verdaderamente imposible, ángel mío.

—Te lo ruego, haz esto por mí—in-sistía con voz acariciadora.

—¿Te gustará que yo esté mañana mala?—preguntó la señora Valakhine, y tuvo la imprudencia de sonreír.

—¡Lo quieras! ¿Nos quedamos?—exclamó Sonia saltando de alegría.

—Habrá que hacer lo que quieras. Vaya, ve á bailar... mira, aquí tienes pareja—dijo señalándome.

Sonia me dió la mano y corrimos hacia la sala.

El vino que había bebido, unido á la presencia de Sonia y á su alegría, me hizo olvidar completamente el triste desenlace de la mazurka. Ejecuté los pasos más cómicos. En tanto imitaba al caballo é iba al trote corto levantando orgullosamente los pies, en tanto pataleaba haciendo el car-

nero que hace frente á un perro; y me reía con toda mi alma, sin inquietarme lo más mínimo, de lo que pensaban los espectadores. Sonia tampoco cesaba de reír. Dábamos vueltas en redondo, cogidos de las manos, y ella se reía. Mirábamos un viejo que alargaba la pierna lentamente, como si fuera un gran obstáculo, por encima de un pañuelo caído, y ella soltaba la carcajada. Saltaba yo hasta el techo, para demostrar mi agilidad, y ella se retorció de risa.

Al cruzar el gabinete de mi abuela, eché una mirada al espejo. Yo estaba empapado en sudor, todo desgredado, mis cabellos estaban más de punta que nunca. A pesar de esto, mi cara tenía tan buena expresión, tal aire de salud y de alegría, que me gusté.

«Si estuviera siempre como en este momento, pensé, hasta podría agradecer.»

Pero cuando torné mis ojos sobre el lindo rostro de mi pareja, vi en él una belleza tan delicada y tan exquisita, unida á aquella como expresión de salud, de alegría y de indiferencia, que me había gustado en mí, que me puse furioso contra mí mismo: comprendí lo absurdo de esperar que yo pudiera atraer la atención de una criatura tan maravillosa.

No sólo no esperaba correspondencia, sino que ni siquiera pensaba en ella: mi alma no la necesitaba para desbordar de felicidad. No sabía que más allá del sentimiento del amor que inundaba mi corazón de delicias, existe aún una dicha más grande, que se

puede desear algo más que no cesar nunca de amar. Estaba contento así. Mi corazón latía como el de un pichón; la sangre afluía á él sin cesar y tenía ganas de llorar.

Seguimos el corredor. Al pasar por delante de la habitación oscura de debajo de la escalera, la miraba y pensaba: «¡Qué dicha si pudiera vivir toda mi vida con ella en esa habitación oscura, sin que nadie supiera que estábamos ahí!»

—¿Verdad que nos divertimos bien esta noche?—dije en voz baja y temblorosa, y apreté el paso asustado menos de lo que había dicho que de lo que hubiera querido decir.

—¡Oh, sí... mucho!—respondió volviendo su cabecita hacia mí con una expresión tan franca y tan buena, que se me fué el miedo.

—Sobre todo después de la cena... —Si supiera V. qué disgustado estoy (quería decir «triste», pero no me atreví) al pensar que se va V. á ir y que no nos veremos más...

—¿Por qué no hemos de vernos más? —dijo mirando fijamente la punta de sus zapatitos y pasando un dedito por una mampara en celosía, por delante de la cual pasábamos. Todos los martes y los viernes vamos, mamá y yo, á pasearnos en carruaje por el bulevar Tveskøe. ¿No va V. á paseo?

—Pediremos seguramente ir el martes, y si nó me lo permiten, me escaparé solo, sin nada á la cabeza. Sé el camino.

—¿Sabe V. una cosa? —dijo de pronto Sonia.—Hay niños que van á

casa y les digo siempre de *tú*. Hablémonos también de *tú*. ¿Quieres?—añadió moviendo la cabeza y mirándome fijamente á los ojos.

En aquel instante entrábamos en la sala, donde comenzaba otra repetición, muy animada, del «abuelo.»

—Báilela... V. conmigo — dije, aprovechando un momento en que la música y el ruido podían cubrir mi voz.

—*Báilala*, no *báilela* — dijo Sonia, y se echó á reír.

El «abuelo» se acabó sin que yo hubiese conseguido colocar una sola frase con *tú*, aunque no hubiera cesado de inventarlas, en las cuales el *tú* entraba muchas veces. Me faltó audacia. «¿Quieres? *Baila*», estas palabras me resonaban en los oídos y me emborrachaban. No veía nadani á nadie, excepto á Sonia. Vi que le recogían los ensortijados cabellos y que se los echaban detrás de las orejas, descubriendo así las sienes y una parte de frente que aún no había visto. Vi que la envolvían de la cabeza á los pies en el chal verde, de manera que no se veía más que la punta de su naricita. Noté que si ella no hubiera hecho, con sus deditos de rosa, una abertura delante de la boca, se habría seguramente ahogado. Vi que al bajar la escalera detrás de su madre se volvió vivamente de nuestro lado, hizo una seña con la cabeza y desapareció por la puerta.

Volodia, los Ivine, el joven príncipe, todos estábamos enamorados de Sonia, todos estábamos en la escalera

siguiéndola con los ojos. Ignoro á cuál de nosotros se dirigía aquella seña; pero en aquel instante estaba firmemente convencido de que me estaba destinada.

Al decir adiós á los Ivine, hablé á Sergio y le estreché la mano con perfecta libertad de espíritu y hasta con cierta frialdad. Si él comprendió que á partir de aquel día había perdido mi amistad y su imperio sobre mí, es evidente que lo lamentó, aunque se esforzara por manifestar una completa indiferencia.

Por la primera vez de mi vida había yo variado en mis afecciones, y por la primera vez, sentía la dulzura del cambio. Me parecía delicioso trocar un afecto pasado al estado de hábito, y, por decirlo así, disminuido por un amor fresco, lleno de misterio y desconocido. Además, cesar de amar y comenzar á amar, todo á la vez, es amar dos veces más que antes.

## XIX

### En mi cama.

«¿Cómo he podido amar á Sergio tan apasionadamente y tanto tiempo? —me decía yo una vez acostado.— No, nunca ha comprendido, ni apreciado, ni merecido mi cariño... ¿Y Sonia? ¡Es deliciosa! ¿Quieres?... Comienza tú.»

Di un salto al representarme con

vivacidad su carita, estiré la cubierta sobre mi cabeza, me enrollé en ella de modo que no quedara ninguna abertura y me volví á tender. Sentí un agradable calor, y me perdí en sueños y recuerdos deliciosos. Mis ojos miraban fijamente el forro de la cubierta calada, y *la* veía tan claramente como una hora antes. Hablaba mentalmente con ella, y aquella conversación, enteramente desprovista de sentido por lo demás, me procuraba goces indescriptibles, porque los *tú* hormigueaban en ella.

Aquellos sueños eran tan preciosos, que el placer y la emoción me impedían dormir y tenía necesidad de compartir con alguien mi exceso de felicidad.

—¡Qué lindo es!—dije casi alto, volviéndome bruscamente del otro lado.—¿Duermes, Volodia?

—No—respondió con voz adormilada.—¿Qué pasa?

—Estoy enamorado, Volodia. Completamente enamorado de Sonia.

—Bueno, ¿y qué?—replicó, estirándose.

—¡Oh Volodia! No puedes figurarte lo que me sucede... Mira: me había tapado la cabeza con la cubierta, y la veía como si la viera, y hablaba con ella... esto es asombroso. ¿Y sabes otra cosa? Aquí, acostado, cuando pienso en ella, me pongo muy triste, Dios sabe por qué, y tengo ganas de llorar.

Volodia se movió en su cama.

—Yo no pediría más que una cosa —continué;— estar siempre con ella, verla siempre y nada más. Y tú, ¿es-

tás enamorado de ella? Di la verdad, Volodia.

Por extraño que esto sea, yo habría querido que todo el mundo estuviera enamorado de Sonia y lo dijera.

—¿Qué te importa eso?—dijo Volodia, volviéndose de mi lado.

—¡Tú no tienes ganas de dormir, lo finges!—exclamé, notando en sus ojos brillantes que no pensaba de ningún modo en dormir.

Rechacé la cubierta, y continué:

—¡Hablemos de ella! ¿Verdad que es deliciosa?... Tan deliciosa, que si me dijera: «Nicolás, tirate por la ventana» ó «arrójate al fuego», te juro que lo haría enseguida y con alegría. ¡Ah, qué deliciosa es!—añadí, representándome que estaba allí delante de mí, y á fin de gozar bien de su imagen, me volví bruscamente del otro lado y metí la cabeza bajo la almohada.

—¡Tengo una gana terrible de llorar, Volodia!

—¡Bobo!—dijo sonriendo.

Después de un instante de silencio continuó:

—Yo no soy del todo como tú. Si pudiera, querría, en primer lugar, sentarme á su lado y hablar...

—¡Ah! ¿Luego también tú estás enamorado?—interrumpí.

—Después—prosiguió Volodia, sonriendo tiernamente—besaría sus deditos, sus ojitos, su boquita, sus naricitas, sus piecitos... la besaría toda...

—¡Qué tonterías!—exclamé desde debajo de mi almohada.

—No comprendes nada—dijo Volodia en tono de desprecio.

—De ningún modo; comprendo, y tú eres quien no comprendes y dices tonterías—dije llorando.

—Vaya, no hay motivo para llorar. ¡Qué marica!



### La carta.

El 16 de Abril, cerca de seis meses después del día que he descrito, entró mi padre en nuestro cuarto durante la clase y anunció que partiríamos con él aquella misma noche para el campo. A esta noticia se oprimió mi corazón y pensé en seguida en mamá.

La causa de aquella partida imprevista era la carta siguiente:

Petrovskoë 12 de Abril.

«Son las diez de la noche, acabo de recibir tu buena carta del 3 de Abril, y, según mi costumbre, contesto á ella en seguida. Fedor la había traído de la ciudad ayer; pero como era tarde, no se la ha dado á Mimi hasta esta mañana. Mimi, con pretexto de que yo estaba enferma y agitada, se la ha guardado todo el día. En efecto, tenía yo una poca fiebre, y, para decirte la verdad, hace cuatro días que no me encuentro bien y que no me levanto.

»Te ruego que no te asustes; no estoy enferma, y si Iván Vassilitch lo permite, me levantaré mañana.



»El viernes de la semana pasada salí en carruaje con los niños. En el momento de llegar á la carretera, cerca del puentecillo que siempre me ha dado miedo, la carretela se atascó. El tiempo era soberbio, y tuve la idea de ir á pie hasta la carretera, mientras sacaban el carruaje. Al llegar á la capilla, me sentí muy fatigada y me senté para descansar; pero como se necesitó cerca de media hora para reunir gente y sacar la carretela, me enfrié, los pies sobre todo, porque llevaba botinas finas y se me habían mojado. Después de la comida sentí escalofríos; seguí, sin embargo, yendo y viniendo, y después del te me puse á tocar á cuatro manos con Liubotchka (no la conocerás, ha adelantado mucho). ¡Figúrate mi asombro cuando noté que me era imposible contar los compases! Volví á intentarlo muchas veces; pero todo se embrollaba en mi cabeza y tenía como un gran ruido en los oídos. Contaba uno, dos, tres, y luego, ocho, quince; advertí que me equivocaba y que no había medio de contar bien. Al fin, Mimi vino en mi ayuda y me acostó casi á la fuerza. He aquí, amigo mío, en detalle, cómo me he puesto mala por mi culpa. El día siguiente tuve fiebre bastante alta, y vino nuestro buen Iván Vassilitch. Desde entonces no se ha ido de casa, y asegura que pronto saldré. ¡Qué hombre tan excelente! Mientras que he tenido fiebre y delirio ha pasado la noche junto á mi cama, sin pegar ojo. En este momento, sabiendo que escribo, ha ido á buscar á

las niñas. Oigo que les cuenta cuentos alemanes y que ellas se ríen á carcajadas.

»La hermosa flamenca, como tú la llamas, está aquí hace cerca de quince días, porque su madre ha ido á pasar una temporada fuera, y me atestigua un verdadero cariño. Me ha confiado todos los secretos de su alma. Con su linda cara, su buen corazón y su juventud, habría con qué hacer una joven encantadora en todos conceptos, si estuviera en buenas manos. En la sociedad en que vive, y á juzgar por lo que cuenta, se perderá completamente. Se me ha ocurrido que si yo no tuviera ya bastante con mis hijos haría una buena obra admitiéndola en casa.

»Liubotchka quería escribirte, pero ha roto ya tres plieguecillos de papel; dice que «papá es demasiado burlón, y que si ella cometiera una falta él se la enseñaría á todo el mundo». Catalina sigue siempre tan gentil. Mimi tan buena y tan fastidiosa.

»Hablemos ahora de cosas serias. Me escribes que tus negocios no van bien este invierno y que te verás obligado á tomar el dinero de Khabarovka. ¡Cómo pides permiso para hacerlo! Esto me ha parecido muy singular. ¿Es que lo mío no es tuyo?

»Eres tan bueno, querido mío, que me ocultas la situación de tus negocios por miedo á afligirme; pero yo adivino que has perdido mucho al juego y te juro que no te lo echo en cara de ningún modo. Con tal que las cosas puedan arreglarse, no pienses

más en ello, te lo suplico, y no te atormentes inútilmente. Estoy acostumbrada á no contar para los niños con tus ganancias, ni siquiera (no te enfades) con tu fortuna. No siento más placer cuando ganas que disgusto cuando pierdes. No me disgusta más que tu desdichada pasión por el juego, que me roba una parte de tu corazón y me obliga á decirte verdades duras como en este momento. ¡Dios sabe, sin embargo, si esto me es doloroso! No le pido más que una cosa, y es que nos preserve, no de la pobreza (¿qué importa la pobreza?), sino de esa situación terrible en que los intereses de los niños, que yo debería defender, fueran opuestos á los nuestros. Hasta ahora Dios me ha escuchado. Tú no has pasado el límite más allá del cual nos veríamos obligados, sea á sacrificar una fortuna que no es nuestra, sino de nuestros hijos, sea á... Es horrible sólo pensarlo, y esa terrible desgracia nos amenaza siempre. ¡Qué pesada cruz nos ha dado á llevar el Señor!

»Me vuelves á hablar en tu carta de los niños, y vuelves á nuestra antigua cuestión; me pides que consienta en que los pongas en pensión. Ya conoces mis prevenciones contra las pensiones.

»Ignoro, querido marido, si me concederás mi súplica; pero te ruego, en nombre de tu cariño por mí, que me prometas que jamás, ni durante mi vida, ni después de mi muerte, si Dios nos separa, harás eso.

»Me escribes que no podrás dispen-

sarte de ir á Petersburgo para nuestros asuntos. ¡El Señor te acompañe, esposo mío! Parte y vuelve lo más pronto posible. ¡Nos aburrirnos tanto sin ti! La primavera es soberbia. Se ha quitado ya la puerta de la galería; la senda que lleva á la estufa de los naranjos está completamente seca, hace cuatro días; los albérchigos están en flor; no quedan más que algunas manchas de nieve acá y allá; han llegado las golondrinas, y Liubotcka me ha traído hoy las primeras flores. El doctor dice que dentro de tres días estaré restablecida del todo y que podré ir á calentarme al sol y á respirar el buen aire de la primavera. Adiós, querido amigo, te lo ruego, no te inquietes, ni de mi enfermedad, ni de tus pérdidas. Termina lo más pronto tus asuntos y vuelve para todo el verano con los niños. Tengo planes magníficos para este verano; sólo nos faltas tú para ejecutarlos.»

La continuación de la carta estaba escrita en francés, con letra desigual y casi ilegible, en otro pliego de papel.

«No creas lo que te he escrito de mi enfermedad. Nadie sospecha hasta qué punto es seria. Sólo yo sé que no me volveré á levantar. No pierdas un minuto; ven y trae á los niños. Acaso podré besarlos y bendecirlos por última vez; este es mi único y último deseo. Sé qué golpe cruel te doy; pero más pronto ó más tarde, por mí ó por los demás, lo habrías recibido. Trátemos de soportar esta desgracia con

valor y de esperar en la misericordia de Dios. Sometámonos á su voluntad.

» No te figures que lo que te escribo aquí sea el delirio de una imaginación enferma; al contrario, mis ideas son perfectamente claras, y en este momento estoy por completo serena. No acaricies la vana esperanza de que sean estos presentimientos vagos y engañosos de un alma medrosa. No, siento, sé (y lo sé porque Dios ha querido revelármelo) que no me queda más que muy poco tiempo que vivir.

» Mi cariño á ti y á los niños, ¿acabaré con mi vida? Esto no puede ser; mi corazón siente demasiado vivamente en este mismo momento para creer que ese amor sin el cual yo no comprendía la vida pueda jamás dejar de ser. Mi alma no puede existir sin mi amor á vosotros, y sé que ella existirá eternamente, aunque no fuera más que porque un sentimiento parecido no podría nacer si debiera acabar alguna vez.

» No estaré ya con vosotros, pero estoy firmemente persuadida de que mi amor no os abandonará nunca, y este es un pensamiento tan consolador, que espero la muerte tranquilamente y sin temor.

» Si, estoy tranquila, y Dios sabe que he mirado siempre la muerte como el tránsito á una vida mejor; pero ¿de dónde vienen las lágrimas que me ahogan?... ¿Por qué privar á los niños de su querida mamá? ¿Por qué darte un golpe tan terrible y tan inesperado? ¿Por qué muero, cuando

vuestro cariño me hacía tan profundamente dichosa?

» ¡Cúmplase su santa voluntad!

» Las lágrimas me impiden continuar. Acaso no te volveré á ver. Te doy las gracias, mi precioso amigo, por toda la dicha que me has dado en esta vida. Allá arriba pediré á Dios que te lo recompense. Adiós, mi querido amigo; acuérdate de que si yo no vivo, mi amor estará siempre contigo. ¡Adiós, Volodia; adiós, ángel mío, mi Benjamín, Nicolasito mío!

» ¡Me olvidarán!...»

A la carta iba unido un billetito de Mimi en francés, y concebido así:

« Los tristes presentimientos de que habla á V. este ángel han sido demasiado confirmados por el doctor. Anoche había dado ella la orden de llevar esta carta enseguida al correo; creyendo que deliraba, he esperado hasta esta mañana, y me he decidido á abrirla. Apenas había roto el sobre, cuando Natalia Nicolaievna me preguntó qué había yo hecho de la carta, y me ordenó que la quemase si no había salido. No cesa de hablar de ella, y asegura que esta carta le mataría á V. Venga en seguida si quiere volver á ver á este ángel antes de que nos deje. Dispense V. estas mal hilvanadas líneas. Hace tres noches que no he dormido. ¡Ya sabe V. cuánto la amo!»

Natalia Lavichna, que había pasado toda la noche del 11 al 12 de Abril en el cuarto de mamá; me ha contado

que después de haber escrito la primera parte de su carta, mamá la puso á su lado, en la mesilla, y se durmió.

«Yo misma—decía Natalia Lavichna—confieso que me había adormecido en mi butaca, y que había dejado caer la media en que trabajaba. He aquí que á través de mi sueño (podía ser la una de la mañana) la oigo hablar sola. Abro los ojos, y miro; mi pichoncita estaba sentada en la cama; juntaba sus manitas... y lloraba á mares, y dijo:

—» ¿De modo, que todo ha acabado?

» Y se tapó la cara con las manos. Yo no di más que un salto:

—» ¿Qué tiene V.?

—» ¡Ah, Natalia Lavichna, si supieras lo que acabo de ver!

» Por muchas preguntas que le hice no pude saber más. Sólo me dijo que le acercara la mesita; escribió un poco, hizo cerrar la carta delante de ella, y ordenó que la llevaran enseguida al correo. Desde entonces fué cada vez á peor.»

## XXI

### Lo que nos esperaba en el campo.

El día 25 de Abril bajamos de una calesa de viaje delante de la escalinata de Petrovskoë. Al salir de Moscú, papá parecía preocupado. Como Volodia le preguntase: «¿Es que mamá

está enferma?», lo miró tristemente haciéndole con la cabeza señal de que «sí», sin pronunciar una palabra. Durante el viaje se tranquilizó; pero al acercarse á la casa su rostro tomó una expresión cada vez más triste, y fué con los ojos húmedos y la voz mal segura como al bajar del carruaje preguntó á Foca:

—¿Dónde está Natalia Nicolaievna?

El buen Foca, que acudía sofocado, echó á hurtadillas una mirada sobre nosotros los niños, bajó los ojos, abrió la puerta del vestíbulo, y respondió volviéndose:

—Hace seis días que no ha salido de su cuarto.

Milka, que por lo que supe después, no había cesado de gemir desde que mamá estaba enferma, se lanzó alegremente hacia mi padre; se levantaba de patas, ladraba, le lamía las manos. Pero mi padre lo apartó y cruzó el salón, luego el diván, desde donde se entraba directamente á la alcoba. Cuanto más se acercaba á aquella alcoba, mas se mostraba su inquietud en todos sus movimientos; al entrar en el diván andaba de puntillas y contenía su aliento, y se persignó antes de decidirse á poner la mano sobre el botón del picaporte. En el mismo momentó, Mimi acudía por el corredor, despeinada y con los ojos enrojecidos.

—¡Ah, Pedro Alejandrovitch!—dijo á media voz con la expresión de una desesperación sincera.

Luego, al notar que papá hacía girar el botón, añadió muy bajo:

. —No se pasa por ahí...; por la otra puerta.

¡Oh, qué impresión de angustia produjo todo aquello sobre mi imaginación de niño, preparada á una desgracia por horribles presentimientos!

Dimos la vuelta por la habitación de las criadas. En el corredor encontramos á Akime, el idiota cuyos gestos nos divertían tanto; en aquel momento, no sólo no me pareció cómico, sino que nada me hizo un efecto tan doloroso como el aspecto de su rostro estúpido é indiferente. En el cuarto de las criadas, dos muchachas que trabajaban en no sé qué, se levantaron para saludarnos, con una expresión tan triste, que me dejó trastornado. Atravesamos aún el cuarto de Mimi; papá abrió la puerta de la alcoba, y entramos. A la derecha de la puerta había dos ventanas, sobre las cuales habían tendido dos chales. Natalia Savichna estaba sentada delante de una de las ventanas, con sus gafas sobre la nariz y haciendo media. No se acercó á besarnos como hacía de ordinario; se contentó con levantarse, nos miró á través de sus gafas, y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Me disgustaba mucho que todo el mundo se echara á llorar al vernos, mientras que antes todos estaban completamente tranquilos.

A la izquierda de la puerta había muchos biombos, unos delante de otros, la cama, la mesilla, un *etagère* cubierto de frascos de botica, y un gran sillón en el que el doctor dormitaba. Al lado de la cama, una joven

muy rubia y de notable belleza, con peinador blanco, las mangas un poco subidas, ponía hielo sobre la cabeza de mamá, que yo no veía dónde estaba. Aquella joven era la «hermosa flamenca» de que mamá hablaba en su carta, y que jugó después un papel tan importante en nuestra familia. Al entrar nosotros, se apresuró á quitar una de sus manos de la cabeza de mamá para arreglarse por delante las pliegues del peinador, después de lo cual cuchicheó:

—Está sin conocimiento.

Yo tenía una pena violenta, pero notaba involuntariamente los ruidos más insignificantes. La alcoba estaba muy sombría, hacía calor, y allí se olía á la vez á menta, á agua de Colonia, á manzanilla y á las gotas de Hoffmann. Aquel olor me impresionó de tal modo, que no sólo cuando lo huele, sino nada más con pensar en él, mi imaginación me transporta al instante á aquella alcoba oscura y sofocante, y me representa todos los menores detalles de aquel minuto atroz.

Los ojos de mamá estaban abiertos, pero no veía... ¡Oh, jamás olvidaré aquella espantosa mirada! ¡Expresaba tanto sufrimiento!...

Nos sacaron de allí.

Cuando interrogué después á Natalia Savichna sobre los últimos instantes de mamá, he aquí lo que me contó.

—Después que os sacamos, se agitó todavía mucho tiempo, pichoncito mío, como si la sofocara algo; enseguida dejó caer la cabeza sobre la almohada, y se durmió tan dulcemente, tan

apaciblemente, que se la habría tomado por un ángel de Dios. Había yo salido un minuto para llevarle algo de beber...; vuelvo, y ¿qué es lo que veo? Movía los brazos, alma mía, alrededor suyo, y hacía señales á papá. Este se inclina sobre ella, pero se ve que no tenía fuerzas para hablar; abre solamente la boca, y comienza á gemir: «¡Dios mío! ¡Señor! ¡Los niños, los niños!» Yo iba á correr á buscarlos á Vds.; Iván Vassilitch me detuvo diciéndome que esto la agitaría aún más, y que era mejor no ir. Después sólo levantó la mano y la dejó caer. ¡Dios sabe lo que quería decir con esto! Yo creo que quería bendecirlos á Vds., aunque no estaban allí. Evidentemente, Dios no ha permitido que volviera á ver á sus queridos pequeños antes de morir. Después se levantó, puso así sus manos, y dijo de pronto con una voz que no puedo pensar en ella: «¡Madre de Dios, no los abandones!...» Entonces le acometió el mal del corazón, y se veía en sus ojos que sufría horribilmente. Volvió á caer sobre la almohada, mordía las sábanas, y se echó á llorar, padrecito mío...

—¿Y después?—pregunté.

Natalia Savichna no podía hablar; se volvió, y lloró amargamente.

Mamá murió entre horribles sufrimientos.

## XXII

### La pena.

El día siguiente por la noche, ya tarde quise volver á verla una vez más. Haciéndome superior á un involuntario sentimiento de espanto, abrí dulcemente la puerta de la sala y entré de puntillas.

En medio de la habitación, sobre una mesa, estaba el ataúd; alrededor del ataúd, en grandes candeleros de plata, cirios encendidos; en un rincón alejado de la sala, un chantre leía los salmos en voz baja y monótona.

Me paré en la puerta y me puse á mirar, pero tenía los ojos tan fatigados á fuerza de llorar y los nervios tan trastornados, que no distinguía nada. Todo se confundía de una manera extraña: los cirios, el brocado, el terciopelo, los grandes candeleros, la almohada de color de rosa, guarnecida de encajes, el velo colocado sobre la frente, la toca con cintas y cierta cosa transparente y color de cera que había en medio de todo aquello. Me subí á una silla para verla la cara, pero en el sitio en que debía estar encontré también aquella cosa de un blanco amarillento y transparente. No podía creer que aquello fuese su rostro. Me puse á considerar aquella cara con más atención, y poco á poco encontraba en ella rasgos encantado-

res y familiares. Me estremecí de terror cuando estuve convencido de que era *ella*. ¿Por qué están tan hundidos sus ojos cerrados? ¿Por qué esta espantosa palidez y esta mancha negra en la mejilla, bajo la piel diáfana? ¿Por qué la expresión de todo el rostro es tan severa y tan fría? ¿Por qué están tan blancos los labios y por qué el pliegue de la boca es tan hermoso, tan solemne? ¿Por qué expresa una paz tan por encima de esta tierra, que al mirarla siento un estremecimiento helado correr por mi cuerpo y en mis cabellos?

Miraba y sentía que una fuerza inexplicable é irresistible atraía á mis ojos hacia aquel rostro sin vida. No podía apartarlos, y mientras miraba, mi imaginación me representaba cuadros brillantes de vida y de dicha. Olvidaba que el cuerpo muerto tendido delante de mí, y que contemplaba estúpidamente como si aquel objeto no hubiera tenido nada de común con mis recuerdos, era *ella*. Me la representaba en tanto en una actitud, en tanto en otra: llena de vida, alegre, sonriente; luego, de pronto, quedaba impresionado por cualquier detalle del pálido rostro sobre el que estaban fijos mis ojos; recordaba la terrible realidad, me estremecía, pero seguía mirando. Las visiones del pasado reemplazaban de nuevo á la realidad; el sentimiento de la realidad desvanecía de nuevo las visiones, y así sucesivamente. Al fin, mi imaginación cansada cesó de engañarme; el sentimiento de la realidad se borró

con las visiones, y ya no tuve conciencia de nada.

Ignoro cuánto tiempo duró aquello, sería incapaz de analizar el estado en que me encontraba; solamente sé que había perdido el sentimiento de mi existencia y que experimentaba una especie de goce sublime, triste, y al mismo tiempo de una dulzura inexplicable.

Acaso desde el mundo mejor adonde había volado, su hermosa alma contemplaba con tristeza el mundo en que nos había dejado; veía mi pena y tenía piedad de ella; con una divina sonrisa de compasión descendía á la tierra, llevada en alas del amor, para consolarme y bendecirme.

Rechinó la puerta y entró un chanfre; iba á reemplazar al otro. Aquel ruido me hizo volver en mí, y mi primer pensamiento fué que al verme en pie sobre aquella silla, secos los ojos y en una actitud que no tenía nada de conmovedora, el chanfre podría tomarme por un muchacho desprovisto de sensibilidad, que se subía á las sillas para curiosar: hice la señal de la cruz, me incliné y me eché á llorar.

Cuando pienso ahora en lo que experimentaba entonces, comprendo que mi único minuto de verdadera pena fué aquél minuto de inconsciencia. Antes y después del entierro no cesé de llorar y de estar triste; pero me avergüenzo de recordar aquella tristeza, porque estaba siempre mezclada con un sentimiento personal; en tanto el deseo de mostrar que tenía más pena que los demás, en tanto la

preocupación del efecto que producía, en tanto una curiosidad sin objeto, que fijaba mis ojos en la cofia de Mimi ó en los rostros de los asistentes. Me despreciaba por no estar enteramente absorbido por el dolor y me esforzaba por disimular los demás sentimientos que me ocupaban; resultaba de esto que á mi pena le faltaba naturalidad y sinceridad. Experimentaba, por lo demás, cierto placer en pensar que era un hijo desdichado, trataba de despertar la conciencia de mi desdicha, y este sentimiento egoísta contribuía más que los demás á ahogar en mí la verdadera pena.

Dormí aquella noche profunda y tranquilamente, como sucede siempre después de un gran dolor, y me desperté con los nervios tranquilizados y las lágrimas agotadas. A las diez nos llamaron para el funeral que se celebraba antes de levantar el cadáver. La sala estaba llena de criados y de campesinos que llegaban llorosos á dar el último adiós á la señora. Durante la ceremonia, lloré convenientemente; hice mis señales de la cruz y me prosterné hasta el suelo; pero mi plegaria no partía del corazón y estaba bastante indiferente. Estaba muy ocupado con mi traje nuevo que me hacía mucho daño en las sisas; cuidaba de no manchar demasiado las rodillas del pantalón, y examinaba con el rabillo del ojo á los asistentes. Mi padre estaba en pie á la cabecera del ataúd, blanco como el papel y costándole trabajo contener las lágrimas. Su alta estatura, su traje

negro, su rostro pálido y expresivo, sus movimientos, graciosos y seguros como de ordinario cuando hacía la señal de la cruz y se inclinaba hasta tocar el suelo con la mano, ó cuando tomó el cirio que le dió el sacerdote y se acercó al ataúd, todo aquello producía un gran efecto; pero, no sé por qué, me disgustaba que precisamente en aquel instante pudiera producir tanto efecto.

Mimi se apoyaba en la pared y parecía que le costaba trabajo tenerse en pie; su falda estaba arrugada y el gorro ladeado, sus ojos enrojecidos é hinchados, temblábale la cabeza; se tapaba la cara con las dos manos y el pañuelo, y sollozaba hasta partir el corazón. Me pareció que sus sollozos no eran francos y que se tapaba la cara á fin de poder parar de cuando en cuando sin que lo notaran. Recuerdo que la víspera había dicho á mi padre que la muerte de mamá era para ella un golpe que no esperaba soportar, que lo perdía todo, que aquel ángel (así es como ella llamaba á mamá) no la había olvidado en el momento de morir y había expresado el deseo de asegurar su suerte y la de Catalina. Al hacer este relato, lloraba á lágrima viva, y es posible que su pena fuese sincera, pero no era desinteresada.

Liubotchka, vestida de negro, el rostro inundado de lágrimas, baja la cabeza, echaba de tarde en tarde una mirada al ataúd, y su fisonomía no expresaba entonces más que un espanto infantil. Catalina estaba al lado



de su madre, y su cara triste no le impedía estar fresca y encarnada como siempre. La naturaleza franca de Volodia aparecía hasta en su pena. En tanto se absorbía en sus pensamientos y miraba fijamente un objeto cualquiera, en tanto su boca se torcía súbitamente y se apresuraba á persignarse y á prosternarse. Todos los extraños que asistían al entierro me eran insoportables. Las frases de pésame que dirigían á mi padre, «que ella estaría mejor allá arriba, que no estaba hecha para esta tierra», me causaban una especie de irritación.

—¿Qué derecho tienen—pensaba—á hablar de ella y á llorarla? Algunos nos han llamado huérfanos. ¡Como si nosotros tuviéramos necesidad de ellos para saber que los niños que se quedan sin madre se llaman huérfanos! Habrán querido ser los primeros en darnos este nombre, exactamente como se apresuran las gentes para ser los primeros en llamar «señora» á una recién casada.

En el rincón más retirado de la sala, ocultándose detrás de la puerta abierta, estaba arrodillada una anciana de cabellos grises y de espalda encorvada. Juntas las manos y la vista en el cielo, no lloraba, rezaba. Su alma se elevaba á Dios; le pedía que la reuniera bien pronto con la que había amado más que todo en el mundo, y esperaba firmemente que Dios le concediera pronto lo que le pedía.

«Esa es la que la amaba verdade-

ramente» pensé, y tuve vergüenza de mí mismo.

Terminó la ceremonia. Fué descubierto el rostro de la muerta, y todos los asistentes, excepto nosotros, se acercaron uno después de otro para besarla.

De las últimas, fué una campesina que llevaba en los brazos una preciosa niña de unos cinco años. ¡Dios sabe para qué la había llevado allí. Acababa de caérseme mi pañuelo humedecido y me bajaba para recogerlo, cuando oí un grito penetrante, espantoso, un grito que expresaba tal terror, que no lo olvidaré nunca aunque viviera cien años, y que, cuando pienso en él, todavía me hace estremecer. Alcé la cabeza; la campesina estaba subida en el taburete, al lado del ataúd, y se esforzaba por retener á la niña que se resistía y se echaba atrás con una expresión de espanto y miraba al cadáver con ojos dilatados, lanzando espantosos alaridos. Di un grito aún más espantoso, me parece, que los suyos, y huí á escape de la sala.

Hasta aquel momento no comprendí de dónde procedía el olor pesado y pronunciado que se mezclaba al olor del incienso y llenaba la habitación; la idea de que aquel rostro, tan hermoso y tan amable algunos días antes, el rostro de lo que yo amaba más en el mundo, podía inspirar espanto, me desveló, por decirlo así, la cruel verdad y llenó mi alma de desesperación.

## XXIII

## Ultimos recuerdos tristes.

Ya no vivía mamá, y nuestra vida seguía girando en el mismo círculo. Nos levantábamos y nos acostábamos á las mismas horas y en las mismas habitaciones. El té de la mañana, el té de la noche, la comida, la cena, todo era como antes. Las mesas y las sillas estaban en sus sitios de costumbre. Nada había cambiado en la casa y en nuestra existencia; solamente ella ya no estaba allí...

Me parecía que después de una desgracia semejante, todo habría debido cambiar, que nuestra marcha de vida acostumbrada era una ofensa á su memoria y hacía sentir demasiado vivamente su ausencia.

La vispera del entierro, después de la comida, había yo tenido ganas de dormir y había ido á la alcoba de Natalia Savichna con la intención de tenderme en su buena cama de plumas, bajo el caliente cubrepies calado. Al entrar, la encontré acostada y parecía dormir. Al ruido de mis pasos se levantó, se quitó un pañuelo de lana destinado á resguardarse la cabeza de las moscas, se arregló la cofia y se sentó en el borde de la cama.

Me había sucedido á menudo ir después de la comida á echar un sueño en su cuarto. Adivinó á qué había ido,

y me dijo haciendo un movimiento para levantarse.

—¿Qué, mi pichoncito ha venido á descansar? Acuéstese.

—¡Qué idea, Natalia Savichna!— dije deteniéndola por el brazo.—No ha sido para eso... Había venido... Está V. fatigada; acuéstese V. más bien.

—No, padrecito mío, he dormido bastante—me dijo (bien sabía yo que no se había acostado hacía tres días).—Y además, no es este el momento de dormir—añadió con un profundo suspiro.

Tenía yo ganas de hablar algo de nuestra pena con Natalia Savichna. Conocía su sinceridad y su adhesión, y me habría sido dulce llorar con ella.

—Natalia Lavichna—dije después de un momento de silencio, sentándome en la cama—¿se lo esperaba V.?

Me miró con aire perplejo y curioso, no comprendiendo por qué le preguntaba aquello.

—¿Quién podía esperarlo?—continué.

—¡Ah, padrecito mío!—dijo mirándome de un modo singularmente doloroso y tierno—no se podía esperar, y todavía no puedo pensar en ello. Soy vieja: hace mucho tiempo que mis viejos huesos deberían descansar, y yo soy quien les entierra á todos: su abuelo de V., de eterna memoria, el príncipe Nicolás Mikhailovitch, sus dos hermanos, su hermana Annuchka, á todos los he enterrado, y todos eran más jóvenes que yo, padrecito mío, y he aquí que es preciso también que yo la sobreviva, por mis

pecados seguramente. ¡Que se haga su santa voluntad! El se la ha llevado porque era digna de ello; allá arriba tiene necesidad de los buenos.

Esta cándida idea me produjo una impresión consoladora y me acerqué á Natalia Savichna. Había ella cruzado las manos sobre el pecho y miraba hacia arriba; sus ojos húmedos y hundidos expresaban un dolor inmenso, pero tranquilo. Esperaba firmemente que Dios no la separaría por mucho tiempo de aquí, sobre la cual, hacía tantos años, se habían concentrado todas las fuerzas de su corazón.

—Sí, padrecito mío, hace ya mucho tiempo que yo era su niñera, y que la envolvía. Me llamaba Nacha. Corría á mí, me cogía con sus manitas y me besaba diciendo: «Nacha mía, rica, gallinita mía.» Y yo, para hacerla rabiarse, decía: «V. no me quiere, madre mía; cuando sea grande se casará y olvidará á su Nacha.» Entonces reflexionaba: «No—decía—prefero no casarme si no puedo llevarme á Nacha; jamás me separaré de Nacha.» Y he aquí que me ha dejado, que no me ha esperado. ¡Sin embargo, me quería! A decir verdad, ¿á quién no quería? Sí, padrecito, es imposible que olvide V. á su mamá; no era una criatura humana, era un ángel del cielo. Cuando esté en el paraíso, seguirá amándolo y regocijándose á causa de V.

—¿Por qué dice V. «cuando esté en el paraíso» Natalia Savichna?—pregunté.—Creo que está ya.

—No, padrecito mío—dijo Natalia Savichna bajando la voz y acercándose á mí en el borde de la cama;—ahora su alma está aquí.

Señalaba al techo. Hablaba casi bajo, con tanta emoción y fe, que alcé involuntariamente los ojos y miré á las cornisas buscando algo en ellas.

—Antes de que el alma del justo vaya al paraíso, sufre todavía cuarenta pruebas, padrecito mío, durante cuarenta días, y puede seguir en su casa...

Siguió largo tiempo en este tono, expresándose con tanta sencillez y convicción, como si se hubiera tratado de cosas completamente naturales, que había visto con sus ojos y sobre los cuales nadie podía tener la menor sombra de duda. Yo la escuchaba conteniendo mi respiración. No comprendía muy bien lo que me decía, pero la creía con toda mi alma.

—Sí, padrecito mío—dijo terminando—en este momento está aquí, nos mira, escucha acaso lo que decimos. Bajó la cabeza y se calló. Tuvo necesidad de un pañuelo para secarse las lágrimas; se levantó, me miró frente á frente y dijo con voz temblorosa de emoción:

—El Señor me ha hecho acercarme bastantes pasos á él, con este golpe. ¿Qué me queda que hacer aquí? ¿Para qué vivir? ¿A quién amar?

—¿Es que no nos ama V.?—pregunté en tono de reproche y pronto á llorar.

—Dios sabe si los amo á Vds., pichoncitos míos; pero amar á alguien

como la amaba, no he podido jamás y no puedo.

No pudo decir más. Se volvió y sollozó ruidosamente.

Yo no pensaba ya en dormir. Seguíamos sentados uno junto á otro y llorábamos.

Entró Foca. Al ver nuestra situación, tuvo miedo de estorbarnos; se paró cerca de la puerta y nos miró tímidamente sin decir nada.

—¿Qué quieres, Foca?—preguntó Natalia Savichna secándose los ojos con el pañuelo.

—Libra y media de pasas, cuatro libras de azúcar y tres libras de arroz para la kutia (1).

—En seguida, en seguida, padrecito.

Natalia Savichna tomó de prisa un polvo de rapé y se dirigió á un cofre. Las últimas huellas de la tristeza causada por nuestra conversación borráronse así que se ocupó en su servicio, que ella juzgaba de la más alta importancia.

—¿Por qué cuatro libras?—dijo en tono gruñón, cogiendo azúcar y poniéndola en el peso. Tres y media es bastante.

Quitó muchos terrones del platillo.

—¿Y qué significa esto? ¡Di anoche ocho libras de arroz y piden más! Tú dirás lo que quieras, Foca, pero yo no doy más arroz. Vanka estará contento porque la casa esté revuelta: cree que no se parará atención. ¡No,

(1) La kutia se come después de los entierros.—(N. DEL T.)

yo dejaré derrochar la fortuna de mis amos! ¡Habrán visto! ¡Ocho libras!

—¿Qué hacer? Dice que se ha comido todo.

—¡Bueno, aquí está! ¡Tómelo!

En la época de que hablo, me impresionó mucho aquel brusco pase de un enternecimiento conmovedor á refunfuños y roñerías. Después comprendí, reflexionando en ello, que lo que pasaba en su alma le dejaba la presencia de espíritu necesaria para pensar en sus asuntos, y que la fuerza de la costumbre la atraía hacia sus ocupaciones ordinarias. La pena era tan violenta, que encontraba inútil disimular, que era capaz de ocuparse de cosas indiferentes; ni siquiera habría comprendido que se pudiera tener semejante idea.

La vanidad es el sentimiento más incompatible con un dolor verdadero, y, al mismo tiempo, es de tal modo parte integrante de la naturaleza humana, que pierde raramente sus derechos ante una pena, aun la más violenta. Preséntase entonces como deseo de aparecer afligido, ó desgraciado, ó animoso, y estos sentimientos bajos, que no nos confesamos ni á nosotros mismos, pero á los cuales apenas escapamos—ni aun en la pena más viva—enervan nuestro dolor, lo envilecen y le quitan su sinceridad. Pero Natalia Savichna era demasiado profundamente desgraciada para que hubiera sitio en su alma para un deseo cualquiera: no vivía más que por la fuerza de la costumbre.

Entregó á Foca las provisiones pe-

didias y le recordó la pasta destinada á la mesa del clero. Cuando aquél se fué, cogió la media y se volvió á sentar á mi lado.

La conversación comenzó de nuevo sobre el mismo asunto, volvimos á llorar y nos secamos otra vez los ojos.

Yo iba todos los días á hablar así con Natalia Savichna. Sus lágrimas dulces, sus discursos tranquilos y piadosos me hacían bien y me consolaban.

Pero nos separaron bien pronto. Tres días después del entierro partimos todos para Moscú, y yo no debía volver á ver á Natalia Savichna.

Mi abuela no supo la espantosa noticia sino á nuestra llegada, y su pena fué terrible. No nos dejaron verla, porque no estaba en su juicio. Esto duró toda una semana, y los médicos temieron por su vida, tanto más, cuanto que no quería tomar ningún remedio, que se negaba á hablar ó á comer y que no dormía. A veces, sentada en su sillón, sola en su cuarto, la acometía de pronto un acceso de risa, seguido de sollozos, sin lágrimas, que concluían en convulsiones, luego en gritos furiosos, en frases sin sentido ó espantosas. Era aquella su primera gran pena, y la abrumaba. Tenía necesidad de acusar á alguien y pronunciaba palabras horribles, amenazas furibundas. Levantábase bruscamente de su sillón, recorría rápidamente la pieza á grandes pasos y caía desvanecida.

Una vez entré en su cuarto. Estaba sentada en su sillón, como de ordina-

rio, y parecía tranquila; pero su mirada me impresionó. Los ojos, muy abiertos, miraban vagamente y como atontados. Los fijaba en mí y parecía no verme. Entreabriéronse lentamente sus labios, sonrió y dijo con voz tierna que conmovía:

—Ven aquí, ángel mío, acércate.

Yo creí que era á mí á quien hablaba y me acerqué: no era á mí á quien veía.

—¡Ah, si tu supieras, hija de mi alma, cuánta pena he tenido y qué contenta estoy de que hayas llegado!...

Comprendí que se imaginaba ver á mamá y me detuve.

—Me han dicho que habías muerto —continuó frunciendo las cejas;— ¡qué tontería! ¿Es que puedes morir antes que yo?

Y soltó una carcajada nerviosa, horrible de oír.

Las personas capaces de cariños vigorosos son las únicas capaces de penas vigorosas; pero la misma necesidad de amar las salva, reaccionando contra el dolor. Por esto es por lo que la naturaleza moral del hombre es aún más vivaz que su naturaleza física. La pena no mata nunca.

Al cabo de una semana, mi abuela pudo llorar y se mejoró. Su primer pensamiento, cuando recobró la razón, fué para nosotros, y su cariño creció. No nos separábamos nunca de su sillón. Lloraba dulcemente, hablaba de mamá y nos acariciaba con ternura.

A nadie se le podía ocurrir, al ver

á mi abuela, que exageraba su pena. Las señales que daba de ella eran grandes y conmovedoras. Sin embargo, no sabré decir por qué, yo simpatizaba más con Natalia Savichna. Aun hoy estoy convencido de que nadie quiso á mamá con un amor tan puro ni la lloró tan sinceramente como aquella excelente y sencilla criatura.

Con la muerte de mi madre termina para mí la hermosa época de la infancia y se abre una época nueva: la adolescencia. Pero á mi infancia es al tiempo á que se enlazan mis recuerdos de Natalia Savichna, á quien no volví á ver y que ejerció una influencia tan grande en el desarrollo y en la dirección de mi sensibilidad. Añadiré, pues, aquí algunas palabras acerca de ella y de su muerte.

Los criados que habíamos dejado en el campo me han contado que después de nuestra partida se aburrió mucho de no tener nada que hacer. Seguía encargada de las provisiones y no dejaba de revolver en sus cofres, de arreglar, de contar, de pesar; pero le faltaba el ruido y el movimiento de una casa señorial habitada por los amos, todo el tráfago á que estaba acostumbrada desde su infancia. La pena, el cambio de vida y la ociosidad, desarrollaron rápidamente en ella una enfermedad senil á que estaba predispuesta. Justamente un año después de la muerte de mamá se le declaró la hidropesía y se metió en la cama.

Me imagino que Natalia Savichna encontró duro vivir, y todavía más

morir sola, en la gran casa vacía de Petrovskoë, sin parientes, sin amigos. Todas nuestras gentes la amaban y la estimaban, pero ella no estaba ligada con nadie y estaba orgullosa de ello. Pensaba que en su situación de ama de gobierno, en posesión de la confianza de los señores y teniendo entre las manos tantos cofres llenos de tantas cosas, cualquier amistad la conduciría á la parcialidad y á condescendencias culpables. Por esto es por lo que, á menos, sin embargo, que no fuera porque no tenía nada de común con los demás criados, se mantenía apartada de todos. Decía que no tenía en la casa ni compadres ni parientes, y que no dejaría derrochar la fortuna de sus amos por nadie.

Buscaba y encontraba consuelos en fervientes oraciones, con que se desahogaba ante Dios. En los instantes de debilidad á que todos estamos sujetos, y durante los cuales no hay mejor consuelo que las lágrimas y la simpatía de una criatura viviente, subía á la cama, á su lado, á su doguillo, le hablaba y lloraba sin ruido, acariciándolo. El perrillo le lamía las manos, fijaba en ella sus ojos y acababa por ponerse á gemir. Ella se esforzaba entonces en calmarlo y le decía: «Cállate, no te necesito para saber que voy á morir.»

Un mes antes de su muerte, sacó de su cofre particular indiana, muselina blanca y cintas de color de rosa. Con la ayuda de una criada se hizo un vestido blanco, una cofia y preparó en sus menores detalles todo lo necesario

para su entierro. Entregó en seguida al intendente los cofres pertenecientes á la casa, acompañados de un inventario minucioso. En fin, sacó dos trajes de seda y un chal, antiguos regalos de mi abuela, y el uniforme de mi abuelo, todo bordado en oro, que también le había sido regalado. Era tan cuidadosa, que los bordados y los galones del uniforme estaban todavía flamantes y el paño no estaba picado.

Pidió antes de morir que uno de los trajes de seda—el de color de rosa—fuera entregado á Volodia, y el otro—color de pulga—á cuadros, á mí, para que nos hicieran batas ó bechmetes (1).

Legó el chal á Liubotchka y el uniforme al primero de nosotros que llegara á ser oficial. A excepción de cuarenta rublos destinados á los gastos de su entierro, dejó el resto de su dinero y todo lo que poseía á su hermano. Este hermano, manumitido hacía mucho tiempo, habitaba en un gobierno lejano y llevaba la vida menos regular; por esto Natalia Savichna en su vida no tuvo con él ninguna relación.

Cuando acudió á recibir su herencia y encontró en junto veinticinco rublos de papel; no quiso creerlo. Declaró que era imposible que una mujer que había vivido sesenta años en una casa rica donde lo tenía todo entre las manos, que había sido siem-

pre más que económica y que roñeaba en todo, no dejara nada después de su muerte. Sin embargo, esta era la verdad.

Natalia Savichna estuvo enferma dos meses y soportó los sufrimientos con paciencia verdaderamente cristiana. No refunfuñaba nunca, no se quejaba y hablaba constantemente de Dios, según su costumbre. Una hora antes de su muerte, se confesó con tranquila alegría, comulgó y recibió la Extremaunción.

Pidió perdón á todos los de la casa por las ofensas que hubiera podido hacerles, y encargó á su confesor, el padre Vassili, que nos dijera á todos que no sabía cómo agradecernos nuestras bondades y que nos rogaba que la perdonásemos si, por torpeza, nos había ofendido á alguno. «Pero puedo decir—añadió—que no soy una ladrona; jamás he tomado una hilacha de los señores.» Este era el único mérito que se reconoció.

Se puso el traje blanco y la cofia que se había preparado, se recostó en la almohada y no dejó hasta el fin de hablar con el sacerdote. Habiéndose acordado de pronto de que no dejaba nada á los pobres, tomó diez rublos y encargó al padre Vassili que los diera á la parroquia. Hizo después la señal de la cruz, se acostó y expiró pronunciando con alegre sonrisa el nombre de Dios.

Dejó la vida sin pena, no temió la muerte y la acogió como un beneficio. Esto es una cosa que se dice con frecuencia, pero que rara vez es verda-

(1) Especie de sobretodo de los tártaros.  
—(N. DEL T.)

dera. Natalia Savichna podía no temer la muerte porque moría con una fe inquebrantable y había cumplido la ley del Evangelio: toda su vida no había sido más que amor puro y desinteresado, y sacrificio de sí misma.

¡Cómo! Porque su religión habría podido ser más elevada, porque su vida hubiera podido tener un objeto más alto, ¿sería menos digna aquella alma escogida de ternura y de admiración?

Realizó la obra más grande y mejor de esta vida: murió sin pesar y sin temor.

*(Se concluirá.)*

Fué enterrada, según su deseo, no lejos de la capilla alzada sobre la tumba de mamá. Las ortigas han invadido el sitio donde reposa. Cuando voy á la capilla, jamás dejo de acercarme á la verja negra que rodea la tumba de Natalia Savichna y de saludarla.

A veces me detengo á la mitad del camino, entre la capilla y la verja negra. Penosos recuerdos acuden de pronto á mi memoria, y me digo: ¿Es que la Providencia no me ha reunido á estos dos seres más que para condenarme á eternos pesares?...

CONDE LEÓN TOLSTOY.



## LAS AVENTURAS DE UNA MARIPOSA Y DE UNA COCHINILLA

---

El teatro representa la campiña: son las seis de la tarde; el sol se está ocultando. Al levantarse el telón una Mariposa azul y una joven Cochinilla, y ésta á caballo sobre aquélla, conversan en una brizna de helecho: se encontraron por la mañana y han pasado juntas el día. Como es tarde, la Cochinilla muestra intenciones de marcharse.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

LA MARIPOSA.—¿Qué es eso? ¿Ya te vas?...

LA COCHINILLA.—¡Cáspita! Es preciso que regrese. Es tarde; considérelo V.

LA MARIPOSA.—¿Qué diantre! Espera un poco; nunca es tarde para volver al propio domicilio. Yo, por mi parte, me aburro en casa. ¿Y tú? ¿Son tan bestias una puerta, una pared, una ventana! Pero fuera están el sol, el rocío, las amapolas, el aire libre y... todo. Si es que no te gustan las amapolas dilo.

LA COCHINILLA.—¡Cómo! Señora, las adoro.

LA MARIPOSA.—Entonces no seas tonta y no te vayas todavía. Quédate conmigo. Ya ves, la temperatura es buena, el aire es suave.

LA COCHINILLA.—Sí, pero...

LA MARIPOSA (*poniéndola en la*

*hierba*).—¡Anda! Revuélcate en la hierba; nos pertenece.

LA COCHINILLA (*resistiéndose*).—No, déjeme V.; ¡con formalidad! Tengo que irme.

LA MARIPOSA.—¡Chist! ¿Has oído?

LA COCHINILLA (*asustada*).—¿Qué hay?

LA MARIPOSA.—Aquella codorniz que canta con entusiasmo desde la cepa que vemos desde aquí. ¡Ah! La canción es muy propia de esta hermosa noche de estío, y desde el sitio en que nos hallamos se oye perfectamente.

LA COCHINILLA.—Es verdad; pero...

LA MARIPOSA.—Cállate.

LA COCHINILLA.—¿Qué ocurre?

LA MARIPOSA.—Mira aquellos hombres. (*Pasan algunos hombres.*)

LA COCHINILLA (*en voz baja y des-*

*pués de unos instantes de silencio*). —El hombre es muy malo, ¿no es verdad?

LA MARIPOSA.—Muy malo.

LA COCHINILLA.—Yo estoy siempre temiendo que uno me aplaste al andar. ¡Ya se ve! Sus pies son tan enormes y mis lomos tan débiles... V., ¡vamos!, V. no es grande, pero tiene alas. ¡Esto es horrible!

LA MARIPOSA.—¡Por vida de...! Si esos pesados campesinos te asustan, súbete á mi espalda; mis lomos son fuertes, mis alas no son de cáscara de cebolla como las de las señoritas, y puedo llevarte adonde quieras y durante el tiempo que desees.

LA COCHINILLA.—Muchas gracias, señora. No me atrevo...

LA MARIPOSA.—¿Te parece difícil subir sobre mí?

LA COCHINILLA.—No, pero...

LA MARIPOSA.—Trepa entonces, imbécil.

LA COCHINILLA.—Pero con la condición de que me ha de llevar V. á mi casa. Si no...

LA MARIPOSA.—Dicho y hecho.

LA COCHINILLA (*trepando sobre su compañero*).—En casa tenemos la costumbre de rezar por la noche. ¿Entiende V.?

LA MARIPOSA.—Sí. ¡Un poco más hacia atrás! Así. Ahora salgo á escape. Silencio á bordo. (*¡Prrrrt! Se marchan. El diálogo continúa en el*

*aire.*) Nunca hubiera creído que yo era tan fuerte.

LA COCHINILLA (*asustada*).—¡Ay, señor!

LA MARIPOSA.—¿Qué sucede?

LA COCHINILLA.—Pierdo la vista, siento vértigos; quisiera bajar.

LA MARIPOSA.—¡Qué tontería! Para evitar el mareo hay que cerrar los ojos. ¿Los has cerrado?

LA COCHINILLA (*cerrando los ojos*).—Sí.

LA MARIPOSA.—¿Te sientes mejor?

LA COCHINILLA (*con esfuerzo*).—Algo mejor.

LA MARIPOSA (*riendo con disimulo*).—Decididamente en tu familia no hay buenos aeronautas.

LA COCHINILLA.—¡Oh! Sí.

LA MARIPOSA.—Verdad es que vosotras no tenéis la culpa de que no se haya encontrado la dirección del globo.

LA COCHINILLA.—¡Oh, no!

LA MARIPOSA.—Vamos, señora mía, ya hemos llegado. (*Se posa en un lirio.*)

LA COCHINILLA (*abriendo los ojos*).—V. perdone, pero no es aquí donde vivo.

LA MARIPOSA.—Ya lo sé; pero como todavía es temprano, te he traído á casa de un Lirio, amigo mío, donde podemos refrescar; pasemos.

LA COCHINILLA.—Sí, pero no tengo tiempo.

LA MARIPOSA.—¡Bah! Nada más que un segundo.

LA COCHINILLA.—Además, aun no he sido recibida en el mundo.

LA MARIPOSA.—Ven; te haré pasar por bastardo mío, y serás bien recibida: vamos.

LA COCHINILLA.—Pero es tarde.

LA MARIPOSA.—¡Qué! No es tarde; escucha la Cigarra.

LA COCHINILLA (*en voz baja*).—Además... yo... no tengo dinero.

LA MARIPOSA (*empujándola*).—Ven; el Lirio regala.

(*Entran en casa del Lirio. Cae el telón.*)

Cuando el telón se levanta y el segundo acto comienza es casi de noche. Los dos compañeros salen de casa del Lirio. La Cochinilla está ligeramente embriagada.

LA MARIPOSA (*poniendo la espalda*).—Ahora en marcha.

(*Prrrt. Salen á escape. El diálogo continúa en el aire.*)

LA COCHINILLA (*trepando con ardimiento*).—En marcha.

LA MARIPOSA.—Dime; ¿qué tal te parece mi Lirio?

LA COCHINILLA.—Amiga mía, es excelente; entrega á V. su bodega y todo sin conocerla.

LA MARIPOSA (*mirando el cielo*).—¡Oh, oh! Febo oculta ya la nariz tras la ventana. Tenemos que apresurarnos.

LA COCHINILLA.—¡Apresurarnos! ¿Por qué motivo?

LA MARIPOSA.—¿Ya no tienes prisa para llegar á tu casa?

LA COCHINILLA.—Con tal de que llegue á la hora del rezo... Además ya no está lejos... á la vuelta.

LA MARIPOSA.—Pues si tú no tienes prisa, yo tampoco.

LA COCHINILLA (*con efusión*).—¡Qué buena eres! Verdaderamente no comprendo por qué no te quiere todo el mundo. Algunos dicen de ti: es una bohemia, una refractaria, una poetisa, una danzante.

LA MARIPOSA.—¡Hola! ¡Hola! ¿Y quién dice eso?

LA COCHINILLA.—¡Vaya! El Escarabajo.

LA MARIPOSA.—¡Ah! sí. ¡Ese gordinflón! Me llama danzante porque tiene mucho vientre.

LA COCHINILLA.—Te advierto que no es el único animal que te detesta.

LA MARIPOSA.—¡Ah! ¡Diantre!

LA COCHINILLA.—Los Caracoles tampoco son amigos tuyos, ni los Escorpiones, ni las Hormigas.

LA MARIPOSA.—Es verdad.

LA COCHINILLA (*confidencialmente*).—No hagas nunca la corte á la Araña; le pareces feísima.

LA MARIPOSA.—La han informado mal.

LA COCHINILLA.—¡Ah! Las Orugas son de la misma opinión.

LA MARIPOSA.—Lo creo. Pero

dime, en el mundo en que vives, porque al fin tú no perteneces al mundo de las Orugas, ¿soy también mal vista?

LA COCHINILLA.—¡Diablo! Según las familias: la juventud está de tu parte; pero los viejos creen que no tienes bastante sentido moral.

LA MARIPOSA (*tristemente*).—Veo que no tengo muchas simpatías. En suma...

LA COCHINILLA.—¡Por vida mía! No, pobre amiga. Las Ortigas te aborrecen; el Sapo te odia, hasta el Grillo cuando habla de ti dice: «Esa ma..... m..... m..... mari-  
posa.»

LA MARIPOSA.—¿Y tú, me odias como esos pícaros?

LA COCHINILLA.—¡Yo, yo te adoro; se está tan bien sobre tus hombros! Y además, tú me llevas á casa de los Lirios... ¡Eso es muy bueno! Pero dime; si te molesto pudiéramos descansar en alguna parte, ¿estás cansada?

LA MARIPOSA.—No hay inconveniente; me vas pesando ya demasiado.

LA COCHINILLA (*señalando algunos lirios*).—Entonces, entremos y descansarás.

LA MARIPOSA.—¡Ah! Gracias. ¡Lirios! ¿Siempre lo mismo? (*En voz baja y con un tono libertino.*) Preferiría entrar al lado...

LA COCHINILLA (*ruborizándose*).—

¿En casa de la Rosa? ¡Oh, no, nunca!

LA MARIPOSA (*obligándola*).—Ven, pues. Nadie nos verá.

(*Entran discretamente en casa de la Rosa. El telón cae.*)

Cuando empieza el tercer acto es de noche... Las dos compañeras salen juntas de casa de la Rosa... La Mariposa quiere llevar á la Cochinilla á casa de sus padres, pero ella se niega; está completamente embriagada, hace cabriolas sobre la hierba y lanza gritos sediciosos... La Mariposa se ve obligada á llevársela consigo. Cuando llegan á la puerta se separan, aunque prometiendo volver á verse pronto... Y entonces la Mariposa se va sola ¡y de noche! También se halla algo embriagada; pero su embriaguez es triste: recuerda las confidencias de la Cochinilla, y se pregunta con tristeza por qué la aborrecen tantas gentes sin haber hecho daño á nadie... El cielo está sin luna. El viento ruge, la campiña es negra. La Mariposa tiene miedo, tiene frío; pero se consuela pensando que su compañera está segura, en el fondo de una camita caliente... Entre las sombras se distinguen algunos pajarracos nocturnos que atraviesan la escena con vuelo silencioso. Brilla el relámpago. Malvados animaluchos emboscados en las piedras se presentan á la vista de

la Mariposa, mofándose de ésta. «Ya la tenemos», dicen; y cuando la infortunada, llena de terror, corre de un lado á otro, al pasar, un Cardo la da un pinchazo, un Escorpión la hiere en el vientre con sus pinzas, una robusta Araña peluda le arranca un pedazo de su manto de satén azul, y, por último, un Murciélago le rompe los riñones de un aletazo. La Mariposa cae herida de muerte... y mientras que agoniza sobre la hierba, las Ortigas se alegran y los Sapos dicen: «¡Bien hecho!»

A la hora del alba, las Hormigas, que van al trabajo con sus saquitos y sus calabacinas, encuentran el cadáver al borde del camino; apenas lo miran y se alejan sin querer enterrarlo. Las Hormigas no trabajan gratuitamente. Por dicha, una Cofradía de Necróforos pasó por allí; sabido es que los Necróforos son unos bichitos negros que hacen voto de enterrar á los muertos; piadosamente se uncieron á la Mariposa difunta y la arrastraron hacia el cementerio... Una multitud de curiosos se agolpó al paso, y cada uno hace varias reflexiones en voz alta. Los oscuros Grillos, sentados al sol delante de sus puer-

tas, dicen con gravedad: «Le gustaban demasiado las flores.» «Corría mucho por la noche», añaden los Caracoles; y los Escarabajos de abultados vientres, contoneándose en sus trajes de oro, refunfuñan: «¡Demasiado bohemia! ¡Demasiado bohemia!» Entre toda aquella gente no se pronuncia ni una palabra de duelo por el pobre muerto; solamente las Azucenas se cierran y las Cigarras dejan de cantar.

La última escena pasa en el cementerio de las Mariposas. Cuando los Necróforos concluyeron su obra, un Saltón solemne que había seguido el convoy, se aproxima á la fosa, y dejándose caer de espalda, comienza el elogio de la difunta. Desgraciadamente, la memoria le es infiel; permanece con las patas por alto, gesticulando durante una hora y enredándose en sus períodos. Cuando el orador concluye, todos se retiran, y entonces, ya desierto el cementerio, se ve salir de una tumba á la Cochinilla de las primeras escenas. Deshecha en lágrimas, se arrodilla en la tierra fresca de la fosa y recita una conmovedora plegaria por su pobre compañera que yace allí.

ALFONSO DAUDET.

## LOS GENERALES Y EL MUYIK <sup>(1)</sup>

**H**abía una vez dos generales, gentes de poco seso.

De pronto se vieron transportados, por arte de encantamiento, á una isla desierta.

Esos dos generales habían servido durante toda su vida no sé en qué oficinas. Allí se puede decir que habían nacido y crecido, y allí se habían hecho viejos; de modo que no sabían una palabra de nada. No conocían más voces de la lengua que las de la fórmula «Dios guarde á V. muchos años.»

Sucedió, pues, que se suprimió su destino por inútil; y, recobrada de esa suerte su libertad, nuestros dos generales se establecieron en San Petersburgo, en la calle Podiacheskaia. Cada uno tenía su habitación y su cocinera,

y los dos recibían una pensión del gobierno.

Pero, héte aquí que, cuando menos lo pensaban, y según ya se ha dicho, un día se encontraron de repente en una isla desierta, y se despertaron metidos en una misma y única cama.

Naturalmente, al pronto no comprendieron lo que les sucedía, y empezaron á hablar como si no hubiese ocurrido nada de extraordinario.

—Acabo de tener un sueño muy raro—dijo uno de ellos.—Me parecía que estaba en una isla desierta...

Pero de repente se quedó parado y se levantó. Su compañero hizo lo mismo.

—¡Señor! ¿Qué significa esto? ¿En dónde estamos?—exclamaron con voz alterada por la emoción. Y empezaron á palparse el uno al otro para ver si el lance era sueño ó realidad; pero á pesar de todos sus esfuerzos por convenirse de que aquello no era más que una alucinación, tuvieron que rendirse á la triste evidencia.

Por un lado había mar; por el otro, un escrúpulo de tierra; y á la parte allende, mar de nuevo, nada más que mar, hasta perderse de vista.

(1) El autor del presente cuento es uno de los más ilustres escritores de Rusia y el primero de sus satíricos. El objeto del actual escrito es, como notará el lector, poner en ridículo á ciertos generales que para nada sirven, y que tanto abundan, no sólo en Rusia, sino en las demás naciones, entregados á la vida ociosa y regalada, mientras el país hace todo género de sacrificios para costear sus sueldos.—(N. DEL E.)

Entonces nuestros generales derramaron lágrimas, las primeras que vertían desde la supresión de sus destinos.

Se miraron el uno al otro, y echaron de ver que estaban en camisa, con sus condecoraciones colgadas al cuello.

—¡Qué bien sabría tomar el café!— dijo uno; pero, acordándose en seguida de la inaudita aventura que acababa de sucederles, se puso á llorar con su compañero.—¿Qué hacer?—añadió entre sollozos.—¿Escribir una comunicación sobre nuestra aventura? ¿De qué serviría?

—Lo que hay que hacer—contestó el otro—es que V. E. se digne marchar hacia Levante, mientras yo me dirijo hacia Poniente; á la noche volveremos á reunirnos en este sitio, y quizá habremos encontrado una solución.

Se pusieron, pues, á buscar el Este y el Oeste. Recordaron al efecto que su jefe les dijo un día: «Cuando quieran Vds. encontrar el Oriente, miren al Norte, y lo tendrán á su derecha.»

Así que empezaron por buscar el Norte. Probaron de todas maneras; pero como se habían pasado toda la vida en las oficinas, no dieron pie con bola.

—Verá S. E. lo que debemos hacer—dijo uno de ellos.—V. E. se va hacia la derecha, y yo hacia la izquierda; ya verá cómo así salimos del paso.

El que hablaba en estos términos no había servido sólo en las oficinas; había enseñado además caligrafía en la escuela de niños de la clase de tropa, y por eso tenía más cacumen.

En un santiamén se puso por obra

su consejo. El uno se fué por la derecha, y topó con árboles cargados de toda clase de frutos.

Bien hubiese querido coger, aunque no fuese más que una manzana; pero andaban tan por las nubes esos frutos, que hubiera sido preciso trepar á los árboles. Aunque lo intentó, no consiguió más que hacerse jirones la camisa.

Llega después á un riachuelo, ¿y qué ven sus ojos? Un hormiguero de peces, ni más ni menos que en el vivero de Fontanka de San Petersburgo.

—¡Si tuviésemos peces así en la calle Podiacheskaia!—pensó nuestro general, y se explayó su semblante ante esa imagen tentadora.

Luego entró en un bosque plagado de ortegas, gallos silvestres y liebres.

—¡Santo Dios! ¡Qué delicia! ¡Vaya un festín!—exclamó, y en el mismo punto empezó á sentir cierta desazón en el estómago; pero no tuvo más remedio que volverse al lugar convenido con las manos vacías. El otro general ya lo estaba esperando.

—Vamos. ¿Encontró algo V. E.?

—Aquí está todo lo que he encontrado: un número antiguo de la *Gaceta de Moscú*. ¡Nada más!

Tomaron el partido de volver á acostarse, pero con el estómago vacío no pudieron dormir. Tan pronto los atormentaba la comezón de saber quién cobraría por ellos sus pensiones, como los asediaba el recuerdo de los frutos, de los peces, de las ortegas, de los gallos silvestres y de las liebres que habían aparecido durante el día.

—¿Quién hubiera podido figurarse—dijo el uno—que el alimento del hombre, considerado bajo su aspecto primordial, vuela por los aires, nada en las aguas y crece en los árboles?

—Seguramente—respondió el otro.—Confieso que yo había creído hasta aquí que los panecillos nacían ya hechos, como se sirven con el café por las mañanas.

—De forma—prosiguió el otro—que, si uno tiene ganas de comerse, pongo por caso, una perdiz, primero habrá que cazarla, después habrá que matarla, luego que pelarla, luego que asarla... Pero ¿cómo se arregla uno para todo eso?

—Justo: ¿cómo se arregla uno para todo eso?—repitió á modo de eco el otro general.

Callaron y trataron de dormir; pero decididamente no los dejaba el hambre. Pasaban y repasaban por sus ojos ortegas, pavos y cochinitos de leche, acompañados de cohombros, de escabeches y de diversas ensaladas.

—En este momento creo que me comería de buena gana mis propias botas—dijo uno de los generales.

—Tampoco estarían mal unos guantes, después de muy usados—respondió suspirando el otro.

De repente se cruzaron sus miradas. Los ojos despedían un fulgor siniestro; los dientes rechinaban. Salió de sus pechos un sordo rugido. Se arrastraron el uno hacia el otro, y en un instante se tornaron dos fieras. Volaron mechones de pelo y resonaron gritos, que acabaron por convertirse en gemidos.

El general que había sido profesor de caligrafía, arrancó al otro su condecoración de una dentellada, y se la tragó entera en un decir Jesús.

La vista de la sangre que corría los restituyó á la razón.

—¡Somos cristianos—exclamaron—é íbamos á comernos!

—¿Cómo hemos podido llegar hasta ese punto? ¿De qué mal genio hemos sido juguetes?

—Es preciso que nos distraigamos con alguna conversación, ó aquí va á dejar uno el pellejo.

—Empiece V. E.

—Pues empiezo preguntando á qué causa atribuye V. E. que el sol empiece por levantarse y acabe por ponerse, en vez de ser á la inversa.

—Permítame V. E. decirle que S. E. es de lo más original. V. E. hace lo mismo que el sol: primero se levanta; luego va al ministerio; después escribe, y, por último, se acuesta.

—Pero, ¿por qué no admitir el orden siguiente? Empiezo por acostarme, sueño con una multitud de cosas, y después me levanto.

—¿Sí?... ¡Pues es verdad!... Merece pensarse. Hablando francamente, cuando yo servía en el ministerio, no tenía más que una manera de ver las cosas. Yo me decía: Ahora estamos en la mañana; después vendrá la tarde; luego me servirán la cena, y, por fin, llegará la hora de acostarse.

La idea de la cena los volvió á sumir en su tristeza y cortó la conversación.

Uno de ellos la reanudó en esta forma: —Yo he oído decir á un médico que



el hombre puede nutrirse mucho tiempo de sus propios jugos.

—¿Y cómo?

—Verá V. E.: los jugos humanos, si me es lícito hablar de esta suerte, vuelven á producir jugos; los cuales, á su vez, producen otros, y así sucesivamente hasta que se agotan.

—¿Y entonces?

—Entonces se hace preciso tomar algún alimento.

—¡Ay, qué demonio!

En resumen: cualquiera que fuese el tema de sus conversaciones, siempre venían á parar á la comida, lo cual no servía más que para excitar su apetito. Convinieron, pues, en dejarse de conversación; y acordándose del encuentro de la *Gaceta de Moscú*, empezaron á leer con avidez.

«Ayer—leyó conmovido uno de los generales—hubo comida de gala en casa del respetable gobernador de nuestra antigua capital. La mesa era de cien cubiertos, y fué servida con un lujo inaudito. Los productos de todas las partes de la tierra habíanse dado cita, por decirlo así, en aquel festín maravilloso. Allí se veía el dorado esterlete, pescado en las ondas del Cheksna, y el habitante de los bosques del Cáucaso, el faisán. ¡Allí se veían fresas en el mes de Febrero, raro fenómeno en nuestro clima septentrional!...»

—¡Basta, por Dios! ¿No puede V. E. encontrar otro asunto?—exclamó el general que oía; y arrebatando el periódico de manos de su compañero, leyó lo que sigue:

«Nos escriben de Tula:

«Ayer, con ocasión de la pesca de un esturión en el río Oupa (los habitantes de más edad no tienen memoria de un acontecimiento semejante, tanto más extraordinario cuanto que ese esturión ofrecía notable semejanza con el comisario de policía B...), el club de nuestra ciudad organizó un banquete. El héroe de la fiesta fué servido en una inmensa fuente de madera. Estaba guarnecido de pepinillos y tenía en la boca un manojo de verdura. El doctor P..., encargado ese día de la presidencia del club, cuidó solícitamente de que no faltase una buena ración á cada invitado. Las salsas eran variadísimas, hasta un extremo rayano en la excentricidad.»

—Perdone V. E.—exclamó el otro general, interrumpiendo á su colega—pero me parece que también elige los asuntos sin discernimiento.

Cogiendo á su vez el periódico, leyó lo que sigue:

«Nos escriben de Viatka:

»Un antiguo habitante de nuestra población ha inventado la siguiente receta para preparar la sopa de pescado: tómesese una lota viva; golpéese la de firme, y, cuando se hinche el hígado con la fuerza del dolor...»

Los generales bajaron la cabeza. Cuanto leían les hablaba de comer. Sus mismos pensamientos conspiraban en contra suya, pues por más que se esforzaban en desechar la imagen de los *beaftecks*, la imagen tornaba y se imponía á viva fuerza á su espíritu.

De pronto cruzó una inspiración por la mente del general que había sido

profesor de caligrafía, y apareció radiante su cara.

—¿Qué diría V. E.— exclamó alegremente—si encontrásemos un *muyik*?

—¿Cómo? ¿Un *muyik*?

—Sí, sencillamente un *muyik*, tal y como son de ordinario los *muyiks*. En seguida nos traería panecillos, nos cogería ortegas y peces.

—¡Hum!... un *muyik*... pero ¿dónde se le echa el guante, si aquí no los hay?

—¿Cómo que no los hay? *Muyiks* hay en todas partes; la cuestión es conseguir sacarlo de su escondrijo. A buen seguro que está escondido en cualquier lado para librarse de trabajar.

Esa idea dió ánimos á nuestros generales; tanto que, olvidando sus desventuras, se levantaron como movidos por un resorte, y se pusieron en busca del *muyik*.

Vagaron mucho tiempo por la isla sin resultado alguno; pero á la postre los puso sobre la pista un olor acre de pan de munición y de piel de carnero.

Al pie de un árbol, tendido boca arriba, con las manos debajo de la cabeza, dormía un *muyik* descomunal, huyendo del trabajo de la manera más desvergonzada.

La indignación de los generales no conoció límites. Se precipitaron sobre él, gritando:

—¡Tú durmiendo, haragán, sin pizca de aprensión, mientras aquí se mueren de hambre dos generales desde hace cuarenta y ocho horas! ¡Andando vivito! ¡A trabajar!

El *muyik* se levantó. Vió que los generales no se bromeaban. Se le pasaron buenas ganas de escurrirse, pero ellos lo tenían bien sujeto.

Empezó, pues, á trabajar en su presencia.

Primero trepó á un árbol, y les cogió diez manzanas de las más maduras. Para él no cogió más que una verde.

Después removi6 la tierra, y sacó patatas. Después cogió dos maderos, los frotó uno contra otro, y encendió lumbre. Después hizo un lazo con su propio pelo, y cazó una ortega. Después se dió traza á preparar platos tan variados, que los generales se preguntaron uno á otro si no sería cosa de dar un bocadillo á aquel gandúl.

Nuestros generales se regocijaban contemplando la faena del *muyik*, y latían de gozo sus corazones. Olvidaban ya que hacía un momento estaban casi muertos de hambre, y se decían: «Es bueno ser general; siempre sale uno de apuros.»

—¿Están contentos los señores generales?—preguntó aquella inutilidad de *muyik*.

—Vemos con satisfacción tu celo, amiguito—respondieron los generales.

—¿Me permiten ahora descansar?

—Descansa, buen amigo; pero antes haznos una cuerda.

El *muyik* cogió al punto cáñamo silvestre; lo mojó, lo maceró, lo retorció, y á la tarde tenía lista la cuerda.

Con esa cuerda le ataron los generales á un árbol para que no se esca-

para, y ellos á su vez se echaron á dormir.

Pasó un día; pasó otro. El *muyik* hacía maravillas de habilidad, hasta el punto de hervir la sopa en el hueco de la mano.

Nuestros generales se ponían más gruesos, más lucidos, más alegres y vivarachos cada vez. Consideraban que estaban mantenidos de todo, y que, en el ínterin, su pensión se acumulaba sin cesar en San Petersburgo.

—Pero ¿qué le parece á V. E.?—dijo un día uno de los generales almorzando.—La construcción de la torre de Babel, ¿ha sido un hecho realmente, ó no es más que una alegoría?

—Yo creo que ha sido un hecho, realmente. ¿Cómo explicar de otro modo la diversidad de lenguas que hay en el mundo?

—Entonces, ¿también cree V. E. en el Diluvio?

—Seguramente; porque, ¿cómo explicar si no, la existencia de animales antediluvianos? Tanto más, cuanto que se anuncia en la *Gaceta de Moscú*...

—Hombre, ¿si diésemos un vistazo á la *Gaceta de Moscú*...?

Fueron á buscar el número del periódico; se sentaron á la sombra; leyeron de cabo á rabo las reseñas de la comida de Moscú, de la comida de Tula, de la comida de Penza, de la comida de Riazan, y nada: ya no les hacía la impresión que antes.

Pero al cabo de cierto tiempo, nuestros generales empezaron á aburrirse. Cada vez pensaban más á menudo en las cocineras que habían dejado en San

Petersburgo, y hasta derramaron algunas lágrimas en silencio.

—¿Qué harán ahora en la calle Podiacheskaia?—preguntó uno.

—No me hable de eso V. E.; se me encoge el corazón—respondió el otro.

—Aquí se está muy bien; no puede uno quejarse. Pero tiene razón la sabiduría de las naciones: la soledad no es buena para el hombre; no se concibe el cordero sin la oveja. Luego, echo de menos mi uniforme.

—Yo echo mucho de menos el mío. Como es de cuarta clase, le vuelve á uno del revés la cabeza sólo el acordarse de los bordados.

Y empezaron á marear al *muyik* para que los llevase á la calle Podiacheskaia.

¡Oh, bien conocía esa calle el *muyik*; había ido á ella en persona; allí había bebido agua-miel y cerveza, y no como se quiera, sino grandes tragos!

—¡Pues si nosotros somos generales de la calle Podiacheskaia!—exclamaron los dos con júbilo.

—Pues, en cuanto á mí—respondió el *muyik*—si han visto muchas veces un hombre que andaba sujeto á una cuerda, por la parte afuera de una casa, con un tarro de colores, y pintando las paredes, ó corriendo otras veces por los tejados como una mosca, ese era yo.

Y el *muyik* caviló cómo dar gusto á los generales, en reconocimiento de la benevolencia que se dignaban atestiguar á un holgazán como él, y por no haber despreciado su trabajo de *muyik*. Y construyó un navío, ó por

mejor decir, una barca, que pudiese atravesar el mar y arribar frente á la calle Podiacheskaia.

—Pero ten cuenta con no ahogarnos, canalla—dijeron los generales al ver el barquichuelo sacudido por las olas.

—Pueden estar tranquilos los señores generales; á mí me conoce el mar—respondió el *muyik*, y se preparó para el viaje.

Reunió plumón de cisne, y lo extendió en el fondo de la barca. Hecho esto, acomodó allí á los generales, se santiguó, y puso en movimiento la barca.

Las veces que los generales tuvieron miedo de las tempestades y de los vientos durante la travesía; las veces que insultaron al *muyik* por su holgazanería, exceden á toda ponderación.

El *muyik* remaba á más y mejor en-

tre tanto, y alimentaba á los generales con arenques.

Por último, volvieron á encontrarse en el Neva, llegó á divisarse el famoso canal de Catalina, y apareció la gran Podiacheskaia.

Las cocineras batieron palmas al volver á ver á los generales tan orondos y rollizos.

Los generales tomaron café, se atiborraron de panecillos azucarados, y se plantaron sus uniformes. Se fueron al Tesoro, y el dinero que allí rebañaron es imposible de decir en un cuento, ni de describir con la pluma.

Pero no se crea que olvidaron al *muyik*: le mandaron un vasito de aguardiente y una moneda de cinco kopeks (1). ¡Regodéate, *muyik*!

---

(1) O sea, veinte céntimos.—(N. DEL T.)

CHCHEDRINE.

# MADAMA DURAS

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
SENADO DE ESPAÑA

**L**a Restauración, que en su ciclo de quince años encierra una época bien circunscrita y un campo bien limitado, presenta á la vista ciertos accidentes, ciertos grupos de opiniones y de personas, ciertas figuras que han podido manifestarse con ventaja bajo las condiciones de entonces, y que, aun sin adoptar el cuadro de ellas, sorpréndese uno con frecuencia echando de menos su pasajera armonía, como todo lo que ha tenido su esplendor de ingenios. Más de una vez hemos tenido ocasión de mostrar en qué circunstancias favorables y por qué combinación de sentimientos diversos pudo formarse aquella escuela de poesía y de arte, fruto propio de los últimos años de la Restauración y que no dejará de conservar su lustre, no tomándola sino en su origen, con independencia de lo que darán de sí en lo sucesivo sus principales miembros dispersos. En historia, en filosofía, en crítica, hubo también una formación esencial de aquella época, y en la cual encontraban su progreso, su desarrollo, su cultivo. Por supuesto, sólo

hablo aquí de lo que en el orden del espíritu no era hostil al principio de la Restauración, de lo que no se ponía fuera de ella atacándola con audacia ó minándola con astucia; sino de lo que se desarrollaba en su seno tratando de modificarla de lo que podía ser su adorno y su defensa, si ella misma no hubiese prendido fuego un día á su propio techo. En el gran mundo y en la sociedad elevada, ese movimiento del espíritu, tan fecundo entonces y tan pródigo en promesas, tenía por centros y focos dos ó tres salones llamados doctrinarios. El tono que allí reinaba era ante todo serio, el de la discusión en general, discusión extensa y asidua, política ó literaria, con apartes psicológicos; cierto aspecto de estudio [hasta en la conversación, y de homilia hasta en el recreo. Eso no obsta para que no hubiesen de tenerse en cuenta muchos matices correctivos, si nos hacemos cargo de que la zona doctrinaria extendiase, á partir de M. Royer-Collard, á través de los salones de MM. Guizot, de Broglie, de Barante, é iba á expirar en M. de Sainte-

Aulaire. Pero la Restauración debía llevar al gran mundo y á la superficie de la sociedad á quien favorecía otras combinaciones más sencillas que éstas. Entre los círculos doctrinarios, estudiosos, razonadores, muy nobles de seguro á la sazón, pero sobre todo fructuosos, y los círculos aristocráticos y frívolos en puridad, había un intervalo muy marcado, un divorcio tenaz y completo; de un lado las luces é ideas modernas, del otro el encanto antiguo, separado por pretensiones y un entono recíproco. Sin embargo, en alguna parte había de nacer y ensayarse la conciliación. Así como desde el seno de las filas realistas salía con intermitencias una voz elocuente que convidaba á una caballerisca alianza entre la legitimidad y la libertad, y que en el orden político invocaba un ideal de monarquía según la Carta, de igual modo á su lado y con mejor éxito encontraba en la buena sociedad una mujer extraña, que realizaba en torno suyo una maravillosa concordia entre el gusto, el tono de otros tiempos y los nuevos poderes. El salón de Mad. de Duras, su persona, su ascendiente, todo cuanto á ella se refiere, expresa como nada la época de la Restauración por un aspecto de gran existencia todavía y de acceso semillano, por un compuesto de aristocracia y afabilidad, de gravedad sin pesadez, de ingenio brillante y sobre todo no vulgar, semiliberal y progresivo insensiblemente, por toda aquella faz de ilusiones y de transacciones, de que en otras partes había esfuerzos y tentativas,

mientras allí sólo se veía la gracia. Fué uno de los productos naturales de la Restauración, como esas islas de flores formadas un momento en la superficie de un lago, en los sitios donde se reúnen sin excesivo choque contrarias corrientes. Toda la construcción un poco artificial del edificio de los quince años se ha comparado con una especie de terraza de Saint-Germain bajo la cual pasaba por la carretera la oleada popular, que acabó por derruirla; sobre esta terraza hubo un rincón (y no fué el menos atractivo por su sombra y su perspectiva) que merece conservar el nombre de Mad. de Duras; tiene asegurada su mención en la historia detallada de esos tiempos. La influencia de ese salón sólo fué, sin duda, pasajera é inmediata, é indudablemente la tuvo por M. de Chateaubriand, quien era como su representante político; pero ha influido poco y dejado pocas huellas para lo sucesivo, muchas menos (por ejemplo) que los salones doctrinarios de que hablábamos, y que eran un centro de predicación y una escuela. Esta sociedad ofrecía, pues, más bien en su conjunto, y á pesar de sus recientes glorias, un hermoso y último recuerdo, uno de los reflejos que acompañaban á las esperanzas subsistentes de la Restauración, una claridad de poniente que necesitaba mil circunstancias de nubes y de sol, y que no debía volverse á encontrar más. Por otra parte, Mad. de Duras podía convenir para esta posición mixta por su calidad, los cargos y el prestigio del duque de Duras, los modales propios de ella, su

ingenio delicado y sencillo, su generosidad que la impelia hacia toda persona de mérito, y hasta por esa sangre amiga de la libertad, esa sangre de Kersaint que circulaba dentro de sus venas y que en ciertos momentos irresistibles enrojecía su frente; y todo esto, además, llevado pronto al tono conciliador y moderado por el supremo imperio de la costumbre.

Sería conocer de un modo muy incompleto á Mad. de Duras el juzgarla tan sólo como un ingenio fino, un alma delicada y sensible, como pudiera creerse por su influjo moderador en la alta sociedad y por una lectura á la ligera de las dos deliciosas producciones que ha publicado. Era más fuerte y más grande, estaba más apasionadamente dotada de lo que manifiesta este primer aspecto; en aquella naturaleza, de la cual se apoderaban vivamente todos los afectos verdaderos y todas las cuestiones serias, había poderosos resortes y nobles tumultos; como la época de que es representación y gala, bajo el brillo de la superficie y bajo la suavidad de las tintas, ocultaba más de una lucha y de una tempestad.

La duquesa de Duras nació en Brest unos diez años antes de que estallara la Revolución. Su padre, el conde de Kersaint, era uno de los más hábiles hombres de mar, en espera de que aquella Revolución hiciese de él un ciudadano ilustre y uno de sus mártires. La joven Clara fué admitida desde la edad de siete años en la sociedad familiar de sus parientes; Mad. de Du-

ras decía á menudo que no había tenido infancia, habiendo sido desde un principio razonable y seria. Sus sentimientos afectivos hallaron en qué emplearse sin obstáculos en el hogar doméstico; los acontecimientos de la Revolución comenzaron bien pronto á distraerla de ellos y á introducir emociones nuevas. Concíbese el apasionado interés con que aquella alma joven debía de seguir desde lejos los esfuerzos y los peligros de su padre. El doloroso efecto que la produjo la muerte de Luis XVI fué el primer golpe que llevó aquella profunda sensibilidad; siguió de cerca á este suceso el de la muerte de M. de Kersaint. Fué preciso abandonar Francia. La señorita de Kersaint se embarcó para América con su madre, cuya salud estaba destruida y hasta debilitada su razón con tantas desventuras. Estuvo primero en Filadelfia y luego en la Martinica, donde administró las posesiones de su madre con una prudencia y una autoridad muy superiores á sus pocos años. Habiéndose quedado huérfana del todo y rica heredera, á pesar de las confiscaciones de Europa, pasó á Inglaterra donde se casó con el duque de Duras. Los recuerdos de esta emigración, de la estancia en Inglaterra y de la muerte del rey formaban en ella el fondo de un cuadro; ocupaban á menudo su memoria y gustaba de referirlos muchas veces. M. de Chateaubriand en sus Memorias inéditas, después de una viva pintura de este mismo período de emigración en Inglaterra y de las personas que allí encontró, añade:

«Segurísimo es que por aquella época estaba en Londres, recién casada, la señora duquesa de Duras; yo no llegaría á conocerla hasta diez años más tarde. ¡Cuántas veces en esta vida, sin adivinarlo, se pasa por junto á quien constituiría su encanto, como el navegante pasa de largo por las aguas de una tierra amada del cielo y á la cual no arriba por un rumbo y una singladura!»

Repatriada en Francia en la época del Consulado y llevando consigo como principal cuidado y como alimento de ternura sus dos niñas, únicos hijos que tuvo, vivió aislada durante el Imperio, sin presentarse nunca en esa corte, retirada casi siempre en un castillo de Touraine, entregada por completo á la educación de sus hijas, á la beneficencia para quienes la rodeaban y á la vida doméstica. Sencilla como era, parece que hubiera podido desconocerse siempre á sí misma. Tenía un don singular para acomodarse á cada cosa, á cada persona; y eso, naturalmente, sin esfuerzo y sin cálculo. Era muy sencilla con los sencillos, poco ingeniosa con los insignificantes; no por desdén, sino porque entonces no se le ocurría nada de particular. Contaba que, siendo muy joven, decían de ella á menudo: «Clara es muy buena, pero es lástima que tenga tan poco talento.» La falta de pretensiones era su rasgo más distintivo. Entonces no pensaba en manera alguna en escribir. Leía poco, pero buenos libros de diversos géneros, algunas veces de ciencia, ú otros por el estilo; los poetas ingleses le

eran familiares, y algunos versos de ellos la hacían soñar. Uniendo así esta cultura de espíritu con los más regulares cuidados de su familia y de su casa, pretendía que ambas cosas se ayudaran entre sí, que se sale de una de estas ocupaciones mejor preparado para la otra, y llegaba hasta á decir chaceándose que aprender el latín sirve para hacer almíbares. Sin embargo, las más nobles y gloriosas amistades, formábanse en torno suyo. M. de Chateaubriand la consagraba horas, y con frecuencia escribía ella bajo su dictado las grandes páginas futuras. Desde entonces, creo, sostenía con Mad. de Staël un comercio de cartas y relaciones que más tarde, al regreso de la ilustre desterrada, habían de consolidarse todavía más. Para quienes no han visto más que los retratos es imposible no encontrar entre esas dos mujeres, cuyas obras son de tan diferentes caracteres, una gran semejanza de fisonomía, aunque no sea más que en lo negro de los ojos y en el peinado. Pero el alma ardiente, la facultad de indignación generosa y de abnegación, la energía de sentimientos, he aquí sobre todo lo que era común en ambas, y por lo que el autor de *Eduardo* era hermana en el fondo, hermana carnal del autor de *Delfina*.

Si me atreviese á intentar el contraste, evocaría también como término de comparación por la semejanza otro nombre, un nombre girondino asimismo, pero enteramente plebeyo, el de Mad. Roland. ¿Cómo no entrever un comienzo de analogía en esas ocupa-



ciones caseras y de sencillez doméstica, alternando con el empleo de un pensamiento elevado? Bajo las diferencias de educación y de fortuna, quizá se descubriesen otras relaciones entre ambas. El talento de Mad. de Duras era con seguridad más delicado y menos masculino, quizá menos extenso que el de la compañera de cadalso de Kersaint; pero en cuanto al alma y al corazón, no le cedía en nada.

Mad. de Duras fué atraída en 1813 y como adherida cada vez más á París por el casamiento de su hija mayor; casamiento que la ocupaba mucho, porque llevaba el arrebató hasta las ternuras maternas. La Restauración le causó un gran gozo; pero la concebía á su manera, y por ello tuvo que sufrir bien pronto y con violencia, como un objeto que se escapa y al cual se ama. Sin embargo, merced á esta permanencia más habitual en París, se aumentó su sociedad y se embelleció más cada vez. Sin hablar de todos los personajes puramente aristocráticos y diplomáticos, sin hablar de M. de Chateaubriand que iba poco por las noches, estaban allí Humboldt, Cuvier, Abel Rémusat, Molé, de Montmorency, de Villèle, de Barante; estaba también Villemain, hacia quien sentíase atraída, tanto á causa de su prodigioso ingenio para la conversación como por sus opiniones políticas moderadas, en los confines del único liberalismo que podía admitir ella. M. de Talleyrand encontraba allí, con más juventud, un remedo de los salones de las Mariscales de Luxembourg y de Beauvan; pero

se quejaba galantemente de ese exceso de juventud, y añadía que era menester aguardar lo menos quince años para que la semejanza fuese completa. Sin embargo, en medio de este brillo exterior del mundo, la salud de Mad. de Duras estaba alterada desde hacía varios años, sin que cambiase de vida; pero hacia 1820, tuvo casi que dejar de salir. Su alma había conservado una frescura de sensibilidad, una pureza de pasión que llevaba á todo; creció este constante ardor en presencia de la enfermedad y de los sufrimientos y se dedicó á soportarlos, quererlos, amarlos. Luego volveremos á hablar de esa hermosa parte de ella misma.

Hasta aquí no hay en la vida de Mad. de Duras ningún vestigio de ensayo literario ni de intención de escribir. En efecto, por una casualidad llegó á ser autor. En 1820, habiendo una noche contado con detalles la anécdota real de una joven negra educada en casa de la Mariscala Beauvan, encantados sus amigos de este relato (porque sobresalía en narrar), la dijeron: «¿Por qué no escribe V. esa historia?» Al día siguiente de madrugada, estaba escrita la mitad de la novela. En seguida vino *Eduardo*; luego dos ó tres novelas cortas no publicadas, pero que veremos creer que lo serán antes de poco tiempo. Esforzábese así por distraerse de los sufrimientos del cuerpo pintando los del alma; al mismo tiempo difundía por cada una de esas tiernas páginas un reflejo de los elevados consuelos á que se encaminaba cada día en lo secreto de su corazón.

La idea generatriz de *Ourika*, de *Eduardo* y probablemente la que anima todos los demás escritos de madama de Duras, es una idea de desigualdad, ya de naturaleza, ya de posición social; una idea de impedimento, de obstáculo entre el deseo del alma y el objeto mortal; es algo que falta y devora, que crea una especie de envidia en la ternura; es la fealdad y el color de *Ourika*, el nacimiento de *Eduardo*; pero en esas víctimas devoradas y celosas triunfa siempre la generosidad. El autor de estos conmovedores relatos gusta de expresar lo imposible y romper contra él los corazones predilectos, los seres queridos que ha formado; solamente al final se abre el cielo para derramar algún rocío que refresque. Al paso que en lo exterior mundano presentábase Mad. de Duras con el acuerdo conveniente y la conciliación de opiniones, en sus escritos se complace en trazar el antagonismo doloroso y el desgarramiento. Y es que en el fondo todo era luchas, dolores, obstáculos y deseos en aquella hermosa alma, ardiente como el clima de los trópicos donde había madurado su juventud, tempestuosa como los mares surcados por Kersaint; es que era una de esas que tienen instintos infinitos, vuelos violentos é impetuosos, y que en todo piden á la tierra lo que ésta no contiene; que ingenuamente inmoderadas como son, se dejan llevar, según dijo en alguna parte el abate Prévost, por un asombroso ardor de sentimientos hacia un objeto incierto para ellas mismas, que aspiran á la ventura de

amar sin límites ni medida, en quienes cada nuevo dolor halla fácil presa; una de esas almas inquietas que chocan sin cesar contra los barrotes de la jaula en esta prisión de carne.

A nuestro parecer, las novelas *Ourika* y *Eduardo* no son, pues, más que la expresión delicada y discreta, una pintura desviada y dulcificada por la sociedad, de ese no sé qué de más profundo que fermentaba en el seno de Mad. de Duras. *Ourika*, traída del Senegal como la señorita Aïssé lo había sido de Constantinopla, recibe una perfecta educación, como en sus tiempos esta joven circasiana; pero, menos feliz que ella, no tiene su blancura. Por eso, al paso que la señorita Aïssé, amada por el caballero de Aydie, se niega á casarse con él por no hacerle descender (representando de esta suerte un papel análogo en cierto modo al de *Eduardo*), la pobre *Ourika*, desconocida por Carlos, que sólo cree ver en ella amistad, se devora presa de una lenta pasión que ella misma no conoce sino por un tardío descubrimiento. Nada mejor tomado del natural que el daño y la idea fija de *Ourika*, una vez ilustrada acerca de su color: «Había quitado de mi cuarto todos los espejos, llevaba siempre guantes; mis vestidos ocultaban siempre mi cuello y mis brazos; y para salir, había adoptado un gran sombrero con velo, que á menudo llevaba puesto hasta dentro de casa. ¡Ay! Así me engañaba á mí misma; igual que los niños, cerraba los ojos y creía que no me veían.» El salón de la mariscala de Beauvan

está caracterizado á las mil maravillas por la heredera de sus gustos y tradiciones; los recuerdos del Terror reviven allí con fieles señales. Desigualdad de clases, pasión desconocida, obstáculo social, emigración ó Terror, las ideas favoritas de Mad. de Duras encuéntrase allí, tocando los principales puntos del círculo. Y cuando Ourika, hermana de la caridad, en ese convento donde se le ocurre de pronto citar por descuido á Galatea, al hablar de la imagen tenaz que la perseguía, exclama: «¡Era la de las quimeras que había permitido se apoderasen de mí! ¡Oh Dios! Aún no me habíais enseñado á conjurar esos fantasmas, no sabía que sólo en Vos hay descanso...» cuando se advierte cómo este sencillo arranque interrumpe el relato, compréndese que el autor mismo se desahoga así y se confunde con ella, al decir sus propios pensamientos por boca de esta mártir.

*Eduardo*, con mayor desarrollo que *Ourika*, es el principal título literario de Mad. Duras. La escena ocurre hacia los mismos tiempos que la de *Eugenio de Rothelin*; los personajes son igualmente sencillos, puros, de una sociedad perfectamente elegante, y del más gracioso tipo de enamorados que se hayan producido. Pero aquí ya no hay un ideal de conducta y de felicidad, como en la hechicera producción de Mad. de Souza, y (como creo haberlo dicho) una especie de pequeño Juan de Saintré ó de Galaor del siglo XVIII; hay sufrimiento, desacuerdo; introdúcese allí el sentimiento de la desigual-

dad social. También se ven signos de esto en *Eugenio*, cuando el protagonista se prenda de Ágata, la hija de su nodriza; pero en seguida interviene y triunfa la conveniencia, y tiene razón de triunfar para la mayor ventura de todos. En *Eduardo*, la cosa es más grave y desgarradora; es el joven plebeyo quien se presenta ante la noble y modesta Natalia con toda la seducción de su timidez, de su sólida instrucción, de su sensibilidad virgen, de su frente varonil que sabe ruborizarse; él es quien algunos años más tarde será Barnave ú Hoche. En *Eduardo* se ven dos siglos, dos sociedades frente á frente; y la desgracia que hiere á los amantes llega á ser presagio de un acontecimiento nuevo. Es curioso hacer constar la diferencia de efecto de las mismas catástrofes sociales, que tienen resonancia en los escritos de Mad. de Souza y en los de Mad. de Duras. La una perdió su primer marido y la otra su padre en el cadalso; ambas sufrieron la emigración; pero las ideas de una de estas personas distinguidas estaban ya formadas, por decirlo así, y la mayor parte de sus impresiones habían desaparecido. Si más adelante pintó esta emigración con sus desdichas, fué únicamente desde el punto de vista de la antigua sociedad. *Adela de Sénange*, compuesta antes de la Revolución, apareció en 1793; pero las novelas que la siguieron no difieren notablemente de tono: no las entristece ningún tinte melancólico y fúnebre. *Eugenio de Rothelin* y *Atenaida* sonríen á la dicha, como si la

Revolución no hubiera podido arrebatarnos algunos años atrás. Salvo *Eugenia y Matilde*, las novelas de Mad. de Souza pertenecen al siglo XVIII, visto desde el Imperio. Por el contrario, las novelas de Mad. de Duras son muy de la Restauración, eco de una lucha no terminada aún, con el sentimiento de grandes catástrofes pasadas. Uno de sus pensamientos habituales era que para quienes les cogió de jóvenes el Terror, la mejor edad estuvo marchita, que no tuvieron juventud, y que llevaron consigo hasta la tumba aquella primera melancolía. Por eso tiene ella ese mal que data del Terror, pero que surge de otras muchas causas y se ha transmitido á todas las generaciones llegadas más tarde, ese mal de Delfina y de René; lo pinta con matices, lo persigue en sus variedades, trata de curarlo por medio de Dios. El uso que ha hecho de los conventos y del sacerdote la diferencia sobre todo, de una manera muy precisa, de Mad. de Souza; como separación en este punto, hay entre ellas todo el movimiento religioso que ha producido el *Genio del Cristianismo* y las *Meditaciones*. En Mad. de Duras el convento es un verdadero claustro, rudo, austero, penitente; el sacerdote ha vuelto á ser un verdadero confesor, y, como dice Ourika, un viejo marino que conoce las tempestades de las almas.

Sería dar muestras de muy mal gusto el analizar *Eduardo*, y no lo intentaremos. No puede desprenderse nada de tal tejido, no es lícito bordarlo al adivinarlo. Si hay algunos libros que

los corazones ociosos y cultivados gusten de volver á leerlos todos los años una vez, y que quieran sentirlos reflorar en su memoria como las lilas ó el espino en su estación, uno de esos libros es *Eduardo*. Entre todas las escenas tan finamente dispuestas y bien concertadas, la principal, la más saliente, la de en medio, aquella en que una noche de verano, en Faverange, durante una conversación acerca del comercio de granos, ve Eduardo en el balcón á Mad. de Nevers, destacándose su perfil sobre lo azul del cielo y entre el vapor de un jazmín con el cual se confunde, aquella escena de flores dadas y devueltas, llantos ahogados y castas confidencias, realiza un ensueño adolescente que se reproduce á cada generación sucesiva; no falta nada en ella. En ese cuadro selecto, es donde todo joven se inventa y apetece la primera confesión amorosa; sentimiento, traza, lenguaje, hay allí una página adoptada de antemano por millares de fantasías y de corazones, una página que si se hubiera escrito en los tiempos de *La Princesa de Cléveris*, en una literatura menos abundante en producciones, de cierto que habria sido inmortal.

El estilo de Mad. de Duras, que se puso tan tarde y sin premeditación alguna á escribir, no se resiente de tanteos ni de negligencia. Ha *nacido natural* y perfecto; sencillo, rápido, reservado, sin embargo; un estilo á la manera de Voltaire, pero en una mujer; nada de amaneramiento, sobre todo en *Eduardo*; un tacto perpetuo, ningún

color equívoco, y, sin embargo, colorido, por lo menos en la elección de fondos y en los acompañamientos; en fin, contornos purísimos. En todo, pasiones más profundas que su expresión; jamás arrebatos ni exuberancia, sino lo mismo que en una conversación culta.

Mientras que Mad. de Duras escribía por las mañanas esas graciosas novelas, en que la calidad de la corteza disfrazaba lo amargo de la savia, continuaba recibiendo y hechizando á la sociedad que acudía en torno de ella, á pesar de una salud cada vez más alterada. Ya puede suponerse que hasta tomaba una participación muy activa en la política de entonces, por sus amistades y sus influencias. Durante el congreso de Verona, M. de Chateaubriand la escribía casi á diario lo que allí pasaba y los detalles de ese gran juego. Pero hacia el mismo tiempo producíase en lo más íntimo de ella un gran trabajo de sumisión religiosa y de piedad; jamás había sido lo que se llama devota en el curso de la vida; llegaba á las altas fuentes por reflexión, por un rechazo solitario, en virtud de todas las fuerzas dolorosas que la oprimían. El día en que cierta persona de su intimidad la sorprendió, en 1824, vivamente excitada contra los proyectos de M. de Villèle, teniendo en la mano el folleto del conde Roy acerca del 3 por 100, animándose como con conocimiento de causa y presagiando (con aquella noble facultad de indignación que había conservado intacta en medio de su vida de sociedad) la rup-

tura inevitable de su elocuente amigo, ese día quizá había meditado por la mañana acerca de una de las *Reflexiones cristianas* que se esforzaba por llevar á madurez. En su política instintiva había conservado mucho de esa sangre girondina, un impulso generoso, de sacrificio, inútil, que se rompía. A propósito de una de esas salidas hijas del primer arranque, como un amigo la hiciese notar que tenía mucho derecho á ser liberal, siendo hija como lo era de M. de Kersaint, exclamó: «¡Oh, sí! Mi pobre padre amaba la libertad, la amaba como era debido; no fué demasiado adelante en la Revolución, no: quiso defender á Luis XVI.» Distinguía cuidadosamente las ideas liberales de las ideas revolucionarias, teniendo horror á unas y profesando culto á las otras. Esto, unido á la costumbre de reprimirse en lo exterior y á la tolerancia propia de una mujer del gran mundo que se dominaba con rapidez, la reducía por completo al tipo suavizado de la Restauración.

Aquella naturaleza demasiado franca debía, sin embargo, romper y chocar en aquella época de partidos irritados y en una sociedad de etiqueta; no la escatimaron envidias ni odios. En ciertos sitios fanáticos la vituperaban por el esplendor de su salón, por sus opiniones liberales y por la especie de gentes á quienes veía; sus amigos recibieron algunas veces odiosos anónimos. No pudo ignorar estas maniobras, por las cuales sufría; y trabajaba por desligarse en espíritu de un mundo en que las enemistades son tan

activas, en que las amistades son á menudo más lentas é infieles. Todas esas pasiones humanamente tan nobles, esos celos excesivos, lo mismo políticos que maternales, esas preferencias, esos arrebatos de un alma que aspira á abarcar demasiado, comenzaron poco á poco á convertirse en plegarias y en lágrimas de paz ante Dios. Sus sufrimientos físicos iban haciéndose atroces, insoportables, por momentos; los aceptaba con paciencia, se aplicaba de todo corazón á sufrir, concentrando en ellos su pasión, si así puede decirse, una pasión postrera y sublime. En esta ruina sucesiva de los órganos, su corazón pareció redoblar hasta el fin su ardor y su juventud. Casi separada del mundo entonces, rodeada constantemente de las más piadosas atenciones por su hija la duquesa de Rauzan, tan pronto en París, tan pronto en Saint-Germain y finalmente en Niza, donde murió en Enero de 1829, estuvo entregada por completo á las ideas graves é inmortales, acompañadas y sostenidas aún por asiduos cuidados de beneficencia. Su otra hija tan deseada, la condesa de La Rochejacquelein, corrió á Niza, donde pudo rodearla también con los postreros testimonios y recibir su sonrisa suprema.

Entre las cortas *Reflexiones cristianas* trazadas por su mano, las hay acerca de las *pasiones*, la *fuerza*, la *indulgencia*. En la primera, cuyo título es *Velad y orad*, se lee: «Casi todos los dolores morales, esos desgarramientos del corazón que derrumban nuestra vida, pudieran haberse prevenido si

hubiésemos velado; entonces no hubiéramos permitido entrar en nuestra alma á esas pasiones, todas las cuales, aun las más legítimas, son la muerte del cuerpo y del alma. Velar es someter lo involuntario...» ¡Qué melancólico y profundo sentido adquieren estas sencillas palabras en los labios de Mad. de Duras! «A medida que se avanza evapóranse las ilusiones y ve uno cómo le van arrebatando sucesivamente todos los objetos de sus afectos. El atractivo de un interés nuevo, el cambio de los corazones, la inconstancia, la ingratitud, la muerte, despueblan poco á poco este mundo encantado, del cual hacía su ídolo la juventud... Amar á Dios es adorar en su fuente las perfecciones que esperábamos hallar en las criaturas y que vanamente hemos buscado en ellas. ¡Eso poco bueno que algunas veces encuéntrase en el hombre, hubiéramos debido amarlo en Dios!» Más lejos implora el temor de Dios como un aguijón de la pereza y de la languidez; pide tener fuerza, porque (dice) esta falta de fuerza es uno de los grandes riesgos de las conversiones tardías. Pero, sobre todo, podrá formarse idea de su manera de moralista cristiano y de esa tierna sutileza que alcanza hasta el último repliegue del sentimiento, por la meditación acerca de

#### LA INDULGENCIA

Perdonadlos, Señor, porque no saben lo que hacen.

EVANGELIO.

«Esta palabra da á la vez el precep-

to y la razón de la indulgencia. Hay varios modos de perdonar; todos son buenos, porque todos son cristianos; pero esos perdones difieren entre sí como las virtudes que los han producido. Se perdona para ser perdonado; se perdona porque nos reconocemos dignos de sufrir, y este es el perdón de la humildad; se perdona por obedecer el precepto de devolver bien por mal: pero ninguno de estos perdones comprende la excusa de las penas que se nos han causado. El perdón de Jesucristo es el verdadero perdón cristiano: «No saben lo que hacen.» En estas conmovedoras palabras están la excusa del ofensor y el consuelo del ofendido, el único consuelo posible de esos dolores morales, en los que es, por decirlo así, secundario el mal que se nos ha hecho. El colmo del pesar es hallar en aquellos á quienes se ama daños sin excusas; aquí hay excusa: «¡No saben lo que hacen!» Nos han desgarrado el corazón, pero no sabían lo que hacían; estaban ciegos, sus ojos estaban cerrados; vuestros propios sufrimientos son la prenda de su ignorancia. La conmiseración está dentro del corazón del hombre; las grandes sinrazones provienen siempre de una gran ceguedad. ¿Cómo creer que se puedan causar á sangre fría y voluntariamente esos pesares desgarradores que hacen sufrir mil muertes antes de morir? ¿Cómo creer que quisiera destrozarse un corazón, que quizá durante años enteros ha querido, adorado, excusado, que os había hecho su ídolo? Porque tal es la ingratitud, fuente de los más gran-

des pesares; consiste en desconocer los sentimientos de que se es objeto, porque el corazón es incapaz de pagarlos con otro tanto y producir otros análogos: hay en ella esa impotencia, esa ignorancia, que constituyen la excusa. Entregar nuestro afecto á quienes no lo sienten, es querer dar vista á los ciegos, oído á los sordos. Perdonadlos, Señor, no saben lo que hacen; perdonadlos sin que tengan que volver sobre sí mismos, sin que ese perdón se me cuente como una virtud, puesto que sólo es una justicia. Pero tened piedad de mí, enseñadme á no amar más que á Vos, y dadme el reposo. Amén.»

Nada hay que añadir á tales palabras. Pero estos diferentes grados en el perdón cristiano, ese primer grado en que sólo se perdona para ser perdonado, es decir, por temor ó por esperanza; ese otro grado en que se perdona por reconocerse digno de sufrir, es decir, por humildad; aquel, en fin, en que se perdona por consideración al precepto de volver bien por mal, es decir, por obediencia, esas tres maneras, que todavía no son el perdón enteramente superior y desinteresado, traen á mi memoria lo que se lee en uno de los Padres del desierto, traducido por Arnoldo de Andilly: «He visto una vez, dice un santo abad del Sinaí, tres solitarios que recibieron juntos una misma injuria, y el primero de los cuales se había sentido picado y confuso, pero que, sin embargo, como temía á la justicia divina, se contuvo en silencio; el segundo, se había alegrado por sí del mal trato recibido, porque

esperaba ser por él recompensado, pero se afligió de ello por aquel que le había hecho tal ultraje; y el tercero, representándose tan sólo la falta de su prójimo, se conmovió con tal fuerza, porque le amaba mucho, que se echó á llorar á lágrima viva. Así, puede verse en estos tres siervos de Dios, tres diversos impulsos: en uno, el temor del castigo; en otro, la esperanza de la recompensa, y en el último, el desinterés y la ternura de un perfecto amor.» ¿No os admira cómo, en los que lo tienen, se mantiene fiel el espíritu cristiano á través de los siglos, y llega, poco más ó menos, en el viejo abad del Sinaí y en la gran señora de nuestros días, á las mismas distinciones morales y á las mismas disquisiciones?

Así se corona una de las vidas más brillantes, más completas y más dignamente complejas que se pueden imaginar, donde concurren la Revolución y el antiguo régimen, donde la cuna y el ingenio y la generosidad forman un encanto; una vida de sencillez, de gran tono, de mundo y de ardor sincero; una vida apasionada y pura, con un fin admirablemente cristiano, como se leen en las historias de mujeres ilustres del siglo xvii; un armonioso reflejo de los talentos delicados, naturales, y de las muertes edificantes de aquel entonces, pero con un carácter nuevo que se liga con las tormentas de nuestros días y que da un singular precio á todo el conjunto.

C. A. DE SAINTE-BEUVE.



## LA INFLUENCIA LITERARIA DE LAS ACADEMIAS

RESERVADO A LA BIBLIOTECA DEL  
MUSEO DE BARCELONA

**E**s imposible dejar un libro como la *Historia de la Academia Francesa*, por Péllisson y D'Olivet, que Mr. Carlos Livet ha reeditado recientemente, sin inclinarse á reflexionar sobre la carencia que hay en nuestro país de una institución como la Academia Francesa, las causas probables de no haberla y sus resultados. Mil voces se dispondrán á decirnos que esto es una señal evidente de nuestra superioridad nacional; que en gran parte se debe á esta falta el que las graciosas palabras de lord Macaulay, dadas á conocer últimamente por su discreto sobrino Mr. Trebelyan, sean una verdad muy profunda: «Puede decirse con seguridad, que la literatura existente ahora en el idioma inglés, es de mayor valor que toda la literatura que había hace trescientos años en todos los idiomas del mundo juntos.» Me atrevo á decir que así es; sólo que, recordando la máxima de Spinoza, de que los dos grandes males de la humanidad son el amor propio y la pereza que trae consigo, imagino que nos sea conveniente mirar con más atención

si esto es así y tan sin límites, en vez de confiar en nuestra superioridad.

Pero antes de nada debo conceder algunas palabras á la historia que se conserva de la Academia Francesa. Por el año de 1629, siete ú ocho personas en París, aficionadas á la literatura, formaron una especie de pequeño club para reunirse en las casas de unos y otros y discutir asuntos literarios. Se habló de sus reuniones, y el cardinal Richelieu, ministro entonces y poderoso, oyó hablar de ellas. Tenía él también una noble pasión por las letras y por toda refinada cultura, y le interesó lo que oyó de la sociedad naciente. Era hombre que poseía como ningún otro un estilo brillante, y tuvo el talento innato de comprender qué valioso instrumento, de un estilo escogido, estaba á su disposición. Comenzaba para Francia un siglo ilustre, el xvii; los cerebros de los hombres trabajaban, el idioma francés se formaba. Richelieu envió á preguntar á los miembros de la nueva sociedad si querrian formar una corporación de carácter público y tener reuniones metódicas.

No sin alguna vacilación—pues al parecer se hallaban muy bien como estaban, y esos siete ú ocho caballeros de posición social y literaria no estaban muy tranquilos cuanto á lo que el ilustre y terrible ministro podía querer de ellos—consintieron. Los favores de un hombre como Richelieu no se rehusan fácilmente, sean bien ó mal intencionados; pero este favor era de buena intención. No obstante, el Parlamento tuvo sus dudas para esto. No tenía el entusiasmo de Richelieu por las letras y la cultura, y estaba celoso de la aparición en el Estado de una nueva corporación pública, sobre todo por ser traída á la existencia por Richelieu. La carta-patente del Rey, estableciendo y autorizando la nueva sociedad, fué concedida en los comienzos de 1635; pero por la antigua Constitución francesa, esa patente requería la aprobación del Parlamento. Transcurrieron dos años y medio—hacia el otoño de 1637—antes que el Parlamento la diese, y entonces lo hizo solamente después de apremiantes solicitudes y vehementes seguridades de las puras intenciones de la naciente Academia. Las gentes chanceras decían que esta sociedad, con su misión de purificar y embellecer el idioma, llenaba de terror á una corporación de letrados como los del Parlamento francés, asilo de inculca jerigonza y de embrollo.

Este perfeccionamiento del idioma era, en verdad, la declarada y elevada aspiración en las operaciones de la Academia. Los estatutos de fundación, aprobados por Richelieu antes que el

edicto real se hubiese expedido, decían expresamente: «La principal atribución de la Academia será trabajar con todo el cuidado y diligencia posibles en dar reglas fijas á nuestro idioma, y hacerlo puro, elocuente y capaz para tratar las artes y las ciencias.» Este celo por hacer un brillante instrumento para el pensamiento de una nación—su idioma—correcto y digno, es, sin duda, un signo lleno de promesas, una importante balanza de su poder futuro. Se ha dicho que Richelieu tenía en su mente la idea de que el francés sucediese al latín en su general ascendencia, como el latín había sucedido al griego; si fué así, este deseo se ha cumplido en cierto grado. Pero, de todas suertes, las influencias *éticas* del estilo en el idioma, sus estrechas relaciones con el carácter, tan á menudo indicadas, son importantísimas. Richelieu, hombre de inmensa cultura, y al mismo tiempo, de elevado carácter, las sentía profundamente; y el que haya tratado de regularizarlas, fortalecerlas y perpetuarlas por una institución que perfeccionase el lenguaje, es una admirable prueba de su espíritu de gobierno y de su genio.

Sin embargo, no era esto todo lo que tenía en su imaginación. La nueva Academia, aumentada á corporación de cuarenta miembros, y con propósito de contener los principales literatos de Francia, iba á ser un *tribunal literario*. Antes de ser publicadas las obras de sus individuos, habían de traerse para ser criticadas, y si las encontraban en regla, se publicarían

con su aprobación declarada. Las obras de otros escritores, que no fuesen miembros de la Academia, podrían también pasar por su revisión, á petición de ellos mismos. Además de esto, la Academia examinaba y juzgaba con pruebas y discusiones las obras ya publicadas, de autores que estuviesen vivos ó muertos, y los asuntos literarios en general. El famoso dictamen sobre *El Cid* de Corneille, dado por la Academia en 1637, por urgente petición de Richelieu, cuando este poema, que ocupaba fuertemente la atención pública, fué atacado por M. Scudery, demuestra cuán de lleno asignaba Richelieu á su nueva creación el deber de actuar como un tribunal supremo de literatura, y cuan pronto comenzó á ejercer de hecho esta función. Una persona (1) que había conocido á Richelieu, declaró después de la muerte del Cardenal, que tenía proyectada una institución aún más grandiosa que la Academia, una suerte de asamblea europea de arte, ciencia, y literatura, un Prytaneum, donde los principales autores de toda Europa se reuniesen en una residencia central, y viviesen con tranquilidad, comodidades, y honor; ese era un sueño que no se desarraigará por haberse arrancado con violencia. Pero el proyecto de formar un alto tribunal de las letras no fué un sueño para Francia; Richelieu lo cumplió en gran medida. Esto es lo que por su representación es la Academia; lo que siempre ha pretendido ser;

lo que de vez en cuando ha sido; por ser, ó procurar ser ésto, más aún que por lo que ha hecho en el idioma, tiene en Francia tanta importancia. Su tarea es dar ley y tono á la literatura, y que ese tono sea elevado. «Richelieu», dice M. de Sainte-Beuve, «quería que fuese un *haut jury*,» un jurado el más escogido y autorizado que pudiera hallarse para todas las materias literarias de importancia que estuviesen en litigio ante el público; para ser como lo fué en efecto en la última mitad del siglo xviii, «un órgano soberano de la opinión.» «El deber de la Academia», dice M. Renán, «*est maintenir la délicatesse de l'esprit français*—conservar intacta la brillante cualidad del ingenio francés; representa una especie de *maitresse en fait de bon ton*» la autoridad de una maestra reconocida en materias de esquisito tono y gusto.

«Todas las edades, dice otra vez M. Renán, han tenido su literatura inferior; pero el gran peligro de nuestro tiempo es, que ésta tiende cada vez más á alcanzar plaza de superior. Nadie tiene una prerrogativa como la de la Academia para combatir este mal»; la institución, como dice no sé dónde, que tiene facilidades especiales para «crear una forma de cultura intelectual que se impondrá en todas partes.» Monsieur de Sainte-Beuve y M. Renán, son críticos muy sagaces; y lo manifiestan señaladamente por reconocer y dar este carácter tan sobresaliente á la Academia francesa. Un empeño tal de erigir una autoridad reconocida, imponiéndonos un noble modelo en mate-

(1) La Mesnardière.

rias de inteligencia y gusto, tiene muchos enemigos en el linaje humano. A todos nos gusta ir por nuestro camino, sin que nos obliguen á salir de la atmósfera de la vulgaridad, que es la habitual para los más;—*was uns alle bündigt*, dice Goethe, *das Gemeine.*» Queremos que se nos deje acostar cómodamente en la paja vieja de nuestros hábitos, especialmente de los intelectuales, aunque esta paja no esté muy limpia y escogida. Pero si el esfuerzo en limitar esta libertad de nuestra condición inferior encuentra, como es regular que suceda, enemigos en la humanidad, también halla auxiliares. Dice Cicerón, que de las cuatro mayores partes de lo *honestum* ó bueno que forma la materia sobre la cual el *officium* ó deber humano encuentra empleo, una es la de fijar un *modus* y un *ordo*, una medida y una regla, para amoldar y reprimir saludablemente nuestra facultad de acción, levantándola por encima del nivel que tiene si se la deja entregada á sí misma, y aproximarla á la perfección. De las criaturas vivientes, dice, sólo el hombre se siente impulsado tras el *quid sit ordo quid sit quod deceat in factis dictisque qui modus* la revelación de un *método*, de una ley del *buen gusto*, de una *regla* para sus palabras y acciones. Los demás animales siguen sumisamente la ley de su naturaleza; solo el hombre tiene un impulso que le guía á instituir alguna otra ley para dominar la tendencia de su índole.

Por supuesto, que esto tiene tanta influencia en las materias morales

como en las intelectuales, pero generalmente es en las morales en las que solemos pensar cuando lo aseguramos. M. de Sainte-Beuve, no tenía por lo visto, en la memoria, esas palabras de Cicerón cuando hizo, acerca de la nación francesa, la aserción que voy á citar; pero, á pesar de todo, el aserto se apoya en la verdad que encierran las palabras de Cicerón, y las explica y confirma admirablemente. «En Francia, dice M. de Sainte-Beuve, la primera consideración para nosotros no es si quedamos recreados y complacidos con una obra de arte ó de imaginación, ni si nos conmueve. Lo que buscamos sobre todo, es saber si *tenemos razón* en estar recreados, en aplaudirla y en ser conmovidos por ella.» Estas son palabras muy notables, y según creo, verdaderas en lo principal. Un francés tiene en alto grado, en materias de la inteligencia, lo que uno puede llamar conciencia; y una viva creencia de que hay en ellas bueno y malo, que está obligado á honrar y obedecer lo bueno, y que se deshonra adhiriéndose á lo malo. Todo el mundo tiene, ó profesa tener, esta conciencia en asuntos morales. La palabra *conciencia*, en el uso popular, ha llegado á quedar confinada casi, á la esfera moral, por que esta viva susceptibilidad de sentimiento es en lo moral mucho más común que en lo intelectual; cuanto más viva es en lo moral, más dispuesto está un hombre á admitir una norma severa de acción, un ideal autorizado para enderezar sus costumbres diarias; y la admisión voluntaria de tal autori-

dad es debida á la sensibilidad de conciencia. Como la deferencia á un modelo más ilustrado que el propio, y al reconocimiento respetuoso de un ideal superior, es causada, en la esfera intelectual, por la sensibilidad de la inteligencia. Los que tienen la inteligencia más despierta, más viva y sensible, están prontos á guardar esta deferencia; los que la tienen menos delicada y sensible están menos dispuestos á reconocer esta superioridad. Ahora ya estamos en camino de ver por qué los franceses tienen su Academia y nosotros no la tenemos.

¿Cuáles son las cualidades esenciales del espíritu de nuestra nación? De ningún modo las de una imaginación franca y despejada, ni una inteligencia viva y flexible. Nuestros admiradores más fervorosos no pretenderían que nos los concediesen en un grado máximo; podrían decir que los tenemos más de lo que creen nuestros detractores, pero no afirmarían que sea nuestra cualidad principal. Más bien alegarían como principales dotes nuestros, la energía y la rectitud; y si somos juzgados favorablemente y en absoluto, sin envidia é injusticia, sin duda la energía y la rectitud son nuestras principales cualidades, y no una imaginación franca y clara, ni una inteligencia viva y flexible. En tiempos antiguos, la claridad de imaginación y viveza de la inteligencia fueron propiedades muy señaladas del pueblo ateniense, y esas mismas cualidades son notablemente características del pueblo francés en los tiempos modernos;

por lo menos, le distinguen con evidencia comparado con el nuestro. Creo que todos ó casi todos conocerán eso. No preguntaré ahora qué otras cualidades tiene el espíritu ateniense ó el francés, ni qué poco afortunadas pueden ser las que tengan en contra; lo que quiero indicar es que tienen estas y nosotros las tenemos en grado mucho menor.

Que se me permita observar, sin embargo, que no sólo en la esfera moral, sino también en la intelectual y espiritual, la energía y la rectitud son propiedades más importantes y fértiles; que, por ejemplo, la parte más esencial de lo que llamamos ingenio vigoroso. Asignando así á una nación la energía y rectitud como sus principales cualidades espirituales—al rehusarle entre sus cualidades eminentes, la claridad de imaginación y flexibilidad de inteligencia—de ningún modo disminuimos, como algunas gentes podrían suponer, su importancia y su poder para mostrarse eficiente en lo intelectual y en lo moral. Sólo indicamos sus condiciones especiales de actividad próspera en la esfera intelectual, y, como es cierto, algunas imperfecciones y faltas á las que estará siempre sujeta. El genio es sobre todo un asunto de energía, y la poesía lo es de ingenio; por lo tanto, una nación cuyo talento se distingue por la energía, puede ser eminente en poesía, y nosotros tenemos á Shakespeare. El más elevado alcance de la ciencia se puede decir que es la potencia inventiva, una facultad de intuición semejante al dominio más elevado

ejercido en la poesía; por lo que, una nación cuyo espíritu está caracterizado por la energía, puede ser eminente en la ciencia, y tenemos á Newton. Shakespeare y Newton: en la esfera intelectual no puede haber nombres más esclarecidos. Y lo que la energía, que es el alimento del genio, pide por encima de todo, es libertad; independencia completa de toda autoridad, prescripción y rutina, el espacio más amplio para extenderse como quiera. De suerte, que una nación cuyo rasgo espiritual característico es la energía, no será muy apta para instituir en asuntos intelectuales un modelo fijo, una autoridad como la de una academia; con esto evita ciertas inconveniencias y peligros reales, y al mismo tiempo puede, como hemos visto, alcanzar innegables y espléndidas alturas en la poesía y en la ciencia.

Por otra parte, algunos de los requisitos del trabajo intelectual son especialmente asunto de viveza de imaginación y flexibilidad de inteligencia. En la labor intelectual, la forma, el método de evolución, la precisión, las proporciones y las relaciones de las partes con el todo, dependen principalmente de ellas. Y esos son los elementos que están más en comunicación y pueden aprenderse y adoptarse, y hacer el mayor efecto en la composición intelectual de los demás. Aun en la poesía, son muy importantes estos requisitos, y la poesía de una nación que no es eminente por las dotes de las cuales depende, sufrirá más ó menos por esta desventaja. Sin embargo, en

la poesía, después de todo, son secundarios, y la energía es lo principal; pero en la prosa son de primera importancia. En su literatura en prosa, y en la rutina del trabajo intelectual, una nación que no tiene dotes particulares para eso no será tan afortunada. Estas son las que, como he dicho, pueden aprenderse y adaptarse, mientras que la genuina actividad del genio no se adquiere. Las academias las consagran y sostienen, y por tanto, una nación con notables aptitudes de adaptación, es natural que las establezca. En tanto que la rutina y la autoridad tiendan á embarazar la energía y el genio inventivo, pueden ser un obstáculo para su desarrollo, y hasta cierto punto para el del espíritu humano en general. Pero este mal está compensado con creces por la propagación en gran escala de las aptitudes y pretensiones mentales que la flexibilidad y viveza inteligentes engendran, y á la larga el ingenio toma también gran parte en esta propagación, y corporaciones como la Academia Francesa, tienen tal poder para promoverla, que su existencia es, en conclusión, quizá más bien favorable que embarazosa para el progreso del espíritu humano en general.

¡Cuánto más importante es nuestra nación en la poesía que en la prosa! En las producciones de su espíritu, ¡cuánto mejor se manifiestan las cualidades del ingenio que las de la inteligencia! En las obras individuales puede uno observar esto constantemente. Un inglés de buen talento, pero que no está significado como poeta, ¡cuánto más nota-

ble es en verso que en prosa! Sus versos se resienten en parte de que no sea poeta en realidad, y en cierto modo de los mismos defectos que, sin duda, echan á perder su prosa, y no puede expresarse con todo acierto. ¡Pero cuánto más se destaca su personalidad, por la fuerza del sentimiento y de la originalidad y movimiento de las ideas, que escribiendo en prosa! Con un francés de igual temple sucede lo contrario: ponedle á escribir poesía, es limitada, artificial é impotente; ponedle á escribir en prosa, y es galano, natural y eficiente. El poder de la literatura francesa está en sus prosistas, el dominio de la inglesa en sus poetas. Y aun muchos de los poetas franceses muy celebrados dependen en cierto modo para su fama de las cualidades de inteligencia que demuestran, cualidades que son el principal sostén de la prosa; la fama de muchos prosistas ingleses célebres depende enteramente en sus cualidades de ingenio é imaginación que son el distintivo apoyo de la poesía. Pero, como he dicho, las condiciones del ingenio son menos transmisibles que las de la inteligencia; no se pueden aprender inmediatamente ni apropiarse su producto; son menos directas y comunicativas, aunque pueden ser más hermosas y divinas. Shakespeare y nuestro ilustre grupo del reinado de Isabel eran escritores mejor dotados que Corneille y su grupo; pero cuál fué la continuación de esta ilustre literatura, de la literatura de ingenio, como podemos llamarla, ampliándola desde Marlow á Milton, ¿á dónde llevó

á la literatura inglesa? á nuestra tosca literatura de segunda clase del siglo XVIII.

Por otra parte, ¿qué secuela ha tenido la literatura francesa del «gran siglo», como, por comparación con la nuestra del tiempo de Isabel podemos llamarlo; á dónde la condujo? A la del siglo XVIII, una de las intervenciones intelectuales más poderosas y penetrantes que han existido, la fuerza mayor de Europa en ese siglo. En la ciencia, pues, hemos tenido á Newton, un genio del orden más elevado, el tipo del genio en la ciencia, si hubo alguno. En el continente, como una especie de equivalente á Newton, brilló Leibnitz; hombre, que me parece aún que en estas materias hablo sin competencia, de mucha menos energía creadora, y mucho menos poder de intuición que Newton, pero de admirable inteligencia, el tipo de la inteligencia en la ciencia, si hubo alguno. Y bien, ¿á dónde llevaron directamente á la ciencia? ¿qué generación intelectual se originó de uno y otro? No hago más que repetir lo que los hombres de ciencia han indicado. El hombre de genio fué continuado por el analizador del siglo XVIII, discípulos ineptos en comparación del renombrado maestro. Al hombre de inteligencia siguieron sucesores como Bernouilli, Euler, Lagrange y Laplace, los nombres más insignes en las matemáticas modernas.

Lo que deseo que el lector vea, es que la cuestión, cuanto á la utilidad de las academias para la vida intelectual de una nación, no está aclarada cuan-

do decimos, por ejemplo: ¡Oh, nunca tuvimos una academia, y sin embargo tenemos reconocidamente una literatura muy importante! Resta preguntar: ¿que suerte de literatura importante? ¿Lo es por las especiales condiciones del ingenio ó por las cualidades especiales de la inteligencia? Si en el primer caso no es de ningún modo seguro que la literatura ó la vida intelectual de nuestra nación en general haya adquirido ya sin academias todo lo que éstas pueden proporcionar á una y otra, pueden faltarles algunas de las cualidades de inteligencia que dimanan de una corporación como la Academia Francesa, y que ésta contribuye mucho á extender y confirmar. Nuestra literatura, á pesar del ingenio que manifiesta, puede ser deficiente en la forma, método, precisión, proporciones y arreglo, cosas propias de la inteligencia. Puede ser floja en la prosa, ramo de la literatura que es peculiar á la inteligencia, para decirlo todo de una vez. En esta rama pueden verse muchas faltas graves ligadas á la carencia de una inteligencia viva y flexible, y de la estricta norma que esa tiende á imponer; puede estar llena de accidentes, crudezas, provincialismos, excentricidades y yerros. Puede ser un medio intelectual menos comunicativo y eficaz, sobre nuestra nación y á la larga sobre el mundo, que otras literaturas que demuestran acaso menos ingenio, pero más inteligencia.

La verdadera conclusión es, de cierto, que deberíamos ensayar, hasta donde podamos, el enderezar nuestras desventajas; y para este fin en lugar

de fijar siempre nuestros pensamientos en los puntos en que nuestra literatura está fuerte, los fijemos de vez en cuando en los que está débil, y aprendamos así á percibir con claridad lo que tenemos que enmendar. ¿Cuál es nuestro segundo rasgo espiritual, nuestra rectitud, y para qué es buena si no para esto? Pues lo será—estoy seguro—cada vez más, según transcurra el tiempo.

Pues bien; una institución como la Academia Francesa—que debe su existencia á una tendencia nacional hacia las cosas del entendimiento, hacia la cultura, la claridad, corrección y propiedad en el pensar y hablar, y á la vez promueve esta afición fija—modelos en diversas direcciones, y crea en todas ellas una fuerza de opinión educada, que separa y rechaza las que no siguen esos modelos ó los menosprecian.

Aquí, como en Francia, existe la opinión ilustrada; pero en Francia, la Academia sirve de centro de donde irradian todas y la dan una fuerza que aquí no alcanza. ¿Por qué todo el trabajo del obrero de la literatura, como yo lo llamaría, es mucho peor hecho aquí que en Francia? No deseo herir las susceptibilidades de nadie; pero, ciertamente, que esto es así. ¡Pensad en la diferencia entre nuestros libros de consulta y los franceses, entre nuestros diccionarios biográficos (como ejemplo patente) y los suyos; pensad en la diferencia entre las versiones de los clásicos traducidos para la librería de M. Bohn, y los traducidos para la colección de Mr. Nisard! Como regla general, con dificultad cualquiera de en-



tre nosotros que sepa bien el francés y el alemán, usaría un libro inglés de consulta si podía tener uno francés ó alemán; ni compraría la versión en prosa inglesa de un autor antiguo cuando pudiese adquirir una francesa ó alemana. No es que no exista en Inglaterra como en Francia, un número de personas perfectamente capaces de discernir lo que es bueno en esas cosas, de lo que es malo, y de preferir lo bueno; pero están aisladas, no forman un poderoso núcleo de la opinión, no son bastante fuertes para fijar un modelo al que la literatura diaria sea sometida, si se ha de vender. La ignorancia y el charlatanismo en este género de trabajo, tratan siempre de que sus trabajos sean admitidos como excelentes y claman contra la crítica como la voz de una minoría insignificante y fastidiosa; cuando la minoría está esparcida como aquí, persuaden fácilmente á la multitud de que esto es así; cuando está congregada como en la Academia Francesa, no es tan fácil. Así, pues, las extravagancias traficando con el idioma, tienden á empañar su poder y belleza; ¡y cuánto más comunes son en nosotros que en los franceses! Tomando un ejemplo familiar; todos han reparado la manera cómo *El Times* escribe la palabra «Diocese»; siempre escribe *diocess* (1), derivándolo, supongo de *Zeus* y *census*. El *Diario de los Debates* podría también escribir «diocess» en lugar de «diocèse», pero ¡imaginaos al *Diario de los*

(1) *El Times* ha dejado ya de escribirlo así, y se sirve de la manera usual.

*Debates* haciéndolo así! ¡Imaginaos un francés ilustrado permitiéndose una ortografía antigua de este género, frente al grave acatamiento con que la Academia y su diccionario revisten al idioma francés! Algunas gentes dirán que estas son pequeñeces y no lo son, porque dan mal ejemplo. Tienden á esparcir la perjudicial idea de que no hay cosa como la de un modelo correcto en materias intelectuales; que puede cada uno tomar su camino, y están en oposición con la severa disciplina necesaria á toda cultura verdadera; nos confirman en las hábitos de la obstinación y excentricidad que malea nuestros entendimientos, y perjudica nuestro crédito entre las personas serias. El difunto Mr. Donaldson fué, ciertamente, hombre de gran capacidad, y yo, que no soy un orientalista, no pretendo juzgar su *Jashar*: pero que el lector observe la forma en que da su opinión sobre él un orientalista extranjero. M. Renán lo llama una *tentative malheureuse*, un disparate, en pocas palabras; puede que sea así ó que no sea; yo no soy juez. Pero él continúa: «Es asombroso que un artículo reciente (alude á un periódico francés), haya dado á luz, como la última palabra de clara interpretación alemana, una obra como ésta, compuesta por un doctor de la Universidad de Cambridge, y universalmente condenada por los críticos alemanes.» Ya veis lo que da á entender; una extravagancia de este género, no podía venir de Alemania, donde hay una fuerza poderosa de opinión crítica que censura los caprichos de un

literato y le endereza; viene de la tierra natal de la excentricidad intelectual de todas clases (1)—de Inglaterra, de un doctor de la Universidad de Cambridge—me atrevo á decir que no esperaría mejores cosas de un doctor de la Universidad de Oxford. Además, después de hablar de lo que Alemania y Francia han hecho para la historia de Mahoma, «América é Inglaterra, continúa M. Renán, también se han ocupado de Mahoma». Menciona *La Vida de Mahoma*, de Washington Irving, que, según dice, no demuestra mucho sentimiento histórico, un *sentiment historique, fort, élevé*; «pero, prosigue, este libro demuestra un verdadero progreso cuando uno piensa que en 1829 Mr. Carlos Forster publicó dos gruesos volúmenes que encantaron á los *reverendos* ingleses, para probar que Mahoma fué el cuerno pequeño del macho cabrío que figura en el capítulo octavo de Daniel, y que el Papa era el cuerno grande. Mr. Forster fundó sobre este ingenioso paralelo toda una filosofía de la historia, según la cual el Papa representaba la corrupción de la cristiandad del Occidente y Mahoma la del Oriente; de ahí los notables parecidos entre el mahometanismo y el papado».

Y en una nota, M. Renán añade:

(1) Un crítico declara que estoy equivocado, al decir que las palabras de M. Renán dan á entender esto. Sigo creyendo que en el lenguaje de M. Renán hay un matiz, una *nuance*, que tácitamente lo implica; pero declaro abiertamente, que la única persona que puede zanjar esta cuestión es el mismo M. Renán.

«Este es el mismo Mr. Carlos Forster, que es autor de una mixtificación acerca de las inscripciones sinaíticas, en la que declara que halla el lenguaje primitivo.» Que es tanto como decir: «es un inglés, no hay que sorprenderse de ninguna extravagancia». Si estas insinuaciones no tuviesen fundamento y fuesen hechas por odio ó malicia, no valdrían un momento de atención; pero vienen de un grave orientalista, sobre el asunto que le es peculiar, y señalan un hecho verdadero; la ausencia en este país, de alguna fuerza de opinión ilustrada, literaria y científica, que deje fuera de debate aberraciones como la del autor de *El Idioma primitivo*. No sólo el autor de tales aberraciones, siendo con frecuencia hombre despejado, padece por la falta de censura, por no ser enderezado y gastar en vano la fuerza en una senda falsa, la que, con mejor disciplina, hubiera usado útilmente en una verdadera, sino que todos sus parciales, «reverendos» y demás, padecen también, y la clase general de información y opinión quedan de este modo muy malparadas. En una producción que todos hemos leído últimamente, impresa con una propiedad literaria muy rara en este país, y de la que tendré que decir una palabra inmediatamente, con *urbanidad*; en esta producción, obra de un hombre que ningún hijo de Oxford puede nombrar sin simpatía, hombre que el único de su generación de Oxford, y único de muchas generaciones, nos transmitió con su genio ese mismo encanto, é inefable sentimiento que causa ese pre-

cioso sitio, quiero decir, el Dr. Newman, se usa con frecuencia una expresión que es más común en el lenguaje teológico que en el literario; pero que me parece á propósito para un servicio general, la *nota* de esto y lo otro, la nota de Catolicismo, de antigüedad, de santidad y demás. Adoptando esta expresiva palabra, digo que en la mayor parte de la labor intelectual de una nación que no tiene un centro, una metrópoli de la inteligencia como una Academia, como el «soberano órgano de la opinión» de M. de Sainte-Beuve, «la reconocida autoridad en materias de tono y gusto» de M. Renán, se observa una *nota de provincialismo*. Desembarazarse de eso es un cierto progreso de cultura, un paso para el resultado positivo al que no damos demasiada importancia, pero que es, sin embargo, indispensable, para llevarnos á la altura donde puede decirse que justamente comienza la labor superior. La obra hecha por el modelo de los hombres que alcanzaron esta llanura es *clásica*, y la única que habrá de subsistir. La *hez* que hay en las obras de los hombres de gran talento que no han arribado á esta altura á eso se debe. El ingenio les alza por momentos, y las partes de su trabajo que son inmortales están hechas en estos momentos; pero muchas más serían inmortales si no hubiesen alcanzado la altura sólo por momentos, y hubiesen tenido la cultura de los hombres que viven en ella. Cuanto menos una literatura ha sentido la influencia de un supuesto centro de correcta informa-

ción, juicio y gusto, más hallaremos en ella esta nota de provincialismo, y si la tiene por estar lejos de tal centro, al no haberlo se hace todavía más visible y más común. Pues las mayores facultades del entendimiento no bastan al hombre, esas grandes facultades le harán guiarse á sí mismo, y pensar con profundidad, en medio de la ignorancia y vulgaridad que le rodee; pero no conservará su gusto y estilo perfectamente puros y firmes, si permanece demasiado entregado á sí mismo, sin un «soberano órgano de la opinión» en las materias que le ocupan. Aun en hombres como Jeremías Taylor y Burke, se echa de menos. Ved este pasaje del sermón funeral sobre lady Tarbery:

«Del mismo modo que he visto un río, hondo y apacible, pasando con silenciosa corriente y mansa superficie, ir á pagar al *fisco*, á la inmensa tesorería del mar, un tributo liberal y copioso; y muy inmediato á él un arroyuelo, saltando en burbujas y bullicioso, sobre su fondo desigual y cercano; pagando al ajustar su cuenta después de todo su estrépito jactancioso, nada más que la renta de una nubecilla ó el agua que puede contener una vasija, así he comparado algunas veces el fervor de su religión á las solemnidades y exterioridades famosas de la piedad de otras.»

Ese pasaje ha sido muy admirado, y tiene, á la verdad, un ingenio innegable. Por mi parte diría que el ingenio, divinidad que dirige la poesía, estuvo demasiado solícito, y la inteligencia, divinidad que dirige la prosa, no lo fué

bastante. Pero nadie que tenga en su mente los mejores modelos de estilo, puede dejar de advertir la nota de provincialismo, la falta de sencillez, de medida y de todas las cualidades que hacen clásica á la prosa. Si no advierte lo que digo, que coloque al lado del pasaje de Taylor este del panegírico de San Pablo, de Bossuet, contemporáneo de Taylor:

*«Il ira, cet ignorant dans l'art de bien dire, avec cette locution rude, avec cette phrase qui sent l'étranger, il ira en cette Grèce polie, la mère des philosophes et des orateurs; et malgré la résistance du monde, il y établira plus d'Eglises que Platon n'y a gagné de disciples par cette éloquence qu'on a crue divine.»*

Aquí tenemos prosa sin nota de provincialismo, prosa clásica, prosa del centro.

O leed á Burke, nuestro prosista inglés más ilustre, á mi juicio; ved su manera de expresarse:

«Ofuscados ellos mismos, como toros que cierran los ojos para embestir, empujan con las puntas de las bayonetas á sus esclavos, no menos cegados, por cierto, que sus dueños y poniendo en circulación sus invenciones, como cosas de valor corriente, les hacen tragar píldoras de papel á la dosis de treinta y cuatro millones de libras esterlinas.»

O esto:

«Ellos lo usaban (el nombre real) como una especie de cordón umbilical para alimentar su abortada prole desde las entrañas de la realeza misma, ahora que el monstruo provee por' sí á

su subsistencia, únicamente lo llevará como una marca, como una señal de haber sido arrancado del vientre que lo engendró.»

O esto:

«Sin la pena natural, él (Rousseau) arroja como si fuesen desperdicios de basura el fruto de sus asquerosos amores, enviando sus hijos á la inclusa.»

O esto:

«Confieso que jamás me ha gustado esta continua charla de resistencia y revolución, ni la costumbre de hacer su pan de cada día con la medicina extrema de la constitución. Eso hace el trato social peligrosamente valetudinario, es tomar dosis de mercurio sublimado periódicamente, y tragar repetidos estimulantes de cantáridas por amor á la libertad.»

Encuentro que esto es una prosa extravagante, entregada á su capricho y tolerada en demasía, muy alejada del centro del buen gusto, y por consiguiente, con la nota de provincialismo. Las gentes acaso repliquen que es rica en colorido. Sí, así es en efecto; es prosa *asiática*, como dirían los antiguos críticos, prosa rica y sobrecargada de barbarismos. Pero la prosa verdadera y pura es la *ática*.

Pues la prosa de Addison es *ática*. Y entonces, ¿dónde está su nota de provincialismo? Contesto, en la vulgaridad de las ideas (1). Es asunto que vale la

(1) Un crítico dice que esto es paradójico, y arguye que muchos académicos franceses de segundo orden han expresado las ideas más vulgares. Convengo en eso; pero Addison no es un hombre de segundo orden. No diré que sea como Pascal, pero de cualquiera manera,

pena de una observación. Addison pretende ir á la cabeza de la fila como moralista. Para hacer eso debéis tener ideas de primer orden sobre vuestro objeto—las mejores ideas asequibles en vuestro tiempo—como también ser capaz de expresarlas en un estilo perfectamente puro y seguro. De otro modo mostraréis en esa materia la distancia en que estáis del centro de las ideas, sois provinciano en vuestra materia, aunque no lo seáis en el estilo. Poco importa comparativamente expresarse uno bien, si sólo se expresan ideas vulgares; el problema es expresar ideas nuevas y profundas en estilo perfecto, puro y clásico. En cada siglo, el que hace eso, es el clásico verdadero. Y Addison no tiene sobre asuntos morales la fuerza de ideas de los moralistas de primera clase; de los moralistas clásicos no tiene la superioridad en las ideas de su tiempo que entonces flotaron en el aire y fueron después acogidas por los espíritus refinados: en sagacidad, eficacia y delicadeza de pensamiento no tiene comparación con Pascal ó La Bruyère ó Vauvenargues; en este punto, más bien está al nivel es de la categoría de La Bruyère y de Vauvenargues: ¿por qué no se pone á su nivel? Yo digo que es por el medio en que se encuentra, por el medio ambiente en que vive y trabaja, ambiente que es adverso, ó más bien, que *tiende* á serlo (pues ese es el modo más verdadero de suponerlo) tanto en el estilo como en las ideas; tiende á igualar á un hombre de gran capacidad, sea á un Mr. Carlyle ó sino á un Mr. Macaulay.

No obstante, hay que observar que el estilo de Mr. Macaulay ha sufrido menoscabo por falta también de ideas, y no puede decirse esto de Addison.

de un hombre como Marmontel. Por eso, digo que tiene como moralista la nota de provincialismo; lo es en su asunto aunque no en el estilo.

Aclararé mis palabras con un ejemplo. Addison, como moralista, dice sobre estabilidad en la fe religiosa: «Los que se recrean en leer libros de controversia, llegan raras veces á tener una perseverancia en la fe fija y serena. La duda que se aquietó revive á través, y se manifiesta en nuevas dificultades; y por esta razón, es por lo que la imaginación, que se agita en controversias y disputas, está pronta á olvidar las razones que la tranquilizaron y á inquietarse con la perplejidad anterior al aparecer en otra forma ó ser suscitada por diferente causa.»

Puede decirse que es inglés clásico, perfecto en lucidez, modo y propiedad. No tengo objeción que hacer; pero, á mi vez, digo que la idea expresada es de todo punto trivial y estéril, y que es una nota de provincialismo en Addison, el hombre á quien una nación presenta como uno de sus insignes moralistas, no tener una idea de más fundamento y más efecto sobre este importante asunto. Comparad estas palabras, sobre el mismo argumento, de un moralista de primer orden, que en realidad es del centro por sus ideas, Joubert: «*L'expérience de beaucoup d'opinions donne à l'esprit beaucoup de flexibilité et l'affermi dans celles qu'il croit les meilleures.*» ¡Con qué llamarada de luz ilumina eso el tema! ¡Cómo nos deja meditando! ¡Qué sincera contribución es para la ciencia moral!

En suma, donde no hay un centro como una academia, si tenéis ingenio y vigorosas ideas, no por eso estáis en disposición de poseer el mejor estilo; si tenéis precisión de estilo y no ingenio, no sois idóneo en las mejores ideas.

Además, el espíritu provinciano exagera el valor de sus ideas por falta de no tener á la mano una elevada norma para probarlas. O más bien, por no tener tal norma, da demasiado valor á una idea á espensas de otras; las ordena mal; la fantasía lo atropella, y le agradan y desagradan con demasiada pasión y exclusivismo. En la admiración llora lágrimas histéricas, y en la desaprobación echa espumarajos de cólera. Por eso tenemos en la literatura dos maneras: la *volcánica* y la *agresiva*; la primera prevalece en nuestra crítica, y la última en nuestros periódicos. Pues no teniendo la lucidez de una vasta inteligencia colocada como punto central, el espíritu provinciano no tiene su benignidad; no persuade, hace la guerra; no tiene urbanidad, el tono de la ciudad, del centro, que siempre aspira á un efecto intelectual, y no excluyendo el uso de la zumba no la separa de la cortesía y de la afabilidad. El tono provinciano es más violento y parece pretender más bien hacer efecto en los sentidos materiales que sobre el espíritu y la inteligencia; le gusta más pegar fuerte que persuadir. El periódico, con su espíritu de partido, su marcha y su manera resuelta de evitar matices y distinciones, sus artículos sucintos,

punzantes y recargados, su estilo que en nada se parece á ese estilo, *lenis minimèque pertinax*—comedido y sin insistir con demasiada violencia—que los antiguos admiraban tanto, es su verdadera literatura; al espíritu provinciano le gusta en el periódico justamente lo que lo hace de mal alimento, precisamente lo que hizo decir á Goëthe cuando se le apremió acerca de la inmoralidad de los poemas de Byron, que después de todo no eran tan inmorales como los periódicos. Los franceses hablan de la *brutalité des journaux anglais*. Lo que les sorprende viene de las tendencias inherentes á periódicos escritos sin tener en Inglaterra un centro de espíritu inteligente y cortés que les contenga, y ser más bien estimulados por estar en contacto con el espíritu provinciano. Hasta un periódico como la *Revista del Sábado*, ese antiguo amigo nuestro, periódico que aspira expresamente á la exención del vulgar espíritu de sus colegas, pretendiendo ser una especie de órgano de la razón—y por esto merece mucha gratitud y ha hecho gran bien—hasta la *Revista del Sábado*, replicando á alguna crítica extranjera sobre nuestras precauciones contra la invasión, cae en un tono de este género: «Nos parece que hacer esto (tomar estas precauciones), es eminentemente digno de una gran nación, y hablar de eso, como indigno de una nación poderosa, nos parece eminentemente digno de un gran tonto.»

A cosas así se refieren los franceses cuando hablan de la *brutalité des jour-*

*nauv anglais*; ved ahí un estilo tan apartado de la cortesanía como es posible, con la nota que yo llamo de provincialismo. Y no dejade observarse con frecuencia la misma nota en las ideas de este periódico, lleno como está de entendimiento y habilidad; se permite ciertas ideas fijas que prevalecen demasiado en absoluto. No hablaré del presente inmediato, pero volviendo un poco atrás, ha hecho la crítica que tanto disgustaba al Emperador de los franceses, que tanto desagrada al objeto de mis presentes observaciones, las academias; la crítica, que fué tan apasionada del elemento alemán en nuestra nación y en todas partes, que aprieta los dientes si uno dice *Charlemagne* en lugar de *Carlos el Grande*, y, en suma, que veía todas las cosas en el teutonismo como Malebranche las veía todas en Dios. Cierto que cualquiera puede muy bien encontrar faltas en el emperador Napoleón ó en las academias, y mérito en el elemento alemán; pero es una nota de provincialismo no apoyar ideas de este género con más serenidad sin alborotarse por ellas y sin convertirlas en manías.

En Inglaterra hubo necesidad de un milagro de ingenio como el de Shakespeare para producir una balanza de entendimiento, y un milagro de delicadeza intelectual como la del Dr. Newman para producir la urbanidad de estilo. Como se nota en nuestro alrededor la falta de una balanza en una y otra cosa, ¡cuánto, sin duda, se echa de menos en nosotros mismos, en cada uno de nosotros!; pero tal como está

constituido el linaje humano, puede verlo más claro en sus contemporáneos. Y, sobre todo, deberíamos reflexionar por qué razón ellos y nosotros estamos expuestos á las mismas influencias; y vale más hacer las consideraciones fijándose en un contemporáneo de talento esclarecido, porque con eso siente uno más lo que le desmerece, y comprende mejor cuán superior sería libre de ellas. Hay que pensar en la diferencia de cómo sería Mr. Ruskin ejerciendo su ingenio, y cómo es ejerciendo su inteligencia al considerar el colorido y la belleza de esto.

« Al pasear, en tiempo de primavera, por las praderas que se extienden en declive desde las orillas de los lagos suizos hasta el principio de las colinas, ved cómo crece la hierba, espesa y lozana, mezclada con las más erguidas gencianas y los lirios blancos; y cuando seguís las tortuosas sendas de las montañas, bajo las frondosas bóvedas que forman las arqueadas ramas cubiertas de flores—sendas que serpenteando por las verdes eminencias y mesetas descenden en ondulaciones perfumadas hasta las azuladas aguas, junto á las que se ven aquí y allá montones de heno recién segado embalsamando el aire con el olor más suave—mirad hacia las montañas más altas, donde las ondas de un verde eterno se mueven silenciosamente en sus distantes espesuras entre las sombras de los pinos...»

Eso es lo que hace la imaginación, el sentimiento, el temperamento de Mr. Ruskin, la parte original é inco-

municable, ¡y cuán exquisita es! Todo lo que le sería posible sugerir á la crítica como objeción, sería quizá que Mr. Ruskin hace más de lo que puede para escribir en prosa; que lo que intenta así, sólo en la poesía es capaz de cumplirlo á su completa satisfacción; pero lo hace con tal galanura, que el crítico puede vacilar al hacer la advertencia. Colocad al lado de este fragmento encantador otro acerca de los nombres de los personajes de Shakespeare, donde la inteligencia y criterio de Mr. Ruskin, la parte comunicable, adquirida, enseñada, está en juego y ved la diferencia:

«De los nombres de Shakespeare hablaré después con más despacio: son curiosos, y á menudo con barbarismos mezclados de varias tradiciones é idiomas. Tres de significado más claro han sido ya anotados. Desdémona, *suerte desdichada*, es también bastante sencillo. Otelo es, según creo, el receloso; toda la calamidad de la tragedia nace del único defecto y error en su magnífica fuerza reunida. Ofelia, servicial, la ingenua esposa perdida para Hamleto, tiene un nombre griego como el de su hermano Laertes; y su significación alude á la vez de un modo delicado á la última palabra de ese hermano sobre ella, que opone su dulce encanto á la inutilidad del grosero clero: «mi hermana será un ángel de *caridad*, mientras tú molestas aullando». Hamleto está, en mi creencia, relacionado con recto; pues el completo enredo de la tragedia está en hacer traición al respeto del hogar. Hermio-

ne, como columna, Titania la reina; Benedick y Beatriz, bendita y bendición; Valentina y Proteo, perseverante ó fuerte (*valens*) y veleidosa. Yago y Yachimo tienen evidentemente la misma raíz, es probable que sea el Yago, Jacobo, español, el suplantador.»

¡Qué trozo extravagante es todo ese! no diré que el significado de los nombres de Shakespeare (dejo aparte la cuestión cuanto á la corrección de las etimologías de Mr. Ruskin) no haga algún efecto á primera vista, pero darle ese grado de preeminencia es soltar las riendas á la fantasía, olvidar toda moderación y proporción para perder la balanza del entendimiento. Es para mostrar en la crítica la nota de provincialismo al mayor grado.

Además, ahí está Mr. Palgrave, dotado ciertamente de un tacto crítico muy delicado: su *Tesoro de oro* lo prueba en abundancia. El orden del plan trazado para esa obra, el modo con que siguió su plan, la incorporación para aumentar su continuación con dos composiciones como las de Wordsworth y Shelley que forman los volúmenes 285 y 286 de su colección, demuestran una delicadeza de sentimiento en estas materias que es sin disputa extraordinaria. Y sus notas están llenas de observaciones que también lo hacen ver. Lo más sorprendente son ciertas extravagancias en la crítica de Mr. Palgrave, asociadas á tan justo criterio, que se pueden achacar á la aislada posición del crítico en este país, á sentirse demasiado entregado á sí mismo, sin



ninguna autoridad central que represente la cultura elevada y el sano criterio, por la cual pueda ser, por un lado, como ratificado contra los ignorantes, y por otro contenido, cuando se incline á tomarse libertades. Me refiero á tales cosas como esta nota al tratar de Milton: «El ilustre conquistador Emathian mandó conservar...»

«Cuando Tebas fué destruida, Alejandro ordenó que se conservase la casa de Píndaro. *El era tan incapaz de apreciar al poeta, como Luis XIV de apreciar á Racine; pero aun el entendimiento limitado y bárbaro de Alejandro comprendió la ventaja de un acto ostentoso de homenaje á la poesía.* Una nota como esa, la llamo un capricho ó una violencia; si esta comparación burlesca de Alejandro y Luis XIV, tan poco conforme á la manera de ver corriente, es mala—si el modo de ver corriente es, después de todo, el más verdadero—la nota es un capricho; pero aun siendo justo el propósito de menosprecio, la nota es una violencia; pues abandonando la ingenua manera de la acción intelectual, la persuasión, la insinuación de la convicción sorprende é irrita al oyente, por contradecir sus ideas fijas y familiares sin una palabra de prueba ó preparación; y esto no es más que una violencia. En cualquier caso, la propiedad, la medida, la centralización, que es el alma de todo crítico bueno, se pierde mostrando la nota de provincialismo.

De esta suerte, en el famoso *Hand-book*, se notan señales de un fino criterio, pero también las hay de la falta

de una balanza segura, del sostén y restricción que da el saber que habla uno delante de jueces justos y severos. Cuando á Mr. Palgrave le desagrade una cosa, no siente la presión que le contenga, sea para probar con más atención su aversión ó para expresarla con moderación; no se para en barras, hace ver su desagrado como quiere, y su criterio y su estilo ganarían si estuviesen más sujetos. «El estilo que ha llenado á Londres con la monotonía apagada de las calles de Gower ó de Harley, ó la insípida vulgaridad de Belgravia, Tyburnia y Kensington; que ha penetrado en París y en Madrid con las febles frivolidades de la calle de Rivoli y la calle de Toledo.» Le desagrade la arquitectura de la rue Rivoli, y la pone al nivel de la arquitectura de Belgravia y Gower Street; las reúne en una sola condenación, pierde de vista el matiz, la distinción, que es el todo en eso, á saber: la distinción de que la arquitectura de la rue Rivoli expresa ostentación, esplendor y placer, cosas indignas quizá de expresarse solas y á su manera, pero que las expresa; mientras que la arquitectura de Gower Street y Belgravia sólo expresan la impotencia del arquitecto para expresar nada. Después, en cuanto al estilo, «la escultura que prevalece en contraste con la de Woolner con dificultad es más ignominiosa que divertida... pasando de Davy ó Faraday al arte del juglar ó á la ciencia de machamartillo... es la vieja y antigua historia de Marochetti, la rana tratando de hincharse hasta las

dimensiones de un toro; se hincha cuanto puede, pero no llegará á eso. Todos recordamos qué turbión de amonidades llovieron sobre el pobre M. Marochetti. Además, Mr. Palgrave nos da oportunidad para formar un contraste que nos haga ver lo que es la presencia de una academia para el estilo; pues cita una crítica de M. Gustavo Planche sobre este mismo Marochetti. M. Gustavo Planche era un crítico de primer orden, con opiniones resueltas que expresaba con severidad; condenaba también la obra de M. Marochetti, y Mr. Palgrave le llama como testigo para justificar lo que dice; la traducción de Mr. Palgrave no exagerará la urbanidad de Mr. Planche, tratándose de M. Marochetti, pero aun en esta traducción, se ve la diferencia en sobriedad y moderación entre el crítico que escribe en París y el que escribe en Londres. «Estas condiciones son tan elementales, que no puedo comprender cómo M. Marochetti las ha descuidado. Son soldados como los de plomo con que juegan los niños pequeños; es casi imposible conjeturar si hay un cuerpo debajo del uniforme. Esta no es cuestión de estilo, ni siquiera de gramática; no es más que el alfabeto del arte. Quebrantar estas condiciones es lo mismo que ignorar cómo se escribe.»

Esa es una crítica más formidable que la de Mr. Palgrave, y sin embargo, ¡qué estilo tan perfectamente templado! La ventaja que tiene M. Planche, es que sabe que está hablando delante de jueces competentes, que apela á una fuerza de opinión ilustrada. Por esta

razón, no necesita ser extravagante prorrumpir en invectivas; debe satisfacer la razón y el gusto, esa es su tarea. Mr. Palgrave, por su parte, siente que está hablando delante de una multitud confusa, con los pocos jueces justos tan esparcidos como sin autoridad; por lo cual, no tiene serena confianza ni dominio sobre sí mismo; se apoya en la fuerza de sus pulmones, sabe que las pabras fuertes se imponen al populacho, y que si son ultrajantes, los que le oyen están dispuestos á decir aún más (1). Los dos primeros volúmenes de la *Invasión de la Crimea* de Mr. Kinglake, fueron ciertamente de los que han tenido más éxito y renombre entre los libros ingleses de nuestro tiempo. Su estilo era de lo mejor en ellos, y sin embargo, ¡qué falta evidente en el estilo de Mr. Kinglake en este modo de recargar de que ya he hablado! Mr. James Gordon Bennett, del *New York Herald*, dice, según creo, que la mayor hazaña de la inteligencia humana es conseguir lo que él llama «un buen editorial». Esto no es así del todo; pero si lo fuese, ¿á qué altura estarían esos dos volúmenes de Mr. Kinglake? Ya he hablado de los estilos ático y asiático; hay además el corintio, que es el estilo para «un buen editorial» y Mr. Kinglake ha alcanzado en él la perfección. No tiene vehemente calor, el alegre movimiento y suave flexibilidad de la

(1) Cuando escribí esto tenía á la vista la primera edición del *Handbook* de Mr. Palgrave. Estoy obligado á decir que se han suprimido en la segunda edición muchas de las palabras duras, y que su estilo queda suavizado.

vida, como la tiene el ático, ni la recargada abundancia y encumbrado tono del asiático; tiene brillo sin calor, volubilidad sin facilidad y eficiencia sin encanto. Su cualidad es no tener *alma*; para lo que existe es para llegar á sus fines, decir sus agudezas y hacer daño á sus adversarios, para ser admirado y triunfar. Un estilo tan inclinado á hacer efecto á expensas del alma, sencillez y delicadeza, tan poco estudioso del encanto de los buenos modelos, tan lejos de la verdad y gracia clásicas, puede decirse que tiene la nota de provincialismo. Aunque el talento de Mr. Kinglake es en realidad eminente, y tan en armonía con nuestras tendencias y hábitos intelectuales, que, para la mayor parte del pueblo inglés, las faltas de su estilo le parecen méritos, lo que se necesita más es que la crítica no se ofusque por ellos.

No debemos comparar á un hombre del talento literario de Mr. Kinglake con escritores franceses como M. de Bazancourt. Debemos compararlo con M. Thiers. ¡Y qué superioridad de estilo tiene M. Thiers, por haber sido formado con severas tradiciones y saludables influencias de límite! Aun en este tiempo de Mr. James Gordon Bennett, su estilo no tiene nada de corintio, su ligereza y brillantez lo hacen casi ático. No obstante, no lo es del todo, no tiene la infalible seguridad del gusto ático.

Algunas veces se le calienta la cabeza con los humos del patriotismo, y entonces traspasa la línea, pierde la moderación, declama, y hace asomar una sonrisa momentánea. Francia con-

denada «à être l'effroi du monde, dont elle pourrait être l'amour». César, á quien M. Thiers admira tanto por su exquisita sencillez, no hubiera escrito eso. Si se me permite decirlo así, hay un mínimo toque de fatuidad en tal lenguaje, de esa falta de buen sentido que viene de demasiada vehemencia y satisfacción propia. Pero comparad este lenguaje con el del mariscal Saint-Arnaud de Kinglake «despedido de la presencia» de lord Raglan ó lord Stratford, «intimidado y aplastado» con sus «severas censuras», ó bajo «la majestad del ceño de Kanning, el gran Elchi y los gruesos labios inhumanos». La falta de buen sentido y buen gusto va más allá de lo que los franceses dan á entender por *fatuity*; lo llamarían con otra palabra que expresase un defecto de perturbada inteligencia, palabra para la que no tenemos equivalencia exacta en inglés, *bête*. Es la diferencia de un exceso de buen carácter venial y momentánea, en un hombre de mundo, de una debilidad amable y social, la vanidad; y un error serio, fijo, violento, mezquino y provinciano, de todo el valor relativo de las cosas de unos y de las de otros. Tan perjudicial para el estilo puede ser la falta total de freno, aun para el hombre más despejado.

En todo lo que he dicho, no pretendo que los ejemplos dados prueben mi regla cuanto á la influencia de las academias; sólo la explican. Es probable que podrían hallarse contra ella muchos otros; la verdad de la regla depende, sin duda, en si la balanza de

todos los ejemplos está ó no en su favor, pero herir actualmente esta balanza queda siempre fuera de cuestión. Aquí, como en todas partes, la regla, la idea, si es verdadera, se recomienda por sí sola á los prudentes, y luego los ejemplos se la ponen más claro. Este es el verdadero uso de los ejemplos, y esto sólo es el propósito que yo me he propuesto. Hay también otro punto en toda la cuestión: el de la acción perjudicial y restrictiva que pueden tener las academias; pero este punto más bien les toca estudiarlo á los franceses y no á nosotros.

El lector preguntará por alguna conclusión definitiva acerca del establecimiento de una academia en este país, y acaso con dificultad le daríamos la que espera. Pues las naciones tienen sus propios modos de obrar, y éstos no se cambian fácilmente; están consagrados, cuando se han hecho grandes cosas por medio de ellos. Cuando una literatura ha producido á Shakespeare y á Milton, cuando ha producido á Barrow y á Burke, no puede abandonar del todo sus tradiciones; en el día de hoy, con dificultad puede empezar con una institución como la Academia Francesa. Creo que las academias, con una mira limitada, especial y científica, en las diversas ramas del trabajo intelectual—como, por ejemplo, las de Berlín—con el tiempo probablemente las estableceremos. Y

no hay duda de que harán bien; de que la presencia de tales centros de información influyente y correcta, tenderá á levantar entre nosotros el modelo para lo que hemos llamado el *obrero de la literatura*, y nos libraré del escándalo de diccionarios biográficos, tales como el de Thalmers, ó de traducciones como una reciente de Spinoza, ó quizá de caprichos filológicos como el de Mr. Forster acerca del primitivo lenguaje. Pero una academia como la francesa, un órgano soberano de la opinión literaria más elevada, una autoridad reconocida en materias de tono y gusto intelectual, difícilmente la tendremos, y acaso no debemos desear tenerla. Pero por esta razón, cada uno de entre nosotros, con alguna disposición para la literatura, hará bien en recordar á cuántos desaciertos y excesos estamos sujetos de los que una academia tiende á corregir; y más propensos, por supuesto, por no tenerla. Hará bien en precaverse constantemente respecto á éstos, en ampliar con firmeza su cultura y reprimir severamente el espíritu provinciano; y lo hará tanto mejor, cuanto más conserve en la memoria que toda glorificación de nosotros mismos y de nuestra literatura, por el estilo de las palabras que cité de lord Macaulay al comenzar estas observaciones, es muy vulgar, y, además de ser vulgar, es un atraso.

MATEO ARNOLD.

# LA PARTIDA DE CHAQUETE

## CUENTO

**L**as velas pendían inmóviles, pegadas á los palos; el mar estaba liso como un espejo; hacía un calor asfixiante, una calma desesperadora.

Muy pronto se agotan en un viaje por mar los recursos para recrearse que pueden tener los pasajeros de un buque. Harto se conocen unos á otros ¡ay! cuando han pasado juntos cuatro meses en una casa de madera de ciento veinte pies de longitud. Cuando veis acercarse al primer teniente, ya sabéis de antemano que os hablará de Río-Janeiro, de donde viene; y después, del famoso puente de Essling, que vió hacer por los marinos de la guardia imperial, de los cuales formaba parte. Al cabo de quince días conocéis hasta las muletillas que usa al hablar, la puntuación de sus frases, las diferentes entonaciones de su voz. ¿Cuándo ha dejado nunca de pararse con tristeza después de pronunciar por primera vez en su relato esta palabra, *el emperador*... «¡¡¡Si le hubiesen Vds. visto entonces!!!» (tres signos de admiración) —añade invariablemente. ¡Y el episodio del caballo del trompeta! ¡Y la bala de cañón que rebota y se lleva una cartuchera donde había por valor de siete mil quinientos francos en oro y alhajas, etc., etc.! El segundo teniente es un gran político; comenta todos los días el último número de *El Constitucional*, que ha traído de Brest; ó si abandona las sublimidades de la política

para descender á la literatura, os regalará el oído con el análisis de la última zarzuelilla que ha visto representar. ¡Santo Dios!... El comisario de marina tenía una historia muy interesante. ¡Cómo nos encantó la primera vez que hubo de relatarnos su fuga del pontón de Cádiz! Pero al repetirla por vigésima vez, á fe mía, ya no era posible aguantar más... ¿Y los alféreces y los guardias marinas? El recuerdo de sus conversaciones me pone los pelos de punta. En cuanto al capitán, por lo común es el menos fastidioso de á bordo. Con su carácter de comandante despótico, se halla en secreta hostilidad contra todo el estado mayor. Veja y oprime algunas veces, pero hay cierto placer en decir pestes de él. Si tiene alguna manía cargante para sus subordinados, tiénesse el gusto de ver en ridículo á su superior, y al fin y al cabo eso consuela un poco.

A bordo del buque en que iba yo embarcado, los oficiales eran las mejores personas del mundo, todos ellos unos pobres diablos, que se querían como hermanos, pero se aburrían á más y mejor. El capitán era el más dulce de los hombres y nada quisquilloso, lo cual es una rareza. Siempre dejaba sentir á despecho suyo, su autoridad dictatorial. Sin embargo, ¡qué largo me pareció el viaje, y sobre todo esa calma que reinó en torno nuestro pocos días antes de ver tierra!...

Un día, después de la comida, que la

falta de ocupación nos hizo prolongar todo el tiempo humanamente posible, estábamos todos reunidos en el puente, esperando el espectáculo monótono, pero siempre majestuoso, de una puesta de sol en el mar. Unos fumaban, otros volvían á leer por vigésima vez alguno de los treinta tomos de nuestra mezquina biblioteca; todos bostezaban hasta saltárseles las lágrimas. Un alférez sentado junto á mí divertíase, con toda la gravedad de una ocupación seria, en dejar caer con la punta hacia abajo sobre las tablas del combés el puñal que los oficiales de marina suelen llevar con el uniforme de diario. Es un entretenimiento como otro cualquiera y exige habilidad para que la punta se clave verticalmente en la madera. Deseoso de hacer lo mismo que el alférez, y no teniendo yo puñal, quise que el capitán me dejase el suyo, pero me lo negó. Tenía en particular aprecio aquel arma, y hasta le hubiese incomodado verla servir para tan fútil recreo. Ese puñal había pertenecido en otro tiempo á un valeroso oficial, muerto desgraciadamente en la última guerra... Comprendí que iba á narrarse una historia, y no me equivoqué. El capitán dió comienzo sin hacerse rogar. En cuanto á los oficiales que nos rodeaban, como cada uno de ellos conocía al dedillo los infortunios del teniente Roger, emprendieron en seguida una prudente retirada. He aquí, poco más ó menos, cuál fué el relato del capitán:

«Cuando conocí á Roger (me llevaba tres años de edad), él era teniente y yo alférez. Les aseguro á Vds. que era uno de los mejores oficiales de nuestro cuerpo; tenía además un corazón excelente, ingenio, instrucción y talento; en una palabra, era un joven encantador, aunque por desgracia un poco altivo y susceptible, lo cual creo que dependía de ser hijo natural y temía que su nacimiento le hiciese perder consideración en la sociedad. Pero, en honor de la verdad, el mayor de todos sus defectos era un deseo violento y

continuo de ser el número uno en todas partes donde se hallase. Su padre, á quien nunca había visto, le pasaba una pensión que hubiera sido más que suficiente para sus necesidades, si Roger no hubiese sido la generosidad personificada. Todo cuanto tenía era de sus amigos. Así que cobraba su trimestre, nunca dejaba de ir á verle alguno con cara triste y mustia.

—Bueno, compañero de glorias y fatigas, ¿qué tienes?—le preguntaba. —Tu aspecto es de no poder hacer mucho ruido al pegarte en los bolsillos. Vamos, aquí está mi bolsa: coge lo que necesites y vente conmigo á cenar.

Llegó á Brest una actriz muy guapa, llamada Gabriela, quien no tardó en hacer conquistas entre los marinos y los oficiales de la guarnición. No era de una hermosura cabal; pero tenía esbelto talle, buenos ojos, pie menudo y un aire algún tanto descarado, y todo eso gusta mucho en las latitudes de veinte á veinticinco años. Por añadidura, decíase que era la criatura más caprichosa de su sexo, y su manera de representar no desmentía esa reputación. Unas veces representaba de un modo admirable, como si fuese una actriz de primer orden; y al día siguiente, en la misma obra, estaba fría, insensible, hacía su papel como un niño recita el catecismo. Lo que interesó sobre todo á nuestros jóvenes fué la siguiente historia que de ella se contaba. Parece ser que en París fué querida de un senador muy rico, quien hacia por ella locuras, como suele decirse. Una vez, estando ese hombre en casa de ella se puso el sombrero; Gabriela le rogó que se lo quitase y hasta se quejó de que era una falta de respeto. Echóse á reír el senador, se encogió de hombros y arrellanándose en un sillón dijo: «No tiene nada de particular que esté como me dé la gana en casa de una ramera á quien pago.» Un buen cachete de cuello vuelto, dado por la blanca mano de Gabriela, fué el pago inmediato de esa respuesta, y le tiró el sombrero al otro extremo del

cuarto. De aquí un rompimiento completo. Banqueros y generales habían hechos cuantiosas ofertas á la dama; pero habíalas rechazado todas, y se hizo actriz con el propósito (según su dicho) de vivir independiente.

Cuando la vió Roger y supo esta historia, tuvo para sí que le convenía esa mujer; y con la franqueza un poco brutal de que se nos acusa á nosotros los marinos, he aquí cómo se las arregló para manifestarla cuán impresionados le tenían sus encantos. Compró las flores más bellas y más raras que pudo encontrar en Brest é hizo con ellas un ramo atado con una cinta muy bonita de color de rosa, y en el lazo acomodó con sumo esmero un rollo de veinticinco napoleones de oro: era todo lo que á la sazón poseía. Recuerdo que le acompañé en el escenario durante un entreacto. Dirigió á Gabriela un breve cumplido por la gracia con que llevaba su traje, ofrecióla el ramo y la pidió permiso para ir á verla á su casa. Todo esto lo dijo en cuatro palabras.

Mientras Gabriela no vió más que las flores y el guapo mozo que se las presentaba, se sonrió, acompañando su sonrisa con una reverencia de las más graciosas; pero en cuanto tuvo en las manos el ramillete y notó el peso del oro, su fisonomía cambió con más rapidez que la superficie del mar levantada por un huracán de los trópicos. Y en verdad que no estuvo menos iracunda, porque con todas sus fuerzas arrojó el ramo y las monedas á la cabeza de mi pobre amigo, quien llevó en la cara las señales de ellas durante más de ocho días. Dejóse oír la campanilla del director, entró Gabriela en escena y representó todo al revés.

Luego que Roger hubo recogido el ramo y el rollo de oro con aire muy confuso, fuése al café para ofrecer el ramo (sin el dinero) á la señorita del mostrador, é intentó olvidar á la ingrata bebiendo ponche, sin conseguirlo; y á pesar del despecho que sentía de no poderse presentar con el ojo hecho un tomate, enamoróse locamente

de la colérica Gabriela. La escribía veinte cartas diarias, y ¡qué cartas!, sumisas, tiernas, respetuosas, tales como pudieran dirigirse á una princesa. Las primeras le fueron devueltas sin abrir, y las demás quedaron sin respuesta. Aún conservaba Roger alguna esperanza, cuando descubrimos que la naranjera del teatro envolvía las naranjas en las cartas amatorias de Roger, las cuales le daba Gabriela con refinada mala intención. Esto fué un golpe terrible para la altivez de nuestro amigo. Sin embargo, no disminuyó su pasión. Hablaba de pedir la mano de la actriz; y como se le dijese que el ministro de Marina no daría jamás el consentimiento, exclamaba que se saltaría la tapa de los sesos.

En estas y las otras, aconteció que los oficiales de un regimiento de infantería de guarnición en Brest, quisieron hacer repetir una canción de zarzuela á Gabriela, quien se negó á ello por puro capricho. Aferráronse tanto los oficiales y la actriz á su respectivo antojo, que los unos hicieron bajar el telón á silbidos, y la otra se desmayó. Ya saben Vds. lo que es el público en una ciudad de guarnición. Quedó convenido entre los oficiales, que en el día inmediato y los siguientes, sería silbada sin remisión, y no se le permitiría representar ni un solo papel, sin que antes diese una satisfacción pública con la humildad necesaria para expiar su culpa. Roger no había asistido á esa representación; pero aquella misma noche supo el escándalo que se produjo en el teatro, así como los proyectos de venganza que se tramaban para el día siguiente. En seguida tomó su partido.

Al otro día, cuando apareció Gabriela en el palco escénico, de las localidades de la oficialidad partieron una gritería y unos silbidos capaces de romper el tímpano. Levantóse Roger, que con toda intención se había puesto muy cerca de los bullangueros, é interpeló á los más alborotadores en términos tan insultantes, que todo el

furor de ellos volvióse al punto contra él. Entonces, con la mayor sangre fría sacó del bolsillo la cartera y apuntó los apellidos de los que le gritaban de todas partes; hubiera aceptado el reto para batirse con todo el regimiento, si por espíritu de cuerpo no se hubiesen presentado gran número de oficiales de marina y no hubiesen desafiado á la mayor parte de sus adversarios. La baraúnda fué verdaderamente espantosa.

Toda la guarnición estuvo arrestada varios días; pero en cuanto quedamos en libertad, hubo terribles cuentas que ajustar. Nos encontramos unos sesenta en el terreno del honor. Roger solo batióse sucesivamente contra tres oficiales; mató á uno de ellos é hirió gravemente á los otros dos, sin sufrir él ni un rasguño. Yo fui menos afortunado, por mi parte: un maldito teniente, que había sido profesor de esgrima, me dió en el pecho una estocada, de la cual poco me faltó para morir. Aseguro á Vds. que fué un hermoso espectáculo el de aquel duelo, ó más bien aquella batalla. La marina salió vencedora en toda la línea, y el regimiento vióse obligado á abandonar á Brést.

Ya se figurarán Vds. que nuestros jefes superiores no olvidaron al autor de la disputa. Durante quince días tuvo centinela en su puerta.

Cuando se le levantó el arresto y salí del hospital, fui á verle. ¡Cuál no fué mi sorpresa al entrar en su casa y verle almorzando á solas con Gabriela! Tenían aspecto de hallarse en perfecta inteligencia desde mucho tiempo atrás. Ya se tuteaban y bebían en la misma copa. Roger me presentó á su querida como su mejor amigo, y la dijo que me habían herido en la especie de escaramuza de que ella había sido causa primera. Esto me valió un beso de aquella hermosa mujer. Esa muchacha tenía inclinaciones enteramente marciales.

Pasaron juntos tres meses muy felices, sin separarse un instante. Gabrie-

la parecía amarle con furor, y Roger confesaba que no había sabido qué es amor antes de conocer á Gabriela.

Entró en el puerto una fragata holandesa, y los oficiales nos convidaron á comer. Bebióse en grande de toda clase de vinos, y alzados los manteles, no sabiendo qué hacer, porque esos señores hablaban muy mal el francés, nos pusimos á jugar. Los holandeses parecían tener mucho dinero, y, sobre todo, su primer teniente quería jugar tan fuerte, que ninguno de nosotros se cuidaba de aceptar su invitación al juego. Roger, que, por lo común, no jugaba, creyó que en aquella ocasión tratábase de sostener el honor de su país. Así, pues, jugó y aceptó todas las posturas que quiso el teniente holandés. Ganó al principio, pero luego perdió. Después de algunas alternativas de ganancia y de pérdida, se separaron sin haber hecho nada. Devolvimos el banquete á los oficiales holandeses, y se volvió á jugar otra vez. Roger y el teniente reanudaron su desafío. Durante varios días se dieron citas, ya en el café, ya á bordo, probando toda clase de juegos, en particular el *chaquete*, y aumentando siempre las puestas, tanto, que llegaron á jugar veinticinco napoleones de oro la partida. Eso era una suma enorme para unos pobres oficiales como nosotros. ¡Más de dos meses de paga! Al cabo de una semana, Roger había perdido todo el dinero que tenía, y además tres ó cuatro mil francos pedidos á préstamo á unos y á otros.

Ya comprenderán Vds. que Roger y Gabriela habían concluido por hacer vida conyugal y tener bolsa común; es decir, que Roger, que acababa de cobrar una fuerte suma por su participación en unas presas hechas, había puesto en la masa común de bienes diez ó veinte veces más que la actriz. Sin embargo, hacíase cuenta siempre que esos caudales pertenecían principalmente á su querida, y no había guardado para sus gastos particulares más que una cincuentena de napoleo-



nes. Se vió obligado á recurrir á estos fondos de reserva para seguir jugando. Gabriela no le hizo la menor observación.

El dinero para la casa llevó el mismo camino que el dinero para el bolsillo. Bien pronto vióse reducido Roger á jugarse los últimos veinticinco napoleones. Tenía terrible deseo de ganar; por eso fué larga y porfiada la partida. Hubo un momento en que teniendo Roger en mano el cubilete, ya no tenía más que una probabilidad para ganar; creo que necesitaba el *seis-cuatro*. Era á una hora avanzada de la noche. Un oficial que les había estado mucho tiempo mirando jugar, concluyó por dormirse en una butaca. El holandés hallábase rendido de fatiga y adormilado; además, había bebido mucho ponche. Sólo Roger estaba bien despierto, y era presa de la más violenta desesperación. Echó los dados temblando. Con tal fuerza los echó sobre el tablero, que con el golpe se cayó al suelo una vela. El holandés volvió primero la cabeza hacia la vela, que acababa de mancharle de cera el pantalón nuevo; después miró los dados. Marcaban el seis y el cuatro. Roger, pálido como la muerte, recibió los veinticinco napoleones. Continuaron jugando. Cambió la racha á favor de mi desgraciado amigo, quien, sin embargo, no hacía más que dejar de apuntarse tantos ganados por él, y encasillar las fichas como si hubiese querido perder. El teniente holandés se empeñó en seguir para desquitarse: dobló, decupló las puestas y perdió todas ellas. Aún me parece estar viéndole: era un mocetón rubio y flemático, cuyo rostro parecía de cera. Por fin se levantó, después de haber perdido cuarenta mil francos, los cuales pagó sin que su fisonomía revelase la menor emoción.

—Lo que hemos hecho esta noche no significa nada—le dijo Roger;—estaba V. medio dormido, no quiero su dinero.

—Bromea V.—respondió el flemáti-

co holandés;—he jugado muy bien, pero la suerte me ha sido adversa. Estoy seguro de poder ganarle á V. siempre, dándole cuatro agujeros de ventaja. ¡Buenas noches!

Dijo y se marchó.

Al día siguiente supimos que, desesperado por su pérdida, se había levantado la tapa de los sesos en su cuarto, después de beber un tazón de ponche.

Los cuarenta mil francos ganados por Roger estaban extendidos encima de una mesa, y Gabriela los contemplaba con una sonrisa de satisfacción.

—¡Somos muy ricos—dijo ella.—¿Qué vamos á hacer con todo este dinero?

Nada respondió Roger; parecía como alelado desde la muerte del holandés.

—Es preciso hacer mil locuras—continuó Gabriela.—Dinero ganado con tanta facilidad debe gastarse lo mismo. Compremos una carretela, y mofémonos del prefecto marítimo y su mujer. Quiero tener diamantes y cachemiras. Pide licencia y vamos á París. ¡Aquí no conseguiremos acabar nunca con tanto dinero!

Detúvose para observar á Roger, quien, con los ojos fijos en el suelo y la cabeza apoyada en una mano, no la había oído y parecía dar vueltas en la cabeza á los más siniestros pensamientos.

—¿Qué demonios tienes, Roger?—exclamó ella, apoyando una mano sobre su hombro.—Parece que estás de monos conmigo; no puedo sacarte del cuerpo ni una palabra.

—¡Soy muy desgraciado!—dijo por fin, reprimiendo un suspiro.

—¡Desgraciado! Dios me perdone; pero ¿tendrás remordimientos por haber desplumado á ese gordo *mynheer*?

Roger levantó la cabeza y la miró con ojos extraviados.

—¿Qué importa—prosiguió ella—qué importa que haya tomado la cosa por lo trágico y que se haya levantado la tapa de los pocos sesos que tenía? No me conduelo de los jugadores que pierden, y lo cierto es que su dinero está

mejor en nuestras manos que en las suyas: lo hubiera gastado en beber y fumar, mientras que nosotros haremos mil extravagancias á cual más elegantes.

Paseábase Roger por el aposento con la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos medio cerrados y llenos de lágrimas. Les hubiera dado á Vds. lástima si le hubiesen visto.

—¿Sabes que gentes no conocedoras de tu sensibilidad caballeresca—le dijo Gabriela—podrían creer que has hecho trampas?

—¿Y si fuese verdad eso?—exclamó él con voz sorda, parándose delante de ella.

—¡Bah!—respondióle sonriéndose.—No tienes maña bastante para hacer trampas en el juego.

—Sí, las he hecho, Gabriela. ¡He cometido fulleras, como un miserable que soy!

Comprendió ésta en su emoción que decía la verdad. Sentóse en un sofá y permaneció sin hablar en un rato; por fin, dijo con voz muy conmovida:

—Mejor querría que hubieras muerto á diez hombres, que no hubieses hecho trampas al juego.

Reinó un mortal silencio de media hora. Ambos estaban sentados en el mismo sofá, y no se miraron ni una sola vez. Roger fué el primero en levantarse, y la dió las buenas noches con una voz bastante sosegada.

—Buenas noches—respondióle ella con tono seco y frío.

Después me dijo Roger que se hubiera matado aquel día mismo, á no temer que nuestros camaradas adivinasen la causa de su suicidio. No quería que su memoria fuese infame.

Al día siguiente, Gabriela estuvo tan alegre como de costumbre; hubiérase dicho que había olvidado ya la confianza de la víspera. En cuanto á Roger, se había vuelto sombrío, caprichoso, arisco; apenas salía de su cuarto, evitaba la presencia de sus amigos, y á menudo pasaba días enteros sin dirigir una palabra á su querida. Atribuía yo su tristeza á una sensibilidad respe-

table, pero excesiva, y varias veces intenté consolarle; pero trataba de despistarme, afectando una gran indiferencia hacia su desgraciado compañero de juego. Un día, hasta tuvo una violenta salida contra la nación holandesa, y quiso sostenerme que no podía haber en Holanda ni un solo hombre honrado. Sin embargo, informábase en secreto acerca de la familia del teniente holandés; pero nadie pudo darle noticias.

Seis semanas después de aquella desdichada partida de *chaquete*, Roger encontró en el cuarto de Gabriela una carta escrita por un guardia marina, quien parecía darla gracias por favores que ella le había hecho. Gabriela era el desorden personificado, y dejó esa carta encima de la chimenea. No sé si habría sido infiel; pero Roger lo creyó, y su cólera fué espantosa. Su amor y un resto de orgullo eran los únicos sentimientos que podían adherirle aún á la vida, y el más fuerte de sus sentimientos iba á quedar así repentinamente destruido. Abrumó á insultos á la orgullosa cómica; y violento de carácter como era, yo no sé cómo no la pegó.

—Sin duda—la dijo—ese chisgarabís te habrá dado mucho dinero. Es la única cosa que vosotras queréis, y otorgarías tus favores al más sucio de nuestros marineros si tuviese con qué pagarlos.

—¿Y por qué no?—respondió fríamente la actriz.—Sí; me haría pagar por un marinero... pero... *no le robaría*.

Roger exhaló un grito de rabia. Sacó tembloroso el puñal, y por un instante miró á Gabriela con ojos enloquecidos; luego, haciendo el mayor esfuerzo sobre sí propio, tiró el arma á sus pies y escapóse del aposento, para no ceder á la tentación que le asediaba.

Aquella misma noche pasaba yo muy tarde por delante de su casa, y al ver luz en sus habitaciones, entré para pedirle prestado un libro. Le encontré ocupadísimo en escribir. No se movió de su sitio, y apenas pareció darse

cuenta de mi presencia en su cuarto. Me senté junto á su escritorio y contemplé sus facciones: tan alteradas estaban, que á cualquiera otro que no fuese yo, le hubiera costado trabajo conocerle. De pronto vi encima de la mesa una carta cerrada ya y dirigida á mí. La abrí en seguida: anunciábase Roger que iba á poner término á sus días, y me encargaba diferentes comisiones. Mientras iba yo leyendo, no cesaba de escribir él, sin cuidarse de mí: de Gabriela era de quien se despedía... Comprenderán Vds. cuál fué mi asombro y lo que hube de decirle, confundido como me quedé con su resolución.

—¡Cómo! ¿Quieres matarte, tú que eres tan feliz?

—Amigo mío—me dijo cerrando la carta—no sabes nada; no me conoces, soy un bribón; tan despreciable soy, que me insulta una prostituta, y tan convencido estoy de mi bajeza, que no tengo ánimos para pegarla.

Entonces me refirió la historia de la partida de *chaquete*, y todo lo que ya saben Vds. Al oírle, estaba yo tan emocionado, por lo menos, como él, y no supe ni qué decirle; le apreté las manos con lágrimas en los ojos, pero sin poder hablar. Por fin, se me ocurrió la idea de convencerle de que no tenía que acusarse de haber causado la ruina del holandés voluntariamente, y que después de todo, no le había hecho perder con su... fulleria... más que veinticinco napoleones.

—¡De modo que soy un ladrón en pequeño y no en grande!—exclamó con amarga ironía.—¡Yo, que tenía tanta ambición, no ser sino un bribonzuelo!

Echóse á reír, y yo me eché á llorar.

De pronto se abrió la puerta, entró una mujer y se precipitó en sus brazos: era Gabriela.

—¡Perdóname—exclamó, abrazándole con fuerza—perdóname! Lo comprendo: no amo á nadie más que á ti. Y ahora te amo más que si no hubieses hecho aquello de que te acusas. Si

quieres, robaré... ya he robado... ¡Sí, he robado!... He robado un reloj de oro... ¿Puede hacerse algo peor?

Roger meneó la cabeza con aire incrédulo, pero su frente pareció iluminarse.

—No, pobrecilla mía—dijo rechazándola con dulzura.—No tengo más remedio que matarme. Sufro demasiado; no puedo resistir el dolor que aquí siento.

—Pues bien; si quieres morir, Roger, moriré contigo. ¡Qué me importa sin ti la vida! Tengo valor: he disparado escopetas; me mataré como cualquiera otro. En primer término, yo, que he representado tragedias, tengo ya costumbre de hacerlo.

Al comenzar tenía los ojos arrasados de lágrimas; pero esta última idea la hizo reír, y el mismo Roger dejó escapar una sonrisa.

—¡Te ríes, oficial mío!—exclamó Gabriela palmoteando y besándole.—¡No te matarás!

Y no dejaba un instante de besarle, ya llorando, ya riéndose, ya jurando como un marinero; porque no era de esas mujeres á quienes les asusta una palabrota.

Entre tanto, habíame apoderado de las pistolas y el puñal de Roger, y le dije:

—Mi querido Roger, tienes una amada y un amigo que te quieren. Créeme, aún puedes tener alguna felicidad en este mundo.

Salí después de abrazarle, y le dejé á solas con Gabriela.

Creo que sólo hubiésemos conseguido retardar su funesto propósito, á no recibir del ministro la orden de embarcarse, como primer teniente, á bordo de una fragata que tenía que ir á cruzar por los mares de la India, después de haber pasado á través de la escuadra inglesa que bloqueaba el puerto. El empeño era arduo. Le hice comprender que más valía morir noblemente de una bala de cañón inglesa que poner él mismo fin á sus días, sin gloria y sin utilidad para su patria.

Prometió vivir. La mitad de los cuarenta mil francos los distribuyó entre marineros inutilizados, ó viudas y huérfanos de marinos. El resto se lo dió á Gabriela, quien juró no emplear ese dinero sino en buenas obras. La pobre muchacha tenía la intención de cumplir su palabra, pero le duraba poco el entusiasmo. Después he sabido que dió algunos miles de francos á los pobres; con el resto compró trapos y moños.

Embarcamos Roger y yo en una hermosa fragata: la *Galatea*. Nuestra marinería era valiente, bien instruída, muy disciplinada; pero nuestro comandante, que se creía un Juan Bart porque juraba como un capitán procedente de la clase de sargentos, porque destrozaba la lengua francesa y porque nunca había estudiado la parte teórica de su profesión, de la que comprendía la práctica nada más que tal cuál, era un ignorante. Sin embargo, al principio le favoreció la suerte. Salimos con fortuna de la rada, gracias á una fuerte racha de viento que obligó á la escuadra de bloqueo á tomar el largo, y comenzamos á cruzar quemando una corbeta inglesa y un buque de la Compañía en las costas de Portugal.

Bogábamos con lentitud hacia los mares de la India, contrariados por el viento y por las falsas maniobras de nuestro capitán, cuya impericia aumentaba el riesgo de nuestro crucero. Cuándo desalojados por fuerzas superiores, cuándo en persecución de buques mercantes, no pasábamos ni un solo día sin alguna nueva aventura. Pero ni la azarosa vida que llevábamos, ni las fatigas que le producía su cargo de jefe del detall de la fragata, podían distraer á Roger de las tristes ideas que sin descanso le perseguían. El, que pasaba en otro tiempo por el oficial más activo y más brillante de nuestro puerto, limitábase ahora nada más que á cumplir con su deber. Tan pronto como concluía el servicio encerrábase en su camarote, sin libros ni papel; pasaba horas enteras tumbado

en la litera, y el infeliz no podía dormir. Al ver su abatimiento, se me ocurrió un día decirle:

—¡Cáspita! Por poca cosa te afliges, querido. Has escamoteado veinticinco napoleones á un holandés orondo, ¡bueno!, y tienes remordimientos como por más de un millón. Pues bien, dime: cuando eras amante de la mujer del prefecto de\*\*\*, ¿los tenías acaso? Y, sin embargo, aquella hembra valía más que veinticinco napoleones.

Revolvióse sobre el colchón sin responderme, y proseguí:

—Después de todo, tu crimen (puesto que dices que es un crimen) tenía un motivo honroso y procedía de un alma elevada.

Volvió la cabeza y me miró con aire furibundo.

—Sí. Porque, en último término, ¿qué hubiera sido de Gabriela, si hubieses perdido?... Si perdías, quedábase reducida á la miseria... Por ella, por amor á ella has hecho la trampa. Hay gentes que matan por amor... ó que se matan... Tú, mi querido Roger, has hecho más. Para un hombre como nosotros, hay más valor en el... robar (digámoslo en plata) que en matarse.»

—Acaso—nos dijo el capitán, interrumpiendo su relato—les parezca ridículo yo. Les aseguro que mi amistad hacia Roger me daba en ese momento una elocuencia que hoy no vuelvo á tener; y lléveme el diablo si al hablarle de esa suerte no iba yo de buena fe y creyendo todo lo que le decía. ¡Ah, entonces era yo joven!

Roger tardó aún algún tiempo en contestar. Me tendió la mano y, como haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, me dijo:

—Amigo mío, me crees mejor de lo que soy. Soy un cobarde pillastre. Cuando cometí esa fullería con aquel holandés, no pensaba más que en ganarle los veinticinco napoleones, y eso es todo. No pensaba en Gabriela, y por eso me desprecio á mí mismo... ¡Yo, estimar mi honor en menos que veinticinco napoleones! ¡Qué bajeza!... Sí,

sería dichoso si pudiese decirme á mí propio: «he robado por sacar de la miseria á Gabriela»... ¡No!... ¡No! No pensaba en ella... En aquel momento no era un enamorado... Era un jugador... era un ladrón... He robado dinero por tenerlo para mí... Y esa acción de tal modo me ha embrutecido y envilecido, que hoy no tengo ya valor ni amor... vivo, y ya no pienso en Gabriela... soy hombre al agua.

Parecía tan desventurado, que si me hubiese pedido entonces mis pistolas para matarse, creo que se las hubiera dado.

Cierto viernes, día de mal agüero, descubrimos una gran fragata inglesa, la *Alcestes*, que se puso á darnos caza. Era de cincuenta y ocho cañones; nosotros no teníamos más que treinta y ocho. Largamos todas las velas para huir de ella, pero su andar era superior al nuestro y nos iba dando alcance; era evidente que antes de la noche nos veríamos obligados á empeñar desigual combate. Nuestro capitán llamó á Roger á su cámara, donde estuvieron juntos en consulta un cuarto de hora largo. Roger volvió á subir al combés, me agarró del brazo y me condujo aparte, diciéndome:

—De aquí á dos horas, ese pobre hombre que se pasea por el castillo de popa habrá perdido la cabeza. Dos partidos podían tomarse: el primero, el más honroso, era dejar que el enemigo llegase hasta nosotros y luego hacer entrar al abordaje con brío contra él á un centenar de mozos de empuje; y el otro partido, que no es malo pero sí bastante cobarde, consistiría en aligerarnos tirando al mar parte de nuestros cañones. Entonces podríamos acercarnos muchísimo á la costa de Africa, que se descubre allá abajo, á babor. El inglés, por miedo á irse á pique, vería-se obligado á dejarnos escapar; pero nuestro capitán no es un cobarde ni un héroe: va á dejarse destrozar desde lejos á cañonazos, y después de algunas horas de combate arriará honrosamente el pabellón. Tanto peor para

vosotros: los pontones de Portsmouth os esperan. En cuanto á mí, no quiero verlos.

—Quizá nuestros primeros cañonazos—le dije—causen al enemigo averías bastante grandes para obligarle á cesar la caza.

—Escucha: no quiero quedar prisionero, quiero hacerme matar. Ya es tiempo de que concluya con esto que me pasa. Si por desgracia no salgo más que herido, dame palabra de que me arrojarás al mar. Ese es el lecho donde debe morir un buen marino como yo.

—¡Qué locura!—exclamé.—¡Y qué comisión me das!

—Cumplirás el deber de un buen amigo. Sabes que debo morir. Sólo he consentido en no matarme con la esperanza de ser muerto, recuérdalo. Vamos, hazme esta promesa; si te niegas, pediré este servicio al contramaestre, quien no me lo negará.

Después de reflexionar algún tiempo, le dije:

—Te doy palabra de hacer lo que deseas, con tal de que estés herido de muerte, sin esperanza de curación. En ese caso, consiento en ahorrarte sufrimientos.

—O seré herido de muerte, ó quedaré muerto.

Me alargó la mano y se la estreché con fuerza. Desde entonces estuvo más tranquilo, y hasta brilló en su rostro cierta alegría marcial.

Hacia las tres de la tarde, los cañones de caza del enemigo comenzaron á dar en nuestro aparejo. Cargamos entonces parte del velámen, presentamos un costado á la *Alcestes* y disparamos nuestras andanadas, respondiendo los ingleses con vigor á nuestros fuegos. Al cabo de una hora de combate, nuestro capitán, que no hacía nada á derechas, quiso intentar el abordaje. Pero teníamos ya muchos muertos y heridos, y el resto de la tripulación había perdido parte de su ardor; además, había sufrido mucho el aparejo, y los mástiles estaban muy destrozados. En

el momento en que largábamos todas las velas para acercarnos al inglés, nuestro palo mayor, que casi no podía tenerse ya derecho, cayó con un estrépito horrible. La *Alcestes* aprovechóse de la confusión que ese accidente nos produjo al pronto. Pasó por nuestra popa, soltándonos su andanada á medio tiro de pistola; barrió de proa á popa á nuestra desdichada fragata, que no podía oponerle en ese punto más que dos cañoncitos. Hallábame en ese momento cerca de Roger, quien se ocupaba en hacer que cortasen los obenques que aún sostenían el derribado mástil. Le siento apretarme con fuerza el brazo; me vuelvo, y le veo caído de espaldas en el combés y todo cubierto de sangre. Acababa de recibir un metrallazo en el vientre.

El capitán acudió corriendo á él, y le dijo:

—¿Qué debemos hacer, teniente?

—Clavar nuestro pabellón en ese trozo de mástil y hacernos echar á pique.

El capitán le abandonó en seguida, no haciéndole maldita la gracia este consejo.

—Vamos—me dijo Roger—acuérdate de tu promesa.

—Eso no es nada—le respondí;—puedes sanar de ello.

—Tírame por encima de la borda—exclamó jurando horribilmente, y aga-

rrándome por los faldones de la levita. —Ya ves que no puedo escaparme de esta; arrójame al mar, no quiero ver arriar nuestra bandera.

Acercáronse á él dos marineros para llevarlo á la sentina.

—¡A vuestros cañones, tunantes!—exclamó con fuerza.—¡Tirad con metralla y apuntad al entrepuente! Y oye tú: ¡Si faltas á tu palabra, te maldigo y te tengo por el más cobarde y el más vil de todos los hombres!

Su herida era mortal de necesidad. Vi al capitán llamar á un guardia marina y darle orden de arriar nuestro pabellón.

—Dame un apretón de manos—dije á Roger.

En el momento mismo en que fué arriada nuestra bandera de combate

.....»

—¡Capitán, una ballena á babor!—interumpió un alférez, corriendo hacia nosotros.

—¡Una ballena!—exclamó el capitán, transportado de júbilo y dejando sin concluir su relato.—¡A escape, al mar la falúa! ¡Al mar el chinchorro! ¡Todos los botes al mar! ¡Vengan arpones, cuerdas, etc., etc.!

.....●  
No pude saber cómo murió el pobre teniente Roger.

PRÓSPERO MERIMÉE.

## CRÓNICA INTERNACIONAL

---

Los reporters. — Inexactas declaraciones atribuidas á mi persona. — Mis ideas y sentimientos sobre la guerra de Africa, congruentes con todo lo dicho por mí desde los primeros Congresos de la Restauración hasta hoy. — Discurso de Febrero del ochenta y ocho sobre Africa. — Verdaderas declaraciones mías recientes. — Falsa imputación de arrepentimiento en mis propósitos de retirarme á la vida privada. — Circular á mis antiguos amigos. — Estado de la guerra. — Votos por la paz. — Conclusión.

**T**errible abuso el puesto en boga por los reporters, dominantes hoy sobre la prensa, cuando comunican indiscretos, sin empacho ni escrúpulo, al público las conversaciones particulares y privadas, que nunca se aderezan y componen para tal publicidad. Así como no sacáis el cuerpo á la calle vestido como suele hallarse por lo regular en casa, no sacáis el alma tampoco á luz desentrañada de sus reservas y de sus secretos. Un juicio dictado por cualquier arrebatado de malhumor y dicho en el abandono de la confianza íntima no puede levantarse á sentencia firme y definitiva sino después de madurado, y no puede madurarse nunca sino en la silenciosa reflexión de nuestro espíritu callado y recogido. Como no debe leerse por una carta escrita para otro sin permiso y consentimiento de aquél ó aquéllos á quienes la carta pertenece; no puede ninguna especie decirse en público por nadie sino con autorización expresa de quien la vertiera en secreto. Aun lo destinado á la publicidad, meditáislo con espacio y lo escribís con cuidado. Aun después de meditado y escrito, si lo dáis á la estampa, no podéis autorizarlo de faltar una previa corrección de pruebas; y aun después de corregidas las pruebas, no puede un impresor echarlo á la circulación sin vuestra previa orden. Y es todo esto justísimo. Un punto y coma colocados á torcidas destruyen un dogma, ó dicen lo contrario de lo pensado y dicho por vosotros mismos. Todo el símbolo cristiano está en la Resurrección del Salvador. Pues con variar dos puntos en el Evangelio de rúbrica y rito, cambiáis el dogma ortodoxo en otro dogma contrario. Pregúntanle á los ángeles guardadores del Sepulcro las santas Mujeres dónde se halla Cristo, según se reza en la misa de Pascua. Y los ángeles contestan: «*Resurrexit: non est hic.*» Pues cambiad los dos puntos y habéis cambiado el dogma, y no sólo el dogma, toda la doctrina cristiana, pues Cristo no es Dios, si Cristo no

resucitó. Y en tal caso diría la letra evangélica: «*Resurrexit non: est hic.*» No resucitó; aquí está. Pues, si pueden cometerse tales erratas en lo escrito, que se fija; imaginaos cuántas pueden cometerse al vuelo en lo hablado, que confiáis al aire y el aire se lo lleva. De aquí el asombro mío al ver el domingo último declaraciones atribuidas á mi persona por dos periódicos de la tarde, con los cuales no había yo tenido aquel día ninguna comunicación directa.

Niego en absoluto que haya hecho yo declaración de ningún género sobre los asuntos de Africa. La palabra declaración equivale á manifestación; y la palabra manifestación trae aparejada la publicidad. Yo no he autorizado á nadie para que publique ninguna cosa en periódico alguno á mi nombre. Retirado á la vida privada, cuanto diga en conversaciones privadísimas, es privado; y no reconozco derecho á persona ninguna para publicarlo sin mi asentimiento y permiso. Lo sucedido en este caso prueba todo lo fundado de las anteriores consideraciones. El domingo último salía yo á las once de San Isidro, y encontré allí, en el atrio, á un amigo, el cual dióme una noticia, que aquel amigo de buena fe creía verdadera, y en realidad era falsa. Dijome haber llegado el general Martínez Campos sin permiso del gobierno, y constituido una situación de fuerza, para la cual no se había contado con los ministros ni tenido en cuenta la opinión de los primeros y más conspicuos estadistas. A los pocos pasos encontré una persona, la cual no tiene nada de publicista, y díjele poco más ó menos lo siguiente, aderezado con frases de conversación ínti-

ma. «Pues si lo que dicen es cierto, Martínez Campos ha incurrido en la responsabilidad que contraen los militares cuando dejan sin licencia su puesto y la corte se ha colocado en una situación semejante á la que tenía en tiempo de doña Isabel II.» No habían pasado cinco minutos, cuando al separarme de la persona aludida que, repito, no tiene carácter alguno público, encontré á varios compañeros del Congreso, quienes me contaron la verdad de los hechos, á saber: que había venido el general con anuencia del gobierno y encargándose de la dirección del ejército de Melilla por expresa orden del gobierno mismo. Entonces me holgué con todo ello, y al referir lo sucedido, expresé cómo, faltando el supuesto, no había lugar á la insistencia en un hipotético juicio. Al contrario, añadí que quien tan á satisfacción de todos concluyera la guerra del Norte y la guerra de Cuba, como mi amigo particular el general Martínez Campos, de mí siempre admirado y querido, magüer Sagunto que aún me apenas hoy, concluiría también ahora la guerra de Africa con tanta gloria suya como provecho para la nación. Y dicho esto, niego el derecho de publicar las conversaciones privadas y sostengo que al *habeas corpus* corresponde también el *habeas animam*, para completar la libertad individual; pues así como nadie puede penetrar en los hogares sin asentimiento del dueño respectivo, nadie puede penetrar sin esta misma condición en otros más sagrados hogares, en el alma y en la conciencia. Queda, pues, demostrado que no hice declaración de ningún género y queda también prometido no volver más sobre este asunto.



Decía Donoso Cortés haber llegado á extremo tal en Europa los abusos de la publicidad, que, para saber lo verdadero, precisaba recurrir á las cartas particulares y dejarse de los públicos y solemnes artículos diarios. Y yo he observado cómo se desgañitan la mayor parte de nuestros representantes, diciendo lo pensado y sentido por ellos bajo las sendas techumbres de ambos Cuerpos Colegisladores y sobre las tribunas parlamentarias, sin que nadie llegue á enterarse, á pesar de taquígrafos y periodistas; pero si dicen cualquier chirigota en la sombra de pasillos ó en la sala de conferencias, corre y se pregona, cual si las ideas llevaran plomo, mientras los chismes alas, en su expresión y propaganda. Tiene gracia preguntarme á mí lo que siento y pienso ahora sobre la guerra de Africa, después de haber yo anunciado cómo pensaría del conflicto corriente hace ahora un lustro, en discurso aplaudido allende su mérito y trasladado en aquel entonces á todas las lenguas cultas del viejo y del nuevo continente. Pues lo que dije allá, en 7 de Febrero del año 88, qué pensaría de una guerra con Africa, si por desgracia tal guerra llegaba, eso mismo pienso ahora en 2 de Diciembre del año 1893. Yo, después de haber sostenido con mi palabra y con mi pluma, con mi natural influjo en la política y en la prensa y en la tribuna, bajo la dominación de doña Isabel II el ideal de la democracia ya cumplido y bajo la dominación de Napoleón III el triunfo de una sabia República francesa; como ante la victoria del Austria una teoría tan utópica entonces cual la unidad de Italia y de Alemania; como ante la

teocracia de Pío IX una pronta é inevitable abrogación del poder temporal de los Papas; como ante las atrocidades de los turcos la libertad surgiendo en las orillas del Danubio; como bajo el despotismo de los infames negreros el advenimiento de la redención del esclavo; predico ahora otras utopías, como el desarme de los ejércitos conquistadores transformados en ejércitos de seguridad, según lo es hoy el nuestro; y la paz humana por medio del arbitraje á la manera que se arreglan las cuestiones de límites y de pesquerías, preñadas antes de guerras; creyendo, en mi necio candor optimista, ver cumplida y realizada esta utopía mía nueva, cual he visto realizarse las otras, en concepto de la reacción europea no menos inverosímiles, y no menos absurdas. Así, cuanto dije respecto de Africa lo copio abajo, porque habiéndolo publicado con mutilaciones intencionadas al comienzo del conflicto hispano-marroquí, los periódicos partidarios de la guerra, deseo reintegrar el texto y decir que pienso cuanto entonces pensaba y me afirmo en cuanto entonces decía.

«Nosotros, exclamaba yo, debemos permanecer neutrales. ¿Podemos sostener nuestra neutralidad? Hay muchos pueblos y hay muchos reyes que son neutrales, y, sin embargo, no pueden sostener su neutralidad; pero nosotros podemos sostenerla. ¡Ah! Los sacrificios consumados por nuestros padres en la gloriosísima guerra de la Independencia; la tenacidad mostrada por nosotros, por esta generación, en los trópicos, á mil leguas, con el vómito en las aguas, con el cólera en los aires, por medio del más heroico de los ejércitos, en la más

justa de las guerras, contra los más ingratos de nuestros hijos; la susceptibilidad por una madrepora perdida entre Asia y Africa, en los océanos australes, y apenas perceptible hoy en el mermado mapa de nuestros todavía grandes dominios; lo mucho que determinó la decadencia de Luis XIV su guerra de sucesión en España; lo mucho que determinó la decadencia de Napoleón *el Grande* su imposible conquista de España; lo mucho que precipitó la ruina de los Borbones su intervención horrorosa con los cien mil hijos de San Luis nefastos en España; lo mucho que determinó la suerte postrera de los Orleans sus disparatados matrimonios españoles; lo mucho que determinó la suerte de Napoleón III su ingerencia en la nueva España y su protesta contra el trono de la vieja, nos dicen que por estas y otras concausas; con nuestra excelente posición geográfica, con nuestro ejército en el pie de guerra en que ahora se halla, con todos estos elementos, y además con el renombre de tenaces que tenemos, nos hallamos en el caso de levantar la frente y decir que nadie tocará nunca jamás á nuestra intangible seguridad. Por eso no quiero yo, señor ministro de Estado; por eso no quiero yo que, huyendo del perejil, nos salga en la frente; por eso no quiero yo ni un arrecife más en el Estrecho, fuera de aquello que nos pertenece (Gibraltar) ante la conciencia humana como parte integrante de nuestro territorio nacional; por eso no quiero yo cruces, santas ó no santas, en mares grandes ó pequeños; por eso no quiero yo ni una pulgada de terreno más en las orillas de ese río de Oro, que debe llamarse

así, no por el mucho que vomita, sino por el mucho que traga; por eso no quiero yo que, á título de avanzados, ofrezcamos alianzas á Francia, ni que, á título de monárquicos, ofrezcamos alianzas á Germania; no quiero yo que vayamos á ninguna complicación europea por el camino tortuoso de Italia; no quiero yo depósitos de carbón para ningún español en ninguna parte del Mar Rojo; y cuando alguno de los omnipotentes venga á tentarnos, porque de todos necesitan, hay que decirles cómo, no habiéndonos llamado á París, ni á Berlín, ni á ninguno de los congresos en la hora del reparto, no deben contar con nosotros en la hora suprema de la catástrofe universal.

» ¡Pues no faltaba más! Nosotros hemos tenido la cruzada de los siete siglos; hemos tenido guerras por la constitución de los Estados modernos; hemos tenido guerras por la conquista de América; guerras por la herencia de Portugal; guerras por la herencia de María de Borgoña en Flandes y en Holanda; guerras por el predominio de la casa de Valois y la de Austria en Italia; guerras por el predominio de los mares con la Gran Bretaña; guerras por el predominio de la religión protestante ó católica en Alemania; guerras por el predominio de la casa de Borbón y de Austria; guerras por los hijos de Isabel de Farnesio y por los proyectos de Alberoni en Italia; guerras en la Valteлина; guerra de los reyes contra la República francesa y guerra de los reyes por las Repúblicas americanas; nuestra guerra de la Independencia; tres guerras civiles; cincuenta revoluciones; guerra en Africa; guerra en Cochinchina;

guerra en Chile y Perú; guerra en Cuba; guerra en todas partes. ¡Ah, no, no! ya estamos demasiado hartos de verter sangre y de que se evapore en el aire. Destinémonos á cultivar nuestros intereses y á ganar fuerzas para predominar alguna vez en el concierto europeo. El gobierno debe, pues, asegurarnos la mayor neutralidad. ¡Ah, señores! ¿Y qué debe hacer la opinión española? Aquí entra mi tesis particular; yo creo que la opinión pública en todos los pueblos puede y debe hacer mucho. Pues qué, ¿se hubiera jamás creado Grecia sin aquellos filo-helenos, cuyos generales eran poetas como Byron, Chateaubriand y Goethe? ¿No he oído yo decir á italianos meridionales, que hizo por ellos más un libro de Gladstone que un desembarco de Garibaldi? ¿No sabéis todos que jamás hubiera desenvainado Napoleón III la espada del primer cónsul en favor de Italia si no se hubiera visto impelido á ello por los escritores franceses? Indispensable decir á Europa, y decirlo en la tribuna, en la prensa y en los libros, que tienen una grandísima influencia; necesario decir á Europa que se necesita el desarme y la reconciliación europea.

»Y esto me conduce á tratar, señores diputados, de la cuestión de Africa. ¿Qué debemos hacer en Africa? No me oculto ninguna de las ideas capitales en este problema. Los pueblos mayores dominan á los pueblos inferiores intelectual, política, materialmente, por una ley providencial ineludible. Hay pueblos inferiores, que son primitivos por estar, como el feto, pegados á la tierra; y hay pueblos inferiores, que vuelven á ser primitivos de puro viejos, por su larga y tormento-

sa historia. Señores, aquello que hicieron los arios en Caldea, los caldeos en Fenicia, los fenicios en Grecia, los griegos en Italia, los italianos por medio de Roma, en Francia, Inglaterra, España y Portugal, deben hacerlo, dígase lo que se quiera, lo harán, franceses, sajones, lusitanos, españoles, las razas privilegiadas con las razas inferiores, en cumplimiento de leyes, que no sólo son planetarias, que son leyes del universo entero. Además, la tierra no se halla tan segura, la mar tan abierta, los estrechos tan francos, las razas inferiores tan sumisas, que, al ver cómo el desierto aborta un madhí capaz de infligir humillaciones á Inglaterra; cómo un rey de Abisinia contrasta el reino italiano en su naciente gloria; cómo un sultán escapado de Persia conmueve á los pueblos orientales, cual la cena de los Abasidas en Bagdad, cual la égira de los Abderramanes al Africa, cual la insurrección de los almohades en el Atlas; cómo las razas amarillas se miden con Francia; cómo los Estados Unidos cierran sus puertas á la invasión mongólica; cómo los lábaros del panslavismo flotan sobre las basílicas de Oriente y el del panislamismo flota sobre todas las mezquitas, no temamos, no recelemos una invasión, como aquella que sorprendió á la cultura greco-romana en el siglo v; como aquella que sorprendió á la cultura gótico-bizantino-española en el siglo viii; como aquella que sorprendió á la cultura greco-eslava con los turcos en el siglo xv; pues en territorios circuidos por grandes y ciclópeas murallas, en mesetas centrales de Asia, en viveros de pueblos, pueden condensarse ciclones, los cuales quizá

vinieran sobre nosotros un momento y anegaran esta orgullosa civilización europea, fundada en sus cuatro puntos cardinales sobre cuatro abismos de barbarie.

»Señores, aunque yo participo del fondo de las ideas del Sr. Cánovas respecto á lo que nos conviene por ahora en Africa, no participo, no puedo participar de lo que se ha llamado en él pesimismo, y que yo atribuyo á exceso de celo y quizá á exceso de experiencia. Yo, señores, declaro que no participo de pesimismo ninguno respecto de los destinos trascendentales y á larga fecha de nuestra Península sobre el Africa. Yo veo que somos una raza sintética. Las venas nuestras están henchidas por sangre de todos los pueblos; nuestro idioma, nuestra literatura, encierran ideas de todas las conciencias; en nuestro suelo circula el jugo que alimenta todas las frutas europeas, y en nuestro subsuelo todos los metales que cuaja la luz en las entrañas de la tierra. Así es, que yo me admiro, y me admiro mucho, de que no comprendamos cómo el mundo necesita un continente sintético: necesita una raza sintética también para poblar ese mundo; porque ¿qué es el Africa? Un desierto, un sepulcro, la soledad, la ruina, el abandono, la barbarie; y, sin embargo, el Africa ha sido la síntesis de los dos continentes. Explicadme si no por qué los egipcios esbozan todas las teogonías helenas y resumen todas las teogonías asiáticas; explicadme si no por qué aquel Alejandro, que pasó la vida de sus conquistas en Asia y sólo atravesó como un relámpago el Africa, deja la cristalización de su sincretismo en Alejandría; explicadme por qué las

escuelas filosóficas griegas, fraccionadas en Jonia, y en Elea, y en Sicilia, pueblos pequeños, llegan á una suprema síntesis en Plotino; explicadme por qué Orígenes resume toda la teología oriental, y Tertuliano y San Agustín la teología occidental en sus grandes escritos y en sus divinas ciudades. ¡Ah, señores! Yo no he comprendido nunca por qué nos incomodamos tanto cuando nos dicen los extranjeros que comienza el Africa en los Pirineos. Señores: un ilustre pensador ha dicho que empieza España en los Pirineos y concluye España en el Atlas. Dondequiera que volvemos los ojos encontramos recuerdos de Africa, y dondequiera que el Africa vuelve los ojos encuentra recuerdos españoles. La emoción, y vamos á un inventario, la emoción producida por las serenatas andaluzas, en que la guzla plañe y la voz llora elegías y tristezas del amor, de Africa proviene, como el tibio soplo que aroma nuestros jazmines y azahares; la greca mudéjar, bordada por mano de las huríes en los alféizares de nuestros palacios y de nuestras iglesias, al Africa recuerda, como los áloes y los nopales extendidos por las costas de Denia y de Marbella; el toque semítico de nuestra lengua, sobrepuesto en el fondo latino, y que tanto recuerda los esplendores de nuestras mayólicas, africano es; la elocuencia enfática, tertulianesca, cuyos rimbombos no empecen cierta naturalidad y sencillez helénicas, allí resuena en los labios también de los rabíes y de los profetas; la poesía exuberante, no sólo en Zorrilla, oriental de suyo, no sólo en Góngora, criado y nacido á la sombra de las palmeras y bajo

los aleros de las aljamas, en las epopeyas de Lucano y en las tragedias de Séneca, clásicas, al Magreb huele, como los romances moriscos resonantes por las torres del Albai-cín y por las escaleras del Genera-life; y no quiero hablar de nuestra historia, porque Africa grita Alonso *el Batallador* al asomarse por las crestas de nuestras cordilleras béticas; Africa dice la canción de Gesta, donde balbucea el primer vagido de nuestra lengua y donde constan los primeros esbozos de nuestras conquistas; Africa cantan los reyes peninsulares, postrados de hinojos en los altos de las Navas al entonar el *Te Deum* de su triunfo; Africa, Isabel la Católica en su testamento; Africa, Cisneros en Orán; Africa, Carlos V en Túnez; Africa, D. Sebastián en Alcazarquivir; Africa, el infante D. Enrique de Portugal, que nos ha dejado á Ceuta; Africa, el príncipe constante de Portugal, D. Fernando, que ha inspirado á Calderón el más hermoso de sus dramas; y en este sueño ideal se junta toda la Península desde Lisboa á Cádiz, desde Cádiz á Barcelona, desde Barcelona á Oporto, como se juntan sus hijos todos bajo el cielo azul y luminoso que nos vivifica y nos esclarece.

»Señores, no creáis lo dicho y vulgarizado por ahí, no creáis que yo haya procurado deciros estas cosas para ostentar eso que se dice mi retórica, no: bajo todo esto hay una idea utilitaria, muy utilitaria. ¿Sabéis cuál es esta idea? Pues oídme: que así como aquellos que tienen segura una herencia, no se precipitan jamás, si son prudentes, si son cautos, y no incomodan ni hostigan al testador, nosotros, los he-

rederos naturales de Africa, nosotros no debemos mostrar impaciencia ninguna, absolutamente ninguna impaciencia por poseerla. Se habla mucho de Francia y de rectificación de fronteras, con lo cual se ha querido armar muchos movimientos de la opinión, en apariencia dirigidos contra su política, en realidad dirigidos contra sus instituciones. Pues bien; no olvidéis que Tánger ha pertenecido á una nación poderosa, que esa nación poderosa lo recibió en dote de una de sus reinas, y que luego lo abandonó como nosotros abandonamos á Orán, y ahora se pasa los días delante de Tánger suspirando por aquella plaza. Grande, muy grande nuestro general O'Donnell en su temeraria guerra, como demostraron los acontecimientos, pero, por temeraria, heroica sobre toda ponderación; grande, muy grande el esfuerzo de nuestros soldados en Sierra Bullones y en los pasos del Jelú; verdaderamente legendario, como Santiago, aquel general mártir á quien todos hemos querido tanto, y á quien todos lloramos todavía; grande, muy grande todo eso; pero todo eso nos enseña cómo no debemos emprender nada militar respecto de Africa, y aguardar el cumplimiento de nuestro derecho por las evoluciones de lo por venir.

»Señores, se han concluido las colonizaciones militares, y comienzan las colonizaciones científicas: factorías, y no campamentos; naves, y no ejércitos; grandes diplomáticos, y no grandes generales; escuelas donde podamos establecerlas, misioneros donde puedan oírlos; médicos, muchos médicos; una influencia de todos los días; traducciones de aquellos libros árabes que de-

muestran la comunidad de unos y otros pueblos, y que hacen latir el corazón de aquellas razas soñadoras y verdaderamente religiosas; todo esto, pero nada de guerra al infiel marroquí, porque para todo español sensato la integridad del Imperio de Marruecos debe levantarse á dogma, como la integridad del Imperio turco lo fué un día para la Inglaterra clásica. Y permítanme decirlo mis oyentes en este instante; permítanme decirlo, que no rezelemos nada de Francia, pues no hay motivo para recelar nada de Francia. Gobernada hoy por un poder completamente pacífico; dirigida en sus negocios extranjeros por un hombre de Estado eminentísimo; representada en Madrid por un diplomático, del cual puede decirse que lleva renombre de africano, todo el mundo en Francia sabe que tiene una solidaridad de intereses con España en Europa y en Africa. Sobre todo, yo debo decir, antes de concluir este punto, yo debo decir que cuando Francia se apercebe á la gran fiesta del trabajo, no hay para qué hostigarla, pues todos tenemos intereses múltiples en que se verifique la celebración de la noche del 4 de Agosto, la *Noche Buena* de la libertad, porque allí murió el feudalismo y surgió la democracia, y que se verifique en paz, porque esa fiesta hoy no significa nada en el mundo ó significa la fraternidad universal.»

Podrán decirme los empeñados en imputarme declaraciones ahora sobre la guerra presente, que son los párrafos suprainsertos nieves de antaño, y que la opinión tiene derecho á exigir de un publicista, encargado por tantos periódicos del honroso ministerio de historiar casi

al día los hechos corrientes, el sentir y el pensar suyos, acerca de tales hechos. Y he cumplido yo este deber mío con toda escrupulosidad, porque media una distancia enormísima entre los diálogos cogidos al vuelo y echados como teas incendiarias en la pólvora fulminante de las pasiones políticas y el juicio sereno de un historiador, puesto á cierta distancia de los hechos en su fría imparcialidad, para que tengan aquéllos en la conveniente alejada perspectiva el color y el relieve demandables á todo cuanto se historia y se juzga con verdadera solemnidad. Yo he cumplido mi deber en tal número de diarios, que apenas pueden contarse, y los propaladores de conceptos más ó menos míos aportados á sus redacciones, por más ó menos fieles relatos, ocasionados á inexactitudes generalmente, no han querido reproducir estos juicios de ahora, publicados, no sólo en los innumerables periódicos del viejo y del Nuevo Mundo, adonde los llevan las agencias de publicidad yankees, publicados aquí en castellano hace pocos días, con tipos ciertamente muy legibles, y en satinado preciosísimo papel, que tiene muchísimos lectores. Y allí he dicho lo siguiente que recorto con mis tijeras de la publicación aludida, y pego en estas cuartillas con mis propias obleas.

«Aunque, decía yo el 13 de Noviembre último, adrede apartáramos los ojos de Africa para convertirlos á cualquier otro punto ú objeto, no podríamos, por el imperio que con sus fascinaciones hoy ejerce sobre nosotros esta parte del mundo. Ya se ve: tenemos allí empeñado en lucha desigual y terrible lo mejor de nuestra sangre y vida,

el ejército español, tan audaz en sus acometidas, como sufrido en sus resistencias; valeroso hasta la temeridad en el arranque y en el empuje, resignado hasta el martirio en todos los trabajos y en todas las adversidades. No conozco marcialidad como la nuestra en gente ninguna. Cuando topáis en vuestros viajes con un soldado alemán, veis en seguida cuánto por ajustarlo al tipo de su clase han hecho la ciencia y el estudio, sobreponiendo una segunda naturaleza bélica, resistente y fuerte, sobre su propia naturaleza germánica, bonachona y dulce. No así en España. Vestís á un muchachuelo de soldado y parece haber vivido en la milicia desde sus primeros días y nacido militar hecho y derecho. Esta indómita complexión española, de un individualismo tan ajeno á toda disciplina y obediencia, posee flexibilidad tan maravillosa, que á la menor imposición de su conciencia se acomoda con lo pedido por el deber, trocándose á esta virtud suya sin esfuerzo y con espontaneidad, siempre que de lo militar se trata, el imberbe recluta en veterano perfecto con pocos días de cuartel y ejercicio. No necesitábamos que nos instruyera la experiencia en aquello contenido dentro de nosotros y que constituye nuestro moral patrimonio; pero si la pena causada en todo ánimo patriota por este adverso caso del choque tremendo en Melilla, choque tan inesperado é importuno como terrible, puede mitigarse con algo, es con la consideración de que ahora como siempre ha mostrado el ejército su antiguo valor, que lo coloca sobre todos los ejércitos del mundo, y la nación esta identidad fundamental de todos sus hijos en las mismas ideas y en los mismos propósitos, cual si tuvieran un alma sola; identidad por la cual nos hemos salvado de cien conflictos y conseguido vencer á la fatalidad y al destino, grabando los blasones y timbres del imperio español desde los arenales de Marruecos hasta las maniguas de Cuba. Dejar la guardia del hercúleo canal y del extremo de nuestros viejos continentes y del espacio comprendido entre la boca del Muluya y la boca del Mediterráneo y del camino hacia las dos Américas en manos tan audaces y aviesas como las marroquies, ¡ay! tiene inconvenientes tales, que nos obliga y constriñe al cumplimiento de una finalidad tan humanitaria como refrenar los crueles instintos de semejantes fieras y someterlos por fuerza y por necesidad al yugo de la civilización y sumergirlos en el movimiento de todos los progresos. Y para ilustrar el espacio comprendido entre los dos mares y el Atlas, que llamamos imperio de Marruecos, no hay nación alguna en el mundo con las aptitudes, con las cualidades, con la indisputable idoneidad nativa del pueblo español, destinado á ello por el espíritu suyo, por el tiempo en que ha vivido, por el espacio donde se dilata, por Dios y su Providencia. Así, pues, ya que un unánime consentimiento de todos los pueblos desinteresados y una herencia de glorias y recuerdos inmortales y unos decretos tan categóricos é imperiosos como los que formulan la Geografía y la Historia en el asunto del predominio natural de los pueblos cultos sobre los pueblos atrasados, deciernen Marruecos á nuestra protección, debemos estar todos los españoles á una convenidos por tácito pacto en no

forzar los hechos hasta encontrarlos plenamente seguros del debido logro de nuestras seculares aspiraciones, que nos exigen robustez en el cuerpo, suma de fuerzas, concierto en hacienda y en administración, desahogo económico, disciplina social, regreso de nuestras perturbaciones tradicionales al orden indispensable para todo continuado esfuerzo y para toda gran empresa. Mirémonos en el espejo de lo acaecido á Italia últimamente. Quizá Túnez le hubiera sido reservado por Europa, si no se impacienta en el deseo vivo de la consecución del codiciado logro y no sacude con sus propias manos un árbol del cual no debía probar la fruta. El problema de Marruecos, planteado por nosotros á deshora, puede producir la guerra europea; y la guerra europea puede traernos, si por modo indirecto y como de soslayo entráramos en ella, tremendas responsabilidades. Ya sabemos que una gran parte de la opinión inglesa pide la restitución de Tánger, adquirida para la península por Alfonso de Portugal el Africano y regalada por los traidores Braganza á los Estuardos restaurados, regalo hecho en odio á España, como si fuera todavía una porción integrante de Inglaterra, cuando la perdieron hace dos siglos, y que otra gran parte de la opinión francesa pide toda la banda oriental del Magreb confinante con Argelia; por lo cual nosotros debemos mantener la estabilidad de tal territorio bajo su actual emperador y sostener el fiel en la balanza con ánimo de que no comience un reparto, en el cual, saliendo bien librados, podíamos obtener una sola fracción, tocándonos, como nos toca, el todo, que

alcanzaremos con un poco no más de habilidad, espera y paciencia. Interésanos, después de haber desconcertado á Bismarck en el asunto de las Carolinas con tanto acierto como fortuna, no hacer ahora el juego de Bismarck, indisponiendo á Francia con Inglaterra, para que, triunfe quien triunfe, quede todo el continente, bien á merced y arbitrio de Alemania, bien á merced y arbitrio de Rusia. Bismarck sueña con indisponer á Inglaterra y Francia por Tánger, cual indispuso á Italia y Francia por Túnez. Y así como cuando tuvo poder llevó los hechos por ese camino, ahora, que sólo tiene influencia, lleva por ese camino las indicaciones. Y contra nuestros intereses designa el objetivo de Tánger á Inglaterra, y contra nuestros intereses designa el objetivo de Touat y de Fidjid á Francia, para que choquen allí con estrépito, y dado ya este choque, tenga que arrastrar á Italia Inglaterra en su auxilio, é Italia tenga que arrastrar los dos Imperios de la triple alianza. He ahí el abismo que oculta en su seno la pavorosa cuestión de Occidente. Hay que bordearlo á toda prisa, quedándonos en nuestra saludable neutralidad y reteniendo el Estado marroquí en su *statu quo* habitual. Castiguemos con un gran escarmiento á los moros del Rif, escarmiento tan rápido como ejemplar, y volvamos, después de satisfechos, al hogar donde nos llaman el culto á nuestra joven libertad y el cuidado de nuestra convaleciente Hacienda. Así sea.»

Las dos últimas notas del sultán; las constantes afirmaciones del ministro de Negocios extranjeros marroquí dichas en Tánger; la presencia del príncipe Araaf ante las tri-



bus insurrectas; las demandas de cambio y de comercio dirigidas á nuestros generales por los bajaes tras los retos dirigidos antes; el arte con que ha comenzado Martínez Campos la defensa; los meditados y sobrios discursos de éste, así en Córdoba como en Málaga; la consumada destreza con que mi amado amigo y discípulo, el gran orador que desempeña interinamente la cartera de Negocios extranjeros, por un sí ha conjurado los recelos europeos, tan despiertos, y por otro sí conseguido asociar el imperio marroquí á nuestra obra de imposición sobre las tribus insurrectas; esta ya larga suspensión de hostilidades reemplazando al anterior hostiguo; esa erección del fuerte dirigida con tan admirable prudencia; las meditadas frases del Sr. Sagasta, eminentemente patrióticas, nos hacen creer concluida la guerra, y nos sugieren el anticipado *Te Deum* de la paz y de la libertad. Por consiguiente, nada tengo que hacer después de coincidir los pensamientos del gobierno liberal con mis ideales y la obra de Martínez Campos con mis deseos, que rectificar otro error de importancia: el arrepentimiento, que ha supuesto en mí el telégrafo y la prensa, del acuerdo, con tan grande antelación tomado y tan á conciencia dicho, de mi retirada del combate político diario. Cada vez me hallo más satisfecho de mi resolución. Y los elocuentísimos discursos del estadista ilustre, de Abarzuza, que me ha reemplazado en la dirección del partido; la mesura y la prudencia de su sabio proceder; el desinterés de sus móviles y el alto patriotismo de sus fines; la cohesión en que mantiene las sendas fracciones posibilistas en los dos

cuerpos colegisladores; los manifiestos últimos de una forma tan sobria y de unas ideas tan elevadas; la coincidencia conmigo en los problemas africanos y la perseverancia en el presupuesto de la paz, cuando ni siquiera nos hemos consultado uno á otro, muestran cómo conservamos la unidad de miras en todo, y cómo su aproximación á la legalidad, mayor que mi aproximación, es la consecuencia de toda nuestra política en los veinte años últimos. Así lo he creído explicar en la carta circular que varios amigos fraternales tienen ya olvidada, pues se la dirigí en Mayo último, pero que ahora ve la luz pública en corroboración de todos mis juicios.

«Voy á emprender ante V. un examen de conciencia, encaminado á fijar la posición que yo debo tener en la política española, para lo cual hablaré de mí, cual si hablara de un paseante por la estrella Sirio. Inútil ocultarlo. Desde mi discurso del teatro de Oriente, yo traje á la democracia española, influida por cierto espíritu extranjero que le habían sugerido la estancia de Albaida en Inglaterra y la constante lectura de libros franceses por Rivero, un espíritu español, bebido en mi ocupación favorita, en el estudio de la historia patria, dejando aparte la educación adquirida dentro del hogar, donde se había tanto padecido en la guerra con los franceses por la patria y en la guerra con los carlistas por la libertad. Así nadie puede, nadie, dudar que traje yo con tal espíritu español, á la política democrática, un espíritu conservador. Liberal radicalísimo, por querer todas las libertades individuales; y demócrata puro, por querer la extensión de estas libertades á todos

los ciudadanos sin excepción; había en mi persona un individualismo nativo, que me comprometía de suyo á la defensa y guarda del principio de propiedad, así como un cristianismo que, á pesar de inspirado en el criterio filosófico más que en la fe ortodoxa, me unía por muy apretados nudos con la Iglesia católica. Llamado á redactar periódicos demócratas desde Setiembre del 54; mi corta estancia en el primero de éstos, en *El Tribuno*, explica otro de los principios capitales en mi vida, el principio republicano. Yo entré por Octubre del 54 en la redacción de *El Tribuno* y salí por Noviembre del mismo año. ¿Por qué tan rápido paso? Porque, habiendo votado contra la monarquía la fracción democrática en la Constituyente de tal año, *El Tribuno* se declaró en disidencia con ella y se adscribió á la democracia, sí, pero á la democracia monárquica. Aquel primer sacrificio, pues yo necesitaba el sueldo que me traía mi pluma de redactor, me ligó á la república, principio capital de toda mi vida. Yo era un demócrata, un liberal, un republicano, y al mismo tiempo un individualista muy exaltado y hasta un católico por sentimiento y por educación, era, pues, un decidido conservador dentro de la democracia, de la libertad, de la república. Por estos últimos caracteres entré yo en *La Soberanía Nacional*, diario de Sixto Cámara. Pero en cuanto *La Soberanía Nacional* mostró la oreja socialista, tomé por motivo un suelto apologético del Terror francés, y abandoné su redacción. Como salí de *El Tribuno* por haberse inclinado á la monarquía, salí del periódico de Sixto Cámara por haberse inclinado al socialismo.

»En aquellos meses, Rivero fundó el periódico definidor de la democracia en España, pues se tituló *La Discusión*, título de inextinguible recuerdo en la gloriosa historia del movimiento democrático. Desde los primeros números tomé yo en su redacción una parte activa y diaria, escribiéndome casi toda la hoja, por mi facilidad increíble de escribir, no menguada ni á los sesenta años como veis. Unos siete meses pasaría yo en aquel periódico, enteramente solo, propagando la democracia con ahinco, pero una democracia cristiana, conservadora, gubernamental, tan alejada de la monarquía como del socialismo. Después vinieron de una parte los demócratas socialistas representados por Pi, de otra parte los demócratas monárquicos representados por Martos; cuando la reacción del 56 nos unió á todos en el odio común á los partidos retrógrados y en el amor á los dos principios capitales de la democracia moderna, el derecho de los individuos y la soberanía de los pueblos. Mas imposible que continuásemos unidos, como en los primeros tiempos de la reacción, al ir andando los hechos y pidiendo concretas definiciones impuestas por su lógica, tan rigurosa como la lógica de un sistema ó de una filosofía. Debíamos primero separarnos de los demócratas monárquicos y luego de los demócratas socialistas. Al definir la democracia, opusimosla con reflexión á los progresistas, y oponiéndola con reflexión á los progresistas, tuvimos que sobreponer los derechos individuales á la soberanía nacional, y que pedir ésta con la intervención inmanente del sufragio universal en el Estado, contraria y opuesta del todo á los vie-

jos principios progresistas. La polémica ruidosa entre Calvo Asensio y Rivero en *La Discusión*, así como el folleto mío *La Fórmula del progreso* y su contestación en otro folleto por Carlos Rubio, dieron un carácter, tan individualista y tan republicano á la democracia, que debieron marcharse por necesidad de nuestro lado los demócratas monárquicos.

»Pero no bastó con tal definición. Precisaba otra cuya formulación nos apartase del socialismo. Y vino esta separación también. Poco después del movimiento, que reconstituyera Italia, comenzó á determinarse un movimiento antidinástico en los progresistas. Rivero, que tan acertado anduvo al escribir el programa democrático y salvarlo de las denuncias del Sr. Posada, no secundó este movimiento antidinástico de los progresistas, cual nosotros creíamos necesario secundarlo, y además no quiso apartar nuestro credo del credo socialista, cual creíamos nosotros que debía necesariamente apartarse. Y fundamos *La Democracia. El Rasgo*, el movimiento universitario, la polémica inolvidable con Pi sobre la doctrina socialista, dicen cómo cumplió mi diario los dos capitales fines para que fué fundado. Llevamos por *El Rasgo* y por la Universidad la dirección del movimiento antidinástico; por la polémica con Pi limpiamos de virus comunista la democracia española. Y vino la revolución. Mi puesto se hallaba dentro del partido republicano. Así no quise transigir con Rivero, y me aparté de los demócratas monárquicos. Pero, dentro del partido republicano, mi puesto se hallaba en la derecha. La legalidad siempre, la evo-

lución como método, la inteligencia con los partidos más avanzados de la monarquía, fueron las tres imposiciones que yo dicté con imperio al partido republicano histórico. Pero en este período cometí yo un error y una inconsecuencia, bien caramamente pagados. El error, la triste aceptación de una república federal, como la inconsecuencia, unirme por el común interés republicano con los socialistas. Nunca lo hubiera hecho. ¡Ah! Sin la república federal se hubiese quedado todo el movimiento revolucionario en la república conservadora el año 73, cuando nació este régimen de la necesidad social; y sin la inteligencia con los socialistas no hubieran podido éstos jugaros la partida que nos jugaron el 3 de Enero, ni alcanzar el número que alcanzaron en la Convención republicana. Pero este rompimiento eterno ha prosperado la evolución, el método legal, el credo antisocialista, la inteligencia con los factores progresivos de la monarquía.

»Mas no hay que ocultarlo. Con todo esto se sumaron explícitas, concretas, continuas declaraciones republicanas. Obligáronnos á ellas, aparte la conciencia y la historia personales, el carácter muy reaccionario de la Restauración, la doctrina de los partidos legales é ilegales; una cosa tan funesta como la confusión, hecha por Zorrilla, de la bandera republicana con la bandera revolucionaria; el constante ataque de nuestros afines; el discurso de la madrugada del 3 de Enero, que sacudió la federal y el socialismo, pero afirmó con afirmación inolvidable la república conservadora. No tuvimos parte ninguna en el golpe de Estado, aunque lo provocara y

lo trajera la ceguedad suicida de los federales y de los socialistas; tampoco tuvimos parte ninguna en los gobiernos que lo representaran, á quienes aconsejamos la sanción del principio republicano por plebiscito, ante el cual se presentara el código político del 69, sin más alteraciones que atribuir á un Presidente por diez años, reelegible, después de nombrado, por las Cortes, y con las facultades todas y las prerrogativas del monarca, menos el carácter de vitalicio y hereditario, ó el título de majestad, incompatibles con la república. No cuajó este proyecto, y vino la Restauración. Ya, dentro de la Restauración, abracé yo el método legal y salí diputado, hallándome allá en París, que designé por mi residencia en los primeros días de tal desgracia, y que no abandoné hasta mi triunfo en las elecciones de Barcelona.

»Ya diputado, condené todas las revoluciones, prometiendo restaurar dentro de la legalidad el programa democrático, que había naufragado en la guerra civil. Como yo creía que á esta última se debió el eclipse de la libertad; hice, desde comienzos del setenta y tres, dentro y fuera del gobierno, lo posible y lo imposible por la paz. Yo creo que quien restableció las ordenanzas y con ellas la disciplina; quien reorganizó el cuerpo de artillería; quien sacó las reservas, hizo cuanto pudo por la paz; y quien con su presencia en el primer Congreso de los Borbones restaurados y con su labor de cuatro lustros seguidos logró los derechos individuales y el sufragio universal, hizo cuanto pudo por la democracia. Y como la democracia no podía restaurarse, sino contrastando la inteligencia

entre conservadores y ultramontanos con la inteligencia entre liberales y demócratas, yo sostuve tal inteligencia, sin más limitación que no pedirles nunca, ni por el propio nombre, ni por el interés público, á los primeros, nunca, la destrucción del principio monárquico, bajo cuya sombra, necesitamos decirlo, hemos traído la democracia pura y la libertad omnimoda, que se perderían sin remedio, en mi sentir, el día que cayéramos en la crisis consiguiente á un cambio de instituciones. Pero yo estoy en una singular posición respecto de la monarquía. He podido democratizarla desde el Parlamento y no puedo servirla desde el gobierno. Ya presagiaba yo lo que debía sucederme, cuando dije que la monarquía democrática era la fórmula de nuestra generación, y que yo estaba incapacitado de combatirla por cuanto hay en esa fórmula de democracia é incapacitado de apoyarla por cuanto hay en esa fórmula de monarquía. No me queda más remedio que venirme á mi casa.—«Tú no puedes desaparecer», me decía un buen amigo cuando le comunicaba tal intento.—Y á eso digo: «Tan puedo yo desaparecer, que ya he desaparecido.»

»Yo no puedo dirigir un grupo que pida el gobierno, porque yo no puedo gobernar bajo la monarquía. Yo no puedo dirigir un grupo que combata la monarquía, porque yo creo esta institución indispensable hoy á la patria, y su existencia unida en el horizonte sensible de mi vida personal á la democracia y á la libertad que con ella hemos establecido y organizado. Yo creo el organismo mejor para sustentar la monarquía dentro de la democracia

y la democracia dentro de la monarquía el partido liberal, con su jefe á la cabeza el Sr. Sagasta. Pero como soy republicano de convicción y republicano por mi historia, yo no puedo ingresar en el partido liberal, que tiene su jefe, y su historia, y sus doctrinas, con las cuales no está una parte considerable del patrimonio moral que constituye mi historia y que yo defenderé contra todos y todo lo conjurado en daño suyo con una inercia tan grande como activa fué mi voluntad en los lustros anteriores, y con un retraimiento de la política tan decisivo como resuelta y continua fué la intervención anterior. ¿Voy á disputarle yo al Sr. Sagasta la jefatura del partido liberal? ¿Voy á ingresar yo en ninguna fracción monárquica? ¿Voy á combatir al Sr. Sagasta, cuando tengo el compromiso con mi conciencia é historia de no combatirlo? ¿Voy á sustentarlo, cuando tiene tantos correligionarios que lo defiendan, y un ejército numeroso? ¿Voy á capitanear un grupo que, dentro de la legalidad, no puede ir á ninguna parte, porque no puede ir al gobierno? ¿Voy á salirme de la legalidad á mi vejez, y marcharme á los federales y á los revolucionarios? Mientras tuve un programa, como el democrático, que defender, en la política estuve; desde que no tengo programa, jamás, como no peligran las instituciones democráticas, volveré á la política. ¿Qué deben hacer mis antiguos amigos, á los cuales anuncié mi resolución en el Parlamento? Pues los que deseen ser lógicos con el proceder emprendido desde la Restauración, irse al partido liberal; y los que deseen guardar su característica republicana, irse á su

casa. Yo en mi casa estoy, de donde no me sacará nadie, mientras no peligre la democracia que hemos restaurado, y la patria en que vivimos y moriremos. Yo no tengo papel que representar en la política española. Yo únicamente le pido á mi país que me deje morir en paz y que luego me haga un buen entierro. Nada más. Escribiré, primeramente, porque la pluma contribuye á mi sustento, después, porque quiero dejar la historia de mi patria. He trazado un volumen de esta historia en el *Descubrimiento*, y ahora trazo otro volumen de esta historia, en la *Conquista de América*. Y no pienso hacer nada más. De la tribuna me he despedido, pues no pisaré nunca el Congreso. De la prensa me despido también, pues heme apartado de la inspiración directa que sobre algún órgano importantísimo de la opinión ejercía. Quiero con mis obras atender á mi subsistencia, como jornalero que soy desde mi mocedad, y quiero morirme reconciliado con todos los españoles en el seno de la paz, iniciada por mí entre las catástrofes del setenta y tres, y en el seno de la libertad, restaurada en el transcurso de los veinte años que ha recorrido la Restauración, impelida con un empeño sin ejemplo, por mis discursos á la democracia. No quiero servir la monarquía reinante, porque me lo veda mi honor, pero tampoco traer la coalición revolucionaria, porque me lo veda mi patriotismo.

Dicho esto, me queda tan sólo una cosa que decir y que notificar: la necesidad, en que nos hallamos, de volver pronto á la nivelación del presupuesto y de ocurrir á las grandes necesidades económicas del país.

Por haberlo en mal hora olvidado tres pueblos tan afines á nosotros, tan de nuestra sangre y alma, como Italia y Grecia y Portugal, están abocados á irreparables catástrofes. Decía el bonachón de Ricardo que tres mudanzas de hogar equivalen á un incendio; y digo yo que tres elecciones de la Península equivalen á una revolución, como demostró el período crítico de nuestros profundos sacudimientos revolucionarios. Pues bien; por no haber acudido con el remedio económico á tiempo, se halla Portugal en trance de disolver su Parlamento, hace poco reunido, y en vísperas de una crisis política profundamente grave. Algo peor acontece á la vez á Italia. El ministerio Giolitti no ha podido resistir á las sesiones primeras del Congreso convocado bajo su dirección; y el estado de los cambios y el déficit de los presupuestos lanza con verdadero empuje á los ciudadanos en la peor de cuantas revoluciones pueden imaginarse bajo el cielo, en una revolución social. Exactamente lo mismo Grecia, exactamente lo mismo. El rey se ha sobrepuesto en la opinión al Parlamento, porque nombra el rey un gobierno de verdaderas economías, y el Parlamento quiere un gobierno de partido. Así como, al finalizar el siglo último, concluyeron el feudalismo y el poder absoluto; al finalizar este siglo, concluirán el armamento desapoderado con la conquista violenta. Y entonces sí que podremos oír con encanto y satisfacción en la misa: «gloria en las alturas á Dios y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

EMILIO CASTELAR.

## IMPRESIONES LITERARIAS

*Huelga de hijos*, comedia en tres actos y en prosa por D. Enrique Gaspar.

**L**a primera regla del arte novísimo de hacer comedias, consiste en imaginar un conflicto para cuya solución hay que quebrantar cualesquiera de las leyes morales, sociales ó civiles que rigen la sociedad presente. Antesse decía que el teatro era «la escuela de las costumbres», hoy el teatro es una escuela contra las costumbres, un comentario cruel en forma de diálogo á los preceptos de la Etica ó á los artículos del Código civil. Siempre fueron los poetas gente descontentadiza y mal hallada con las cosas de su tiempo, pero hoy el que más y el que menos de aquellos privilegiados seres aspira á destruir lo existente lanzando sobre la sociedad argumentos de comedias á guisa de bombas explosivas. El espíritu de rebeldía reina sin limitaciones en el teatro. Tal autor trata de probarnos, como tres y dos son cinco, que el marido engañado por su mujer tiene derecho á seducir á las hijas de sus amigos, porque no es cosa de que el malaventurado esposo tenga que ir á satisfacer sus apetitos en parajes

*non sanctos*. Tal otro se propone *sacar del lodo* (sic) á la mujer perdida, pintándola como un ser superior mal comprendido; éste *fustiga* á la justicia histórica, aquél pone de oro y azul al sacerdocio, y salvo raras excepciones, apenas si hay dramaturgo que con más ó menos brío no acuda á disparar su piedra sobre el presente orden social. Esta especie de anarquismo nada respeta: lo mismo combate á las instituciones seculares que á Dios, y nada hay adonde no alcancen sus tiros.

Cierto que son muchas las cosas que exigen grande y radical reforma. Los hábitos sociales no crecen, como las túnicas de los hebreos, en la misma proporción que se desarrollan los organismos de que aquellos son como el traje. Quizá las costumbres actuales nos vengan, por decirlo así, estrechas é inadecuadas á nuestra vida presente; pero al combatir estas costumbres, el dramaturgo debe distinguir lo que hay en ellas de esencial y de respetable de aquello otro accidental y que reclama pronta y enérgica modificación.

Por otra parte, ¿no tiene algo de pueril intento querer arreglar el mundo á fuerza de comedias? ¿No sería mejor confiar al púlpito, á la tribuna, al libro, el planteamiento y resolución de los grandes problemas sociales? Cuando un género literario traspasa sus propios límites, decae y languidece, y el arte dramático, al pretender convertirse en diálogo filosófico, pierde su belleza y nada consigue en seriedad científica.

Se me ocurrían estas reflexiones viendo representar, no ha muchas noches, la comedia de Enrique Gaspar, titulada *Huelga de hijos*. En medio del deleite que me producían los rasgos ingeniosos que en su obra ha derramado el autor á manos llenas, y á despecho del asombro que me causaba la maestría con que el Sr. Gaspar ha agrupado los personajes y sostenido el interés, y dado á la ficción caracteres de realidad, sentía yo, y creo que conmigo gran parte del público, cierta impresión amarga que desvirtuaba en algún modo el efecto artístico de la producción dramática. Hay, en efecto, algo en ella que hiere santas creencias grabadas por Dios en lo más hondo de nuestro ser, algo que pugna con los imperativos mandatos de la conciencia. El precepto divino que nos manda honrar á nuestros padres, no es ni puede ser objeto de discusión; rebelarse contra él, querer derogarlo con sutilezas más ó menos ingeniosas, es pretensión tan temeraria en el orden moral, como en el orden físico sería el intento de suprimir la ley de la gravedad. En todo tiempo, el deber del hijo bueno será el de ocultar piadosamente y con el rostro vuelto, la desnudez vergonzosa de sus padres.

No lo ha entendido así el señor Gaspar, ó, mejor dicho, entendiéndolo y acatando quizá en su conciencia el mandato divino, ha creído satisfacer los deseos del público presentándole un caso de filial rebeldía.

Dos jóvenes se aman, va á celebrarse su enlace; pero cuando ya la boda está pactada, saben uno y otro que la madre de ella y el padre de él viven, desde hace largos años, en adúltero consorcio. Según *las preocupaciones* sociales, el matrimonio de los dos prometidos esposos es imposible; las faltas de los padres van á acarrear la infelicidad de los hijos, y el lazo que iba á formar un amor honrado, está próximo á romperse bajo el peso de un amor criminal. ¿Deben los hijos ahogar su pasión en el fondo del pecho sufriendo resignados la lógica fatal de la falta de sus padres; ó, por el contrario, tienen perfecto derecho á rebelarse contra la dura ley y á romper toda solidaridad con la conducta de sus progenitores?

Tales son los términos en que el autor plantea su problema. ¿Cuál es la verdadera solución? Para la mayor parte de los espectadores, la contestación es fácil; les basta con repetir lo que preceptúa el cuarto mandamiento.

Claro es que en el caso presentado por el Sr. Gaspar es duro el cumplimiento del mandato. Mas ¿por ventura es siempre lo más cómodo cumplir con el deber? Pése nos ó no, las faltas de los padres caen fatalmente sobre los hijos: nuestra sangre lleva tal vez el germen morboso de vicios heredados; carcoma en nuestros huesos, perturbaciones cerebrales, lesiones que minan nuestra salud, son muchas veces herencia que no podemos re-



chazar. Errores y faltas, vicios y pasiones, se transmiten, sin más delito que *el delito de nacer*, de padres á hijos, formando así la cadena dolorosa de la vida. Acaso viendo estas cosas al través del prisma de nuestro egoísmo nos parezca injusta la condena que sin pena sufrimos; quizá á veces broten de nuestro corazón gritos de protesta semejante á aquel que lanzaba Job desde el fondo de su miseria maldiciendo la noche en que se dijo: «engendrado sea varón». Mas á medida que nos apartamos de la estrechez de los intereses personales, la ley que nos parecía inicua, nos parece sabia y excelsa y ordenadora de la vida física como de la vida social.

¿Qué mayor estímulo para nuestra moralidad, nuestra salud, nuestro buen nombre, que la seguridad de que todo ello lo transmitimos á nuestros hijos? No hay sanción como esta sanción divina; ella nos hiere en lo más sensible de nuestra alma, que no hay dolor como el dolor de ver sufrir á nuestros hijos por culpas que nosotros cometimos. Quizá no inventó Dante un tormento mayor que este crudelísimo tormento.

Pero si el hijo sufre las consecuencias de las faltas de los padres, disfruta también de los bienes de todo género que ellos les proporcionaron. Si heredamos la gloria, la fortuna, la salud, el respeto social, justo es también que soportemos el descrédito, la enfermedad y el desdoro. No es rebelándonos contra nuestros padres, escarneciéndolos ó renegando de ellos como borramos el estigma de la herencia, sino haciéndolo olvidar con nuestra abnegación y sacrificio. Hay un cuento del P. Coloma, en el cual

cuento un hijo abandonado por sus padres criminales, sabe que los miserables que le dieron el ser han sido condenados á muerte. El hijo piadoso puede ocultar la vergüenza de su origen; pero cumpliendo la ley de Dios, acepta la infamia heredada y va con la frente alta y el corazón sereno acompañando á sus padres hasta el mismo madero del patíbulo.

Sin duda esta heroica resignación cristiana no es propia de los espíritus fuertes y educados en Norte América como Enny, la protagonista de la comedia del Sr. Gaspar. Para la avisada é ilustrada joven de *Huelga de hijos*, el problema planteado por el autor se resuelve por el lado del egoísmo personal. ¿Qué tiene ella que ver con las faltas de sus padres? Si fueron adúlteros y escandalosos, tanto peor para ellos. Si olvidaron su honra y sus deberes y sufren ahora las consecuencias de sus extravíos, *que se aguanten*. La sabihonda joven no sacrificará en aras de sus padres el amor que siente por su novio; á despecho del escándalo, renegará de los que le dieron el ser, y haciendo público su desacato, aceptará como suegro al deshonorador de su padre y amante irregular de su madre. Hay algo de incestuoso en el matrimonio de Enny y del bravo capitán de húsares. Los dos amantes satisfarán, es cierto, sus ansias amorosas, quizá se ríen en el retiro de su hogar de las preocupaciones del mundo; pero cuando venga á la memoria el nombre de sus padres y sientan proyectarse sobre ellos la sombra del deshonor heredado, y tengan que apartar á sus hijos del lado de sus abuelos para evitar que se mezclen en el rostro de aquellos seres inocentes

con los besos de la adúltera los del marido y del amante... entonces acaso se convenzan los dos esposos de que ni con la desenvoltura americana, ni con la fortaleza del espíritu, logran los hijos librarse de la ley que hace sufrir las faltas de los padres.

Seguro estoy de que la paradoja llevada al teatro por el Sr. Gaspar no es producto de una creencia sincera, sino propósito artificioso para vencer, mediante las armas del ingenio, los sentimientos del público, alarde de atrevimiento propio de un autor que tiene fe en su talento y que quiere hacer prueba de él defendiendo lo absurdo.

Porque Enrique Gaspar es quizá el escritor de más vigor y de más fuerza dramática de cuantos en España y fuera de España cultivan la literatura teatral. En lo tendencioso de sus obras se parece á Dumas, en los procedimientos escénicos se asemeja á Sardou. Como el autor francés, subordina la lógica al efecto y los caracteres á las situaciones. Triunfar del público de cualquier modo, en franca lid ó por sorpresa, mejor por sorpresa; disimular los defectos de la acción con los primores del estilo y encubrir las faltas del argumento con las filigranas del lenguaje, tales son los rasgos principales de la *manera* artística de Gaspar, rasgos que fácilmente se echan de ver en *Huelga de hijos*.

En buena lógica, casi nada de lo que pasa en la comedia hubiera podido ocurrir en el mundo dadas las premisas sentadas por el autor. No es lógicamente explicable que el novio de Enny, con sus treinta años y viviendo en sociedad, ignore la clase de relaciones que existe entre

la madre de su novia y su propio padre; no es posible que el de Enny ignore quién es el querido de su mujer, ni que ésta desconozca á la querida de su marido. Pero toda esta incomprensible ignorancia hace falta para que surjan las situaciones dramáticas imaginadas por el autor. Una vez agrupados los personajes, la lucha de los afectos es tan viva, tan palpitante el interés, que el público se olvida por de pronto de las inverosimilitudes y cede ante el arte verdaderamente mágico del dramaturgo. Entonces no hay más remedio que aplaudir; la frase que llega al corazón, la réplica concisa en que se resume un concepto profundo, la exclamación que revela un estado del alma, el apóstrofe en que se encierra una teoría, el breve sarcasmo que equivale á una larga sátira, brotan espontáneos, incisivos, elocuentes, de los labios de los personajes, sin dejar tiempo ni lugar á los espectadores deslumbrados, para que puedan ver, al través de tantos y tan vivos destellos, las líneas no siempre correctas y proporcionadas de la acción.

Es asombrosa la facilidad con que el insigne dramaturgo maneja el diálogo. Hombres, mujeres y niños hablan su lenguaje propio, desprovisto de toda afectación, llano, natural, sobrio, rebosando chiste, ingenio, pasión sin decaer un punto, sin incurrir jamás en trivialidad. Nada tan animado y chispeante como el primer acto: es un verdadero interior de casa moderna, y un cuadro fiel de las costumbres de nuestra clase media elevada. La sátira contra la educación un tanto ñoña é hipócrita que suele darse á la infancia, así como la precocidad de ésta, es, aunque exagerada en

los pormenores, exacta en lo esencial, y la exposición está hecha de mano maestra. El segundo acto es el más endeble de la obra; el tránsito de lo cómico á lo dramático es demasiado brusco; el recurso de la compra del hotel falso y la sorpresa del final, por las razones que dejo más arriba apuntadas, incomprensible y absurda. La escena culminante de la obra, la escena grande, está en el acto tercero. Enrique Gaspar ha puesto en ella todo su talento, toda la sutil agudeza de su ingenio, todas las galas de su rica imaginación, todos los recursos de su sensibilidad exquisita para sostener, ó, mejor dicho, lanzar contra el público la paradoja que sirve de tesis á su comedia. Con decir que el público interrumpe repetidas veces con atronadores aplausos las frases de rebeldía con que la hija echa en cara á sus padres sus faltas; con decir que el espectador no

protesta contra aquella hija que no *quiere ser lo que ha sido su madre*, y que á las quejas de uno y otro contesta con la expresión de *aguantarse*; con decir esto sólo, demostrado queda cuán sugestivo es el talento del autor de *Huelga de hijos*.

Difícil es demostrar en el teatro una tesis verdadera; pero fuerza es convenir que es más difícil todavía demostrar una tesis absurda, y por esta vez el Sr. Gaspar ha hecho ver al público lo blanco negro.

---

La compañía de la Comedia interpretó á maravilla la nueva obra, distinguiéndose en la ejecución la señora Alverá y Ruíz y la señorita Guerrero, y los señores Cepillo y Thuillier. Hasta en los más pequeños pormenores pudo advertirse la inteligente dirección de Emilio Mario.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

# ÍNDICE

POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES, DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS  
EN LA ESPAÑA MODERNA DURANTE EL AÑO 1893.

---

- Alexis** (Pablo).—Los Rougon-Macquart. Jul. pág. 164; Ag. pág. 143.
- Anónimo**.—Despedida al piano.—Ag. pág. 131.
- Arnold** (Mateo).—El conde León Tolstoy. En. pág. 5.—Incumbencias de la crítica en la actualidad. Nov. pág. 146.—La Influencia literaria de las academias. Dic. pág. 155.
- Asensio** (José María).—Fernán-Caballero, Jun. pág. 133.
- Banville** (Teodoro de).—La miniatura. En. pág. 108.—Sganarelle. Oc. pág. 38.
- Barbey d'Aurevilly** (F.).—Venganza de una mujer. Oc. pág. 5.—La Cortina carmesí. Nov. pág. 5.—La Dicha en el crimen. Dic. pág. 5.
- Barra** (Eduardo de la).—A Gonzalo Bulnes. Oc. pág. 95.
- Bergeret** (Gastón).—Eugenio Mouton (Mérinos).—Semblanza. Ag. pág. 159.
- Bourget** (Pablo).—Taine. Ab. pág. 5.
- Campoamor** (Ramón de).—Doloras. May. pág. 181.
- Caro** (E.).—El suicidio en sus relaciones con la civilización. En. pág. 208; Feb. pág. 41.—La dirección de las almas en el siglo xvii. Mar. pág. 5.—Costumbres literarias del tiempo presente. Jun. pág. 151; Jul. pág. 147.—Lamennais según su correspondencia. Ag. pág. 109.—El fin de la bohemia, Influencias literarias de la Commune. Set. pág. 142.—La higiene moral, sus principios y sus reglas. Oc. pág. 69.
- Caro** (M. A.).—A una fuente, refundición de Góngora. Dic. pág. 42.
- Carrer** (Luis).—Lejos de la patria (soneto). Jul. pág. 125.
- Castelar** (Emilio).—Crónica internacional. Feb. pág. 193; Mar. pág. 191; Ab. pág. 190; May. pág. 195; Jun. pág. 179; Jul. pág. 189; Ag. pág. 190; Oc. pág. 189; Nov. pág. 188; Dic. 185.
- Claretie** (Julio).—Francisco Coppée. Feb. pág. 80.—Victoriano Sardou. Jun. pág. 5.
- Coppée** (Francisco).—Un idilio durante el sitio. Feb. pág. 96; Mar. pág. 36.—Un veterano de la veterana. May. pág. 155.
- Chchedeine**.—Los Generales y el muyik. Dic. pág. 136.
- Cherbuliez** (Victor).—Meta Holdenis. Ag. pág. 5.
- Daudet** (Alfonso).—El cura de Cucuñán. En. pág. 99.—Los dos mesones. Jul. pág. 114.—El credo del amor. Ag. pág. 104.—La cabra del señor Seguin. Set. pág. 107.—Las estrellas. Oc. pág. 33.—La cartera de Bixión. Nov. pág. 43.—Las Aventuras de una mariposa y de una cochinilla. Dic. pág. 131.

- Dymon.**—¡Descansa, guerrero! Set. pág. 112.
- Fernández Duro** (Cesáreo).—Homenaje al eminente crítico é inimitable escritor Mr. Henry Harrisse. En. pág. 183.—Reseña crítica del Centenario. Feb. pág. 181; Mar. pág. 179; May. pág. 161; Jun. pág. 156; Ag. pág. 176; Set. pág. 190; Nov. pág. 167.
- Fernández Prida** (Joaquín).—La guerra y el derecho. En. pág. 168.
- Ferri** (Enrique).—Educación, ambiente y criminalidad. En. pág. 118. Garibaldi, según sus memorias. Mar. pág. 74.—La escuela criminalista positiva. Ab. pág. 159; May. pág. 125.
- Fontoso** (Alvaro).—Verdad amarga. Ag. pág. 140.
- Gay** (Sofía).—La fatuidad moderna. En. pág. 135.—El salón de la condesa Merlin. Feb. pág. 123.—El salón de la señorita Contat. Mar. pág. 123.—El salón del barón Gerard. Ab. pág. 121.
- Lombroso** (César).—Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal. Feb. pág. 171; Mar. pág. 106; Ab. pág. 144; May. pág. 78; Jun. pág. 102; Jul. pág. 126.—El tipo criminal en el arte. Ag. pág. 141.
- Lubbock** (John).—La ambición. En. pág. 162.—La riqueza. Mar. pág. 119.—La salud. Ab. pág. 133.—El amor. May. pág. 146.—El arte. Jun. pág. 93.—La poesía. Jul. pág. 118.—La música. Ag. pág. 132.—La belleza de la naturaleza. Set. pág. 118.—Los trabajos de la vida.—El trabajo y el descanso.—La religión. Oc. pág. 49.—El destino del hombre.—El progreso. Nov. pág. 48.
- Ludovicus** (J. S.).—La sombra (poesía). Marzo, pág. 169.
- Maupassant** (G. de).—El miedo. En. pág. 112.
- Mélida** (José Ramón).—La Exposición Histórico-Americana. En. pág. 174; May. pág. 184.—La escultura Mexicana Pre colombina. Jul. pág. 172.
- Méndes** (Cátulo).—Las dos margaritas, En. pág. 104.—La criadita, Set. pág. 113.
- Merimée** (P.).—La partida de chaquete. Dic. pág. 175.
- Montero** (Félix de).—La paz del hogar. Oc. pág. 68.
- Mouton Merinos** (Eugenio).—El reloj viejo. Feb. pág. 139.—El gallo del campanario. Ag. pág. 167.
- Musset** (Alfredo de).—Namuna. Oc. pág. 163; Nov. pág. 77.
- Narváez** (Catalina).—La indumentaria en la Exposición de arte retrospectivo. Set. pág. 180.
- Pardo Bazán** (Emilia).—El Doctor Pascual. Set. pág. 172.
- Pérez Bonalde** (F. A.).—A Lesbia (poesía). Set. pág. 207.
- Pontmartin** (A. de).—La marquesa de Aurebonne. Jun. pág. 53.
- Posada** (Adolfo).—La idea de la justicia en el reino animal. Jun. pág. 122.
- Puyol** (Julio).—El estado y la reforma social. Ab. pág. 185.
- Richepin** (Juan).—¡Buenos días, señor! Feb. pág. 133.—El asesino desnudo. May. pág. 66.—La máquina de metafísica. Oc. pág. 42.—La obra maestra del crimen. Nov. pág. 65.
- Rivas Frade** (F.).—Rima. Ab. pág. 39.
- Robles** (S. Alfredo).—Ultimos ayes de un bardo. Set. pág. 106.
- Rubió y Ors.**—Al llanto (soneto). May. pág. 77.
- Sainte-Beuve** (C. A.).—Madama de Souza. Set. pág. 168; Oc. pág. 87.—Madama de Pontivy. Nov. pág. 87.—Madama Duras. Dic. pág. 143.
- Sardou** (Victoriano).—La perla negra. Jun. pág. 20.
- Séneca.**—Respeto á la desgracia (soneto). En. pág. 167.
- Shakespeare.**—Retractación (soneto). En. pág. 140.—Amor de mujer Feb. pág. 170.—Joyas del corazón. Oc. pág. 48.

- Sturmalofo** (Nicolao).—La Exposición Histórico-europea. Mar. pág. 170; Jun. pág. 166.
- Taine** (H.).—La pintura en los Países Bajos. Ab. pág. 40.—El ideal en el arte. Oc. pág. 103.
- Tarde** (G.).—El duelo en lo presente. En. pág. 141.—El delito político. Feb. pág. 144.—El sufragio llamado universal. Set. pág. 132.—El amor morboso. Oc. pág. 96.—El atavismo moral. Nov. pág. 102.—La Arqueología criminal. Dic. pág. 43.
- Theuriet** (Andrés).—Cuento histórico. Mar. pág. 149.
- Tolstoy** (Conde León).—El canto del cisne. En. pág. 25.—Historia de un caballo. Feb. pág. 5.—De donde viene el mal. Ab. pág. 142.—Recuerdos de mi infancia. Nov. pág. 123; Dic. pág. 86.
- Turguenef** (Iván).—Annuchka. En. pág. 51.—Primer amor. May. página 5.—Aguas primaverales. Jul. pág. 5.—Demetrio Rudin. Set. pág. 5.
- Uribe Velázquez** (Manuel).—A un Cristo empeñado. Ag. pág. 108.
- Vaniere**.—La gallina chasqueada. Nov. pág. 122.
- Vida** (Jerónimo).—El proyecto del Código penal. May. pág. 131.—Respeto á los poetas. Jun. pág. 121.
- Villegas** (Francisco).—La prensa periódica. En. pág. 200.—Impresiones literarias. Feb. pág. 198; Mar. pág. 199; Ab. pág. 202; Jun. pág. 196; Jul. pág. 182; Ag. pág. 201; Set. pág. 201; Oc. pág. 200; Nov. pág. 201; Dic. pág. 201.
- Zola** (Emilio).—Los ladrones y el asno. Mar. pág. 155.

## ÍNDICE

	Páginas.
<i>La Dicha en el crimen</i> (novela), por J. Barbey d'Aurevilly.....	5
<i>A una fuente</i> (soneto), refundición de Góngora.....	42
<i>La Arqueología criminal</i> , por G. Tarde.....	43
<i>Recuerdos de mi infancia</i> (continuación), por el Conde León Tolstoy.....	86
<i>Las Aventuras de una mariposa y de una cochinilla</i> (cuento), por Alfonso Daudet.....	131
<i>Los Generales y el Muyik</i> (cuento), por Chchdeine.....	136
<i>Madama Duras</i> , por C. de Sainte-Beuve.....	143
<i>La Influencia literaria de las Academias</i> , por Mateo Arnold.....	155
<i>La Partida de chaquete</i> (cuento), por Próspero Merimée.....	175
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	185
<i>Impresiones literarias</i> , por F. F. Villegas.....	201